



UNA  
PROMESA  
DE  
GLORIA

LIBRO #5 DE EL ANILLO DEL HECHICERO

MORGAN RICE

# UNA PROMESA DE GLORIA

(Libro #5 de El Anillo del Hechicero)

Morgan Rice

## **Acerca de Morgan Rice**

Morgan Rice es la escritora del bestseller #1: DIARIO DE UN VAMPIRO (THE VAMPIRE JOURNALS), una saga que comprende once libros (y siguen llegando); la saga del bestseller #1: TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA (THE SURVIVAL TRILOGY), thriller pos apocalíptico que comprende dos libros (y siguen llegando); y la saga de fantasía épica, bestseller #1: EL ANILLO DEL HECHICERO, que comprende trece libros (y contando).

Los libros de Morgan están disponibles en audio y edición impresa, y la traducción de los libros está disponible en alemán, francés, italiano, español, portugués, japonés, chino, sueco, holandés, turco, húngaro, checo y eslovaco (próximamente en otros idiomas).

[TRANSFORMACIÓN](#) - (Libro #1 de Diario de un Vampiro) y [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) - (Libro #1 del Anillo del Hechicero) están disponibles para ser descargados en Amazon!

A Morgan le encantaría tener comunicación con usted, así que visite [www.morganricebooks.com](http://www.morganricebooks.com) para unirse a la lista de correo electrónico, recibir un libro gratuito, recibir regalos gratuitos, descargar una aplicación gratuita, obtener las últimas noticias exclusivas, conectarse a Facebook y Twitter, y ¡mantenerse en contacto!

## Algunas Opiniones Acerca de las Obras de Morgan Rice

“EL ANILLO DEL HECHICERO (THE SOURCERER’S RING) tiene todos los ingredientes para ser un éxito inmediato: tramas, tramas secundarias, misterio, caballeros aguerridos y relaciones que florecen, llenos de corazones heridos, decepciones y traiciones. Lo mantendrá entretenido durante horas y satisfará a las personas de cualquier edad. Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores de fantasía”.

--*Books and Movie Reviews*, Roberto Mattos

“Rice hace un gran trabajo para captar su atención desde el principio, al utilizar una gran calidad descriptiva que va más allá de la simple descripción de la ambientación... Bien escrito y sumamente rápido de leer”.

--Black Lagoon Reviews (acerca de Turned)

“Es una historia ideal para lectores jóvenes. Morgan Rice hizo un buen trabajo dando un giro interesante... Innovador y singular. La saga se centra alrededor de una chica... ¡una chica extraordinaria! Es fácil de leer, pero con un ritmo sumamente rápido... Clasificación PG (Guía Paternal)”.

--The Romance Reviews (acerca de Turned)

“Me llamó la atención desde el principio y no dejé de leerlo... Esta historia es una aventura increíble, de ritmo rápido y llena de acción desde su inicio. No hay un momento aburrido”.

--Paranormal Romance Guild (con respecto a Turned)

“Lleno de acción, romance, aventura y suspenso. Ponga sus manos en él y vuelva a enamorarse”.

--vampirebooksite.com (con respecto a Turned)

“Tiene una trama estupenda y este libro en particular, le costará dejar de leer en la noche. El final en suspenso es tan espectacular, que inmediatamente querrá comprar el siguiente libro, solamente para ver qué sigue”.

--The Dallas Examiner (referente a Loved)

“Es un libro equiparable a TWILIGHT y DIARIO DE UN VAMPIRO (VAMPIRE DIARIES), y hará que quiera seguir leyendo ¡hasta la última página! Si le gusta la aventura, el amor y los vampiros, ¡este libro es para usted!”.

--Vampirebooksite.com (con respecto a Turned)

“Morgan Rice se demuestra a sí misma una vez más que es una narradora de gran talento... Esto atraerá a una gran audiencia, incluyendo a los aficionados más jóvenes, del género de los vampiros y de la fantasía. El final de suspenso inesperado lo dejará estupefacto”.

--Reseñas de The Romance Reviews (con respecto a Loved)

“Una fantasía animada que entreteje elementos de misterio e intriga en la historia. La Senda de los Héroes trata acerca del valor y sobre la realización de un propósito de vida que conduce al crecimiento, la madurez y la excelencia... Para los que buscan aventuras de ficción sustanciosa, los protagonistas, los mecanismos y la acción proporcionan un conjunto vigoroso de encuentros que se centran en la evolución

de Thor de ser un niño soñador a un adulto joven que enfrenta a situaciones imposibles para sobrevivir...  
Es sólo el comienzo de lo que promete ser una saga épica para adultos jóvenes".  
- Midwest Book Review (D. Donovan, eBook Reviewer)

Libros de Morgan Rice

**EL ANILLO DEL HECHICERO (THE SORCERER'S RING)**

- LA SENDA DE LOS HÉROES (A QUEST OF HEROES) - (Libro #1)
- LA MARCHA DE LOS REYES (A MARCH OF KINGS) - (Libro #2)
- EL DESTINO DE LOS DRAGONES (A FATE OF DRAGONS) (Libro #3)
- EL GRITO DE HONOR (A CRY OF HONOR) (Libro #4)
- UNA PROMESA DE GLORIA (A VOW OF GLORY) (Libro #5)
- UN DEBER DE VALOR (A CHARGE OF VALOR) (Libro #6)
- UN GRITO DE ESPADAS (A RITE OF SWORDS) (Libro #7)
- UNA SUBVENCIÓN DE ARMAS (A GRANT OF ARMS) (Libro #8)
- UN CIELO DE HECHIZOS (A SKY OF SPELLS) (Libro #9)
- UN MAR DE ESCUDOS (A SEA OF SHIELDS) (Libro #10)
- UN REINADO DE HIERRO (A REIGN OF STEEL) (Libro #11)
- UNA TIERRA DE FUEGO (A LAND OF FIRE) - (Libro #12)
- EL DECRETO DE LAS REINAS (A RULE OF QUEENS) - (Libro #13)

**LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA (THE SURVIVAL TRILOGY)**

- ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (SLAVERSUNNERS) - (Libro #1)
- ARENA DOS (ARENA TWO) - (Libro #2)

**DIARIO DE UN VAMPIRO (THE VAMPIRE JOURNALS)**

- TRANSFORMACIÓN (TURNED) (Libro #1)
- AMORES (LOVED) (Libro #2)
- TRAICIÓN (BETRAYED) - (Libro #3)
- DESTINADO (DESTINED) (Libro #4)
- DESEO (DESIRED) (Libro #5)
- PROMETIDO (BETROTHED) (Libro #6)
- PROMESA (VOWED) (Libro #7)
- ENCUENTRO (FOUND) (Libro #8)
- RESURRECCIÓN (RESURRECTED) (Libro #9)
- ANSIAS (CRAVED) (Libro #10)
- DESTINO (FATED) (Libro #11)

THE SORCERER'S RING



THE SURVIVAL TRILOGY



the vampire journals





[Escuche](#) la saga de “EL ANILLO DEL HECHICERO) THE SORCERER’S RING en formato de ¡audio libro!

Ya disponible en:

[Amazon](#)

[Audible](#)

[iTunes](#)

Derechos Reservados © 2013 por Morgan Rice

Todos los derechos reservados. A excepción de lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de EE.UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma o medio alguno, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de información, sin la autorización previa de la autora.

Este libro electrónico está disponible solamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, tiene que adquirir un ejemplar adicional para cada beneficiario. Si está leyendo este libro y no lo ha comprado, o no lo compró solamente para su uso, por favor devuélvalo y adquiera su propio ejemplar. Gracias por respetar el trabajo de esta escritora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes, son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es solo coincidencia.

Imagen de la cubierta: Derechos Reservados, Unholy Vault Designs, utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.

## ÍNDICE

[CAPÍTULO UNO](#)  
[CAPÍTULO DOS](#)  
[CAPÍTULO TRES](#)  
[CAPÍTULO CUATRO](#)  
[CAPÍTULO CINCO](#)  
[CAPÍTULO SEIS](#)  
[CAPÍTULO SIETE](#)  
[CAPÍTULO OCHO](#)  
[CAPÍTULO NUEVE](#)  
[CAPÍTULO DIEZ](#)  
[CAPÍTULO ONCE](#)  
[CAPÍTULO DOCE](#)  
[CAPÍTULO TRECE](#)  
[CAPÍTULO CATORCE](#)  
[CAPÍTULO QUINCE](#)  
[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)  
[CAPÍTULO DIECISIETE](#)  
[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)  
[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)  
[CAPÍTULO VEINTE](#)  
[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)  
[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)  
[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)  
[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)  
[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)  
[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)  
[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)  
[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)

"Todos aman a la vida, pero el hombre honrado ama más el honor que la vida".

—William Shakespeare  
*Troilo y Crésida*

## CAPÍTULO UNO

Andrónico cabalgó orgullosamente por el centro de la ciudad real de McCloud, flanqueado por cientos de sus generales y arrastrando detrás de él su posesión más preciada: Al Rey McCloud. Despojado de su armadura, medio desnudo, con su cuerpo peludo con rollos de grasa, al rey McCloud lo ataron con cuerdas y lo pusieron en la parte posterior de la silla de montar de Andrónico con una larga cuerda que rodeaba sus muñecas.

Mientras Andrónico montaba lentamente, deleitándose con su triunfo, arrastró a McCloud a través de las calles, sobre la tierra y las piedras, agitando una nube de polvo. La gente de McCloud se reunió y miraron boquiabiertos. Él podía oír a McCloud clamando a gritos, retorciéndose, mientras lo hacía desfilarse por las calles de su ciudad. Andrónico sonreía. Los rostros de la gente de McCloud estaban arrugados de miedo. Aquí estaba su antiguo rey, ahora era el más humilde de los esclavos. Fue uno de los mejores días que Andrónico podía recordar.

Andrónico estaba sorprendido de lo fácil que había sido tomar la ciudad de McCloud. Parecía como si los hombres de McCloud se hubieran desmoralizado antes de que el ataque hubiera comenzado siquiera. Los hombres de Andrónico los habían conquistado en el resplandor de un rayo; sus miles de soldados se abalanzaban, siendo mayoría ante los pocos soldados que se atrevían a defenderse y arremolinaron la ciudad en un abrir y cerrar de ojos. Deben haberse dado cuenta de que no tenía caso resistirse. Todos habían depuesto sus armas suponiendo que, si se rendían, Andrónico los apresaría.

Pero ellos no conocían al gran Andrónico. Detestaba la rendición. Él no tomaba prisioneros y deponer sus armas hacía todo más fácil para él.

En las calles de la ciudad de McCloud corría sangre, mientras los hombres de Andrónico llenaban cada callejón, cada calle, matando a todos los hombres que podían encontrar. A las mujeres y niños que había tomado como esclavos, como lo hacía siempre. Las casas que saquearon, una a la vez.

Mientras Andrónico cabalgaba lentamente por las calles, inspeccionando su triunfo, veía cadáveres por todas partes; los despojos de la guerra amontonados, los hogares destruidos. Se volvió y asintió con la cabeza a uno de sus generales, e inmediatamente el general elevó a lo alto una antorcha, hizo una señal a sus hombres, y cientos de ellos se diseminaron por toda la

ciudad, prendiendo fuego a los techos de paja. Las llamas se levantaron a su alrededor, hacia el cielo, y Andrónico ya comenzaba a sentir el calor desde ahí.

"¡NO!". McCloud gritó, revolcándose en el suelo.

Andrónico sonrió más ampliamente y aceleró su ritmo, dirigiéndose hacia una roca particularmente grande; hubo un golpe satisfactorio, y sabía que el cuerpo de McCloud había cabalgado sobre ella.

Andrónico sintió gran satisfacción al ver arder esta ciudad. Como había hecho en cada ciudad que había conquistado en su Imperio, primero arrasaría la ciudad por completo, y después la volvería a construir, con sus propios hombres, con sus propios generales, su propio Imperio. Era su forma de actuar. No quería ningún rastro de lo antiguo. Estaba construyendo un mundo nuevo. El mundo de Andrónico.

El Anillo, el Anillo sagrado que habían evadido todos sus antepasados, era ahora su territorio. Apenas podía creerlo. Respiró profundamente, pensando en cuán grande era él. Muy pronto, cruzaría la Zona Montañosa y conquistaría también la otra mitad del Anillo. Entonces no habría ningún lugar del planeta que su pie no habría pisado.

Andrónico subió a la imponente estatua de McCloud, en la Plaza de la ciudad y se detuvo ante ella. Estaba ahí como un santuario, con sus quince metros de altura, hecha de mármol. Mostraba una versión de McCloud que Andrónico no reconocía — un McCloud joven, en forma, musculoso, blandiendo una espada con orgullo. Era egocéntrico. Por eso, Andrónico lo admiraba. Una parte de él quería llevarse la estatua de vuelta a casa, instalarla en su palacio como un trofeo.

Pero otra parte de él se sentía a disgusto con ella. Sin pensarlo, bajó la mano, sacó su honda — tres veces mayor que la de cualquier ser humano, lo suficientemente grande para sostener una piedra del tamaño de una pequeña roca — la jaló hacia atrás y la lanzó con todas sus fuerzas.

La pequeña roca voló por el aire y pegó en la cabeza de la estatua. La cabeza de mármol de McCloud se hizo pedazos, haciendo explotar el cuerpo. Andrónico entonces soltó un grito, levantó su mayal de dos manos, lo cargó y lo lanzó con todas sus fuerzas.

Andrónico rompió el torso de la estatua y el mármol se vino abajo, entonces se estrelló en el suelo, rompiéndose con un gran ruido. Andrónico dio vuelta a su caballo y se aseguró, mientras cabalgaba, de que el cuerpo de McCloud fuera raspado sobre los fragmentos.

"¡Pagarás por eso!", gritó débilmente un agonizante McCloud.

Andrónico rió. Había encontrado a muchos seres humanos en su vida, pero éste podría ser el más patético.

"¿La pagaré?". gritó Andrónico.

McCloud era demasiado testarudo; no apreciaba el poder del gran Andrónico. Se le tenía que enseñar, de una vez por todas.

Andrónico analizó la ciudad, y sus ojos se fijaron en lo que sin duda era el castillo de McCloud. Pateó a su caballo y se fue a galope, sus hombres iban detrás de él, mientras arrastraba a McCloud por el patio polvoriento.

Andrónico subió docenas de escalones de mármol, con el cuerpo de McCloud haciendo ruido por los golpes que recibía, gritando y gimiendo con cada paso, y luego continuó avanzando, hasta la entrada de mármol. Los hombres de Andrónico ya estaban haciendo guardia en las entradas; a sus pies estaban los cadáveres sangrientos de los ex guardias de McCloud. Andrónico sonrió con satisfacción al ver que ya todos los rincones de la ciudad eran suyos.

Andrónico continuó cabalgando, a través de las puertas del gran castillo, dentro de un corredor de altísimos techos abovedados, todos hechos de mármol. Se maravilló ante la desmesura de este rey McCloud. Era obvio que no había reparado en gastos para complacerse a sí mismo.

Ahora su día había llegado. Andrónico continuó cabalgando con sus hombres por los amplios corredores, las pezuñas de los caballos haciendo eco de las paredes, a lo que claramente era la sala del trono de McCloud. Atravesó las puertas de roble y fue directo al centro de la sala, un trono insultante, hecho a mano, de oro, en el centro de la cámara.

Andrónico desmontó, lentamente subió los escalones oro y se sentó en él.

Respiró profundamente mientras se volvía y miraba a sus hombres, a sus docenas de generales sentados a caballo, a la espera de sus órdenes. Miró al ensangrentado McCloud, aún atado a su caballo, gimiendo. Observó esa habitación, examinó las paredes, las banderas, la armadura, el armamento. Miró la elaboración de ese trono y lo admiró. Estaba considerando derretirlo, o tal vez llevárselo para sí mismo. Tal vez se lo daría a uno de sus generales de menor rango.

Por supuesto, ese trono no era nada comparado con el trono de Andrónico, el trono más grande de todos los reinos, que había tomado a veinte obreros, cuarenta años para construirlo. La construcción había comenzado en la época de su padre y se había terminado el día en que Andrónico había asesinado a

su propio padre. Había sido el momento perfecto.

Andrónico miró con desprecio a McCloud, ese ser humano patético y se preguntó cuál sería la mejor forma para hacerlo sufrir. Analizó la forma y el tamaño de su cráneo y decidió que le gustaría encogerlo y ponerlo en su collar, con las otras cabezas encogidas que tenía alrededor de su cuello. Pero Andrónico se daba cuenta de que antes de matarlo, necesitaría algún tiempo para quitar volumen de su cara, de sus pómulos, para que se viera mejor alrededor de su cuello. No quería una cara regordeta rechoncha que arruinara la estética de su collar. Lo dejaría vivo durante algún tiempo y mientras tanto, lo torturaría. Sonrió para sí mismo. Sí, era un plan muy bueno.

"Tráigamelo", ordenó Andrónico a uno de sus generales, con su antiguo y ronco gruñido.

El general saltó sin dudarle un instante, corrió hacia McCloud, cortó la cuerda y arrastró el cuerpo sangriento a través del suelo, manchándolo de rojo mientras se acercaba. Lo dejó ante los pies de Andrónico.

"¡No te saldrás con la tuya!", murmuró McCloud, débilmente.

Andrónico meneó la cabeza; este humano nunca aprendería.

"Aquí estoy, sentado en tu trono", dijo Andrónico. "Y estás tú, tirado a mis pies. Debo pensar que es seguro decir que puedo hacer lo que me dé la gana. Y ya lo hice".

McCloud yacía ahí, gimiendo y retorciéndose.

"Lo primero que tengo planeado hacer", dijo Andrónico, "será obligarte a rendir pleitesía a tu nuevo rey y amo. Acércate a mí ahora y ten el honor de ser el primero que se arrodille delante de mí en mi nuevo reino, el primero en besar mi mano y en llamarme rey de lo que fue una vez el lado McCloud del Anillo".

McCloud miró hacia arriba y a gatas se mofó de Andrónico

"¡Nunca!", dijo él y se dio vuelta y escupió en el suelo.

Andrónico se reclinó y rió. Sinceramente disfrutaba eso. No había conocido a un humano tan voluntarioso desde hacía bastante tiempo.

Andrónico se dio la vuelta y asintió con la cabeza, y uno de sus hombres sujetó a McCloud por detrás, mientras que otro se le acercó y le sostuvo la cabeza para que no la moviera. Un tercero se acercó con una navaja larga. Mientras se acercaba, McCloud se desplomó de miedo.

"¿Qué haces?", preguntó McCloud con pánico, con voz varias octavas más arriba.

El hombre se agachó y rápidamente afeitó la mitad de la barba de

McCloud. McCloud levantó la mirada, claramente desconcertado de que el hombre no lo hubiera lastimado.

Andrónico asintió con la cabeza, y otro hombre dio un paso adelante con un largo atizador, en cuyo extremo estaba tallado en hierro el emblema del Reino de Andrónico — un león con un pájaro en su pico. Brillaba en color naranja, ardiendo, y mientras los demás mantenían agachado a McCloud, el hombre bajó el atizador hacia su ahora descubierta mejilla.

"¡NO!". McCloud chilló, al darse cuenta.

Pero ya era demasiado tarde.

Se oyó un grito terrible a través del aire, acompañado de un silbido y el olor a carne quemada. Andrónico vio con alegría cómo el atizador quemaba más y más profundamente la mejilla de McCloud. El silbido creció más fuerte, los gritos eran casi intolerables.

Finalmente, después de unos diez segundos, tiraron a McCloud.

McCloud se desplomó al suelo, inconsciente, babeando, mientras salía humo desde la mitad de su rostro. Ahora portaba el emblema de Andrónico, quemado en su carne.

Andrónico se inclinó hacia adelante, miró hacia abajo al inconsciente McCloud y admiró la obra.

"Bienvenido al Imperio".

## CAPÍTULO DOS

Erec estaba parado en la cima de la colina, en el borde del bosque y vio al pequeño ejército acercarse, y su corazón enardeció. Había nacido para un día como éste. En algunas batallas, la línea era borrosa entre lo justo y lo injusto — pero no en este día. El Lord de Baluster había robado a su novia sin reparo, y había sido jactancioso y no sentía arrepentimiento. Se le había hecho consciente de su crimen, se le había sido dado la oportunidad de enmendar su error y se había negado a rectificarlo. Se había buscado su infortunio. Sus hombres debieron haber dejado las cosas así — sobre todo ahora que estaba muerto.

Pero ahí iban cabalgando, cientos de ellos, mercenarios a sueldo de ese Lord menor — todos empeñados en matar a Erec únicamente porque ese hombre les había pagado. Iban hacia él en su brillante armadura verde, y cuando se acercaron, soltaron un grito de guerra. Como si eso pudiera asustarlo.

Erec no tenía miedo. Había visto demasiadas batallas así. Si algo había aprendido en todos sus años de formación, era a nunca temer cuando luchaba del lado de los justos. Le habían enseñado que la justicia, no siempre prevalecer— pero le daba a su portador la fuerza de diez hombres.

No era miedo lo que Erec sintió cuando vio a cientos de hombres acercándose, sabiendo que probablemente moriría ese día. Era una expectativa. Le habían dado la oportunidad de morir en la forma más honorable, y eso era un regalo. Había hecho una promesa de gloria, y hoy, su promesa exigía el cumplimiento.

Erec sacó su espada y caminó hacia la ladera a pie, corriendo hacia el ejército mientras se dirigían hacia él. En este momento deseaba más que nunca tener a su fiel caballo, Warkfin, para acompañarlo en la batalla— pero tuvo una sensación de paz sabiendo que Warfkin llevaba a Alistair de regreso a Savaria, a la seguridad de la corte del Duque.

Mientras se acercaba a los soldados, a unos 15 metros de distancia, Erec tomó velocidad, corriendo hacia el caballero líder que estaba en el centro. Ellos no redujeron la velocidad, y tampoco él y se preparó para el enfrentamiento.

Erec sabía que tenía una ventaja: trescientos hombres no podían caber

físicamente lo suficientemente cerca para que todos atacaran a un hombre al mismo tiempo; él sabía de su entrenamiento que a lo sumo seis hombres a caballo podrían acercarse lo suficiente para atacar a un hombre a la vez. La manera en que Erec lo veía, eso significaba que sus posibilidades no eran trescientas en una — sino seis en una. Mientras pudiera acabar con los seis hombres delante de él en todo momento, tenía la oportunidad de ganar. Era sólo cuestión de si tenía la resistencia para lograrlo.

Mientras Erec bajaba por la colina, sacó de su cintura el arma que sabía que sería mejor: un mayal con una cadena de nueve metros de largo, en cuyo extremo había una bola con pinchos, de metal. Era un arma para poner una trampa en el camino — o para una situación justo como ésta.

Erec esperó hasta el último momento, hasta que el ejército no tuvo tiempo de reaccionar, luego giró el mayal por lo alto de la cabeza alta mayal y lo lanzó al otro lado del campo de batalla. Apuntó hacia un pequeño árbol, y la cadena con picos se extendió por el campo de batalla; mientras la pelota se envolvía alrededor de ella, Erec se enrolló y cayó al suelo, evitando las lanzas que estaban a punto de ser lanzadas hacia él, y sostuvo el mango con todas sus fuerzas.

Él lo tenía perfectamente calculado: no hubo tiempo para que el ejército reaccionara. Lo vieron en el último segundo y trataron de detener a sus caballos— pero iban demasiado rápido y no hubo tiempo.

Toda la línea del frente corrió hacia ella, la cadena con picos le cortó las patas a los caballos, haciendo que los jinetes cayeran de bruces hacia el suelo; los caballos cayeron encima de ellos. Docenas de ellos fueron aplastados en el caos.

Erec no tenía tiempo para estar orgulloso del daño que había hecho: otro flanco del ejército se dio vuelta y se dirigió hacia él con un grito de batalla, y Erec rodó a sus pies para enfrentarlos.

Mientras el caballero al mando levantaba una jabalina, Erec aprovechó la ventaja que tenía: él no tenía un caballo y no podía enfrentarse a esos hombres a su altura, pero ya que estaba abajo, le vendría bien hacer uso del suelo. Erec se lanzó al suelo repentinamente, enrollado, levantó su espada y cortó las patas del caballo del hombre. El caballo se desplomó y el soldado cayó de bruces antes de que tuviera oportunidad de soltar su arma.

Erec continuó rodando y logró evitar la estampida de las patas de los caballos alrededor de él, quienes tuvieron que separarse para evitar chocar con el caballo derribado. Muchos no lo lograron, tropezando con el animal

muerto y docenas de caballos más se estrellaron en el suelo, levantando una nube de polvo y provocando un estancamiento entre el ejército.

Era exactamente lo que Erec había esperado: polvo y confusión, docenas más cayendo al suelo.

Erec se puso de pie de un salto, levantó su espada y bloqueó una espada que iba a caer sobre su cabeza. Se giró y bloqueó una jabalina, después una lanza, luego un hacha. Se defendió de los golpes que le llovían desde todos los ángulos, pero sabía que no podría aguantar así mucho tiempo. Tenía que atacar si quería tener alguna oportunidad.

Erec rodó, se arrodilló y lanzó su espada como si se tratara de una lanza. Voló por el aire y llegó hasta el pecho de su atacante más cercano; sus ojos se abrieron de par en par y cayó de su caballo hacia un lado, muerto.

Erec aprovechó la oportunidad para saltar sobre el caballo del hombre, arrebatando el mayal de sus manos antes de que muriera. Era un buen mayal y Erec le había elegido por esa razón; tenía un mango plateado largo y adornado y una cadena de un metro veinte centímetros, con tres bolas con pinchos en la punta. Erec retrocedió y le dio vueltas por encima de la cabeza, golpeando las armas de las manos de varios oponentes a la vez; después volvió a darle vueltas y los derribó de sus caballos.

Erec observó el campo de batalla y vio que había hecho un daño considerable, derribando a casi un centenar de caballeros. Pero los otros, por lo menos doscientos de ellos, se estaban reagrupando y dirigiéndose hacia él — y estaban todos decididos.

Erec salió a enfrentarlos, era un hombre contra doscientos y elevó un gran grito de batalla, subiendo su mayal todavía más alto y orando a Dios para mantener su fuerza.

\*

Alistair lloraba mientras se sostenía de Warkfin con todas sus fuerzas; el caballo galopaba, llevándola por el conocido camino a Savaria. Ella había estado gritándole y pateando a la bestia todo el camino, tratando con todas sus fuerzas hacerlo dar la vuelta, para volver con Erec. Pero no le hizo caso. Ella nunca antes había encontrado un caballo como éste — obedecía inquebrantablemente al comando de su amo y no vacilaría. Claramente, tenía el objetivo de llevarla exactamente al lugar al que Erec le había ordenado — y ella finalmente se resignó al hecho de que no había nada que pudiera hacer al respecto.

Alistair tenía sentimientos encontrados mientras cabalgaba a través de las

puertas de la ciudad; ciudad en la que había vivido mucho tiempo como esclava. Por un lado, estaba familiarizada con el lugar — pero por otro lado, le traía recuerdos del mesonero que la había tiranizado, de todo lo malo que había en ese lugar. Tanto había esperado para seguir adelante, para irse de ahí con Erec y empezar una nueva vida con él. Aunque se sentía segura al pasar sus puertas, también sentía una premonición creciente acerca de Erec, quien estaba ahí solo, enfrentando a ese ejército. Solo de pensarlo, sentía náuseas.

Al darse cuenta de que Warkfin no se daría la vuelta, sabía que lo mejor que podía hacer era buscar ayuda para Erec. Erec le había pedido que se quedara aquí, dentro de la seguridad de esas puertas— pero eso sería lo último que ella haría. Después de todo, era hija de un rey, y no era de las que huían por miedo ni por confrontación. Erec había encontrado a su media naranja en ella: era tan noble y tan decidida, como él. Y no se perdonaría a sí misma si algo malo le pasaba a él allá.

Conociendo bien esta ciudad real, Alistair dirigió a Warkfin al castillo del Duque, y ahora que estaban dentro de las puertas, el animal escuchó. Ella cabalgó a la entrada del castillo, desmontó y corrió más allá de los asistentes quienes trataron de detenerla. Ignoró sus intentos por atraparla y corrió por los pasillos de mármol del corredor que conocía tan bien cuando fue sirvienta.

Alistair puso sus hombros en las grandes puertas reales hacia la sala de la cámara, las abrió y entró en la habitación privada del Duque.

Varios miembros del Consejo se volvieron para mirarla, todos vistiendo túnicas reales, el Duque estaba sentado en el centro, con varios caballeros a su alrededor. Todos tenían expresiones de asombro; ella había interrumpido claramente un asunto importante.

"¿Quién eres, mujer?", gritó uno.

"¿Quién se atreve a interrumpir los asuntos oficiales del Duque?", gritó otro.

"Reconozco a la mujer", dijo el Duque, poniéndose de pie.

"Yo también", dijo Brandt, a quien ella reconoció como amigo de Erec. "Es Alistair, ¿no?", preguntó él. "¿La nueva esposa de Erec?".

Ella corrió hacia él, llorando y lo tomó de las manos.

"Por favor, mi señor, ayúdame. ¡Se trata de Erec!".

"¿Qué ha ocurrido?", preguntó el Duque, alarmado.

"Está en grave peligro. ¡En este momento se enfrenta a un ejército hostil él solo! No me dejó quedarme. ¡Por favor! ¡Necesita ayuda!".

Sin decir una palabra, todos los caballeros se pusieron de pie de un salto y

comenzaron a correr desde el hall, ninguno de ellos vaciló; ella se volvió y corrió con ellos.

"¡Quédate aquí!", le exhortó Brandt. "¡Nunca!", dijo ella, corriendo detrás de él.

"¡Yo los conduciré hacia él!".

Todos corrieron como al unísono por los pasillos saliendo por las puertas del castillo y hacia un nutrido grupo de caballos en espera, cada uno montando el suyo sin dudarle un instante. Alistair saltó sobre Warkfin, lo pateó y fue al mando del grupo, como tantas ganas de irse, como el resto de ellos.

Mientras se dirigían hacia la corte del Duque, todos los soldados alrededor de ellos comenzaron a montar sus caballos y a unirse — y para cuando salieron de las puertas de Savaria, iban acompañados por un contingente grande y creciente de por lo menos cien hombres; Alistair montando al frente, al lado de Brandt y del Duque.

"Si Erec averigua que viajas con nosotros, será mi cabeza", dijo Brandt, montando a su lado. "Por favor, solamente dínos dónde está, mi lady".

Pero Alistair meneó la cabeza obstinadamente, limpiándose las lágrimas mientras cabalgaba con más fuerza, con un gran retumbo de todos esos hombres alrededor de ella.

"¡Prefiero ir a la tumba que abandonar a Erec!".

## CAPÍTULO TRES

Thor cabalgaba con cautela por el sendero del bosque; Reece, O'Connor, Elden y los gemelos iban a caballo junto a él, Krohn muy de cerca, mientras todos emergían del bosque al otro lado del Cañón. El corazón de Thor se aceleró con anticipación cuando finalmente llegaron al perímetro del espeso bosque. Levantó una mano, indicando a los demás guardar silencio, y todos se detuvieron junto a él.

Thor analizó la gran extensión de playa, de cielo abierto y más allá, el vasto mar amarillo que les llevaría a las lejanas tierras del Imperio. El Tartuvio. Thor no había visto sus aguas desde su viaje de Los Cien. Se sentía raro estar de vuelta otra vez— y esta vez, con una misión que tenía el destino del Anillo.

Después de cruzar el puente del Cañón, su corto recorrido por el bosque en la selva había sido sin incidentes. Thor había sido instruido por Kolk y por Brom para que buscara un pequeño barco anclado en las costas del Tartuvio, ocultado cuidadosamente bajo las ramas de un árbol inmenso que se cernía sobre el mar. Thor siguió sus instrucciones exactamente, y cuando llegaron al perímetro del bosque, vio la embarcación, bien escondida, lista para llevarlos a donde necesitaban ir. Se sintió aliviado.

Pero entonces vio a seis tropas del Imperio paradas en la arena ante el barco, inspeccionándola. Otro soldado había subido a bordo del barco, atracado parcialmente en la playa, balanceándose en el suave vaivén de las olas. Se suponía que no debería haber nadie ahí.

Era un golpe de mala suerte. Mientras Thor miraba más allá en el horizonte, vio el contorno distante de lo que parecía ser toda la flota del Imperio, miles de negros buques que enarbolaban las banderas negras del Imperio. Por suerte no navegaban hacia Thor, sino hacia una dirección diferente, hacia la ruta larga y circular, para llevarlos alrededor del Anillo, al lado de McCloud, donde habían traspasado el Cañón. Afortunadamente, su flota estaba absorta con ruta diferente.

Excepto por una patrulla. Esos seis soldados del Imperio, probablemente exploradores en una misión de rutina, de alguna manera debieron haberse topado con el barco de esta Legión. Fue inoportuno. Si Thor y los otros hubieran llegado a la orilla unos minutos antes, probablemente ya los habrían

abordado y sacado. Ahora, tenían un enfrentamiento en sus manos. No podían evitarlo.

Thor miró hacia arriba y hacia abajo, a la playa, y no vio a otros contingentes de tropas del Imperio. Al menos eso tenían a su favor. Probablemente era una patrulla solitaria.

"Pensé que el barco iba a estar bien oculto", dijo O'Connor.

"Al parecer no lo suficiente", comentó Elden.

Los seis estaban montados en sus caballos, mirando al barco y al grupo de soldados.

"No tardarán en avisar a otras tropas del Imperio", observó Conven.

"Y entonces tendremos una guerra total en nuestras manos", añadió Conval.

Thor sabía que tenían razón. Y no podrían arriesgarse a eso.

"O'Connor", dijo Thor, "eres el que mejor tino tiene del grupo. Te he visto dar en el blanco a quince metros de distancia. ¿Ver eso en la proa? Tenemos una oportunidad. ¿Puedes hacerlo?"

O'Connor asintió con la cabeza; con la mirada fija en los soldados del Imperio. Deliberadamente extendió la mano sobre su hombro, levantó su arco, colocó una flecha y la sostuvo, preparado.

Todos estaban mirando a Thor, y se sintió preparado para liderar.

"O'Connor, cuando dé la señal, dispara. Después atacaremos a los que están abajo. Todos los demás, usen sus armas de arrojar cuando nos acerquemos. Traten de acercarse lo más que puedan primero".

Thor hizo señas con la mano, y de repente, O'Connor soltó la cuerda.

La flecha voló por el aire con un ruido silbante, y fue un tiro perfecto; su punta metálica perforó el corazón del soldado del Imperio. El soldado estaba parado allí, sus ojos se abrieron de par en par por un momento, como si no entendiera lo que estaba ocurriendo; después, repentinamente extendió sus brazos ampliamente y cayó hacia adelante, de bruces, en una zambullida de cabeza, cayendo en la arena con un chapoteo a los pies de sus compañeros, manchando la arena de rojo.

Thor y los demás fueron al ataque, eran una máquina bien aceiteada, sincronizados unos con otros. El sonido de sus caballos galopando los delataron, y los otros seis soldados se volvieron y los enfrentaron. Los soldados montaron sus caballos y fueron al ataque, preparándose para reunirse con ellos al centro.

Thor y sus hombres todavía tenían la ventaja de la sorpresa. Thor estiró la mano hacia atrás y lanzó una piedra con su honda y golpeó a uno de ellos en la

sien, a dieciocho metros de distancia, mientras estaba a punto de montar su caballo. Cayó de éste, muerto, con las riendas todavía en sus manos.

Cuando ellos se acercaron, Reece lanzó su hacha, Elden su lanza y cada uno de los gemelos sus dagas. Las arenas eran irregulares y los caballos se resbalaban, haciendo que arrojar las armas fuera más difícil de lo habitual. El hacha de Reece encontró su marca, matando a uno de ellos, pero no le pegó a los demás.

Quedaban cuatro de ellos. El líder se separó del grupo, yendo directamente hacia Reece, que estaba desarmado; había lanzado su hacha pero no había tenido tiempo para sacar su espada todavía. Reece se preparó, y en el último segundo Krohn saltó hacia adelante, mordió al caballo del soldado en la pierna y el caballo se desplomó, su jinete cayó al suelo, salvándose Reece en el último momento.

Reece sacó su espada y apuñaló al soldado, matándolo antes de que él pudiera ponerse de pie.

Así quedaban tres. Uno de ellos vino por Elden con un hacha, balanceando por su cabeza; Elden la bloqueó con su escudo y con el mismo movimiento balanceó su espada y cortó el mango del hacha a la mitad. Elden entonces giró con su escudo y golpeó al atacante en un costado de la cabeza, derribándolo de su caballo.

Otro soldado tiró un mayal de su cintura e hizo pivotar su larga cadena; el extremo con picos de repente se dirigió hacia O'Connor. Ocurrió muy rápido, y no había tiempo para que O'Connor reaccionara.

Thor lo anticipó y fue hacia el costado de su amigo, levantando su espada y cortando la cadena del mayal, antes de golpear a O'Connor. Se escuchó el sonido de la espada cortando el hierro, Thor se sorprendió de lo afilada que era su espada nueva. La bola con pinchos salió volando sin causar daño al suelo y se alojó en la arena, salvando la vida de O'Connor. Después, Conval apuñaló al soldado con una lanza, matándolo.

El último soldado del Imperio vio que estaba en desventaja; con temor en sus ojos, se volvió de repente y se fue, corriendo por la orilla; las huellas de su caballo dejaban profundas marcas en la arena.

Todos ellos pusieron su mirada en el soldado que se retiraba. Thor lanzó una piedra con su honda, O'Connor tomó su arco y disparó y Reece arrojó una lanza. Pero el soldado cabalgó demasiado erráticamente, el caballo se sumergía en la arena, y todos fallaron.

Elden sacó su espada y Thor pudo ver que estaba a punto de ir tras él. Thor

tendió una mano y le hizo una señal para que se quedara quieto.

"¡No!", gritó Thor.

Elden se volvió y le miró.

"¡Si sobrevive, enviará a otros tras nosotros!", protestó Elden. Thor se dio vuelta y miró al barco y sabía que tomaría un tiempo valioso cazarlo — tiempo que no tenían. "El Imperio vendrá tras nosotros, pase lo que pase", dijo Thor.

"No tenemos tiempo que perder. Lo más importante ahora es que nos alejemos de aquí. ¡Al barco!".

Desmontaron mientras llegaban al barco y Thor metió la mano en su silla y comenzó a vaciar todas sus provisiones, mientras los demás hacían lo mismo, cargando las armas y sacos de comida y agua. Nadie sabía cuánto tiempo tomaría el viaje, cuánto tiempo pasaría hasta que volvieran a ver tierra — *si* volvían a verla alguna vez. Thor también llevó comida para Krohn.

Lanzaron los sacos por encima de la barandilla del barco; aterrizaron en la cubierta superior con un golpe seco.

Thor agarró la cuerda gruesa, anudada, que colgaba de un lado; la cuerda áspera que cortaba sus manos y la probó. Colocó a Krohn encima de su hombro, el peso de las dos ponía en prueba a sus músculos y subió hacia la cubierta. Krohn se quejó cerca de su oído, abrazando a su pecho con sus garras afiladas, aferrándose a él.

Pronto Thor estaba encima de la barandilla, Krohn saltando hacia la cubierta — y los demás los siguieron de cerca. Thor se inclinó y vio hacia abajo a los caballos en la playa, que miraban hacia arriba, como esperando una orden.

"¿Y qué pasará con ellos?", preguntó Reece, acercándose a su lado.

Thor se volvió y analizó el barco: tal vez medía seis metros de largo y la mitad de ancho. Era lo suficientemente grande para ellos siete, pero no para sus caballos. Si intentaban llevarlos, los caballos podrían pisotear la madera, dañar el barco. Tuvieron que abandonarlos.

"No tenemos elección", dijo Thor, mirándolos con nostalgia. "Tendremos que encontrar a otros nuevos".

O'Connor se inclinó sobre el riel.

"Son caballos inteligentes", dijo O'Connor. "Yo los entrené bien. Volverán a casa cuando se los ordene".

O'Connor silbó agudamente.

Al unísono, los caballos se dieron vuelta y escaparon, corriendo por la arena y desapareciendo en el bosque, dirigiéndose hacia el Anillo.

Thor se volvió y miró a sus hermanos, en el barco, al mar frente a ellos. Ahora quedaron varados, sin caballos, no tenían ninguna otra opción mas que seguir adelante. Empezaban a asimilar la realidad. Estaban verdaderamente solos, sin nada más que este barco, y a punto de irse de las costas del Anillo para siempre. Ya no había marcha atrás.

"¿Y cómo vamos a conseguir meter a este barco en el agua?", preguntó Conval, mientras todos miraban hacia abajo, a cuatro metros y medio del casco. Una pequeña parte de él estaba en el vaivén de las olas del Tartuvio, pero la mayoría estaba en la arena.

"¡Vengan aquí!", dijo Conven.

Se apresuraron hacia el otro lado, donde una gruesa cadena de hierro colgaba sobre el borde, en cuyo fondo estaba una bola de hierro inmensa, varada en la arena.

Conven se inclinó y tiró de la cadena. Gimió y luchó, pero no pudo levantarla.

"Es demasiado pesada", dijo gruñendo.

Conval y Thor se apresuraron y le ayudaron y mientras los tres agarraban la cadena y tiraban de ella, Thor se sorprendió por su peso: incluso con los tres de ellos jalando, solo podían levantarla unos centímetros. Finalmente, todos la soltaron, y cayó en la arena.

"Déjenme ayudar", dijo Elden, avanzando.

Con su enorme tamaño, Elden era más alto que ellos y se inclinó y tiró de la cadena y logró levantar la bola en el aire. Thor estaba asombrado. Los demás se pusieron de pie de un salto y jalaron al unísono, subiendo el ancla treinta centímetros a la vez y finalmente encima de la barandilla y sobre la cubierta.

El barco empezó a moverse, balanceándose un poco en las olas, pero permanecía varado en la arena.

"Las pértigas", dijo Reece. Thor se volvió y vio dos postes de madera, de casi seis metros de longitud, montados a los costados del barco y se dio cuenta de para qué servían.

Corrió hacia Reece y agarró uno, mientras Conval y Conven sujetaban el otro.

"¡Cuando salgamos", gritó Thor, "¡levanten las velas!".

Se inclinaron, clavaron los postes en la arena y empujaron con todas sus fuerzas; Thor gimió del esfuerzo. Lentamente, el barco comenzó a moverse,

sólo un poquito. Al mismo tiempo, Elden y O'Connor corrieron hacia el centro del barco y tiraron de las cuerdas para elevar las velas de la lona, elevándolas con esfuerzo, treinta centímetros a la vez. Afortunadamente había una fuerte brisa, y mientras Thor y los demás empujaban contra la costa, luchando con toda su fuerza para sacar a este pesado barco fuera de la arena, las velas se elevaron más y comenzaron a tomar vuelo.

Finalmente, el barco se sacudió debajo de ellos mientras se deslizaba en el agua, flotando, ingrávido; los hombros de Thor temblaban por el esfuerzo. Elden y O'Connor izaron las velas a todo mástil, y pronto estaban dejándose llevar hacia el mar.

Todos soltaron un grito de triunfo, mientras volvían a colocar los postes en su lugar y corrían a ayudar a Elden y a O'Connor a asegurar las cuerdas. Krohn chillaba junto a ellos, emocionado por todo.

El barco estaba a la deriva sin rumbo y Thor se apresuró al timón, O'Connor a su lado.

"¿Quieres tomar el timón?", preguntó Thor a O'Connor.

O'Connor sonrió ampliamente.

"Me encantaría".

Comenzaron a ganar velocidad, navegando por las aguas amarillas del Tartuvio, con el viento a sus espaldas. Finalmente estaban en movimiento, y Thor respiró profundamente. Ya habían salido.

Thor se dirigió a la proa, Reece iba junto a él, mientras Krohn apareció entre ellos y se reclinó en la pierna de Thor, mientras que Thor se agachaba y acariciaba su suave piel blanca. Krohn se reclinó y lamió a Thor; Thor buscó en un pequeño saco y sacó un pedazo de carne para Krohn, quien se la arrebató.

Thor miraba hacia el vasto mar delante de ellos. El horizonte lejano estaba salpicado de barcos negros del Imperio, seguramente rumbo al lado del Anillo de McCloud. Por suerte, ellos estaban distraídos y no podían estar al acecho de un barco solitario que se dirigía a su territorio. El cielo estaba claro, había un fuerte viento a sus espaldas, y continuaron ganando velocidad.

Thor miró y se preguntó qué había ante ellos. Se preguntó cuánto faltaba para llegar a tierras del Imperio, qué podría estar esperando para recibirlos. Se preguntó cómo encontrarían la espada, cómo terminaría todo esto. Sabía que las probabilidades estaban en contra de ellos, sin embargo, se sentía eufórico que finalmente en el viaje, emocionado de estar navegando, emocionado de que habían llegado hasta ahí, y ansioso de recuperar la

Espada.

"¿Qué pasa si no está allí?", preguntó Reece. Thor se volvió y le miró.

"La Espada", agregó Reece. "¿Qué pasará si no está ahí? ¿O si se ha perdido? ¿O destruido? ¿O si nunca la encontramos? El Imperio es vasto, después de todo".

"¿O qué pasará si el Imperio descubrió cómo blandirla?", preguntó Elden con su voz ronca, acercándose a ellos. "¿Qué pasará si la encontramos pero no podemos llevarla de regreso?", preguntó Conven.

El grupo se quedó ahí parado, oprimido por lo que les esperaba, por el mar de preguntas sin respuesta. Este viaje era una locura, Thor lo sabía.

Era una locura.

## CAPÍTULO CUATRO

Gareth caminaba por el enlosado del estudio de su padre — una pequeña cámara en el piso superior del castillo que su padre quería tanto — y, poco a poco, lo hizo pedazos.

Gareth revisó de librero en librero, tirando abajo volúmenes valiosos, libros de cuero antiguo que habían estado en la familia durante siglos, rompiendo el encuadernado y haciendo pedacitos las hojas. Mientras los lanzaba en al aire, caían encima de su cabeza como copos de nieve, aferrándose a su cuerpo y a la baba corriendo por sus mejillas. Estaba determinado a destruir hasta la última cosa en este lugar que su padre había amado, un libro a la vez.

Gareth se apuró a la mesa de la esquina, tomó lo que quedaba de su pipa de opio y con las manos temblorosas chupó con fuerza, necesitando el golpe más que nunca. Era adicto, lo fumaba a cada minuto que podía, decidido a bloquear las imágenes de su padre que lo perseguía en sus sueños, e incluso ahora, cuando estaba despierto.

Como Gareth baje el tubo, vio a su padre antes que él, de pie, un cadáver en descomposición. Cada vez que el cadáver estaba más deteriorado, con más esqueleto que carne; Gareth se alejaba de la horrible vista.

Gareth utilizado para intentar atacar la imagen — pero había aprendido que no sirvió. Así que ahora volteaba su cabeza, constantemente, siempre mirando a lo lejos. Siempre era lo mismo: su padre llevaba una corona oxidada, tenía la boca abierta, sus ojos lo miraban con desprecio, extendiendo un solo dedo, apuntándole acusatoriamente. En esa mirada terrible, Gareth sentía que sus días estaban contados, sentía que era sólo cuestión de tiempo para reunirse con él. Odiaba verlo, más que a otra cosa. Si hubiera habido algo que pudiera salvarlo por haber asesinado a su padre, sería que no necesitaba volver a ver su cara. Pero ahora, irónicamente, lo veía más que nunca.

Gareth dio la vuelta y lanzó la pipa de opio a la aparición, con la esperanza de que si lo tiraba rápidamente, en realidad podría golpearlo.

Pero la pipa solamente voló por el aire y se estrelló contra la pared, rompiéndose. Su padre aún estaba ahí parado y lo miró.

"Esas drogas no van a ayudarte ahora", le regañó su padre.

Gareth no podía aguantar más. Se dirigió hacia la aparición, con las manos

extendidas, arremetiéndolo para rasguñar el rostro de su padre; pero como siempre, navegó solamente a través del aire, y esta vez fue dando tumbos por toda la habitación y aterrizó con fuerza en el escritorio de madera de su padre, haciendo que se estrellara en el suelo junto con él.

Gareth rodó en el suelo, sin aliento y miró hacia arriba y vio que se había cortado el brazo. Estaba goteando sangre en su camisa, y miró hacia abajo y notó que aún llevaba la camiseta con la que había dormido durante varios días; de hecho, no se había cambiado desde hacía varias semanas. Se miró en un reflejo de sí mismo y vio que su pelo era salvaje; se veía como un rufián común. Una parte de él apenas podía creer que había caído tan bajo. Pero a otra parte de él, ya no le importaba. Lo único que quedaba dentro de él, era un ardiente deseo de destruir — destruir cualquier vestigio de su padre que alguna vez hubiera existido. Le gustaría arrasar con este castillo y a la Corte del Rey con él. Sería la venganza por el tratamiento que recibió cuando era niño. No podía olvidar esos recuerdos, como si fueran una espina que no podía quitarse.

La puerta al estudio de su padre estaba bien abierta y entró uno de los asistentes de Gareth, con una mirada de miedo.

"Mi señor", dijo el asistente. "Escuché un estrépito. ¿Se encuentra bien? Mi señor, ¡está sangrando!".

Gareth miró al muchacho con odio. Gareth trató de ponerse de pie para arremeter contra él, pero resbaló con algo y cayó al suelo, desorientado por el último golpe de opio.

"Mi señor, ¡yo le ayudaré!".

El chico se abalanzó y agarró el brazo de Gareth, que era demasiado delgado, apenas carne y hueso.

Pero Gareth todavía tenía una reserva de fuerza y cuando el chico tocó su brazo, él lo empujó, haciéndolo volar a través de la habitación.

"Si vuelves a tocarme otra vez, te cortaré las manos", dijo Gareth furioso.

El chico se retiró con miedo, y al hacerlo, otro asistente entró en la sala, acompañada por un hombre mayor, a quien Gareth vagamente reconoció. En algún lugar de su mente lo conocía — pero no podía ubicarlo.

"Mi señor", dijo una voz áspera, de alguien mayor, "hemos estado esperándolo en la Sala del Consejo desde hace medio día. Los miembros del Consejo no pueden esperar más. Tienen noticias urgentes y deben compartirlas con usted antes de que el día termine. ¿Quiere venir?".

Gareth entrecerró los ojos hacia el hombre, tratando de reconocerlo.

Vagamente recordaba que le había servido a su padre. La Sala del Consejo... La reunión... Todo se arremolinaba en su mente.

"¿Quién eres tú?", preguntó Gareth.

"Mi señor, soy Aberthol. El asesor confiable de su padre", dijo, acercándose.

Poco a poco iba recordando. Aberthol. El Consejo. La reunión. La mente de Gareth giraba, su cabeza le dolía mucho. Solo quería estar solo.

"Déjame", dijo. "Iré".

Aberthol asintió y salió apresuradamente de la habitación con el asistente, cerrando la puerta detrás de ellos.

Gareth se arrodilló, con la cabeza en sus manos, tratando de pensar, de recordar. Era demasiado. Empezó a recordar poco a poco. El escudo estaba abajo; el Imperio estaba atacando; la mitad de la corte se había ido; su hermana iba al mando de ellos; iban a Silesia... Gwendolyn... Eso era todo. Eso fue lo que él había estado tratando de recordar.

A Gwendolyn. Le odiaba tanto que no podría describirlo. Ahora más que nunca, quería matarla. Necesitaba matarla. Todos sus problemas en este mundo — eran por culpa de ella. Encontraría una manera de vengarse de ella, incluso si tenía que morir intentándolo. Y mataría a sus otros hermanos a continuación.

Gareth comenzó a sentirse mejor al pensar en ello.

Con un esfuerzo supremo, luchó por ponerse de pie y tropezó a través de la habitación, derribando una mesa al hacerlo. Mientras se acercaba a la puerta, vio un busto de alabastro de su padre, una escultura que su padre quería, y él se agachó, lo agarró por la cabeza y lo arrojó a la pared.

Se rompió en mil pedazos y por primera vez en ese día, Gareth sonrió. Tal vez este día no sería tan malo, después de todo.

\*

Gareth se fue pavoneando hacia la Sala de Consejo flanqueado por varios asistentes, abriendo de un portazo las enormes puertas de roble con la mano, haciendo que todos los que abarrotaban la sala saltaran ante su presencia. Todos se pusieron rápidamente en posición de firmes.

Aunque normalmente esto le daría a Gareth cierta satisfacción, en este día, no le importaba. Se sentía atormentado por el fantasma de su padre y lleno de rabia porque su hermana se había ido. Sus emociones se arremolinaban dentro de él, y tenía que desquitarse con el mundo.

Gareth tropezó a través del gran salón por la bruma causada por el opio, caminando por el centro del pasillo hacia su trono; docenas de concejales

estaban parados a un costado, mientras él pasaba. Su corte había crecido y hoy la energía era frenética, mientras más y más personas parecían llegar con la noticia de la salida de la mitad de la Corte del Rey y del escudo que estaba abajo. Era como si quienes seguían estando en la Corte del Rey estuvieran entrando buscando respuestas.

Y por supuesto, Gareth no tenía ninguna.

Mientras Gareth iba pavoneándose por la escalera de marfil hacia el trono de su padre, vio, esperando pacientemente detrás de él, a Lord Kultin, el líder mercenario de su fuerza de combate privada, el último hombre que quedaba en la Corte en quien podía confiar. Junto a él estaban parados docenas de sus combatientes, estaban ahí, en silencio, con las manos sobre sus espadas, dispuestos a luchar hasta la muerte por Gareth. Era lo único que quedaba que reconfortaba a Gareth.

Gareth se sentó en su trono y analizó el salón. Había tantas caras, reconoció a algunos pero a muchos otros no. No confiaba en ninguno de ellos. Cada día depuraba a más gente de su Corte; ya había enviado a muchos a los calabozos y aún más con el verdugo. No pasaba un día sin matar al menos a un puñado de hombres. Pensaba que era buena política: mantenía a los hombres en estado de alerta e impedía la formación de un golpe de estado.

Todos en la sala estaban callados, mirándolo aturdidos. Todos estaban aterrorizados para hablar. Que era exactamente lo que él quería. Nada le emocionaba más que infundir miedo en sus súbditos.

Finalmente, Aberthol dio un paso adelante, su bastón haciendo eco en la piedra y aclaró su garganta.

"Mi señor", comenzó a decir, con su voz de viejo, "nos encontramos en un momento de gran confusión en la Corte del Rey. No sé todavía qué noticias le han llegado: el Escudo está desactivado; Gwendolyn dejó la Corte del Rey y se ha llevado a Kolk, Brom, Kendrick, Atme, Los Plateados, La Legión y a la mitad de su ejército — junto con la mitad de la Corte del Rey. -Los que permanecen aquí esperan su orientación, y saber cuál será nuestro próximo paso. La gente quiere respuestas, mi señor".

"Lo que es más", dijo otro miembro del Consejo que Gareth apenas reconocía, "se ha difundido el rumor de que el Cañón ya ha sido violado. Dicen que Andrónico ha invadido el lado McCloud del Anillo con su ejército de un millón de hombres".

Un resuello de asombro e indignación se extendió por toda la sala; docenas de valientes guerreros susurraban entre ellos, llenos de miedo y un estado de

pánico se propagó como reguero de pólvora.

"¡No puede ser verdad!", exclamó uno de los soldados.

"¡Lo es!", insistió el miembro del Consejo.

"¡Entonces toda esperanza está perdida!", gritó otro soldado. "Si invadieron a los McCloud, el Imperio vendrá a la Corte del Rey a continuación. Es imposible que podamos mantenerlos alejados".

"Debemos discutir los términos de rendición, mi señor", dijo Aberthol a Gareth.

"¿De rendición?!", gritó otro hombre. "¡Nos no rendiremos jamás!".

"Si no lo hacemos", gritó otro soldado, "nos aplastarán. ¿Cómo nos enfrentaremos a un millón de hombres?".

La sala estalló en un murmullo de indignación, los soldados y los consejeros discutiendo unos con otros, en completo desorden.

El líder del Consejo golpeó su vara de hierro en el suelo de piedra y gritó: "¡ORDEN!".

Poco a poco, la sala quedó en silencio. Todos los hombres se volvieron y lo miraron.

"Todas esas son decisiones para un rey, no para nosotros", dijo uno de los hombres del Consejo. "Gareth es el rey legítimo, y no tenemos que discutir los términos de rendición — o si debemos entregarnos".

Todos voltearon a ver a Gareth.

"Mi señor", dijo Aberthol, con cansancio en su voz, "¿cómo propone que nos ocupemos de ejército del Imperio?".

Hubo un silencio sepulcral en la sala.

Gareth estaba ahí sentado, mirando a los hombres, queriendo responder. Pero le era más y más difícil mantener sus pensamientos claros. Él seguía oyendo la voz de su padre en su cabeza, gritándole, como cuando era un niño. Lo estaba volviendo loco, y la voz no se iba.

Gareth extendió la mano y arañó el brazo de madera del trono, una y otra vez. El sonido de las uñas arañando, era el único sonido en la sala.

Los miembros del Consejo intercambiaron una mirada de preocupación.

"Mi señor", dijo otro concejal, "si elige no rendirse, entonces debemos fortalecer la Corte del Rey de inmediato. Debemos asegurar todas las entradas, todos los caminos, todas las puertas. Debemos llamar a todos los soldados, preparar las defensas. Debemos prepararnos para un ataque, racionar los alimentos, proteger a nuestros ciudadanos. Hay mucho que hacer. Por favor, mi señor. Denos la orden. Díganos qué hacer".

Una vez más la sala se quedó en silencio, ´mientras todas las miradas estaban fijas en Gareth.

Finalmente, Gareth levantó la barbilla y miró.

"No lucharemos contra el Imperio", declaró. "Ni nos rendiremos".

Todos en la sala miraron unos a otros, confundidos.

"¿Entonces qué hacemos, señor?", preguntó Aberthol.

Gareth aclaró su garganta.

"¡Mataremos a Gwendolyn!", declaró. "Eso es lo que importa ahora".

A continuación hubo un silencio de sorpresa.

"¿A Gwendolyn?", gritó un concejal, sorprendido, mientras en la sala estallaba otro murmullo de confusión.

"Enviaremos a todos nuestros ejércitos tras ella, para masacrarla y a aquellos que van con ella, antes de que lleguen a Silesia", anunció Gareth.

"Pero mi señor, ¿en qué nos va a ayudar eso?", gritó un concejal. "Si nos aventuramos a atacarla, dejará expuestos a nuestros ejércitos. Todos serían rodeados y masacrados por el Imperio".

"¡También dejaría abierta a la Corte del Rey para un ataque!", gritó otro. "Si no vamos a rendirnos, debemos fortalecer la Corte del Rey de inmediato!".

Un grupo de hombres gritó, estando de acuerdo con eso.

Gareth dio vuelta y miró al concejal, con su mirada fría.

"¡Vamos a utilizar a todos los hombres que tenemos para matar a mi hermana!", dijo sombríamente. "¡No escatimaremos a ninguno!".

La sala quedó en silencio mientras un concejal jaló su silla hacia atrás, raspándola contra la piedra y se levantó.

"No veré a la Corte del Rey arruinada por su obsesión personal. ¡Por mi parte, no estoy con usted!".

"¡Ni yo!", repitió la mitad de los hombres en la sala.

Gareth se sintió lleno de rabia y estaba a punto de ponerse de pie cuando de repente las puertas de la cámara se abrieron de golpe y entró corriendo el comandante lo que quedaba del ejército. Todas las miradas estaban sobre él. Arrastró a un hombre de los brazos, un malhechor con cabello graso, sin afeitar, atado de las muñecas. Arrastró al hombre hacia el centro de la habitación y se detuvo ante el rey.

"Mi señor", dijo el comandante fríamente. "De los seis ladrones ejecutados por el robo de la Espada del Destino, este hombre era el séptimo, quien escapó. Está contando una historia de lo más increíble acerca de lo que pasó.

"¡Habla!", ordenó el comandante, sacudiendo al malhechor.

El rufián miraba nerviosamente en todas direcciones; su cabello graso colgaba sobre sus mejillas, pareciendo inseguro. Finalmente, gritó:

"¡Nos ordenaron robar la espada!".

La sala estalló en un murmullo de indignación.

"¡Éramos diecinueve!", continuó diciendo el malhechor. "Una docena iba a llevársela, al amparo de la oscuridad, por el puente del Cañón y hacia la selva. La escondieron en una carreta y se la llevaron a través del puente para que así los soldados haciendo guardia no tuvieran idea lo que había dentro. A los demás, a nosotros siete, se nos ordenó alejarnos después del robo. Nos dijeron que nos encarcelarían, como un espectáculo y luego nos dejarían libres. Pero en lugar de eso, mis amigos fueron todos ejecutados. A mí también me habrían matado, si no hubiera escapado".

La sala estalló en un largo y agitado murmullo.

"¿Y a dónde estaban llevando la espada?", preguntó presionando el comandante.

"No lo sé. A algún lugar dentro del Imperio".

"¿Y quién ordenó tal cosa?".

"¡Él!", dijo el malhechor, girando de repente y apuntando con un dedo huesudo hacia Gareth. "¡Nuestro rey! ¡Él nos ordenó hacerlo!".

La sala estalló en un murmullo horrorizado, había gritos, hasta que finalmente un concejal golpeó varias veces su vara de hierro y gritó pidiendo silencio.

A duras penas hubo silencio en la sala.

Gareth, temblando de miedo y de rabia, se levantó lentamente de su trono, y el salón quedó en silencio, con las miradas fijas en él.

Dando un paso a la vez, Gareth bajó las escaleras de marfil, sus pasos hacían eco en el silencio, tan espeso que podría cortarse con un cuchillo.

Cruzó la sala, hasta que finalmente se acercó al malhechor. Lo miró con frialdad, estaba a treinta centímetros de distancia; el hombre se retorció en el brazo del comandante, mirando a todos lados, menos a él.

"Los ladrones y los mentirosos se tratan sólo de una manera en mi reino", dijo Gareth suavemente.

Gareth de repente sacó un puñal de su cintura y lo hundió en el corazón del malhechor.

El hombre gritó de dolor, con sus ojos saltones; de repente se desplomó en el suelo, muerto.

El comandante miró a Gareth, con el ceño fruncido hacia él.

"Acaba de matar a un testigo en su contra", dijo el comandante. "¿No se da cuenta de que eso sólo sirve para insinuar más su culpabilidad?"

"¿Qué testigo?", preguntó Gareth, sonriendo. "Los muertos no hablan".  
El comandante enrojeció.

"No olvide que soy comandante de la mitad del ejército del rey. No me tomará por tonto. Por sus acciones, sólo puedo suponer que es culpable del delito del que lo acusó. Por lo tanto, mi ejército y yo ya no le serviremos más. De hecho, me lo llevaré en custodia, por traición al Anillo".

El comandante hizo una señal con la cabeza a sus hombres, y al unísono, varias docenas de soldados sacaron sus espadas y se acercaron para arrestar a Gareth.

El Lord Kultin se acercó con dos veces más el número de sus hombres, sacando sus espadas y caminando detrás de Gareth.

Estaban parados allí, frente a frente con los soldados del comandante; Gareth en el medio.

Gareth sonrió triunfante al comandante. Sus hombres eran superados en número por la fuerza de combate de Gareth, y él lo sabía.

"Nadie me llevará en custodia", se mofó Gareth. "Y ciertamente no por tu mano. Toma a tus hombres y sal de mi Corte — o enfrentarás la ira de mi fuerza de combate personal".

Después de varios segundos de tensión, el comandante finalmente dio vuelta e hizo un gesto a sus hombres, y al unísono, todos ellos se retiraron, caminando con cautela hacia atrás de la habitación, con las espadas desenvainadas.

"De hoy en adelante", dijo el comandante, "¡sepa que ya no le serviremos! Se enfrentará al ejército del Imperio por su cuenta. Espero que lo traten bien. ¡Mejor de lo que usted trató a su padre!".

Todos los soldados salieron furiosos de la habitación, con un gran ruido de las armaduras.

Las docenas de concejales y asistentes y nobles que se quedaron, estaban callados, susurrando.

"¡Déjenme!", gritó Gareth. "¡TODOS USTEDES!".

Toda la gente que quedaba en el salón, salió rápidamente, incluyendo la fuerza de combate personal de Gareth.

Sólo quedaba una persona, detrás de los demás.

El Lord Kultin.

Sólo él y Gareth estaban en la habitación. Se acercó a Gareth, deteniéndose

a unos metros de distancia y lo miró, como analizándolo. Como de costumbre, su cara era inexpresiva. Era el verdadero rostro de un mercenario.

"No me importa lo que hizo o por qué", comenzó a decir, con su voz áspera y sombría. "No me importa la política. Soy un combatiente. Sólo me importa el dinero que me paga a mí y a mis hombres".

Hizo una pausa.

"Sin embargo, me gustaría saber, por mi propia satisfacción personal: ¿realmente le ordenó a esos hombres llevarse la espada?".

Gareth miró al hombre. Había algo en su mirada que reconocía de sí mismo: era fría, sin remordimientos, oportunista.

"¿Y qué si lo hice?", preguntó Gareth.

El Lord Kultin lo miró durante mucho tiempo.

"¿Pero por qué?", preguntó él.

Gareth también lo miró, en silencio.

Los ojos de Kultin se abrieron de par en par, en reconocimiento.

"¿Usted no pudo blandirla, así que nadie podría hacerlo?", preguntó Kultin. "¿Es eso?". Consideró las implicaciones. "Sin embargo, aún así", agregó Kultin, "seguramente sabía que enviarla lejos desactivaría el escudo, nos haría vulnerables a un ataque".

Kultin abrió más los ojos.

"Querías que nos atacaran, ¿no? Algo en dentro de ti quiere que la Corte del Rey sea destruida", dijo, dándose cuenta de ello repentinamente.

Gareth sonrió.

"No todos los lugares", dijo Gareth lentamente, "están destinados a durar para siempre".

## CAPÍTULO CINCO

Gwendolyn cabalgaba con el enorme séquito de soldados, consejeros, asistentes, concejales, Los Plateados, La Legión y la mitad de la Corte del Rey, mientras iban en camino — a una ciudad enorme —lejos de la Corte del Rey. Gwen se sentía abrumada por la emoción. Por un lado, estaba encantada de ser liberarse finalmente de su hermano Gareth, de estar lejos de su alcance, rodeada de guerreros de confianza que podían protegerla, sin temor a ser traicionada o de casarse con cualquiera. Finalmente, no tendría que cuidarse la espalda en todo momento de miedo de uno de sus asesinos.

Gwen también se sentía inspirada y honrada de ser elegida para gobernar, de ir al mando de este gran contingente de personas. El enorme séquito la seguía como si fuera una especie de profeta, todos marchando en el camino interminable hacia Silesia. La veían como su gobernante — lo podía ver en sus miradas — y la veían con expectación. Se sintió culpable, queriendo que uno de sus hermanos tuviera honor — cualquiera, menos ella. Sin embargo veía cuánta esperanza le daba a la gente en tener a una lideresa justa y equitativa, y eso la hacía feliz. Si ella pudiera cumplir ese papel para ellos, especialmente en estos tiempos sombríos, lo haría.

Gwen pensó en Thor, en su triste despedida en el Cañón, y eso rompió su corazón; lo vio desaparecer, cruzando el puente del Cañón hacia la niebla, en un viaje que casi seguramente conduciría a su muerte. Era una valiente y noble misión — que no podía negarle — que sabía que debía hacer por el bien del Reino, por el bien del Anillo. Sin embargo también se preguntaba por qué tenía que ser él. Ella deseaba que pudiera ser otra persona. Ahora, más que nunca, ella lo quería a su lado. En esta época de confusión, de gran transición, en que ella se había quedado sola para gobernar, para tener a su hijo, quería que él estuviera ahí. Más que nada, estaba preocupada por él. Ella no podía imaginar la vida sin él; la simple idea la hacía llorar.

Pero Gwen respiró profundamente y permaneció fuerte, sabiendo que todas las miradas estaban sobre ella mientras marchaban, una interminable caravana en este camino polvoriento, yendo hacia el norte, hacia la lejana Silesia.

Gwen también se sentía perpleja, desgarrada por su patria. Ella apenas podía entender que el Escudo se hubiera desactivado, que el Cañón hubiera sido violado. Habían estado circulando rumores de espías lejanos, de que

Andrónico había llegado a las costas de McCloud. Ella no estaba segura de qué creer. Le costaba trabajo entender que hubiera pasado tan rápidamente — después de todo, Andrónico todavía tendría que enviar a toda su flota a través del océano. A menos que de alguna manera McCloud hubiera estado detrás del robo de la espada y hubiera orquestado la desactivación del Escudo. Pero, ¿cómo? ¿Cómo había conseguido robarla? ¿A dónde se la llevaba?

Gwen podía sentir lo abatidos que se sentían todos alrededor de ella, y no podía culparlos. Había un aire de desánimo entre la multitud y por buenas razones; sin el Escudo, estaban todos indefensos. Era sólo cuestión de tiempo — si no es que hoy mismo, mañana o pasado mañana — que Andrónico invadiría. Y cuando lo hiciera, no habría forma que podrían contener a sus hombres. Este lugar, todo lo que había amado y querido desde niña, pronto podría ser conquistado y morirían todos a los que ella amaba.

Mientras marchaban, era como si fueron hacia su muerte. Andrónico todavía no estaba aquí, pero se sentía como si ya hubieran sido capturados. Recordó algo que su padre dijo una vez: conquista el corazón de un ejército y la batalla ya está ganada.

Gwen sabía que dependía de ella inspirarlos a todos, hacer que sintieran seguridad —de alguna manera, incluso, de optimismo. Ella estaba decidida a hacerlo. No podía dejar que sus temores personales o sensación de pesimismo, le superara en un momento como éste. Y se negó a permitirse regodearse en la autocompasión. Esto ya no se trataba sólo de ella. Se trataba de estas personas, de sus vidas, de sus familias. Le necesitaban. Todos buscaban su ayuda.

Gwen pensó en su padre y se preguntó qué haría él. Sonrió al pensar en él. Habría puesto cara de valiente, pasara lo que pasara. Siempre le había dicho que ocultara el miedo con bravatas, y al pensar en la vida de él, nunca había parecido tener miedo. Ni una vez. Quizás era sólo pose; pero fingía muy bien. Como líder, había sabido que estaba expuesto todo el tiempo, sabía que era el espectáculo que la gente necesita, tal vez incluso más que el liderazgo. Él era demasiado generoso para entregarse a sus miedos. Ella podría aprender de su ejemplo. Ella tampoco lo haría.

Gwen miró a su alrededor y vio a Godfrey marchando junto a ella y junto a él iba Illepra, la curandera; ellos dos iban conversando, y ella se dio cuenta de que los dos parecían gustarse cada vez más, desde que Illepra le había salvado la vida. Gwen anhelaba que sus otros hermanos también estuvieran ahí. Pero Reece se había ido con Thor, Gareth por supuesto había desaparecido de su

vida para siempre, y Kendrick seguía en algún lugar en el Este, ayudando todavía a reconstruir ese pueblo lejano. Había enviado un mensajero por él — había sido la primera cosa que había hecho — y oró para que le llegara a tiempo para recuperarlo, traerlo a Silesia para estar con ella y ayudar a defenderlo. Al menos, entonces, dos de sus hermanos — Kendrick y Godfrey — podrían refugiarse en Silesia con ella; eso los representaba a ellos. Excepto, por supuesto, su hermana mayor, Luanda.

Por primera vez en mucho tiempo, Gwen pensaba en Luanda. Siempre había tenido una amarga rivalidad con su hermana mayor; no le había sorprendido a Gwen en lo más mínimo que Luanda hubiera aprovechado la primera oportunidad que tuvo para huir de la Corte del Rey y casarse con ese McCloud. Luanda siempre había sido ambiciosa y siempre había querido ser la primera. Gwendolyn la había amado y la había admirado cuando era joven; pero Luanda, siempre competitiva, no había correspondido a su amor. Y después de un tiempo, Gwen había dejado de intentarlo.

Sin embargo ahora Gwen se sentía mal por ella; se preguntaba qué habría sido de ella, ya que los McCloud habían sido invadidos por Andrónico. ¿La asesinarían? Gwen se estremeció ante la idea. Eran rivales, pero al final del día, seguían siendo hermanas y ella no quería verla muerta antes de tiempo.

Gwen pensó en su madre, la otra única persona de su familia que se quedó allá, varada en la Corte del Rey, con Gareth, incluso en su estado. Pensar en ello la hizo estremecer. A pesar de toda la rabia que aún le tenía a su madre, Gwen no quería que terminara como lo hizo ella. ¿Qué pasaría si la Corte del Rey fuera invadida? ¿Su madre sería asesinada?

Gwen no pudo evitar sentir como si su vida cuidadosamente construida se estuviera colapsando alrededor de ella. Parecía que fue ayer que estaban en pleno verano, que era la boda de Luanda, que había una gloriosa fiesta, que la Corte del Rey estaba llena de abundancia, que ella y su familia estaban todos juntos, celebrando — y que el Anillo era inexpugnable. Parecía como si fuera a durar para siempre.

Ahora todo se había hecho pedazos. Nada era como había sido.

Había una fría brisa de otoño, y Gwen puso su suéter de lana azul, firmemente sobre sus hombros. El otoño había sido demasiado corto este año; ya se acercaba el invierno. Ella podía sentir la brisa helada, cada vez más fuerte, con humedad, mientras se dirigían más al norte a lo largo del Cañón. El cielo se estaba oscureciendo antes y el aire estaba lleno de un nuevo sonido — el graznido de las aves de invierno, los buitres rojos y negros que daban

vueltas por lo bajo cuando la temperatura disminuía. Graznaban incesantemente, y el sonido a veces era irritante para Gwen. Era como el sonido de la muerte que se acercaba.

Desde que se despidieron de Thor, se habían marchado por el Cañón, siguiendo hacia el norte, sabiendo que les llevaría a la ciudad más occidental de la parte occidental del Anillo — Silesia. Al marchar, la neblina inquietante del Cañón salía en ondas, aferrándose a los tobillos de Gwen.

"No estamos lejos ahora, mi lady", dijo una voz.

Gwen vio a Srog al otro lado de ella, vestido con la armadura roja distintiva de Silesia y flanqueado por varios de sus guerreros, todos usando su cota de malla roja y botas. Gwen había sido tocada por la bondad de Srog hacia ella, por su lealtad a la memoria de su padre, por su ofrecimiento de Silesia como refugio. No sabía qué habría hecho ella y toda esta gente, si no fuera así. Incluso ahora, seguirían estando en la Corte del Rey, a merced de la traición de Gareth.

Srog era uno de los lores más honorables que había conocido ella. Con miles de soldados a su disposición, con su control de la famosa fortaleza de Occidente, Srog no había necesitado rendir homenaje a nadie. Pero rindió homenaje al padre de ella. Siempre había sido un poder equilibrio de poder discreto. En los tiempos del padre de su padre, Silesia había necesitado a la Corte del Rey; en el tiempo de su padre, no tanto; y en el tiempo de ella, nada en absoluto. De hecho, con la desactivación del Escudo y el caos en la Corte del Rey, ellos eran los que necesitaban a Silesia.

Por supuesto, Los Plateados y La Legión eran los mejores guerreros que existían — como las miles de tropas que acompañaban a Gwen, que abarcaban la mitad del ejército del rey. Sin embargo, Srog, como la mayoría de los lores, pudo simplemente haber cerrado sus puertas y cuidado de su gente.

En cambio, él había buscado a Gwen, había sido leal con ella, y había insistido en ser anfitrión de todos ellos. Había sido un acto de bondad que Gwen había decidida de alguna manera, algún día, retribuirle. Eso si es que todos sobrevivían.

"No tienes que preocuparte", respondió ella con suavidad, poniendo una mano sobre la muñeca de él. "Marcharíamos hasta los confines de la Tierra para entrar en tu ciudad. Somo muy afortunadas de tener tu amabilidad en este difícil momento".

Srog sonrió. Un guerrero de mediana edad con demasiadas arrugas en su cara debido a los combates, con cabello rojo acastañado, un submaxilar fuerte

y sin barba, Srog era un hombre de verdad, no sólo un Lord, sino un verdadero guerrero.

"Por su padre, caminaría a través del fuego", respondió. "No tiene nada que agradecer. Es un gran honor poder saldar mi deuda con él sirviendo a su hija. Después de todo, fue su deseo que usted gobernara. Así que cuando hago algo por usted, le correspondo a él".

Cerca de Gwen también marchaban Kolk y Brom, y detrás de todos ellos estaba el sonido constante de las miles de espuelas, de espadas tintineando en sus vainas, de escudos chocando contra la armadura. Era una gran cacofonía de ruidos, yendo cada vez más y más lejos hacia el norte a lo largo del borde del Cañón.

"Mi lady", dijo Kolk: "Me siento agobiado por la culpa. No debimos haber dejado a Thor, Reece, y a los demás ir solos al Imperio. Debimos habernos ofrecido más de nosotros para acompañarlos. Me costará la cabeza si le pasara algo a ellos".

"Fue la misión que ellos eligieron", respondió Gwen. "Era una misión de honor. Quien tenía que irse, se fue. La culpabilidad no sirve de nada".

"¿Y qué sucederá si no regresan a tiempo con la Espada?", preguntó Srog. "No falta mucho para que el ejército de Andrónico aparezca en nuestras puertas".

"Entonces nos opondremos", dijo Gwen confiadamente, poniendo todo el coraje en su voz como pudo, con la esperanza de hacer que los demás se relajaran. Se dio cuenta de que los otros generales se dieron vuelta y la miraron.

"Defenderemos hasta el último golpe", añadió ella. "No habrá retirada, no nos rendiremos".

Sintió que los generales estaban impresionados. Ella quedó impresionada por su propia voz, por la fuerza que surgía dentro de ella, sorprendiéndola incluso a ella. Era la fuerza de su padre, de siete generaciones de reyes MacGil.

Mientras seguían avanzando, el camino se curvaba bruscamente a la izquierda, y mientras Gwen daba la vuelta a la esquina, se detuvo de golpe, sin aliento ante lo que vio.

Silesia.

Gwen recordó que su padre la traía de viaje aquí, cuando era una niña. Era un lugar que recordaba en sus sueños desde entonces, un lugar que había sido mágico para ella. Ahora, al mirarlo siendo adulta, todavía seguía dejándola

sin aliento.

Silesia era la ciudad más inusual que Gwen había visto. Todos los edificios, todas las fortificaciones, toda la piedra — todo fue construido de un antiguo, rojo brillante. La mitad de la parte alta de Silesia, vertical, estaba repleta de parapetos y chapiteles, fue construida en el continente, mientras que la mitad inferior fue construida en el lado del Cañón. Las nieblas turbulentas del Cañón soplaban dentro y fuera, envolviéndolo, haciendo que el rojo brillara y destellara en la luz — y le hacía parecer como si hubiera sido construido en las nubes.

Sus fortificaciones se levantaban treinta metros, coronadas en parapetos y respaldadas por una interminable fila de murallas. El lugar era una fortaleza. Aunque un ejército de alguna manera traspasara sus muros, todavía tendría que bajar a la mitad inferior de la ciudad, hasta los acantilados y pelear en el borde del Cañón. Obviamente, era una guerra que ningún ejército invasor querría librar. Y era por eso que esta ciudad había permanecido de pie durante mil años.

Sus hombres se detuvieron y miraron boquiabiertos, y Gwen podía sentir que todos estaban asombrados también.

Por primera vez en mucho tiempo, Gwen se sentía optimista. Este era un lugar en donde podían quedarse, lejos del alcance de Gareth; un lugar que podrían defender. Un lugar donde ella podría gobernar. Y tal vez — tal vez — el Reino de MacGil podría levantarse otra vez.

Srog estaba ahí parado, con las manos en su cadera, asimilando todo, como si viera su propia ciudad por primera vez, con los ojos brillando de orgullo.

"Bienvenido a Silesia".

## CAPÍTULO SEIS

Thor abrió los ojos al amanecer para ver las olas del mar que se movían suavemente, subiendo y bajando en grandes crestas, cubiertas por la luz tenue del primer sol. El agua amarillo claro del Tartuvio brillaba en la niebla de la mañana. El barco se movía silenciosamente de un lado a otro en el agua, y el único sonido era el del vaivén de las olas contra su casco.

Thor se sentó y miró a su alrededor. Sus ojos le pesaban por el agotamiento — de hecho, nunca se había sentido tan cansado en su vida. Habían estado navegando durante días; y todo aquí, en este lado del mundo, se sentía diferente. El aire estaba tan pesado por la humedad, la temperatura era mucho más caliente, era como respirar en un chorro constante de agua. Lo hacía sentir lento, hacía que sus extremidades se sintieran pesadas. Sentía como si hubiera llegado en verano.

Thor miró a su alrededor y vio que todos sus amigos, quienes normalmente se levantaban antes del amanecer, estaban en el suelo, durmiendo. Incluso Krohn, siempre despierto, dormía junto a él. El pesado clima tropical había afectado a todos. Ninguno de ellos siquiera se había molestado en conducir el timón — habían dejado eso días atrás. No tenía sentido: sus velas siempre estaban a mástil completo con un viento del oeste azotador, y las mareas mágicas de este océano constantemente tiraron del barco en una sola dirección. Era como si fueran jalados hacia una dirección, y habían intentado en varias ocasiones de dirigir o cambiar de rumbo, pero fue inútil. Todos se habían resignado a dejar que el Tartuvio los llevara a donde fuera.

De cualquier manera, tampoco sabían hacia qué lugar del Imperio dirigirse, reflexionó Thor. En tanto las mareas los llevaron a tierra firme, pensó él, con eso sería suficiente.

Krohn despertó, gimiendo; luego se inclinó hacia adelante y lamió la cara de Thor. Thor buscó en su saco, que estaba casi vacío y le dio a Krohn el último de sus palos de carne seca. Para sorpresa de Thor, Krohn no lo arrebató de su mano, como generalmente lo hacía; en cambio, Krohn lo miró, miró el saco vacío y luego miró a Thor de manera significativa. Vaciló para tomar la comida, y Thor se dio cuenta de que Krohn no quería quitarle la última pieza.

Thor estaba conmovido por el gesto, pero él insistió, empujando la carne en

el hocico de su amigo. Thor sabía que pronto se quedarían sin comida y rezó para que llegaran a tierra. No tenía ni idea de cuánto tiempo podría tardar el viaje; ¿qué pasa si tardaban varios meses? ¿Qué comerían?

El sol salió rápidamente aquí, brillando más y con más fuerza demasiado temprano y Thor se quedó parado mientras la niebla empezaba a irse del agua y se fue a la proa.

Thor se quedó allí y se asomó, la cubierta se mecía suavemente debajo de él, y vio cómo la niebla se disipaba. Pestañeó, preguntándose si estaba viendo cosas, mientras el contorno de una tierra lejana aparecía en el horizonte. Su pulso se aceleró. Era tierra. ¡Tierra real!

La tierra apareció en una forma inusual: dos largas y estrechas penínsulas varadas en el mar, como los dos extremos de un tridente y mientras la niebla se elevaba, Thor miró a su izquierda y a su derecha y se sorprendió al ver dos franjas de tierra a cada lado de ellos, cada uno a aproximadamente cuarenta y cinco metros de distancia. Estaban siendo absorbidos hacia el centro de una larga ensenada.

Thor silbó, y sus hermanos de La Legión se levantaron. Se abrieron paso con dificultad para ponerse de pie y corrieron a su lado, y se detuvieron en la proa, asomándose.

Todos estaban allí parados, sin aliento ante la vista: las costas eran las más exóticas que habían visto, atestadas de selva, altísimos árboles en la orilla, tan espesos que era imposible ver más allá de ellos. Thor vio los enormes helechos, de nueve metros de altura, inclinándose sobre el agua; árboles amarillos y púrpuras que parecían llegar al cielo; y en todas partes estaban los extraños y persistentes ruidos de las bestias, aves, insectos, y no sabía qué más, gruñendo y lloriqueando y cantando.

Thor tragó saliva con dificultad. Sentía como si estuvieran entrando a un impenetrable reino animal. Todo se sentía diferente ahí; el aire olía diferente, extraño. Nada aquí le recordaba ni remotamente al Anillo. Los otros miembros de La Legión se dieron vuelta y se miraron entre sí, y Thor pudo ver la duda en sus ojos. Todos se preguntaban qué criaturas les esperaban dentro de la jungla.

No es que tuvieran una opción. La corriente les llevó a un camino, y obviamente aquí es donde debían desembarcar para entrar en tierras del Imperio.

"¡Por aquí!", gritó O'Connor.

Corrieron hacia O'Connor del lado de la barandilla, mientras él se inclinaba y apuntaba hacia el agua. Ahí, nadando al lado del barco, había un

enorme insecto, de color púrpura luminiscente, de tres metros de largo, con cientos de patas. Brillaba bajo las olas, y después se iba corriendo a lo largo de la superficie del agua; al hacerlo, sus miles de pequeñas alas comenzaron a zumbar, y se levantó justo por encima del agua. Luego volvió a deslizarse a lo largo de la superficie, y luego se hundió por debajo. Luego repitió el proceso de nuevo.

Mientras observaban, de repente subió a lo alto, en el aire, a la altura de los ojos, flotando, mirándolos con sus cuatro grandes ojos verdes. Silbó y todos saltaron hacia atrás involuntariamente, buscando sus espadas.

Elden dio un paso adelantó y lo atacó. Pero para cuando su espada llegó al aire, ya estaba de regreso en el agua.

Thor y los demás salieron volando, estrellándose en la cubierta, mientras su barco se detenía repentinamente, varando en la costa con una sacudida.

El corazón de Thor se aceleró mientras se asomaba sobre el borde: debajo de ellos había una estrecha playa formada por miles de pequeñas rocas irregulares, de color púrpura brillante.

Tierra. Lo habían logrado.

Elden marcó la pauta para el anclaje, y todos la levantaron y la dejaron caer sobre el borde. Cada uno de ellos bajó la cadena, dando un salto y cayendo en la orilla; Thor le dio a Krohn a Elden mientras él caminaba.

Thor suspiró cuando sus pies tocaron tierra. Se sentía tan bien estar en tierra — tierra seca y firme — bajo sus pies. Estaría bien si nunca volviera a navegar en un barco otra vez.

Todos agarraron las cuerdas y arrastraron el barco hasta la costa como podían.

"¿Crees que las mareas se lo llevarán?", preguntó Reece, mirando hacia el barco.

Thor lo miró; parecía seguro en la arena.

"No con esa ancla", dijo Elden.

"La marea no se lo llevará", dijo O'Connor. "La pregunta es si alguien más lo hará".

Thor dio un largo último vistazo al barco y se dio cuenta de que su amigo tenía razón. Incluso si encontraran la Espada, muy bien podrían volver a una costa vacía.

"Y entonces, ¿cómo regresaríamos?", preguntó Conval.

Thor no pudo evitar sentir como si en cada paso del camino, estuvieran quemaban sus puentes.

"Encontraremos la forma", dijo Thor. "Después de todo, debe haber otros barcos en el Imperio, ¿verdad?".

Thor trató de parecer autoritario, para tranquilizar a sus amigos. Pero en el fondo no estaba tan seguro él mismo. Todo este viaje parecía cada vez más amenazador para él.

Al unísono, se volvieron y enfrentaron la selva, mirándola. Era un muro de follaje, oscuro detrás de él. Los ruidos de animales se elevaron en una cacofonía alrededor de ellos, tan fuerte que Thor apenas se oía pensando. Parecía como si todas las bestias del Imperio estuvieran gritando para darles la bienvenida.

O para advertirles.

\*

Thor y los otros caminaron unos al lado de los otros con cautela, cada uno de ellos en guardia, a través de la espesa jungla tropical. Era difícil para Thor escucharse pensando, tan persistentes eran los gritos y los llantos de la orquesta de insectos y animales que había alrededor de él. Pero cuando miraba en la oscuridad del follaje, no podría verlos.

Krohn caminó cerca de sus talones, gruñendo, con los pelos parados en la espalda. Thor nunca lo había visto tan alerta. Miró a sus hermanos de armas y vio a cada uno de ellos con una mano apoyada en la empuñadura de su espada, todos ellos nerviosos, también.

Ya llevaban horas haciendo senderismo, cada vez más y más profundamente en la selva; el aire era cada vez más caliente y más pesado, más húmedo, hacía más difícil respirar. Ellos habían seguido las huellas de lo que parecía haber sido una vez un sendero; unas pocas ramas rotas hacían alusión a la trayectoria del grupo de hombres que habían llegado aquí y que pudieron haber seguido. Thor sólo esperaba que fuera el rastro del grupo que había robado la espada.

Thor levantó la mirada, impresionado por la naturaleza: todo estaba descuidado de proporciones épicas, cada hoja era tan grande como él mismo. Se sentía como un insecto en una tierra de gigantes. Vio algo susurrando detrás de algunas hojas, pero no pudo identificarlo. Tenía la sensación ominosa de que estaban siendo observados.

El sendero delante de ellos de repente terminaba en un sólido muro de follaje. Todos pararon y se miraron, perplejos.

"¡Pero el camino no puede simplemente desaparecer!", dijo O'Connor, sin esperanza.

"No desapareció", dijo Reece, examinando las hojas. "La selva sólo creció sobre sí misma".

"¿Entonces qué camino tomamos ahora?", preguntó Conval.

Thor se volvió y miró a su alrededor, haciéndose la misma pregunta. En cada dirección había más del denso follaje y no parecía haber ninguna salida. Thor estaba empezando a tener una sensación de desazón y se sentía cada vez más perdido.

Luego tuvo una idea.

"Krohn", dijo, arrodillándose y susurrando al oído de Krohn. "Escala ese árbol. Investiga. Dinos hacia dónde ir".

Krohn lo miró con sus ojos conmovedores, y Thor sintió que le entendía.

Krohn corrió por un enorme árbol, el tronco era del grueso de diez hombres y sin dudarlo, se abalanzó sobre él y lo escaló. Krohn corrió hacia arriba y luego saltó a una de las ramas más altas. Caminó hasta el extremo y se asomó, con las orejas paradas. Thor siempre había percibido que Krohn lo entendía, y ahora sabía con certeza que así era.

Krohn se reclinó e hizo un extraño ronroneo en la parte posterior de su garganta, luego bajó del tronco y se fue hacia una dirección. Los chicos intercambiaron una mirada de asombro, luego todos se volvieron y siguieron a Krohn, hacia esa parte de la selva, empujando hacia atrás las gruesas hojas para poder caminar.

Después de unos minutos, Thor se sintió aliviado al ver que otra vez había un sendero, que los indicios de ramas rotas y del follaje mostraban qué ruta debía seguido el grupo. Thor se agachó y acarició a Krohn, besándolo en la cabeza.

"No sé qué hubiéramos hecho sin él", dijo Reece.

"Ni yo", respondió Thor.

Krohn ronroneaba, satisfecho, orgulloso.

Mientras continuaban yendo más profundamente en la selva, serpenteando, llegaron a un tramo de nuevo follaje, con flores alrededor de ellos, enormes, del tamaño de Thor, rebosantes de todos los colores. Otros árboles tenían frutos del tamaño de una roca, colgando de las ramas.

Todos se detuvieron maravillados, mientras Conval se acercó a uno de los frutos, de color rojo brillante y estiró la mano para tocarlo.

De repente, se escuchó un gran gruñido.

Conval se alejó y agarró su espada, y todos los demás se miraron unos a otros, con ansiedad.

"¿Qué fue eso?", preguntó Conval.

"Vino de allá", dijo Reece, señalando a otra parte de la selva.

Todos se dieron vuelta y miraron. Pero Thor no podía ver nada más que las hojas. Krohn le gruñó.

El ruido se hizo más fuerte, más persistentes, y finalmente, las ramas empezaron a crujir. Thor y los demás dieron un paso atrás, sacando sus espadas y esperaron, temiendo lo peor.

Lo que dio un paso adelante de la selva excedía incluso las peores expectativas de Thor. Allí de pie delante de ellos estaba un enorme insecto, cinco veces el tamaño de Thor, que se asemejaba a una mantis religiosa, con dos patas traseras, dos delanteras más pequeñas que colgaban en el aire y largas garras en los extremos. Su cuerpo era verde fluorescente, cubierto de escamas, y tenía pequeñas alas que zumbaban y vibraban. Tenía dos ojos en la parte superior de su cabeza y un tercer ojo en la punta de su nariz. Se acercó y mostró más garras — escondidas debajo de su garganta — que vibraban y se rompían.

Se quedó ahí parado, por encima de ellos, y otra garra salió de su estómago, un brazo largo y delgado, que sobresalía; de repente, más rápido de lo que cualquiera de ellos pudiera reaccionar, arrebató a O'Connor, con sus tres garras ampliadas y lo envolvió alrededor de su cintura. Lo levantó a lo alto en el aire, como si fuera una hoja.

O'Connor hizo pivotar su espada pero no era ni siquiera lo suficientemente rápido. La bestia lo sacudió varias veces, de repente abrió su hocico, revelando fila tras fila de dientes afilados; hizo a O'Connor hacia un lado y comenzó a bajarlo hacia sí misma.

O'Connor gritó ya que le amenazaba una muerte instantánea y dolorosa.

Thor reaccionó. Sin pensarlo, colocó una piedra en su honda, apuntó y la lanzó en el tercer ojo de la bestia, a la punta de su nariz.

Fue un ataque directo. La bestia gritó, con un ruido espantoso, lo suficientemente alto para partir un árbol; luego soltó a O'Connor, quien cayó dando vueltas y aterrizó en el suelo de la suave selva con un golpe.

La bestia, enfurecida, entonces dirigió su mirada hacia Thor.

Thor sabía que sería inútil tomar una postura y luchar contra esta criatura. Al menos uno de sus hermanos sería asesinado, y probablemente Krohn también, y drenaría cualquier energía valiosa que tenían. Sentía que tal vez se habían entrometido en su territorio, y que si pudieran lograr salir de ahí lo suficientemente rápido, los dejaría en paz.

"¡CORRAN!", gritó Thor.

Se dieron vuelta y corrieron — y la bestia comenzó a perseguirlos.

Thor podía oír el sonido de las pezuñas de la bestia cortando el denso follaje justo detrás de ellos, surcando el aire y fallando caer en su cabeza por unos pocos centímetros. Las hojas cortadas volaban por el aire y llovían alrededor de él. Todos corrieron al unísono, y Thor creía que si lograban poner suficiente distancia entre ellos, encontrarían una forma de refugiarse. Si no, entonces tendrían que enfrentarlo.

Pero Reece repentinamente se resbaló junto a él, cayendo sobre una rama, de bruces en el follaje, y Thor sabía que no se levantaría a tiempo. Thor se detuvo al lado de ellos, sacó su espada y se interpuso entre él y la bestia.

"¡SIGAN CORRIENDO!", gritó Thor sobre su hombro a los demás, mientras estaba ahí parado, dispuesto a defender a Reece.

La bestia se lanzó hacia él, chillando y giró su garra hacia el rostro de Thor. Thor se agachó y giró su espada al mismo tiempo y la bestia soltó un grito horroroso mientras Thor cortaba una de sus garras. Un líquido verde cayó sobre Thor, y él miró hacia arriba y vio con horror cómo le volvía a crecer otra vez la garra, tan rápidamente como la había perdido. Era como si Thor nunca lo hubiese herido.

Thor tragó saliva. Esta sería una bestia imposible de matar. Y ahora la había encolerizado.

La bestia atacó con otro brazo más, que salió de algún otro lugar de su cuerpo y lanzó un golpe a Thor con fuerza en las costillas, haciéndolo volar y cayendo en un grupo de árboles. Entonces la bestia bajó otra garra hacia Thor, y éste sabía que estaba en problemas.

Elden, O'Connor y los gemelos se abalanzaron, y mientras la bestia se acercó con otra garra hacia Thor, O'Connor disparó una flecha en su hocico, alojándose en el fondo de su garganta, haciéndola chillar. Elden tomó su hacha de dos manos y la metió en la espalda de la bestia, mientras Conven y Conval arrojaban cada uno una lanza, alojándose en ambos lados de la garganta. Reece se puso de pie y sumió su espada en el vientre de la bestia. Thor se levantó de un salto y swung su espada en otro de los brazos de la bestia, lo cortádoselo. Y Krohn se unió a ellos, saltando en el aire y hundiendo sus colmillos en su garganta.

La bestia soltó grito tras grito, mientras todos hicieron más daño del que Thor creyó posible. Era increíble para Thor que seguir en pie, sus alas todavía vibraban. Esta bestia simplemente no moriría.

Todos vieron con horror como, una a la vez, la bestia alcanzaba y extraía las lanzas y espadas y el hacha alojados en él — y como al hacerlo, todas sus lesiones sanaron ante sus ojos.

Esta bestia era invencible.

La bestia se inclinó de nuevo y rugió, y todos los hermanos de Thor, de La Legión, miraron asombrados. Todos hicieron su mayor esfuerzo y ni siquiera lograron abollarlo.

La bestia estaba dispuesto a abalanzarse a ellos otra vez, con sus mandíbulas y garras afiladas, y Thor se dio cuenta de que no podían hacer otra cosa. Todos iban a morir.

"¡FUERA DEL CAMINO!", se escuchó un grito repentino.

La voz se escuchó de detrás de Thor, y parecía de un joven. Thor se volvió y vio a un niño pequeño, tal vez de once años, que corría de detrás de ellos, llevando lo que parecía ser un jarro de agua. Thor se agachó y el niño lanzó el agua, salpicando la cara de la bestia.

La bestia se reclinó y chilló, salían chispas de su cara, alcanzando con sus garras y desgarrando su mejilla, sus ojos, su cabeza. Gritó una y otra vez; el ruido era tan fuerte que Thor tuvo que sostener sus manos sobre sus oídos.

Finalmente, la bestia se volvió y se fue, hacia la selva, perdiéndose en el follaje.

Todos se volvieron y miraron al niño con un nuevo sentimiento de asombro y gratitud. Vestido con harapos, con largo cabello castaño y ojos verde brillante, con una mirada de inteligencia, el muchacho estaba cubierto de tierra y se veía, a juzgar por sus pies descalzos y sucias manos, como si viviera aquí.

Thor nunca había estado más agradecido con nadie.

"Las armas no lastimarán a un Gathorbeast", dijo el muchacho, poniendo los ojos en blanco. "Por suerte escuché los gritos y estaba cerca. Si no, ya estarían muertos. ¿No saben que nunca deben enfrentarse a un Gathorbeast?".

Thor miró a sus amigos, todos sin saber qué decir.

"Nosotros no lo enfrentamos", dijo Elden. "Él nos enfrentó".

"Ellos no los confrontan", dijo el muchacho, "a menos que se entrometan en su territorio".

"¿Qué se supone que debíamos hacer?", preguntó Reece.

"Bueno, nunca lo miren a los ojos, para empezar", dijo el muchacho. "Y si ataca, pónganse boca abajo hasta que se vaya. Y sobre todo, nunca intenten correr".

Thor se adelantó y puso una mano sobre el hombro del niño.

"Nos salvaste la vida", dijo. "Tenemos una gran deuda contigo".

El muchacho se encogió de hombros.

"No parecen ser de las tropas del Imperio", dijo. "Parece que vinieran de otro lugar del mundo. Así que ¿por qué no ayudarlos? Parecen tener las marcas de ese grupo que vino del barco hace algunos días".

Thor y los demás intercambiaron una mirada de complicidad y se volvieron hacia el niño.

"¿Sabes a dónde fue este grupo?", preguntó Thor.

El muchacho se encogió de hombros.

"Era un grupo grande, y llevaban un arma. Parecía pesada: tuvieron que cargarla entre todos. Los seguí durante días. Eran fáciles de seguir. Se movían con lentitud. También fueron torpes y descuidados. Sé a dónde fueron, aunque no los seguí mucho más allá del pueblo. Puedo llevarlos allí y señalarles la dirección correcta, si lo desean. Pero hoy no".

Los otros intercambiaron una mirada de sorpresa.

"¿Por qué no?", preguntó Thor.

"Será de noche dentro de poco. No pueden estar afuera después de que oscurece".

"¿Pero por qué?", preguntó Reece.

El niño lo miró como si estuviera loco.

"Por los Ethabugs", dijo.

Thor dio un paso adelante y miró al niño. Le simpatizó este chico inmediatamente. Él era inteligente, sincero, valiente y tenía un gran corazón.

"¿Sabes de algún lugar donde podamos refugiarnos para pasar la noche?".

El muchacho miró a Thor, luego se encogió de hombros, pareciendo dudoso. Se quedó allí, vacilante.

"No creo que debería", dijo. "El abuelo se va a enojar".

Krohn repentinamente surgió detrás de Thor y caminó hacia el niño — y los ojos del niño se iluminaron de gusto.

"¡Caramba!", exclamó el muchacho.

Krohn lamió la cara del chico, una y otra vez, y el chico reía de gusto y levantó la mano y acarició la cabeza de Krohn. Entonces el chico se arrodilló, bajó la lanza y abrazó a Krohn. Krohn parecía abrazarlo también, y el chico rió con ganas.

"¿Cuál es su nombre?" preguntó el niño. "¿Qué es?".

"Su nombre es Krohn", dijo Thor, sonriendo. "Es un raro leopardo blanco.

Viene del otro lado del océano. Del Anillo. De donde somos. Le agradas".

El chico besó a Krohn varias veces y finalmente se puso de pie y miró a Thor.

"Bueno", dijo el chico, vacilante, "supongo que puedo llevarlos a nuestro pueblo. Esperemos que el abuelo no se enoje demasiado. Si lo hace, no están de suerte. Sígueme. Tenemos que darnos prisa. Pronto será de noche".

El chico se volvió y rápidamente siguió su camino a través de la selva y Thor y los demás lo siguieron. A Thor le sorprendió la destreza del chico, lo bien que conocía la selva. Era difícil de mantenerse a la misma distancia.

"La gente viene por aquí de vez en cuando", dijo el muchacho. "El océano, las mareas, los conduce justo al puerto. Algunas personas vienen del mar y cortan paso aquí, en su camino hacia otro lugar. La mayoría de ellos no logra sobrevivir. Se los come una cosa o la otra en la selva. Ustedes tuvieron suerte. Hay peores cosas que esa Gathorbeast".

Thor tragó saliva.

¿"Peor que eso? ¿Qué cosa?".

El chico negó con la cabeza, continuando su camino.

"No querrán saberlo. He visto algunas cosas horribles aquí".

"¿Cuánto tiempo llevas aquí?", preguntó Thor, con curiosidad.

"Toda mi vida", dijo el muchacho. "Mi abuelo nos trajo cuando yo era pequeño".

Pero, ¿por qué aquí, a este lugar? Seguramente habrá lugares más hospitalarios".

"No conocen el Imperio, ¿verdad?", preguntó el niño. "Las tropas están en todas partes. No es tan fácil mantenerse fuera de su vista. Si alguna vez nos atrapan, nos capturarán como esclavos. Pero rara vez vienen aquí — tan profundo en la selva".

Mientras cortaban paso a través de un parche de follaje espeso, Thor estiró la mano para quitar una hoja de su camino, pero el chico se volvió y quitó la mano de Thor, gritando:

"¡NO TOQUES ESO!".

Todos se detuvieron y Thor miró la hoja que casi había tocado. Era grande y amarilla y parecía bastante inocente.

El niño extendió la mano con su vara y tocó suavemente la punta de la misma; al hacerlo, la hoja de repente se envolvió en sí misma sobre la vara, increíblemente rápido, seguido de un silbido, mientras la punta de la vara se evaporaba.

Thor estaba atónito.

"Es una hoja de Rankle", dijo el muchacho. "Es veneno. Si la tocó, le faltaría una mano ahora".

Thor miró alrededor de todo el follaje con un nuevo respeto. Se maravilló de la suerte que tenían al encontrar a este muchacho.

Continuaron su caminata, Thor manteniendo sus manos cerca de su cuerpo, igual que los demás. Intentaron ser más cuidadoso acerca de por dónde caminaban.

"Quédense cerca unos de los otros y sigan exactamente mis pasos", dijo el muchacho. "No toquen nada. No traten de comer las frutas. Y tampoco huelan esas flores — a menos que quieran morir".

"Oye, ¿qué es eso?", preguntó O'Connor, volteando y mirando una enorme fruta colgando de una rama, larga y estrecha, amarillo brillante. O'Connor dio un paso hacia ella, extendiendo la mano.

"¡NO!", gritó el muchacho.

Pero ya era demasiado tarde. Al tocarla, el suelo se abrió debajo de todos ellos, y Thor sintió que se resbalaba, corriendo hacia abajo por una colina con lodo y agua. Quedaron atrapados por un alud de lodo y no podían parar.

Todos gritaban mientras resbalaban en el lodo, cientos de metros, hacia las oscuras profundidades de la selva.

## CAPÍTULO SIETE

Erec estaba sentado en su caballo, jadeando, preparándose para atacar a los doscientos soldados que estaban frente a él. Él había luchado valientemente y había logrado derribar a los primeros cien — pero ahora sus hombros estaban débiles, sus manos temblorosas. Su mente estaba dispuesto a luchar por siempre — pero no sabía cuánto tiempo aguantaría su cuerpo. Sin embargo, pelearía con todas sus fuerzas, como había hecho toda su vida, y dejaría que el destino decidiera por él.

Erec gritó y pateó al caballo desconocido que había robado a uno de sus rivales y se dirigió hacia los soldados.

Ellos también atacaron, emparejando el grito solitario de batalla de él con los suyos, feroces. Ya había sido derramada demasiada sangre sobre este campo, y claramente nadie se iría sin que la otra parte estuviera muerta.

Al ir al ataque, Erec había sacado un cuchillo de lanzar de su cinturón, apuntó y lo arrojó al soldado al mando. Fue un tiro perfecto, se alojó en su garganta, y el soldado agarró su garganta, dejando caer las riendas y cayó de su caballo. Como Erec había esperado, cayó a los pies de los otros caballos, ocasionando que varios tropezaran con él y se estrellaran en el suelo.

Erec arrojó una lanza con una mano, teniendo un escudo en la otra, bajó su protector frontal y se fue a la carga con todo lo que tenía. Iría a la carga contra este ejército lo más rápido y fuerte que podía, daría los golpes que se necesitaran y acabaría con esto.

Erec gritó mientras iba al ataque hacia el grupo. Todos sus años de los torneos le habían servido bien, y usó la jabalina larga expertamente para sacar a un soldado tras otro, derribándolos en serie. Se agachó bajo y con su otra mano se protegió con el escudo; sintió una lluvia de golpes descender sobre él, sobre su escudo, sobre su armadura, de todas direcciones. Lo golpearon espadas y hachas y mazas, era una tormenta de metal y Erec rezó para que su armadura aguantara. Se aferró a su jabalina, sacando tantos soldados como pudo mientras iba al ataque, cortando camino a través del enorme grupo.

Erec no se detuvo y después de unos minutos de montar a caballo, finalmente salió por el otro lado, hacia el aire libre, habiendo cortado un camino de devastación al centro del grupo de soldados. Él había eliminado a por lo menos una docena de soldados — pero había sufrido por ello. Jadeó

con fuerza, su cuerpo le dolía, el sonido de metal aún resonaba en sus oídos. Sentía como si hubiera sido puesto en el molinillo. Miró hacia abajo y vio que estaba cubierto de sangre; por suerte, no sentía heridas importantes. Parecían ser rasguños y cortadas sin importancia.

Erec cabalgó en un amplio círculo, hacia atrás, preparándose para enfrentar al ejército otra vez. Ellos, también, habían dado la vuelta, preparándose para ir al ataque una vez más. Erec estaba orgulloso de sus victorias hasta el momento, pero le estaba siendo más difícil recuperar el aliento, y sabía que otro ataque con este grupo podría acabar con él. No obstante, se preparó para ir a la carga de nuevo, nunca dispuesto a alejarse de un combate.

De repente se escuchó un grito inusual detrás del ejército, y Erec primero se sintió confundido al ver a un contingente de soldados atacando la retaguardia. Pero luego reconoció la armadura, y su corazón se aceleró: era su gran amigo de Los Plateados, Brandt, junto con el Duque y docenas de sus hombres. El corazón de Erec se desplomó cuando descubrió a Alistair entre ellos. Le había pedido que se quedara en la seguridad del castillo, y no le había hecho caso. Por eso la amaba más de lo que podía decir.

Los hombres del Duque atacaron al ejército desde atrás, con un feroz grito de batalla, provocando el caos. La mitad del ejército se volvió para enfrentarse a ellos, y lo hicieron con un gran sonido de metal; Brandt liderando el camino con su hacha de dos manos. Atacó al soldado líder, cortándole la cabeza, después movió su hacha con el mismo movimiento y la alojó en el pecho de otro hombre.

Erec, inspirado, recibió un segundo aire: tomó ventaja del caos y fue al ataque de la otra mitad del ejército. Mientras galopaba, se inclinó y le arrebató una lanza que sobresalía de la tierra, se reclinó y la arrojó con la fuerza de diez hombres. La lanza atravesó la garganta de un soldado y siguió adelante, alojándose en el pecho de otro.

Erec entonces levantó su espada por lo alto y lo plantó en el primer soldado que viera, cortar el mango de la maza en la mitad, después girando y cortando la cabeza del hombre.

Erec continuaba luchando, lanzándose al grupo de hombres con toda su energía restante, empujando, bloqueando, parando, atacando a todos los soldados que lo atacaban por todos lados. Alternativamente levantó su escudo, bloqueó golpe tras golpe y atacó; en pocos momentos, los soldados fueron convergiendo alrededor de él, docenas de ellos, atacándolo desde todas las direcciones.

Mató a más de los que podía contar, pero había demasiados, incluso aunque los soldados del Duque estuvieran atendiendo la retaguardia. Uno de ellos lanzó un golpe con su maza a Erec, en la espalda, entre sus omóplatos; Erec gritó de dolor mientras la bola de metal con picos aterrizaba en su columna vertebral. Cayó de su caballo, hasta el suelo, el impacto lo dejó sin aire.

Pero no se rindió. Sus instintos se alertaron y tuvo la entereza para rodar inmediatamente, levantar su escudo y bloquear un golpe que descendía hacia su cabeza. Entonces lo detuvo con su espada, cortando el brazo del hombre.

Un soldado iba a aplastar la cabeza de Erec, pero Erec se quitó del camino, giró y le cortó las patas al caballo, enviando a su jinete al suelo; Erec luego giró y apuñaló al hombre en el pecho.

Más y más hombres convergieron cerca de Erec, y se puso de rodillas y bloqueó golpe tras golpe, contestándolos cuando podía, conforme llegaban. Sus hombros se estaban debilitando. Un caballero particularmente grande, con una barba larga y recta se adelantó y levantó un hacha por lo alto. Erec elevó su escudo para bloquearlo, pero otro soldado lo pateó de su mano, y antes de que pudiera reaccionar, un tercer soldado le pisó el pecho, dejándolo inmobilizado. Eran demasiados, y Erec estaba demasiado cansado. No quedaba nada que pudiera hacer sino observar al caballero enorme girar su hacha.

De repente, hubo una gran conmoción y Erec miró hacia arriba y vio llegar a Brandt, levantando su espada por lo alto, con un grito feroz, con todas sus fuerzas, y de un solo golpe cortó el mango del hacha en dos y también cortó la cabeza del enorme caballero.

Siguió el Duque y varios otros, atacando a todos los soldados que estaban alrededor de Erec, limpiando el camino para él. Erec giró, agarró la pierna del soldado que estaba oprimiendo su pecho y lo tiró al suelo; luego se dio vuelta y rompió el cuello del hombre con sus manos.

Erec agarró una daga de la cintura del hombre muerto, se dio vuelta y apuñaló a otro atacante en el costado de la garganta que había estado balanceándose de él. Se puso de pie, agarró su espada del sangriento campo de batalla y estuvo otra vez en forma.

Erec giró en todas direcciones, fortalecido para luchar otra vez junto a su amigo Brandt mientras eran reforzados por más de los hombres del Duque. Pronto despejaron un camino, juntos, matando a la docena de hombres que convergían sobre ellos.

Erec encontró un caballo y lo montó y pronto estaba ahí junto con los

demás. Hizo un balance de la situación: se habían sumado varias docenas de hombres del Duque, y juntos se enfrentaron a lo que quedaba del ejército del lord, un centenar de hombres. Inmediatamente buscó a Alistair y la encontró montada sobre Warkfin, en el borde del campo de batalla, observando todo. Ella estaba a salvo de la batalla, y Erec se sintió aliviado.

Erec jadeó, Brandt junto a él respirando también con dificultad, así como lleno de sangre.

"Yo sabía que lucharía a tu lado otra vez", dijo Brandt. "No pensé que sería tan pronto".

Erec sonrió.

"Parece que te debo mi vida una vez más", dijo él.

"No, no es así", dijo Brandt. "¿Te acuerdas de Artania, hace diez años? Ahora estamos a mano".

Mientras todos se preparaban para ir a la carga contra los cien hombres restantes, de repente, surgió otro grito desde la parte trasera del grupo, y Erec volteó a ver, confuso, tratando de procesar lo que estaba sucediendo. Entornó los ojos y a lo lejos, creyó ver una batalla que ocurría en la parte trasera de las líneas. No entendía lo que estaba sucediendo. ¿Los hombres del lord estaban peleando unos con otros?

"¿Son más de tus hombres?", preguntó Erec al Duque.

Pero el Duque meneó la cabeza, también perplejo.

"Mis hombres están todos conmigo. No sé quién los ataca".

Erec estaba desconcertado ya que el ejército frente a ellos estalló en caos, y hombres comenzaron a darse vuelta y huir del campo de batalla.

Conforme se acercaba el tumulto, Erec finalmente vio lo que era. Sintió un frío recorrer la sangre.

El ejército del lord era atacado por detrás por un enorme grupo de criaturas. Eran dos veces del alto de cualquier hombre, dos veces más robustos, su piel era de color amarillo brillante, cada uno tenía dos cabezas y brazos de dos metros y medio de largo. Erec los reconoció de inmediato. Covenies. Eran criaturas legendarias, conocidas por tener una fuerza sobrehumana que podría romper a un hombre por la mitad con una sola mano. No llevaban armas — no las necesitaban.

A pesar de sí mismo, el corazón de Erec se llenó de miedo.

"No es posible", dijo Brandt. "Los Covenies sólo viven al otro lado del Cañón. ¿Qué hacen aquí?".

"La única manera de que pudieran estar aquí, es si encontraron una brecha

en el Cañón", dijo el Duque.

"O si el escudo se desactivó", dijo Erec seriamente.

Cuando Erec pronunció las palabras, de repente sintió que eran ciertas, y su corazón se llenó de verdadero temor. El escudo desactivado. El Anillo abierto para el ataque. Era más de lo que podía procesar. No se preocupaba por sí mismo, sino por el destino del Anillo. Si el escudo estaba desactivado, podría estarlo en todo el Anillo. Podrían ser superados en número. Y peor aún, el Imperio podría invadir.

El ejército que estaba ante Erec se disolvió, huyendo por sus vidas mientras cada vez más Covenies aparecían, atacándolos desde atrás, levantándolos con una sola mano y mordiendo sus cabezas.

"¡Regresen a Silesia!", ordenó el Duque. "¡Debemos sellar las puertas de inmediato!".

Al unísono, todos se dieron vuelta y se fueron del campo de batalla; Erec se detuvo sólo lo suficiente para cabalgar junto a Alistair; montó a Warkfin detrás y se fue con ella. Sentía sus manos suaves sujetándose de él firmemente desde atrás y sintiendo sus manos en él; saber que estaban juntos, que ella estaba segura, hacía que todo estuviera bien en el mundo.

"Te debo mi vida", le dijo Erec, mientras cabalgaban con los demás.

"Y yo te debo la mía", contestó ella.

## CAPÍTULO OCHO

Kendrick estaba frente a la muralla reconstruida de la ciudad, admirando su trabajo. Él, junto con un grupo pequeño de Los Plateados, habían estado fortaleciendo ese muro durante días; acamparon en esta gran ciudad en la frontera oriental del Anillo, que había sido seriamente dañada por el ataque de los McCloud. Como La Legión había sido enviada a reparar las aldeas más pequeñas al sur, a Kendrick le pareció apropiado que Los Plateados fortalecieran las ciudades más grandes al Este, en el territorio más peligroso, cerca de los McCloud. Era lo correcto, predicar con el ejemplo.

Sus esfuerzos de reconstrucción habían sido un éxito y su tiempo aquí casi estaba terminando. No había estado en casa desde hacía varias semanas, no había tenido noticias del mundo y echaba de menos la Corte del Rey, a su hermana, a su íntimo amigo Atme, a todos sus hermanos de Los plateados — incluso extrañaba a su escudero: Thor. Quería volver a la Corte del Rey tan pronto como fuera posible, para asegurarse de que su hermana estaba a salvo y para ayudarla a expulsar a Gareth. Habiendo sido encarcelado por él, Kendrick, más que la mayoría, había sentido el toque de su ira, y ansiaba por enmendar las injusticias y por poner a su hermana en el trono — en aras de su difunto padre, por el bien de la Corte del Rey y por el bien del Anillo.

El segundo seguía en el cielo, cerca del final de otro día de trabajo agotador; Kendrick supervisando a un centenar de ciudadanos mientras llevaban piedras de gran tamaño y las pegaban en la antigua muralla. Kendrick y sus hombres les aconsejaron acerca del mejor lugar para fortalecer y defender, dónde construir parapetos y cómo construir torres de piedra que sirvieran de miradores. Antes de que él hubiera llegado, las entradas de las fortificaciones de la ciudad habían sido demasiado amplias, no había habido hendiduras en la piedra para disparar flechas, y las paredes eran simplemente de unos centímetros de espesor. Ahora, los muros de piedra eran de varios metros de espesor, solamente había una entrada a la ciudad, y estaba formada y construida de tal manera que podía ser vigilado desde el interior, con sólo unos pocos hombres. Se habían construido nuevos parapetos desde donde los ciudadanos podían defenderse con unos calderos de alquitrán y una serie de arcos.

Kendrick quedó satisfecho. En este nuevo lugar, con unos pocos cientos de

hombres bien entrenados podían defenderse de unos cuantos miles. Estas personas habían necesitado desesperadamente la dirección y la mano de obra de soldados profesionales, y ahora su ciudad era mucho más segura.

Mientras Kendrick estaba ahí parado, sintió la satisfacción de un día duro de trabajo, de ayudar a sus conciudadanos — sin embargo, había algo en su mente que le preocupaba. No estaba muy convencido de lo que era. Esta mañana podría jurar haber visto a Estopheles, dando vueltas en lo alto, chirriar de una manera que le había perturbado. Parecía una advertencia. Peor aún, la noche anterior, había estado despierto durante horas con pesadillas de que este pueblo era incendiado, de toda su obra siendo destruida. Había tenido esa pesadilla no una, sino tres veces; la tercera vez lo había dejado despierto, era demasiado real para permitirle volver a dormir.

No comprendía lo que significaba. No había tenido pesadillas desde que era niño, desde la noche antes de que su abuelo muriera. Confiaba en que no era una premonición de algo malvado.

"¡ Mi lord!", dijo una voz ansiosa.

Kendrick se volvió para ver a un mensajero corriendo hacia él. Era el chico al que había nombrado para el nuevo puesto de vigilante de la torre mirador recién construida. a construcción.

"¡Venga rápido! Veo algo en el horizonte. No sé qué sea".

Kendrick dio vuelta y salió corriendo con el mensajero, varios de sus hombres fueron tras ellos. Ellos cortaron camino a través de las serpenteantes calles de esta ciudad que Kendrick había llegado a conocer de memoria; luego corrieron por el estrecho sendero que torcía en una pequeña elevación al otro extremo de la ciudad, llevándolos a la cima de una colina sobre la que habían construido la nueva torre de piedra. Era el lugar más alto de la ciudad y el lugar en el que Kendrick había ordenado mantener una vigilancia constante. Esta era la primera vez en que la vigilancia había visto algo, y Kendrick creía que era sólo una falsa alarma de un niño asustadizo.

Kendrick llegó a la cima y se paró en la estrecha plataforma circular con los demás, siguiendo el dedo del vigilante, mientras apuntaba al horizonte. Fue un día claro, amarillo y azul, sin nube hasta donde alcanzaba la vista, con perfecta visibilidad. Kendrick podía ver a kilómetros de distancia, y miró hacia el este, hacia la Zona Montañosa, hacia la frontera de los McCloud. Tan lejos como estaban, en este día, Kendrick podía ver el contorno débil de la Zona Montañosa, de las cordilleras manchado el horizonte, envueltos en la niebla.

Mientras miró de cerca, Kendrick, para su sorpresa, vio algo, también.

"Allí, mi lord", dijo el vigilante, señalando a su derecha.

Al principio, Kendrick no vio exactamente a lo que se refería el vigilante. Pero conforme analizaba el horizonte, empezó a notarlo también. Había una nube pequeña, débil, en el horizonte lejano, pareciendo un poco más gruesa que las otras y ligeramente más abajo en la tierra. Mientras Kendrick miraba, parecía hacerse más gruesa, más oscura.

"Parece humo", dijo el vigilante. "No tiene ningún sentido".

Kendrick asintió con la cabeza. Él tenía razón: no tenía ningún sentido. ¿Por qué habría un incendio en el lado de los McCloud del Anillo? Ninguno de los suyos había hecho una incursión, hasta donde sabía.

"Tal vez es un incendio que estalló en una de sus ciudades", uno de los hombres de Kendrick, junto a él, dijo.

Kendrick asintió, pensando. Aunque eso era una posibilidad, sintió que no era el caso. Sintió que algo andaba mal, que algo peor estaba sucediendo. Algo que no comprendía.

Kendrick se quedó allí, preguntándose, debatiendo acerca de cuál debería ser su próximo movimiento. Él había estado preparando mentalmente para dejar estas tierras fronterizas, para volver a la Corte del Rey; dirigir una expedición ahora para ir a investigar esto llevaría casi un día completo de viaje en la dirección opuesta, cerca de las Montañas Altas. No era algo que quisiera hacer, a menos que hubiera una buena causa.

Hubo una conmoción repentina y Kendrick se volvió para ver a un jinete solitario acercándose a la ciudad por el largo camino que llevaba en dirección a la Corte del Rey. Su corazón se aceleró cuando reconoció inmediatamente al Jinete: su caballo y armadura lo delató. Era un hombre a quien había conocido y con quien luchó desde que empezaron a caminar. Su amigo cercano de Los Plateados, Atme.

Le dio gusto verlo; pero mientras Kendrick lo veía galopar hacia la puerta de la ciudad, podía decir que era algo urgente, por su postura, que estaba mal. Esta no era una visita casual. Atme tenía algún asunto urgente, y Kendrick presintió que eran malas noticias.

Él se preparó mientras Atme se dirigía a la puerta de la ciudad, lo vio, fue hacia él y desmontó, subiendo los escalones de piedra de tres en tres, para ver a Kendrick.

"La última vez que te vi correr así, huías de tus deudas", dijo Kendrick con una sonrisa, mientras su viejo amigo llegaba con la respiración entrecortada, y

se abrazaron. Un ayudante corrió y le dio a Atme un cubo de agua, y él tomó un trago largo, luego echó el resto sobre su cabeza.

"El Imperio, el Cañón", dijo Atme, con la respiración entrecortada. "El escudo está desactivado".

El corazón de Kendrick se detuvo ante sus palabras. Viniendo de cualquier persona, en cualquier otro momento, habría pensado que era una broma. Pero no viniendo de Atme, y no en este momento.

Kendrick difícilmente podría procesar las implicaciones. El Escudo estaba desactivado. No era posible. No si la Espada del Destino estaba en la Corte del Rey.

"¿Y la Espada del Destino?", preguntó Kendrick.

Atme meneó la cabeza.

"Ya no está", dijo. "Desapareció. La robaron".

Kendrick se quedó sin aliento.

"Fue robada", dijo jadeando. "¿Cómo es posible?".

"Un nutrido grupo de hombres la robó en la noche. Cruzaron el Cañón con ella, abordaron un barco y la han llevado al Imperio".

Todo parecía surrealista. La Espada del Destino, la fuerza vital de los Reyes MacGil durante siglos, había sido robada. Estaba en manos del Imperio. El Anillo estaba desprotegido. De alguna manera, sintió que Gareth estaba detrás de ello.

Kendrick se volvió y analizó la nueva muralla de la ciudad que acababa de construir y se dio cuenta de que todo había sido en vano. Sin el escudo, todo el Imperio podría invadir — y nada, ciertamente no esta muralla — podría detenerlos.

Inmediatamente, Kendrick pensó en su familia, en Gwendolyn, Reece, Godfrey. Pensó en la Corte del Rey, vulnerable a los ataques.

"La Corte del Rey debe ser fortalecida de inmediato", dijo Kendrick.

Una vez más, Atme meneó la cabeza ominosamente.

"Ha habido una ruptura. Su hermana ha dejado la Corte del Rey y se ha llevado a la mitad de la gente, a los que nos importan. Ahora se están yendo a Silesia. El reino de MacGil se dividió en dos. La Corte del Rey es dominio de Gareth ahora. Gwendolyn me envió a buscarlo".

"Debemos ir con mi hermana, entonces", dijo Kendrick. "A Silesia".

Kendrick analizó a la gente del pueblo que estaba abajo.

"Sin el Escudo, esta gente quedará indefensa", dijo. "Estas fortificaciones están diseñadas para detener a las tropas de McCloud — no al ejército de

millones de hombres de Andrónico. Estas personas nunca sobrevivirán a una invasión del Imperio".

Kendrick se dirigió a Atme.

"Ve con mi hermana. Adelántate. Dile que ya voy. No puedo regresar sin estas personas".

La cara de Atme se iluminó de preocupación.

"Es noble de usted", dijo, "pero se van mover lentamente. Si espera para acompañarlos, puede que no llegue a Silesia a tiempo".

"Es un riesgo que debo tomar", dijo Kendrick.

Atme miró a su viejo amigo y asintió lentamente.

"No esperaba menos", dijo. "Es un riesgo que tomaré con usted. Cabalgaré a su lado. ¡Siempre!".

"¡Mi señor!", se oyó la voz aterrorizada del vigilante del mirador, dando un golpecito a Kendrick en el hombro.

Kendrick se volvió y siguió una vez más su dedo mientras apuntaba al horizonte. Esta vez, se vio algo claramente.

Al principio, Kendrick parpadeó. Era algo que nunca había visto en toda su vida. Algo que le quitó el aliento — incluso a él, que era un guerrero endurecido.

Al mirar, todo el horizonte se transformó en negro. Parecía como si un ejército de hormigas negras cubriera lentamente el mundo. Era como si toda la humanidad se derramara en todo el mundo. Cientos de miles de soldados, usando el negro del Imperio, se extendían a cada centímetro del horizonte, moviéndose como un enjambre hacia ellos.

Andrónico.

Había llegado su ejército de millones de soldados.

## CAPÍTULO NUEVE

Gwendolyn estaba atónita al mirar hacia arriba a las puertas de Silesia, con su antigua piedra escarlata elevada al cielo en un arco, a sus puertas rojas con puntas de hierro afiladas y enormes, a su camino de adoquines rojos meticulosamente asfaltado, con los guardias en perfecta formación, todos en posición de firmes, todos usando la armadura roja escarlata de los silesios. Era como entrar en otro mundo.

Dándole un toque aún más surrealista estaba su telón de fondo: el Cañón justo detrás, la interminable recta de cielo abierto, las nieblas turbulentas. La ciudad se alzaba justo en el borde del Cañón, como si se balanceara sobre él, la mitad de la ciudad estaba construida arriba de la tierra, y la otra mitad estaba construida por debajo, en los acantilados de granito del Cañón. Era como dos ciudades en una. Había sobrevivido durante siglos, siempre había sido conocida como la insuperable ciudad en el Anillo — y todo lo que siempre había escuchado Gwen acerca de ella, no le hacía justicia. Ahora, viéndola siendo adulta, empequeñecía incluso sus recuerdos de la infancia.

Las paredes de piedra de Silesia se levantaban a treinta metros, eran tan gruesas como diez hombres juntos y estaban repletas de ballestas cada tres metros, detrás de las cuales estaban parados una veintena de soldados de Silesia, con los arcos preparados. En la cima, en las filas de parapetos escalonados, estaban cientos de soldados más, armados con lanzas, pequeñas piedras, cada seis metros, enormes calderos de hierro llenos de alquitrán hirviendo. Incluso había pequeñas catapultas en las paredes para disparar bolas llameantes a los atacantes. Esta era una ciudad que había sido pensada cuidadosamente.

Gwen estaba llena de gratitud de que Srog hubiera sido leal a su padre todos estos años: si no, sinceramente se preguntaba si los hombres de su padre, incluso Los Plateados, podrían tomar esta ciudad. Los Plateados eran los mejores guerreros que el mundo tenía que ofrecer — incluso si podrían romper estas paredes, era otra cosa completamente distinta.

Mientras Gwen entraba a través de las puertas, su corazón se llenó de esperanza; sintió una oleada de optimismo, sintió que tal vez, solo tal vez, detrás de estos gruesos muros, encaramados al borde del Cañón, podrían resistir un ataque, incluso del ejército de Andrónico. Podrían no ganar; pero

podrían aguantar el tiempo suficiente. ¿El tiempo suficiente para qué?, eso no lo sabía. En lo más profundo de su corazón, esperaba que Thor regresara con la Espada y los rescatara a todos.

"Mi lady", dijo Srog amablemente, caminando a su lado a través de las puertas y hacia el gran patio, "mi ciudad le da la bienvenida".

De todos los rincones de la inmensa plaza, la gente vestida de rojo se abalanzó y llenó a Gwendolyn y a sus hombres de pétalos de rosas rojas. La gente sonreía amablemente, acercándose a Gwen y tocando su hombro, inclinándose y besándola en la mejilla, uno tras otro. Ella nunca había estado en un lugar como este; sentía como si todos ellos la ebrazaran.

"Uno pensaría que no tenían ni idea de que una guerra se acercaba a estas puertas", dijo Gwen, sorprendida de su actitud despreocupada y sin miedo.

"Lo saben", dijo Srog. "Pero las silesios son famosos por no ceder al miedo. Mi pueblo puede sentirlo — pero ellos nunca lo permitirán. Esa nuestro modo de ser. Creemos que la persona que teme a la muerte, muere muchas veces, mientras que el que no lo hace, muere solo una vez. Somos un pueblo feliz, contento con lo que la vida nos ha dado. No codiciamos las cosas ajenas. Y estamos contentos con quienes somos".

Más de las masas se esparcieron, todos sonriendo a Gwen y a su séquito, estrechándoles la espalda, acogiendo con beneplácito al enorme contingente de soldados y a la gente como si hubieran sido hermanos perdidos tiempo atrás. Gwen estaba sorprendida. Ella esperaba que estas personas estuvieran resentidas por su presencia; después de todo, estaban buscando un sitio, y aquí había toneladas de gente que había venido a vivir dentro de sus puertas, detrás de sus defensas y a quitar sus raciones. Sin embargo, por el contrario, las silesios parecían felices de tenerlos aquí. Eran gente muy hospitalaria.

"Es más que el hecho de que tu gente no tenga miedo", dijo Gwen. También parecen ser genuinamente felices. Incluso ante la adversidad que se avecina".

"Somos un pueblo feliz", dijo Srog. "Dicen que es por que recibimos el aire del Cañón y por el color de nuestra ropa", sonrió él. Luego se puso serio. "Pero hay más que eso. También les da gusto verla".

"Pero por qué?", preguntó Gwen, desconcertada.

"La Corte del Rey es una ciudad hermana y las noticias vuelan", explicó. "Aquí nadie estaba contento con el reinado de su hermano. La ven como la legítima heredera al trono MacGil, y están felices de tener una verdadera gobernante — no a un advenedizo que derrocó a su padre. Somos un pueblo justo y equitativo, y queremos eso en nuestros gobernantes. Quieren un

gobernante que merezcan, y es lo que ven en usted. A ellos realmente no les importa si todos morimos aquí, si a todos nos aplasta el Imperio. Solamente quieren vivir con justicia, mientras están vivos".

Gwen sintió su corazón hincharse ante sus palabras; sintió como si, en ella, todo el mundo viera algo más. Para algunos era un Salvador; para otros, profeta; para otros, una joven chiflada; para otros, la extensión de su padre. Ella estaba empezando a sentir cuánto importaba a los demás que ella fuera gobernante. Era abrumador. No podía ser todo para todos. Se hinchó de orgullo, pero también de humildad. Ella se sentía agobiada por el hecho de que representaba el nombre de su padre, su honor y su memoria. Y ella sentía una carga y responsabilidad de estar a la altura de ese recuerdo, para ser una buena gobernante como él lo había sido. Su padre había sido como un dios para ella. Ella no sabía cómo gobernar; estaba decidida a aprender, a intentar tan duro como pudiera, para ser tan dedicada y amable con ellos como habían sido con ella.

Mientras siguieron adentrándose en la ciudad, un gran contingente de guerreros dio un paso adelante, vestidos con armadura roja y decorada con varias medallas. Gwen podía decir enseguida que se trataba de la élite de Srog.

Pararon para darle la bienvenida, y el que estaba en el centro, un hombre alto y delgado con barba roja y brillantes ojos verdes, dio un paso adelante, bajó la cabeza y le tendió un hermoso manto escarlata, de seda, bien doblado.

"Mi lady", dijo suavemente. "Le presento esta capa en nombre del ejército de Silesia. Es el manto de nuestra lady anterior, y no ha sido usado en años. Es la señal del gran respeto que le ofrecemos. Sería para nosotros un honor si lo usa".

Sin palabras, Gwen estiró la mano y aceptó cautelosamente el manto; era la pieza de ropa más suave que había sentido en su vida; se derretía en sus manos mientras lo desdoblaba. Ella se sorprendió por su intrincado diseño, por su brillante broche de oro. Ella lo puso alrededor de sus hombros y colocó el broche en la base de su garganta; se sentía natural. Se sentía majestuoso usarlo.

Se escuchó un ruido, como un suave arrullo y Gwen miró hacia arriba, analizando los imponentes muros, los chapiteles que se elevaban cientos de metros en el aire y vio entre las pequeñas ventanas, a gente vestida de rojo, sacando sus cabezas, haciendo el ruido. Mientras lo hacían, levantaron tres dedos en su sien derecha, luego lentamente los alejaron.

"¿Qué están haciendo?", preguntó Godfrey, quien iba a su lado.

"El saludo de las silesios", explicó Srog. "Es un gesto de amor. Y de respeto".

Gwen no sabía qué decir. Ella jamás se había sentido tan amada en su vida. Tampoco había sentido nunca tanta responsabilidad.

Se escuchó un golpe metálico, y Gwen se volvió y vio a una docena de soldados, a ambos lados de las puertas de la ciudad, cerca de los barrotes de hierro mientras entraba la última persona de la Corte del Rey. Gwen se estremeció con el sonido. Tenía un sentido de conclusión. Ahora estaban en Silesia. Este era su nuevo hogar. Se sentía bien estar aquí. Pero también inquietante. Con ese sonido metálico, ella podía oír cómo se acorazaban para la guerra.

\*

Gwendolyn se sentó en la hermosa sala del castillo, a lo alta de la parte superior de Silesia y se deleitaba con el silencio. Era la primera vez que había estado sola, no sabía desde cuánto tiempo. Afuera, detrás de la puerta cerrada, los hombres de Srog aguardaban sus órdenes. Pero ella todavía no los llamaba. Quería estar sola unos minutos.

Era una hermosa sala; esa habitación había pertenecido a la difunta lady y Gwen se levantó y caminó lentamente, observando todo. Tallados con una hermosa piedra roja, el piso y las paredes eran muy suaves, antiguos, desgastados; los techos elevados en arcos dramáticos. Encaramado en la cima del castillo, orientada hacia el oeste, la sala tenía vista al Cañón; paisajes expansivos inundaban la habitación a lo ancho y a lo alto; había ventanas arqueadas.

Gwen miró hacia fuera y quedó asombrada ante la imponente vista. Nunca antes había tenido un mirador del Cañón, literalmente encaramado en su borde; desde aquí parecía como si todo el mundo fuera el Cañón, un enorme agujero tallado en la tierra, en cuyo interior se arremolinaban nieblas de todos los colores. Era inquietante y hermoso y pacífico y siniestro al mismo tiempo.

Gwen miró más allá, hacia el horizonte distante, a la selva, y en la distancia más lejana, alcanzaba a ver el menor indicio del mar amarillo del Tartuvio. Sus pensamientos se dirigieron hacia Thor, y su corazón se quebrantó. Ella cerró los ojos y oró con todas sus fuerzas por su seguridad. Ella quería que él estuviera a su lado, ahora más que nunca. Ella lo quería vivo. Ella quería que criara a su hijo con ella.

Gwen se agachó y puso su mano sobre su estómago, detectando a su bebé.

Ella sabía que era imposible, en esta etapa tan temprana, sin embargo, se sentía más plena, más ella. Sintió la fuerza de dos personas dentro de ella.

Había sido un día abrumadora, y Gwen se sentía superada por emociones contradictorias mientras veía el hermoso paisaje. Ella trató de prepararse mentalmente para ser lideresa, se preparó para enfrentar el que seguramente sería el sitio más terrible en la historia del Anillo. En cierta forma, no podía evitar sentir que esta ciudad sería su última morada.

Ella intentó sacudir los pensamientos sombríos de su mente. Caminó hacia una pequeña fuente de piedra, sacó el agua fría y salpicó su cara varias veces. Las ráfagas frías de invierno entraban en la sala y acariciaban su rostro mojado, picándola. Se sentía bien. Quería ser picada. Necesitaba despertar, darse cuenta de dónde estaba, de qué iba a pasar. Tenía que dejar de pensar en sí misma, saber que era hora de gobernar, que la gente dependía de ella.

El pensamiento le abrumó. Pensó en su padre, en lo que haría él, en cómo pensaría. Él le había enseñado a mostrar siempre un aura de confianza; lo sintiera o no. A tomar decisiones audaces. A no mostrar debilidad, a no vacilar, a no vacilar. A dar a la gente alguien en quién creer.

Gwen anhelaba volver a ver a su padre, especialmente en un momento como éste. Daría cualquier cosa por tenerlo ahí durante unos minutos para asesorarla. Aunque fueran sólo unas pocas frases. Una parte de sí misma lo sentía con ella. Escuchó un chirrido, miró por la ventana y vio un pájaro desaparecer en la bruma y se preguntó qué sería.

Gwen cruzó la sala hacia la escalera de piedra en espiral que serpenteaba hasta los parapetos. En cuestión de unos momentos llegó al techo del castillo.

Estar sola arriba, sentir las frías rachas de viento, mirar por encima del Cañón, era incluso más impresionante. Buscó a Estopheles por todos lados, pero no pudo encontrarlo.

Gwen caminó hasta el borde de los parapetos y se asomó a ver a Silesia. Miró hacia abajo sobre el borde del Cañón y vio la mitad inferior de la ciudad, que todavía no había visitado, construida en lo bajo, a cientos de metros del Cañón en sí. Era impresionante. Se preguntó cuántos silesios vivían ahí abajo, cuántos esperaban que ella los salvara. Esperaba ser capaz de hacerlo.

"¿Escondiéndote otra vez?", se escuchó una voz.

Gwen sintió de inmediato repulsión por el sonido de esa voz. Se volvió lentamente, pero no necesitó dar la vuelta completa para saber quién era. Reconoció esa voz, y sintió un hoyo en su estómago. Al ver su rostro

despreciable, confirmó sus sospechas: Alton.

Gwen no lo podía creer. Estaba ahí, ese aristócrata despreciable, esa excusa de hombre, a quien odiaba más que a nada; aquí estaba el muchacho que había intentado separarla de Thor, que le había llenado la cabeza con mentiras, que le había molestado la mitad de su vida. De alguna manera, la pequeña comadreja había seguido a su caravana hasta aquí, y de alguna manera había logrado hablar con los guardias para que lo dejaran pasar. Ella no estaba sorprendida: era persistente, implacable y un gran mentiroso. Y era bueno para convencer a los demás de que era de la realeza.

Por supuesto, que no lo era. Era realeza de tercera clase, cuando mucho; primos lejanos de los padres de ella. Sin embargo eso no le impedía a él, sentir lo contrario. Nunca había conocido a alguien que se sintiera con mayor derecho.

Ella se sonrojó de ira. ¿Cómo se atrevía a aparecer aquí, de todos los lugares, de todos los momentos? Él había llegado hasta aquí y supuso que podría tener una audiencia con ella cada vez que quisiera y que podía hablarle de manera tan casual — como si se negara a reconocer su nuevo cargo. Su sola presencia, tan descarada, sin previo aviso, era ofensiva para ella.

"¿Qué haces aquí?", le preguntó con frialdad.

"Vine junto con la mitad de la Corte del Rey", dijo él. "Para estar contigo".

"Lo dudo mucho", dijo ella, identificando sus mentiras. "Viniste a salvar tu vida".

Alton se encogió de hombros.

"Tal vez tuve un doble propósito. Es cierto, Gareth está trastornado y la Corte del Rey es vulnerable. Se podría decir que estuve tentado por cierta forma de instinto de conservación".

Él sonrió y dio un paso adelante.

"Pero también vine por ti", dijo. "Para darte otra oportunidad".

Gwen resopló, indignada por su arrogancia.

"¿Para darme otra oportunidad?", repitió ella. "¿No te das cuenta de la locura de tus palabras? Puedes reconocer la locura en Gareth — ¿pero no en ti mismo? "

Alton se encogió de hombros, sin inmutarse.

"Lo pasado, pasado", dijo él. "Perdono tus errores. Pero ambos sabemos que lo que pasó entre nosotros, no aplica ahora. Las circunstancias han cambiado. Estás aquí: eres una reina sin rey, una gobernante sin una corte. Toda reina necesita a un rey. Los gobernantes encuentran fuerza en pares.

¿Realmente crees que puedes gobernar esta gran ciudad, a todos estos ejércitos tu sola?"

Gwen meneó la cabeza. No podía creer cuán patético era él.

"Supongo que crees que serás quien venga a rescatarme, a ser mi compañero para gobernar?", preguntó ella burlonamente.

"¿Quién más?" respondió él con orgullo, ampliando su sonrisa. "Tú y yo nos conocemos desde que podíamos caminar. Somos de la realeza. Las masas nos aman a los dos".

Gwen rió otra vez.

"¿En serio?", preguntó ella. "No sabía que las masas te amaban. De hecho, no tenía idea siquiera de que sabían quién eres".

Fue el turno de Alton de sonrojarse de vergüenza.

Antes de que él pudiera abrir su boca otra vez, Gwen levantó una mano. Ya había tenido suficiente. No tenía tiempo que perder en esto. Tenía asuntos más importantes que tratar.

"No quiero oír ni una palabra", dijo ella. "No estoy interesada en ti. Nunca lo he estado. Y desde luego que menos en gobernar nada contigo — no es que crea que eres capaz de gobernar nada. Ni a ti mismo. Además, estoy comprometida con Thor y él conmigo. Así que ya puedes irte".

Alton rió, breve y burlonamente.

"¿Es eso?", preguntó él. "¿Eso es lo que se interpone entre nosotros? ¿Thor? No puedes hablar en serio. Te ha abandonado por esa tonta misión suya. Ahora está en lo más profundo del Imperio, y ambos sabemos que no hay posibilidad de que regrese".

Se acercó más, suplicando.

"Admítelo, Gwen. Sabes la verdad. Sabes que se ha ido. Nunca volverá. Te ha dejado sola. Entonces, ya ves, ahora no hay nada que nos separe. Ahora es momento de casarnos. Si no es conmigo, ¿entonces con quién? Te quedarás sola en este mundo. No temas. Puedes admitir tu verdadero afecto por mí".

Gwen se puso furiosa.

"Sólo voy a decirlo una vez", dijo lentamente. "Escucha con atención esta vez, porque esta es la última que escucharás estas palabras. No siento amor por ti. No quiero ver tu cara. No quiero escuchar tu voz. Si te vuelves a acercar a mí otra vez sin avisar, haré que te arresten. Ahora déjeme".

Con eso, Gwen le dio la espalda y dio dos pasos adelante, mirando hacia los parapetos, observando el Cañón. Su corazón latía con fuerza por dentro, y rezó para que esta vez entendiera el mensaje y se fuera y que nunca tuviera que

ver su cara otra vez. Temblaba de ira ante su presunción, y no quería precipitarse a hacer algo.

Gwen no escuchó sus pasos alejándose. Estaba a punto de girar y mirar, cuando de repente, sintió una fuerte mano cubriendo su boca y otra agarrándola por el pecho. Alton la sostuvo firmemente, incluso mientras ella luchaba, y era sorprendentemente fuerte para ser un muchacho delgado y huesudo. Dio varios pasos hacia adelante con ella, inclinándose sobre el borde del parapeto.

El corazón de Gwen se desplomó mientras miraba hacia el precipicio y se dio cuenta de cuán cerca estaba de ser lanzada sobre la orilla.

"¿Ves ese precipicio que está ante ti?", lloró Alton. "¿Ves lo qué puedo hacer? Admite tu amor por mí. ¡Admítelo! Si no lo haces, lo haré yo — "

Gwen recordó de repente todo lo que los combatientes de su padre le habían enseñado. Recordó que llevaba botas con tacones de madera; levantó un pie por lo alto y pisó rápidamente sobre los dedos de los pies de Alton.

Gritó como niña, perdiendo su control. Ella liberó un brazo, lo jaló hacia adelante y le dio un codazo en el plexo solar.

Él jadeó y se arrodilló, resollando.

Luego la miró, con la muerte en sus ojos y se puso de pie, preparándose para volver a atacar.

Gwen alcanzó la daga que tenía en su cinturón, preparada para lanzarlo.

Pero Alton gritó repentinamente y cayó de rodillas.

Gwen vio a Steffen ahí parado y se dio cuenta de que había golpeado a Alton con fuerza, en la parte baja de la espalda. Steffen sujetó a Alton del cabello, jaló su cabeza hacia el cielo, sacó una daga de su cintura y la sostuvo con firmeza en la garganta de Alton.

"Deme la orden, mi lady", dijo Steffen, "y este pedazo de basura se irá de los anales de los MacGil".

"¡Por favor, por favor!", gimió Alton. "¡Por favor no lo hagas! No fue mi intención. ¡Sólo quería estar contigo!".

Alton se veía patético, arrodillado ahí, llorando, pidiendo clemencia.

"Debía hacer que te corte la garganta ahora", dijo Gwendolyn furiosa, todavía aturdida por ser llevada al límite. Le asustaba pensar en cuán cerca había estado.

"¡Por favor", suplicó Alton. "¡No puedes matarme! ¡Después de todo soy de la realeza! ¡Tienes prohibido tocarme".

Hubo una conmoción repentina y varios hombres irrumpieron en el techo. Srog abrió el camino, junto con Kolk, Brom y varios miembros de Los

Plateados. Todos corrieron hacia ella, mientras varios soldados agarraban a Alton con dureza, jalándolo de los pies y haciéndolo ponerse de pie.

"Mi lady", dijo Srog, jadeando con fuerza, avergonzado, "por favor acepte mis más humildes disculpas. De alguna manera este chico se deslizó entre los guardias. Les dijo que era de la realeza, que era pariente suyo".

Gwen todavía estaba temblaba por el encuentro, pero no se atrevió a mostrarlo.

"Gracias por tu preocupación", dijo ella, tratando de usar su voz de reina, tratando de entrar en el papel que esperaban de ella. "Pero estoy bien. Es un muchacho tonto y Steffen estaba aquí para ayudar".

Srog hizo una señal de gratitud hacia Steffen.

"La ley de Silesia exige que cualquier persona que ponga la mano en un rey o en una reina debe ser condenado a muerte", dijo Srog.

"¡NO!". Alton gritó, llorando como un niño. "¡Por favor! ¡No pueden!".

Gwen lo miró, sacudiendo su cabeza. Aunque era patético, no soportaba la idea de matarlo — incluso si se lo merecía.

"Mi lord", respondió Gwen a Srog, "Soy nueva aquí, así que pediré un favor. Esta vez, te pediré faltar a la ley. En este caso, no quiero matarlo. Preferiría alguna otra forma de juicio menor".

"Como desee, mi lady", dijo él. "¿Que tiene en mente?".

Gwen pensó, tratando de idear una forma de deshacerse de Alton de su vida para siempre.

"Bueno, ya que este muchacho afirma que es de la realeza, le daremos el derecho real de luchar con los soldados. Denle a Alton armas y armadura y envíenlo al campo con las tropas para combatir en el frente común".

"¡No, mi señora!", gritó Alton. "¡No soy un combatiente!".

"Entonces aprenderás a serlo", dijo Gwen. "Tal vez que puedas usar tus habilidades marciales con nuestro enemigo, en vez de en una mujer indefensa. Llévenselo", ordenó Gwendolyn.

Los guardias se apresuraron a hacer su voluntad, arrastrando a Alton mientras gritaba todo el camino en señal de protesta.

"Fue una sabia decisión, mi señora," dijo Srog con admiración.

"Mi señora, acerca de asuntos más importantes", dijo Brom dando un paso al frente. "Estamos recibiendo reportes de la movilización del ejército de Andrónico. Es difícil separar la verdad del rumor. Pero si la mayoría de los informes es cierto, tal vez no tengamos tanto para prepararnos como pensamos. Debemos hacer nuestros preparativos finales y atrincherar inmediatamente esta

ciudad".

"Esta ciudad fue construida con una capa externa de defensa", agregó Srog, "para momentos como éste. Podemos sellar nuestras puertas exteriores — pero una vez que lo hagamos, no se podrán abrir. Nadie podrá entrar ni salir".

Gwen pensó; sabía que necesitaban prepararse, pero ella no estaba lista para sellar la ciudad todavía.

"Mi hermano Kendrick todavía anda por ahí". dijo. "Y también Thorgrin y los otros valientes miembros de La Legión. No quiero sellar la ciudad hasta que ellos hayan tenido la oportunidad de llegar".

"Sí, mi señora," dijo Srog.

Gwendolyn esperaba más allá de la esperanza, que Thor pudiera regresar antes de que cerraran las puertas de la ciudad; sin embargo, ella sabía, con una punzada de tristeza, que probablemente sería imposible. Odiaba la idea de dejarlo fuera.

"Mi señora, hay un asunto más", añadió Srog, aclarando su garganta, dudando. "Esta ciudad fue construida con túneles de escape, profundamente bajo la superficie. Si estamos en circunstancias extremas, hay una manera para algunos de nosotros de salir. Para que usted salga. Si estamos totalmente rodeados y ceden nuestras fortificaciones, Andrónico nos destruirá a todos. Podemos conseguirte a un lugar seguro. Más allá de las paredes. Lejos de aquí".

Gwendolyn se sintió conmovida por el ofrecimiento, pero poco a poco meneó la cabeza.

"Estoy profundamente agradecida", dijo ella, "pero nunca abandonaría a ninguno de ustedes. O esta ciudad. Ustedes me han recibido. La trataré como mi casa. Si Silesia cae, todos caeremos juntos. No habrá escapatoria. No para mí".

Todos los hombres la veían con una nueva mirada, y pudo ver el respeto en sus ojos. Por primera vez, ella estaba empezando a sentirse como gobernante. Una verdadero gobernante. Sintió que esto era lo que significaba gobernar. Para predicar con el ejemplo.

Gwendolyn se dio vuelta y miró hacia el Cañón, las nieblas, iluminada por el crepúsculo, y una vez más pensó en Thor.

*Por favor, Thor, deseó ella. Vuelve a casa conmigo.*

## CAPÍTULO DIEZ

Thor siguió al niño de cerca, los otros junto a él, cuando por fin salieron del espeso follaje de la selva, el segundo sol ya estaba en lo alto. Había sido una ardua caminata desde el fondo del cráter, donde les había llevado el deslave. Sintió como si nunca fueran a dejar de deslizarse, Thor y los otros estaban completamente cubiertos de barro, mientras resbalaban cientos de metros en un pozo de barro enorme. Habían tenido que luchar para ir a la cima, y les había tomado demasiado tiempo.

Ahora casi era de noche, el chico estaba más ansioso que nunca, mirando constantemente al cielo. Parecía inmensamente aliviado cuando entraron a la gran deforestación en la selva, era la primera que Thor había visto. Por un tiempo estuvo seguro de que nunca saldrían de ese pozo de barro — y que nunca se irían de esta selva.

Thor se sorprendió al ver el gran claro delante de ellos; tal vez unos 30 metros en cada dirección y en el centro, una pequeña casa de campo. Salía humo de su chimenea, lo cual Thor podía entender, ya que la temperatura había bajado la última hora, a medida que anochecía. Fue sorprendente ver esta cabaña aquí, una vivienda en medio de un gran desierto, bordeada de árboles que llegaban al cielo. Thor y los demás intercambiaron una mirada de asombro. ¿Quién podría vivir aquí, se preguntó Thor, en esta casa solitaria en medio de este desierto? Era tan inesperado.

"A mi abuelo no le agrada la mayoría de la gente", dijo el niño, volviéndose hacia ellos. "Esperen aquí, déjenme hablar con él. Quizá lo agarren de buen humor y les permita pasar la noche aquí.

"Gracias", dijo Thor, "pero no tenemos que pasar la noche aquí —"

Antes de que pudiera terminar de hablar, el muchacho se había ido, había entrado en la casa de su abuelo.

Mientras el cielo oscurecía más, extrañas aves nocturnas comenzaron a hacer todo tipo de ruidos. Thor se reclinó y miró a los imponentes árboles, alcanzando el cielo; subían tan alto que apenas podía ver la parte superior; se sintió abrumado por la inmensidad de la naturaleza aquí.

Hubo un grito repentino desde dentro de la cabaña, y Thor miró a los demás, sintiéndose incómodos y se preguntaron qué hacer. Por un lado, no quería pasar la noche aquí — él quería seguir adelante. Pero también quería

conocer a ese viejo y averiguar si él sabía algo sobre la Espada, antes de continuar.

La puerta se abrió de golpe y salió un hombre de mediana edad, agachando la cabeza en la puerta. Era calvo, con canas cabello en ambos lados, una nariz grande, ojos marrones estrechos y una papada y estaba vestido con túnicas, deshilachadas, casi trapos. Se detuvo ante el grupo y miró directamente a Thor, claramente molesto.

"¿Qué derecho tuvieron para presionar a mi nieto de traerlos aquí?", dijo, enojado.

"¡No presionamos a su nieto a hacer nada!" Thor protestó. "Se ofreció a traernos —"

"¿Y cómo voy a saber que no son del Imperio?", dijo el hombre presionando, agarrando la empuñadura de la espada que descansaba en su cintura.

Thor y los demás instintivamente alcanzaron sus armas, también, ya que no sabían exactamente cuán beligerante sería este hombre.

"Su ropa parece mostrar que no son de aquí", dijo el anciano, "pero ¿qué pasa si todo es un truco? ¿Qué pasa si son espías del Imperio?".

Thor creyó que la mejor manera de lidiar con este viejo era a través de la amabilidad, así que levantó sus manos inocentemente y dio un paso adelante.

"Señor, no queremos ofenderlo", dijo él, en el tono más suave que pudo. "Nosotros no somos espías del Imperio. Hemos venido de el Anillo. Buscamos una cierta espada que fue robada de nuestro reino. No queremos hacerle ningún daño. Y si usted desea decirnos en qué dirección se la llevaron, nos iremos de aquí. Si no lo hace, entonces nos iremos de aquí ahora y lo dejaremos en paz. En cualquier caso, queremos agradecer a su nieto por su bondad al habernos salvado. Tenemos una gran deuda con él".

El hombre miró a Thor de arriba a abajo con fervor durante mucho tiempo; después, finalmente relajó su mano; soltó la empuñadura de su espada, y su rostro también se relajó.

"Lo escucho en su voz", dijo el hombre. "Ese acento. Ciertamente viene del Anillo. Ha pasado tiempo, muchos años, desde que estuve allí. Es un hermoso lugar. Lo extraño mucho".

El hombre observó a todos ellos, entonces finalmente relajó sus hombros.

"Perdona mi prisa por acusarlos", añadió. "Vivimos solos aquí, y uno nunca puede estar demasiado seguro. Bienvenidos. Me gustaría que se queden. Dense prisa", dijo, gesticulando con sus manos, mirando a los árboles como si

temiera que algo pudiera atacarlos.

Thor miró a Reece y a los otros, que lo miraron y asintieron con la cabeza, y al unísono, todos entraron a la cabaña del hombre; él siguió y cerró la puerta, atrancando detrás de ellos con un largo palo de metal.

"Siéntense, por favor", dijo el viejo cuando entraron, limpiando.

Thor observó la acogedora cabaña y vio que era bastante espaciosa para que cupieran todos ellos. Los pisos estaban llenos de pieles, un pequeño fuego encendía la chimenea, y olía a comida, haciendo que el estómago de Thor gruñera. Krohn debe haberlo olido, también, porque comenzó a gruñir.

El muchacho se apresuró a cumplir las órdenes de su abuelo, llevó un plato de frutas que Thor no reconoció. Thor y los otros agarraron uno cada uno, y como se quejó Krohn, el niño tomó un trozo de la bandeja, que se agachó y se la dio a él. Krohn lo agarró de su mano, lo comió, hizo una cara graciosa, lamió sus labios varias veces y luego se quejó más. El chico se rió.

Thor examinó su fruta. Parecía un higo, pero era mucho más grande, color rojo y cubierto de una especie de musgo.

"¿Qué es?", preguntó Thor.

"Es un mooless", dijo el muchacho.

"Pruébenlo", intervino el abuelo. "Es amargo, pero también es dulce. Les dará energía después de su larga caminata".

Thor lo acercó a su nariz, y olía diferente. a algo que nunca había encontrado — como una cebolla mezclada con un limón. Podía sentir en la punta de sus dedos que se pegaba a su mano; como los demás que levantó y le dio un mordisco con indecisión.

Quedó impresionado por el sabor: era delicioso e incluso esa pequeña mordida le dio una explosión de energía. Se lo comió y lamió sus dedos, sintiéndose como un hombre nuevo.

Thor se sentó con los demás en el montón de pieles en el piso, repartidos alrededor del fuego; Krohn apareció a su lado y reclinó su cabeza en el regazo de Thor. Thor estaba sorprendido por lo bien que se sentía sentarse; el dolor en las piernas bajaba lentamente. No se había dado cuenta de cuánto tiempo habían estado de pie, de cuánto le dolían sus músculos. Ellos también estaban magullados por su encuentro con ese animal. Estas pieles eran tan suaves y cómodas; Thor sentía que podría quedarse dormido sentado.

Pero pensó en el Anillo, bajo ataque; sabía que tenían que atender asuntos urgentes y no quería perder tiempo. Se inclinó hacia adelante.

"Estamos muy agradecidos por su hospitalidad", dijo Thor al viejo, pero

temo que no tenemos mucho tiempo. Estamos en un viaje urgente. Debemos encontrar la Espada. Por favor, díganos dónde está para que podamos marcharnos".

El viejo tomó asiento, apoyándose en un pelaje del otro lado del fuego, al lado del niño. Los miró y sacudió la cabeza.

"No pueden volver ahí," dijo. "Ahora no. ¿No han visto? El segundo sol está a punto de ocultarse".

"¡Les dije, papá!" dijo el muchacho.

"Agradecemos su advertencia", dijo Thor, "pero como dije, tenemos asuntos urgentes, y no tememos a los insectos".

El viejo resopló.

"No entienden", dijo él. "Nadie puede estar por ahí en la noche. *Nadie*. No durarían ni una hora. Al caer la noche, en algún momento el aparecer la primera luna, llegan las lluvias. Nadie puede sobrevivir fuera, durante las lluvias.

"¿Y por qué no podríamos sobrevivir una lluvia?", dijo Reece Reece presionando.

El hombre se volvió y entrecerró los ojos.

"Porque no es una precipitación, dijo. "No es agua la que cae desde el cielo, muchacho, sino Ethabugs".

¿"Ethabugs"?, preguntó Elden.

"Es una especie de araña, pero más grande y más mortal. En esta parte del Imperio, el cielo las hace caer todas las noches. Las escucharán caer contra nuestra cabaña. Durará una hora y luego seguirán su camino. Pero si están afuera durante ese tiempo, sin refugio, estarían acabados. He visto a un elefante adulto ser devorado por esas cosas en 5 minutos. No, se quedarán aquí. Al amanecer, se pueden ir".

Thor y los demás intercambiaron una mirada de asombro, y se maravilló de lo diferente que era este lugar, del Anillo. Mientras pensaba en ello, se dio cuenta de que estaba exhausto, y mientras su mente estaba apurada para irse, su cuerpo no. Sus amigos parecían agotados, y no los culpaba. Thor se dio cuenta de que ser un buen líder a veces significaba inspirar a su gente para seguir — pero a veces también significa permitirles descansar. Y si este hombre mayor no estaba exagerando — y Thor sospecha no — entonces estaba agradecido por haber encontrado este refugio y por la hospitalidad del hombre. No quería pensar en lo que habría pasado si hubiesen estado afuera durante ese tiempo.

"Entonces estamos muy agradecidos por su advertencia y por su

hospitalidad", dijo Thor. "Gracias por recibarnos".

El viejo se encogió de hombros.

"Es agradable tener compañía de vez en cuando. Especialmente desde el Anillo. Pasé la mayor parte de mi juventud ahí. Es un lugar encantador".

Los ojos de Thor se abrieron de par en par por la sorpresa; ¿este hombre había estado en el Anillo?

"Entonces ¿qué hace aquí?", preguntó O'Connor.

El hombre miró hacia abajo, esperó varios segundos y se quedó en silencio.

"Lo siento", dijo O'Connor. "No quise entrometerme".

El anciano permaneció en silencio durante un tiempo más, luego finalmente, respiró profundamente.

"Yo era joven, ocurrió una tragedia en mi vida. Pensé que lo mejor era empezar de nuevo. Pensé en dirigirme hacia el oeste, más allá del Cañón, navegar a través del Tartuvio hacia el Imperio, dirigirme a la selva. Supongo que en ese momento una parte de mí esperaba que me mataran. Mis aflicciones me envolvieron, y busqué la manera más fácil.

"Pero ese no resultó ser el caso. De alguna manera sobreviví. Y entonces me hice aficionado de sobrevivir. He vivido aquí solo, durante todos estos años — hasta la llegada de mi nieto. Ahora tengo algo por qué vivir. Y a pesar de todos los animales, he aprendido a querer este lugar. He viajado por todo el Imperio, he visto lugares y cosas que no pueden imaginar. Es enorme, es una tierra vasta, eclipsa al Anillo en comparación. No han vivido hasta que lo han visto todo. No sólo el Imperio y no sólo las islas. Sino también la tierra de los dragones. Y la tierra de los druidas.

"La tierra de los druidas?", preguntó Thor, sentándose, sacudiendo su somnolencia. "Estuvo allí?".

El hombre asintió con la cabeza.

"Lo más cerca que pude. Es un lugar mágico. Hay muchos lugares mágicos en el Imperio. Andrónico ha arruinado todo con su ejército, que está en todas partes. Sus patrullas están presentes, por eso tuve que venir aquí, a la selva. Si capturan a alguien es obligado a ser soldado o esclavo. Su ejército de esclavos es más grande que su ejército de soldados. Tiene que dominar todo, hasta el última alma".

El viejo suspiró.

"Me he escondido muy bien de sus hombres. Ellos nunca me atraparon — y nunca lo harán. Ni a mi nieto. Quiero que sea así. Por eso no me fío de nuevos visitantes, como tú. No quiero que nadie me entregue".

Thor y los demás se miraron unos a otros, sorprendidos por la historia del hombre.

"¿Nos puede decir lo que sabe de la Espada?", preguntó Thor.

El hombre miró largo rato a Thor, luego finalmente desvió la vista.

"El otro día vi una docena de hombres. También eran del Anillo. Se movían torpemente a través de la selva. Venían acompañados por varios guerreros, una ejército formidable. Dejaron una amplia huella. Fácil de seguir. Por supuesto la selva se consume a sí misma cada día, así que a menos que un rastro sea fresco, desaparecerá. Pero los observé. Sé dónde han ido".

"¿Y qué lugar es ese?", preguntó Reece.

Thor creyó ver miedo en los ojos del hombre.

"Tomaron el camino hacia la Ciudad del Esclavo".

"¿A la Ciudad del Esclavo?", repitió Elden.

El viejo asintió con la cabeza.

"A unos diez y seis kilómetros al oeste de aquí. Estamos en el borde de la selva. Hay sólo un camino. Pero les advierto: La Ciudad del Esclavo tiene un nombre acertado. Hay cientos de miles de ellos. Todos son sirvientes obligados a trabajar, todos sirviendo a Andrónico. Y otra cantidad igual de guardias. Si entran, no saldrán".

"Pero ¿por qué se llevarían la espada allí?", preguntó Conval.

"No dije que la llevaron ahí", respondió él. "Dije que se dirigían por ese camino. Podrían ir a cualquier parte".

"Entonces los seguiremos al amanecer", dijo Thor.

El viejo sacudió la cabeza.

"Entrar en la Ciudad del Esclavo es entregarse para su captura. Especialmente con la pequeña fuerza de combate como la suya. Es el suicidio".

"No hay más remedio", insistió Thor. "Hemos venido a encontrar la Espada. Y debemos ir a dondequiera que esté.

El viejo bajó la cabeza y la sacudió con tristeza.

"¿Nos mostrará el camino?", preguntó Thor. "¿En la mañana?".

"Será su muerte", dijo el anciano. "Puedo mostrarles cómo llegar a cualquier parte".

Satisfecho, Thor se reclinó en las pieles — pero al estirar su brazo, de repente sintió que ardía y lo arrancó rápidamente, gritando de dolor.

Se dio vuelta y miró, esperando ver un incendio, pero no vio nada. Se preguntó qué había pasado, cómo se lastimó.

"¡Te dije que cerraras los postigos, muchacho!", gritó el viejo.

El muchacho corrió hacia Thor y rápidamente cerró los postigos de madera que estaban al lado de él. Mientras Thor miraba, se dio cuenta de que había estado sentado al lado de una ventana abierta. Thor estaba perplejo mientras miraba su brazo, que tenía una leve marca de quemadura en él.

"¿Qué quemó mi brazo?", preguntó él.

"La luna", respondió el muchacho.

"¿La luz de la luna?". Thor le preguntó, sorprendido.

"Es fuerte en estos lugares. Nunca se ponga directamente en su luz. Le quemará".

"Sólo la primera luna te quema", agregó el viejo. "Lo hará decaer en un par de horas, después de que se vayan las arañas. Es seguro caminar bajo la segunda luna".

Thor frotó su brazo, reclinándose, y se preguntó qué lugar era éste. Se sentía un millón de millas lejos de casa. Una parte de él sentía que nunca regresaría.

"Trae la carne", ordenó el viejo. El niño cruzó la cabaña y apareció con una bandeja colmada, repleta de carnes.

Thor y los demás — especialmente Krohn — todos se espabilaron, abriendo sus ojos soñolientos e inclinándose hacia adelante. Thor no se atrevió a preguntar qué tipo de carne era, apenas conocía los nombres de los animales que había aquí, de todos modos. Pero olía delicioso, y cuando el niño lo acercó más, Krohn pegó su hocico y gruñó. El chico rió y le sirvió primero a Krohn, le arrancó un pedazo y la lanzó por el aire; él rió con más ganas, mientras Krohn lo atrapó. Krohn movió su cola mientras se la llevaba a un rincón de la habitación y lo masticaba.

Thor sonrió mientras él y los demás utilizaban palillos para levantar un pedazo de la bandeja. El niño y el anciano hicieron lo mismo, y todos ellos se pusieron cómodos, comiendo con satisfacción cerca del fuego. Thor dio un mordisco y se sorprendió por lo sabroso que era — y por lo dura que era la carne. Sintió que recuperaba su energía mientras masticaba.

Después el niño llevó una bolsa de vino y copas, distribuyéndolas y llenándolas. Thor bebió, y el líquido fuerte se le fue directo a la cabeza.

Con la barriga llena, el vino fuerte, y la fogata relajándolo, Thor sintió sueño. Pero lo alejó. Él era líder de este grupo, y no se podía permitir dormir todavía. Quería asegurarse de que los otros dormían primero.

Cuando todos se sentaron alrededor, la habitación cayó en un cómodo

silencio. Pronto, la habitación fue interrumpida por los sonidos del anciano roncando; el niño dejó escapar una risita. Krohn fue hacia Thor, reclinó la cabeza en su regazo y cerró los ojos y durmió, también.

Thor y sus hermanos se mantuvieron despiertos, con los ojos abiertos, cada uno mirando el fuego. Habían visto demasiado hoy y todos ellos, a pesar de su cansancio, estaban inquietos. Hubo un silencio sombrío, tácito entre ellos, como si todos supieran que estaban en un viaje que debía conducir a sus muertes.

"¿Han pensado en cuán diferente era la vida antes de que nos uniéramos a La Legión?", preguntó O'Connor.

"¿Qué caso tiene pensar en eso ahora?", preguntó Elden.

O'Connor se encogió de hombros.

"A veces pienso en lo que dejé atrás", dijo O'Connor. "No es que me arrepienta. Sólo tengo curiosidad. En lo diferente que habría sido la vida. A veces extraño mi pueblo. A mi familia. Creo que más que nada extraño a mi hermana. Ella es dos años menor. Ahora, con el Escudo desactivado y habiendo invadido el Imperio, pienso en ella, que está allá sola. No sé si voy a verla otra vez".

"Si regresamos a tiempo", dijo Thor, "la rescataremos".

O'Connor preocupado, miraba sin estar convencido.

"Yo quería ser herrero", dijo Elden. "Mi padre me llevó a La Legión. Él mismo había intentado ingresar, cuando era joven, y no pudo. Quería que yo lograra lo que él no pudo. Me alegra haberlo hecho. Mi vida habría sido mucho menor, si lo hubiera hecho. No habría visto la mitad de las cosas que he visto".

"Teníamos novias esperándonos en nuestro pueblo", dijo Conval. "Los dos estábamos comprometidos para casarnos. Sería una boda doble. La Legión cambió eso. Dijeron que nos esperarían".

"Pero dudamos que lo hagan", dijo Conven.

Thor pensó en ello y se dio cuenta de que no extrañaba nada ni a nadie de su pueblo. La Legión era su vida, completamente su vida. Y podía ver en los ojos de los demás que también era su vida. Se habían convertido en más que amigos — se habían convertido en verdaderos hermanos. Ellos solo se tenían los unos a los otros.

"Yo ya no hablo con mi familia", dijo Elden.

"Yo tampoco", dijo O'Connor.

"Ahora nosotros somos una familia", dijo Reece.

Thor se dio cuenta de que era verdad.

Hubo un sonido repentino en el techo, como de granizo. Se oyó más fuerte, y Thor y los demás miraron al techo con alarma, sonaba como fuera a ceder. El viejo y el niño se despertaron y también miraron hacia arriba.

"Son las lluvias", comentó el anciano.

El sonido era terrible, todo lo consume; parecía como si del cielo llovieran piedras pequeñas. Para colmo de males, el sonido era acompañado por el chirrido horrible de miles de insectos. Sonaba como si los animales estuvieran masticando el techo y trataran de entrar. Thor levantó la vista y estaba agradecido por la barrera que los protegía del exterior, muy agradecido de que este hombre les hubiera hecho pasar la noche en la selva.

Finalmente, después de lo que parecían muchas horas, el ruido paró y el silbido se desvaneció. El niño se puso de pie de un salto, cruzó la cabaña, abrió la puerta y se asomó.

"Es seguro ahora", dijo.

Todos se pusieron de pie al mismo tiempo, corrieron a la puerta y se asomaron.

A lo lejos, Thor podía ver miles de enormes insectos negros, arrastrándose lejos de ellos hacia la selva.

"Ahora también la luna es segura", dijo el niño. "Verán — es la segunda luna. Se sabe por la luz púrpura".

Thor salió, respirando el frío aire de la noche; la selva llena de suaves ruidos nocturnos y buscó asombrado en la negrura.

"Es seguro ahora, pero no se quede fuera mucho tiempo", dijo el niño.

Reece salió y se unió a Thor, mientras el niño se apresuraba a entrar y cerró la puerta de la cabaña detrás de ellos. Los dos se quedaron ahí parados, mirando hacia el cielo, a la enorme luna púrpura, a las rojas estrellas que titilaban. Este lugar era más fantástica de lo que Thor había imaginado.

"Podríamos morir mañana", dijo Reece, mirando al cielo.

"Lo sé", dijo Thor. Él había estado pensando exactamente en lo mismo. Las probabilidades para ganarle a ellos parecían imposibles.

"Si lo logramos, quiero que sepas que eres mi hermano", le dijo Reece. "Mi verdadero hermano".

Reece lo miró significativamente, y Thor extendió la mano y agarró su antebrazo.

"Y tú el mío", dijo Thor.



## CAPÍTULO ONCE

Hafold se apresuró a través de la cámara de la reina, preparando su comida matutina, como había hecho todos los días durante sus treinta y cinco años al servicio de la reina. Hafold era una mujer precisa, y seguía su horario como reloj, cruzando la cámara de piedra mientras preparaba la crema de avena de la reina.

Sin embargo, en este día, caminó dos veces más rápido. Por primera vez en todos sus años de servicio, llegaba tarde. Había estado dando vueltas en la cama toda la noche, con sueños sombríos, ominosos, eran las primeras pesadillas de su vida. Había visto incendiarse la Corte del Rey, a gente quemada viva, gritando a su alrededor.

Para cuando se había despertado, el primer sol ya estaba en lo alto en el cielo, y Hafold había saltado de la cama, avergonzada. Se sentía terrible de pensar que había hecho esperar a la reina, al llegar a una hora tan tarde. Típicamente Hafold llegaba primero, seguida de la segunda sirvienta de la reina, quien llevaba el té de media mañana. Ahora Hafold tenía la vergüenza de llegar cuando estaba la segunda sirvienta. Hafold no permitía la incompetencia en los demás; lo detestaba en sí misma.

Hafold se tapó la cabeza, duplicó su paso y sostuvo la bandeja firmemente en sus manos temblorosas, esperando que la reina no estuviera molesta con ella. Por supuesto, dado el estado catatónico de la reina, apenas era capaz de expresar placer o desagrado. Pero Hafold podía sentir hasta los movimientos más pequeños de la reina. Después de tantos años, la reina era como una madre y una hermana y una hija con ella, todo en uno. Hafold se sentía más protectora de ella que nadie en la Corte del Rey — que nadie en su propia familia.

Hafold dio vuelta a la esquina, pensando en las formas en que podría compensar la reina, y cuando levantó su cabeza, la vio a lo lejos, sentada en su silla junto a la ventana, mirando con los ojos en blanco, como lo había hecho desde hacía varias semanas. Allí, al lado de ella, estaba a su segunda sirvienta, con el té en la mano, justo a tiempo. Era una muchacha joven, nueva en la Corte del Rey, y sirvió el té meticulosamente en una taza de oro brillante.

Hafold no quería molestarlas, así que caminó en silencio, arrastrándose detrás de ellas sin hacer ruido; sus suaves silenciaban sus pasos en el piso de

piedra. Cuando se acordó y se dispuso a anunciarse, se detuvo repentinamente. Algo estaba mal.

Hafold vio que la sirvienta metía la mano rápidamente en su chaleco, extraía una pequeña bolsa, derramaba un polvo blanco en té de la reina, y luego lo guardaba dentro de su bolsillo. Luego le entregó la taza a la reina, sosteniéndola en su mano floja y guiándola para beberla, como siempre lo hacía.

El corazón de Hafold se llenó de terror; dejó caer su bandeja de plata, los platos delicados se estrellaron en el suelo y corrió hacia la reina. Se acercó y lanzó la taza lejos de sus labios. Justo a tiempo, hizo que la delicada vajilla se estrellara en el piso.

La sirvienta saltó hacia atrás, mirando a Hafold con los ojos tres veces más abiertos, y Hafold se le abalanzó, agarrándola con fuerza de la blusa, abriendo su chaleco, y sacando la bolsa llena de polvo. Ella la olió, la tocó con la punta de su dedo y la probó. Le gritó a la chica, quien parecía estar totalmente aterrorizada.

"Niamroot", dijo Hafold con conocimiento. "¿Por qué le estás dando esto a la reina? ¿Sabes lo que hace a una persona?"

La chica la miró estupefacta, temblando.

La furia de Hafold fue mayor. Esto era veneno tóxico, diseñado para matar lentamente el cerebro. ¿Por qué le estaba dando esta sirvienta eso a ella? Mirando lo joven y estúpida que era, Hafold se dio cuenta de que otra persona estaba detrás de esto.

"¿Quién te pidió hacer esto?", dijo Hafold presionado, agarrándola con más fuerza. "¿Quién te hizo envenenar a nuestra reina? ¿Desde cuándo ha estado pasando esto? ¡CONTÉSTAME!", gritó, golpeando a la chica con todas sus fuerzas.

La chica gritó, su cuerpo temblaba, y entre sollozos, dijo: "¡el rey! ¡El rey me obligó a hacerlo! Me amenazó. Son sus órdenes. ¡Lo siento!".

Hafold temblaba de ira. Gareth. El hijo de la reina. Envenenando a su madre. La idea le hizo sentir náuseas.

"¿Desde cuándo?", preguntó Hafold, preguntándose de repente cuánto de la condición actual de la reina tenía que ver realmente con su infarto.

La chica lloró.

"Desde la muerte de su marido. Lo siento. Yo no sabía. Dijo que era para que sanara".

"Estúpida", gritó Hafold y la aventó a través del cuarto. La niña gritó,

tropezó y salió corriendo de la cámara, sollozando.

Hafold se arrodilló al lado de su reina y la examinó bajo una nueva luz. De todos sus años como enfermera, Hafold sabía exactamente lo que podría hacer el Niamroot — y ella también sabía cómo curarlo. Sus efectos no eran permanentes, si se detectaba a tiempo.

Hafold bajo los párpados de la reina, vio el color amarillento debajo de ellos y confirmó que era víctima de este veneno. Hafold estaba segura de que por eso estaba catatónica. No era por el luto hacia su difunto esposo — era por ser envenenada por su hijo.

Tenía que ser Gareth: había elegido el momento perfecto para envenenarla, para hacer que pareciera que su madre simplemente estaba de luto. Era todavía pero que lo que había pensado.

Hafold cruzó la cámara, revisó cada cajón de su botiquín y encontró el líquido amarillo que necesitaba. Con manos temblorosas mezcló una gota en un vaso de agua, luego se apresuró de nuevo y lo puso en la boca de la reina, obligándola a beberlo.

La reina bebió y bebió, sacudiendo su cabeza, tratando de detenerse, pero Hafold la obligó a consumir todo.

Después de que la reina, protestando, vació la taza, finalmente, la reina meneó la cabeza y empujó a un lado la mano de Hafold.

Hafold estaba sorprendida y encantada. Era la primera vez que la Reina había levantado su mano en semanas.

"¿Qué me estás obligando a beber?", demandó saber la reina.

Hafold saltó de alegría al escuchar su voz, sus primeras palabras, al darse cuenta que estaba de vuelta. Ella extendió la mano y abrazó a la reina — era la primera vez que la había abrazado en sus treinta y cinco años de servirla.

La reina, volviendo a ser ella misma, indignada, se levantó y jadeó.

"¡Mi reina, mi reina!", lloró Hafold. "¡Ha vuelto a mi lado!".

La reina empujó a Hafold, volviendo a ser la orgullosa de siempre.

"¿De qué hablas?", preguntó la reina. "¿Volver de dónde?".

"Había sido envenenada", explicó Hafold. "¡Gareth la había envenenado!".

Los ojos de la reina se ensancharon lentamente en reconocimiento, y de repente, entendió.

"Llévame con él", ordenó a la reina.

\*

La reina MacGil caminaba por los pasillos de la Corte del Rey, corredores que conocía muy bien; con Hafold a su lado, sintiéndose ella misma otra vez.

Por primera vez en no sabía cuánto tiempo, se sentía consciente, llena de energía. También se sentía llena de rabia y con ganas de enfrentarse a su hijo.

Con cada paso que daba, mientras más empezaba a volver en sí misma, más entendía exactamente lo que había sucedido, el papel que había desempeñado su hijo. Le daba náuseas, y una parte de ella aún no quería creerlo. ¿Qué pudo haber hecho tan mal para criar a un monstruo así?

"Mi reina, esto no es una buena idea," dijo Hafold que estaba a su lado. "Debemos abandonar este lugar de inmediato, huir mientras podamos. Quién sabe cómo podría reaccionar Gareth — podría hacer que la maten. Debemos irnos lejos de este lugar. Debemos ir a Silesia, con Gwendolyn. Ahí será atendida".

"No hasta que hable con mi hijo", dijo ella.

Nada impedirá que la reina sepa la verdad, que escuche las palabras de Gareth en persona. La reina MacGil nunca había sido de las que huía de una confrontación, y no iba a comenzar ahora — y ciertamente no de su propio hijo.

La reina abrió de golpe la conocida puerta del estudio de su difunto esposo, resentida de que su hijo pensaría que podría ocuparlo. Jadeó mientras estaba parada en el umbral de la sala, horrorizada al ver el lugar; los valiosos libros de su finado esposo y los pergaminos estaban esparcidos y rotos en el piso; la habitación estaba en ruinas, destruida.

Allí, al otro lado de la sala, sentado desplomado en una silla, mirándola con una sonrisa insensible, estaba su hijo.

Gareth estaba sentado al centro de todo esto, mirándola fríamente con sus ojos negros. Ella podía sentir el débil olor a opio en el aire. Él no se había afeitado en días, tenía bolsas oscuras debajo de sus ojos, sus ropas estaban sucias y parecía como si se hubiera vuelto loco. No se parecía en nada al hijo que había criado, al chico que había educado. Ser rey lo había envejecido veinte años, y casi no lo reconocía.

"Madre", dijo tajantemente, apenas pareciendo sorprendido de verla. "Finalmente vienes a verme".

La reina frunció el ceño hacia él.

"¿Qué le has hecho al estudio de mi marido?", dijo ella.

Gareth rió.

"No creo que vaya a necesitarlo ahora", dijo Gareth, "pero me parece que así está mejor, ¿no?"

La reina avanzó furiosa.

"¿Me envenenaste?", preguntó.

Gareth la miró inexpresivamente.

"Hemos encontrado el polvo, hoy, el que tenía la sirvienta, mi lord", interrumpió Hafold. "Ella dijo que usted se lo ordenó".

"¿Es cierto?", preguntó suavemente la reina, esperando que no lo fuera.

Gareth movió lentamente la cabeza.

"Madre, madre, madre", dijo. "¿Por qué debes tener esa repentina preocupación por mí ahora, después de todos estos años? Cuando era niño, reservabas todo tu amor para Reece. Kendrick era el mejor de todos nosotros, pero no pudiste llegar a amarlo porque era el hijo bastardo de tu marido. Godfrey te decepcionó yendo a sus tabernas. Luanda tenía un pie en la puerta y no era una amenaza para ti. Y Gwendolyn — bueno, era niña, y te sentías muy amenazada para amarla.

"Así que Reece encontró tu amor. Y el resto de nosotros fuimos ignorados. Yo no existía para ti. Tuve que hacer todo esto para que finalmente pudieras fijarte en mí".

La reina frunció más el ceño; no estaba de humor para la sofistería de Gareth.

"¿Es cierto eso?", repitió ella.

Gareth rió entre dientes.

"La verdad tiene muchas capas, ¿no?", dijo él. "¿Qué importaría si fueras envenenada? Tu vida había dado vuelta a la esquina, estabas avanzando hacia la tumba. Una reina sin rey. No puedo pensar en nada más inútil".

La reina MacGil sentía que la rabia hervía por dentro. Se le revolvió el estómago.

"Eres un hijo abominable", espetó ella. "Un ser humano abominable. Lamento haberte parido".

"Lo sé, madre", dijo con calma. "Lo he sabido desde el día que me pariste. Pero verás, ya no hay nada que puedas hacer al respecto. Porque finalmente, estoy fuera de tu alcance, del alcance de mi padre. Ahora, te ordeno", dijo en voz alta, de pie, con la cara enrojecida de ira. "Ahora, tú eres mi súbdita. Y con el chasquido de los dedos, puedo hacer que un ayudante te mate. Tu vida está en mis manos".

"Hazlo entonces", dijo ella furiosa, sin temor, igualmente decidida. "No seas el muchacho cobarde que siempre has sido. Sé un hombre, como tu padre lo fue y haz que me maten de frente. Mejor aún, desenvaina la espada y hazlo tú mismo".

Gareth estaba ahí sentado, temblando.

"No puedes hacerlo, ¿verdad?", preguntó ella. "No. En cambio, tenías que poner a tu pequeña ayudante a que me envenenara lentamente. Eres un cobarde. Siempre lo has sido. Desacreditas la memoria de tu padre".

Gareth puso repentinamente la mano en su cinturón, sacó una daga, la levantó por lo alto y se dirigió hacia su madre con un grito terrible. Mientras se acercaba, bajó la cuchilla, hacia la cara de ella.

Pero la reina MacGil era la hija de un rey y esposa de otro. Había vivido alrededor de la violencia toda su vida, había sido entrenada por la guardia real desde que era niña. Mientras Gareth iba al ataque, ella tranquilamente agarró una piedra del busto de su marido, esperó a que se acercara, entonces se hizo a un lado y lo dio con ella a la cabeza de Gareth.

Ella conectó perfectamente, esquivando su espada y golpeando su cráneo, haciendo que se estrellara en una tabla de madera, derribándolo y desplomándose contra la pared.

Gareth estaba ahí tirado, jadeando, sangrando de la cabeza y parpadeó varias veces. Intentó sentarse, aturdido y limpió la sangre de la parte posterior de la boca. Al menos había borrado la sonrisa de su rostro.

"Termine contigo", le dijo la reina fríamente. "De ahora en adelante, no eres mi hijo. Quiero que lo sepas. Ni siquiera eres un extraño. No eres nada para mí. Dejaré este lugar y nunca volveré mientras tú estés al mando. Ahora sé con certeza, que fuiste tú quién me quitó a mi marido. Y por eso, te pudrirás en el infierno. No creas que no la pagarás. Me han dicho que el escudo está desactivado. Pronto los hombres del Imperio inundarán este lugar y lo quemarán por completo — y tú te quemarás con ellos".

Gareth repentinamente se rió, mientras salía sangre de sus labios.

"Lo dudo, madre", dijo él. "Muchas personas han tratado de matarme. Pero no lo consiguieron. Esta mañana mi catador real cayó muerto ante mis ojos — otro complot fallido contra mi vida. Y ayer me enteré de que la persona más cercana a mí, vendrá a matarme mañana al amanecer. No tengo aliados. Pero tengo espías. Y tengo al diablo a mi lado. Verás, nadie ha sido capaz de matarme, madre. Y nadie lo hará. Siempre estoy un paso por delante de ellos, madre. Es lo que nunca entendiste de mí. Que siempre estoy un paso por delante".

Gareth reía, temblando, pero la reina MacGil había tenido suficiente.

Ella se dio vuelta y salió furiosa de la habitación, con Hafold a su lado, y cerró con fuerza la puerta detrás de ella, escuchando el eco de la risa de su

hijo y sabiendo que esa sería la última vez que pondría un pie en la Corte del Rey.

## CAPÍTULO DOCE

Gwendolyn saltaba a través de un campo de verano de flores, lleno de color, su padre, joven y vibrante y saludable, estaba a su lado. Ella era joven, tenía tal vez diez años, y él la arrojó al aire y la columpió mientras saltaban. Ella reía a carcajadas, encantado de estar aquí con él. Él también rió, tan despreocupado, con un profundo sonido tranquilizador. Ella se sentía tan segura, a salvo en el mundo, como si nada pudiera cambiar alguna vez.

El campo estaba inundado de la luz del sol, la más brillante que jamás había visto, y cuando lo miró, él parecía más joven y más feliz que nunca.

"Estoy muy orgulloso de ti, hija mía", le dijo.

Sonriendo ampliamente, se agachó y la levantó, agarrándola de los brazos y levantándola en el aire, tal como lo había hecho cuando era una bebé. Ella rió, entusiasmada.

Pero en cuanto la puso abajo y sus pies tocaron el suelo, ella miró hacia abajo y se dio cuenta de que todo había cambiado. Antes, el suelo había sido cubierto de flores — ahora era tierra negra; antes, había habido un cielo claro y brillante — ahora era oscuro y estaba nublado; antes, había habido flores — ahora fueron reemplazados con un campo de espinas.

Y lo peor de todo, su padre había desaparecido y ella estaba sola.

Gwendolyn oyó el grito estridente de un bebé; se volvió y a lo lejos, sobre una pequeña colina, vio un moisés, dentro de un arbusto espinoso. Los gritos se hicieron más fuertes, y ella se acercó indecisa, sabiendo de alguna manera que era su hijo.

Un niño.

Se acercó al moisés y se inclinó y miró — y estaba abrumado por la belleza del niño. La luz brillante salía de él, y ella no pudo dejar de pensar que se parecía a ella.

Se agachó para levantar al bebé, pero de pronto se movió el moisés. Una fuerte corriente de agua llegó a un lado de ella, llevándose la cuna por un sinuoso sendero de montaña.

Gwen corrió tras él, pero fue inútil. La cuna se fue demasiado rápido y pronto el paisaje ante ella cambió a un mar inmenso.

Gwen se encontró de pie en una costa rocosa, mirando cómo se formaba una tormenta.

"¡NO!", gritó, llegando a su bebé, vadeando en el agua.

Pero fue inútil. El bebé ya estaba lejos en el mar, llevado por la marea, llorando en su moisés. Gwendolyn se sintió más impotente que nunca. Quería que el mar se la llevara también.

Gwen empezó a notar un gran burbujeo, en la superficie del agua, y momentos después, una enorme bestia emergió, chillando.

Un dragón.

El dragón se levantó más y más, era la cosa más grande que jamás había visto, como un muro delante de ella, tapando el cielo. Reclinó su cabeza y rugió, y el sonido fue el más terrible que había experimentado.

Detrás de él, de repente surgió un maremoto, de quince metros de altura, corriendo hacia ella.

Intentó volver a correr, pero ya era demasiado tarde.

La ola se abalanzó, llevando al dragón con ella, lista para chocar y matarla.

Gwendolyn despertó, sentándose en una cama que no reconoció, en una habitación que no conocía, jadeando y mirando alrededor, tratando de recordar dónde estaba. La luz del primer sol naciente se filtraba a través de la ventana. Ella se levantó de un salto, cruzó la habitación, se vistió rápidamente y salpicó de agua fría su cara, de un pequeño cuenco de piedra en el otro extremo del cuarto. Puso agua fría en su cuero cabelludo y cabello. Ella meneó la cabeza, tratando de sacudir de su mente las horribles visiones, tratando de que recuperar la conciencia. La realidad ya era lo suficientemente oscuro como estaba — no necesitaba una pesadilla para empeorarla.

El sueño parecía demasiado real. Su padre; el bebé; el océano; el dragón; el mundo volviéndose tan sombrío. Ella no pudo evitar sentir como si fuera un presagio de cosas horribles por venir.

Gwendolyn estaba parada al lado de la enorme ventana abierta y miró hacia la brillante ciudad de Silesia; la gente ya estaba afuera, a esta temprana hora del día, preparando sus productos para la venta del día. Mientras veía a los ciudadanos, también notó movimiento, podía verlos congregándose hacia la puerta de la ciudad. Siguió su dirección y vio una pequeña nube de polvo en el horizonte, acercándose lentamente hacia Silesia y se dio cuenta de que era un jinete, dirigiéndose hacia este lugar. Dos jinetes. Y detrás de ellos, un grupo de quizás un centenar de ciudadanos.

Gwen se relajó, al darse cuenta de que no era el ejército de Andrónico; sin embargo, se preguntó quién podría ser. Sonó un cuerno a lo lejos y Gwen vio al portero erguirse y soplarlo una y otra vez.

Mientras Gwen examinaba al jinete que iba al frente, enfocando poco a poco, reconoció su armadura, su caballo.

Se escuchó un golpecito suave en la puerta de su habitación, y Gwen cruzó la sala, abriendo la puerta para ver a un ayudante de pie, inclinándose ante su presencia.

"Mi reina, lamento molestarla", dijo. "Pero nuestros hombres han visto a dos jinetes acercándose a nuestras puertas, con un séquito de personas. ¿Debo cerrar las puertas?"

Ella meneó la cabeza.

"No", dijo. "No es un jinete cualquiera".

Su corazón se llenó de alegría mientras se preparaba para abandonar el castillo.

"Ese", dijo, "es mi hermano".

\*

Gwendolyn subió las escaleras de tres en tres, emocionada mientras se dirigía a la escalera de piedra en espiral, del castillo, a través de los pasillos y la puerta de entrada. Ella corrió a través del patio, por la puerta principal, donde vio llegar a Kendrick, con Atme a su lado. Su corazón se llenó de alivio. Era como si un pedazo de ella regresara a casa otra vez. Con su familia tan deshecha, tan disfuncional, tener a Kendrick aquí le hizo sentir un poco de normalidad de nuevo.

Era irónico: Kendrick era su medio hermano, sin embargo, lo sentía más de su familia que los verdaderos. Ella sabía que tendría que tomar algunas decisiones difíciles como reina, pero no se imaginaba siendo capaz de ordenar que cerraran las puertas y que las sellaran, sabiendo que él estaba allá afuera. Le evitó tomar una decisión desgarradora.

Mientras corría hacia las puertas, Kendrick la vio, desmontó y corrió hacia ella, y la abrazó. Estaba feliz de verlo de nuevo. Una parte de ella sentía que si Kendrick volvió, Thor podría regresar, también.

"Estás vivo", dijo sobre su hombro, mientras una lágrima corría por su mejilla. "Estoy tan feliz de que estés vivo".

Él la retiró, con una amplia sonrisa; se sentía tan bien ver a otro miembro vivo de su familia, aquí en esta ciudad extranjera. También era la impresionante imagen de su padre y verlo la hizo sentir como si tuviera una pequeña parte su padre, de vuelta otra vez.

"Volví", dijo. "Siempre. Me dijeron de tu viaje a este lugar, y todo lo que ha sucedido. Estoy muy orgulloso de ti por gobernar a todas estas personas. No

podrían haber escogido a nadie mejor".

Ella sonrió, sonrojada de orgullo. Viniendo de Kendrick, a quien todo el mundo respetaba, que estaba sin duda calificado para ser el próximo rey, era un gran elogio.

"Estas personas no tienen que agradecerme por darles seguridad", respondió humildemente. "Estoy segura de que habrían encontrado una manera de estar seguros".

Kendrick meneó la cabeza.

"Necesitaban un líder. Alguien que los guiara. Tú los guiaste. Mucha gente vivirá gracias a ti".

"Y veo a esas personas siguiéndote también", dijo, asintiendo con la cabeza sobre su hombro, mientras los cientos de siguiendo a Kendrick y Atme comenzaban a entrar por las puertas.

La cara de Kendrick fue de preocupación.

"Temo que traigo malas noticias", dijo. "Hemos visto al ejército de Andrónico. Vienen hacia acá".

Los ojos de Gwen se abrieron de para en par, alarmada.

"¿Estás seguro?", preguntó.

"Tan seguro como que es de día", dijo una voz.

Gwen se volvió para ver a Atme que iba subiendo al lado de Kendrick, mirando atrás con preocupación. Extendió y tomó su mano y besó a su alcance. "Mi señora", añadió. "Cumplí a la misión".

Gwen sonrió.

"Has traído vivo a mi hermano", dijo. "Por eso, siempre estaré en deuda. Ya sé a quién acudir la próxima vez que tenga una misión de máxima urgencia".

"Usted me confió una misión sagrada, con la vida de su familia, y por eso siempre estaré agradecido", respondió Atme, moviendo la cabeza.

Hubo una conmoción y Gwen se volvió para ver que Srog, Brom y Kolk se acercaban, flanqueados por varios miembros de Los Plateados. Todos lit up al ver a Kendrick, se apresuraron y lo abrazaron.

"Kendrick", dijo Brom, tomándolo del antebrazo. "Sirves bien a Los Plateados en todo lo que haces".

"Mi Lord", le dijo Kendrick.

"Es un gran honor para la memoria de su padre", dijo Kolk.

Kendrick recibió su abrazo.

"Es un honor tener un caballero de tu reputación en Silesia", dijo Srog,

agarrando firmemente sus antebrazos.

"El honor es mío, señores", dijo Kendrick. "De hecho, tengo una gran deuda por recibir a mi hermana y a la mitad de la Corte del Rey".

"La deuda es mía", dijo Srog. "Es lo menos que podemos hacer para honrar a su padre, quien siempre fue bueno con nosotros. Él nos podría haber cobrado más impuestos de lo normal, y decidió no hacerlo".

Kendrick medio inclinó la cabeza en agradecimiento, luego frunció el ceño preocupado.

"Temo que llego teniendo muy malas noticias", dijo Kendrick carraspeando su garganta. "Los hombres de Andrónico nos siguieron no muy detrás de nosotros".

"Observamos sus ejércitos", agregó Atme.

Hubo un jadeo de asombro entre los hombres. Gwen sintió un hoyo en el estómago.

"¿Cuánto tiempo?", preguntó Brom.

"Podría ser un día. Podría ser más. Es un muro de devastación, y nada los detendrá".

Los demás miraban, con seriedad.

"Salvamos a estos ciudadanos", dijo Kendrick, gesticulando a las personas que entraron por las puertas, "pero otras ciudades no será tan afortunadas. No hay tiempo para salvarlos a todos. Debemos prepararnos, si hay alguna esperanza de defender este lugar".

"¿Hay alguna esperanza?", preguntó Gwen, observando de cerca su expresión.

Él la miró con seriedad y ella vio la respuesta en los ojos de él. Ella de descorazonó aún más.

"Tenemos que hacer lo mejor que podemos", respondió. "Estamos en manos de los destinos".

"Entonces hay menos tiempo de lo que pensábamos", dijo Kolk.

"Debemos fortificar la ciudad de inmediato", dijo Srog.

"Ahora que están a salvo dentro de nuestras puertas", agregó Brom, "podemos empezar a sellar las paredes externas".

"Te estábamos esperando", explicó Gwen.

Kendrick la miró, y ella pudo ver que estaba conmovido.

"Entonces tengo una gran deuda contigo", contestó.

"Hagan sonar los cuernos", ordenó Gwen, asumiendo el mando. "No tenemos más tiempo que perder". Se dirigió hacia Srog. "Ordena a tus hombres

que empiecen las fortificaciones".

Srog le gritó a un soldado que estaba arriba de los muros, quien a su vez se volvió y le gritó a varios otros. Varios tomaron los cuernos y los soplaron, el sonido hizo eco en todo Silesia. Los soldados comenzaron a filtrarse de sus cuarteles y se dirigieron a lo largo del muro hacia las fortificaciones exteriores.

"Mi señora", dijo Srog, dirigiéndose a Gwendolyn. "Usted ha visto la parte superior de la ciudad de Silesia. Nuestra gente que vive en la parte inferior de Silesia, que vive en medio de las paredes del Cañón, espera su visita. En estos momentos difíciles, sería muy tranquilizador para ellos, conocerla. ¿Me permite sugerirle que veamos la ciudad juntos?".

"Sería un honor", dijo Gwen.

Gwen se dio vuelta y acompañó a Srog y los otros, mientras los hombres iban detrás de ellos; el grupo grande y creciente caminaba por las calles de Silesia hacia la entrada de la parte baja de la ciudad. Mientras caminaban, los soldados hablaban entre ellos de forma emocionada pero agitada, Gwen iba al lado de Kendrick. Era natural caminar junto a él, como lo habían hecho desde que eran niños, en la Corte del Rey, pero Gwen tenía algo apremiante en su mente que necesitaba compartir.

"Me siento culpable de ser nombrada gobernadora", dijo suavemente, para que los demás no escucharan. "Sí, era lo que mi padre quería. Pero tú eres su primogénito. Y tú eres hombre. Y, no estando Erec, ahora es el líder de Los Plateados. Todos los soldados te respetan. Has luchado codo a codo con cada uno de ellos. ¿Y yo? ¿Qué he hecho? Me siento como si no hubiera hecho nada para merecer todo esto. Todo lo que he hecho es ser hija de nuestro padre. Y ni siquiera soy su hija primogénita".

Kendrick meneó la cabeza.

"No ves tus propias virtudes", dijo. "Eres mucho más que eso. Papá no era impulsivo. Ni era tonto. Todas las decisiones las tomaba con sabiduría. Y elegirte fue lo más sabio de todo. No es la fuerza ni la proeza militar la que hace a un gran gobernante. A un gran *soldado*, tal vez — pero no a un gran gobernante. No se trata de la capacidad de manejar una espada, ni de la forma en que otros hombres te admiran. Eso podría hacer un buen gobernante— pero no uno grandioso.

"Un gran gobernante se forja de sabiduría. De conocimiento. De templanza. De compasión. De perspicacia. Y eres tú quien posee todas esas cualidades. *Eso* es lo que mi padre vio en ti. Es por ello que te eligió. Y estoy de acuerdo

con él. No te subestimes. Y no sientas culpa. Estoy contento con mi suerte. Te lo mereces, y nada me gustaría más que servirte, seas mi hermana menor o no".

Gwen sentía un torrente de amor por él, como siempre. Él siempre sabía exactamente qué decir, desde que eran niños.

"Te agradezco tu amabilidad, hermano", dijo ella. "Pero todavía siento que no fuiste tomado en cuenta. Y eso no va bien conmigo. Si voy a gobernar, quiero que me ayudes a hacerlo. Quiero que tengas una posición de importancia. Me gustaría nombrarte gobernante de nuestras fuerzas armadas. Quiero que todos — Los Plateados, La Legión, los Hombres del Rey — que rindan cuentas ante ti. Después de todo, no hay nadie en quien más confíe y nadie mejor capacitado. Tú también eres un MacGil, y eso hará que los hombres te tengan en la Corte".

"No es algo que necesitas hacer, hermana mía", dijo suave y humildemente. "Yo te quiero de igual manera, pase lo que pase".

"Sé que no necesito hacerlo", dijo. "*Quiero* hacerlo".

Antes de que él podía decir otra palabra más, ella se volvió hacia Srog.

"¡Srog!", llamó ella.

"Sí, mi señora", dijo él, yendo apresuradamente hacia ella, con Brom y Kolk junto a él.

"Designo a mi hermano Kendrick en la nueva posición de dirigente de las fuerzas armadas", dijo formalmente ella. "Pediré a todos los generales de todas las fuerzas que se reúnan aquí para que respondan ante él. Por supuesto, dirigirás a tus hombres y Kolk y Brom, dirigirán a todos los suyos, pero Kendrick tomará el control directo de Los Plateados y todos responderán ante él. Me doy cuenta de que mi hermano es mucho más joven en años que tú. Pero también sé que es lo que mi padre habría querido, y no puedo pensar en nadie más merecedor de ello.

"Mi señora, es una sabia elección", dijo Srog. "La admiro por compartir el poder. Con gusto responderemos ante Kendrick quien, después de todo, es nuestro mejor y más valiente guerrero".

"Y nosotros también", respondieron efusivamente Kolk y Brom.

"Entonces está arreglado el asunto", dijo Gwen. "Kendrick, te saludo en tu nuevo puesto".

Kendrick miró hacia abajo.

"Me siento profundamente honrado", dijo él. "Te serviré con mi vida".

"Como siempre lo han hecho", dijo Brom, dando un paso adelante y apretándolo del hombro.

Caminaron por las resplandecientes calles rojas empedradas; las piedras reflejaban la luz temprana de la mañana y se acercaron a un callejón arqueado, profundo y estrecho, tallado en piedra, lo suficientemente amplio para que solo dos personas pasaran al mismo tiempo. En el otro extremo, quizá a cuarenta y cinco metros de distancia, la luz del Cañón brillaba. Varios soldados montaban guardia, en posición de firmes cuando ellos se acercaban.

"Es la entrada a la baja Silesia, mi señora", dijo Srog.

Gwen entró con los demás, todos desfilando en la oscuridad del túnel, la única luz en el otro extremo era la del Cañón, sus pasos y susurros hacían eco en las paredes. Era una sensación extraña, caminar a través de este túnel largo; Gwen sentía como si estuviera entrando en un portal hacia otro mundo.

"Somos la misma gente los que estamos arriba que los de abajo", explicó Srog, "sin embargo, en ciertas cosas, la parte superior y la inferior de Silesia, son como dos ciudades distintas. Los que viven arriba, rara vez bajan, y a los que están abajo, pegados al Cañón, le gusta quedarse allí. Los que temen a las alturas no están contentos de bajar; bromean refiriéndose a los silesios de la parte inferior como cabras de montaña. Incluso aquellos que respiran el aire del Cañón. están contentos donde están y no necesitan ir a la 'llanura', como le llaman".

Gwen sonrió.

"Fuera de eso", prosiguió, "somos un mismo pueblo. No se equivoque: si Andrónico atacara, todos nos defenderíamos como una sola ciudad. Y si la ciudad superior es invadida, podemos recurrir a la ciudad de abajo. Esa es la gran fuerza de Silesia. Es por ello que no ha sido conquistada en mil años".

Llegaron a la orilla del túnel y Gwen se detuvo en un pequeño rellano. Una ráfaga de viento frío golpeó su cara, y miró hacia abajo al empinado desnivel. Se sintió mareada. Era como si estuviera en el borde del cielo, ante ella no había nada más que la vasta extensión del Cañón. Sentía como si estuviera dentro del Cañón: un paso más y caería en picada hasta morir.

Debajo de ella, construida en las paredes del Cañón, vio la Baja Silesia por primera vez. También fue construida en una antigua piedra roja, su arquitectura era increíblemente hermosa, la ciudad de abajo estaba repleta de chapiteles y parapetos y viviendas, todas construidas en el lado del acantilado, sobresaliendo del Cañón un radio de quince metros. Había actividad abajo, un hervidero de gente, ganado, niños jugando, toda su vida normal como si vivieran en una ciudad normal y no colgando del borde de un acantilado con un precipicio debajo de ellos que les enviaría a su muerte si daban un mal

paso.

Gwendolyn se retiró hacia atrás, sintiendo náuseas, preguntándose cómo esas personas podían vivir de esta manera.

"No se preocupe, todos reaccionan del mismo modo la primera vez", dijo Srog sonriendo. "Toma un tiempo acostumbrarse. Después de un rato, no siquiera se nota la altura".

Srog guió el camino hacia una estrecha y serpenteante escalera de piedra incrustada a un lado del acantilado. Gwendolyn se sujetó de la barandilla firmemente, con los nudillos blancos, mientras bajaban las escaleras, intentando no mirar más allá del borde mientras había otra ráfaga de viento, tan fuerte, que la hizo perder el equilibrio. No tenía necesariamente miedo a las alturas, pero este descenso era tan escarpado y estaba tan cerca del borde, que le afectó. Ella apenas podría entender cómo le hacía la gente — especialmente cómo podría dejar a sus hijos jugar, tan despreocupados. Supuso que eran insensibles.

Después de varios pisos, llegaron a un amplio terreno, de quince metros de ancho con una alta verja, y Gwen finalmente se relajó otra vez. Esperando para darles la bienvenida mientras bajaban, había varias docenas de silesios de la parte inferior, saliendo de las callejuelas laterales, que parecía que salían de los acantilados. Al igual que con las silesios de la parte alta, era un pueblo cálido y amigable, todo con sonrisas de bienvenida, y todos mirando a Gwen con adoración. Estaba claro que, al igual que con los de la parte alta, todos la miraban como si fuera su lideresa.

Gwendolyn se sentía abrumada. Era una sensación surrealista para ella, tener a todas estas personas buscándola para recibir su guía y nuevamente ella se sintió insegura acerca de poder ser la lideresa que ellos necesitaban. Ser hija de un rey la había hecho madurar más rápidamente que a la mayoría, sin embargo, tenía sólo 16 años, apenas era una adulta. Se maravilló de cómo estas personas ponen tanta fe en ella. Sabía en el fondo, que era sólo por su padre. Era obvio que lo habían amado. Por eso, ella también los amaba. Quienquiera que hubiera sido leal a su padre, se ganaba su amor y aprecio.

"Compañeros silesios", dijo Srog. "Es un honor presentarles a nuestra señora Gwendolyn, hija del rey MacGil, nueva gobernante del Reino occidental del Anillo".

Hubo un grito y alegría mientras la multitud se abalanzaba, varias mujeres le tocaban el hombro, algunos le daban un abrazo, otros le besaban la mano. Otros le pasaban sus manos en la mejilla, y los niños le acariciaban su cabello

largo. Levantaban tres dedos en su sien derecha, luego lentamente los bajaban, saludándola.

Gwen aclaró su garganta.

"Estoy aquí para servirle en cualquier forma que pueda", les dijo, levantando su voz para ser oída sobre el aullido del viento. "Espero que los dioses me den la fuerza para servirles adecuadamente".

"¡Ya la tiene, mi señora!", gritó una mujer entre la multitud, y los otros respondieron con una ovación.

El ceño de Gwendolyn se frunció de preocupación.

"Es justo que sepan lo que está por venir", continuó diciendo ella. "Como ustedes saben, el escudo está desactivado. Tal vez no sepan que Andrónico y sus hombres ya han invadido el Anillo. No pasará mucho tiempo para que lleguen a nuestra ciudad. Nos superan ampliamente en número. Haremos nuestro mejor esfuerzo para defender a la ciudad. Pero deben prepararse para la guerra y para ser sitiados".

"Mi señora, nuestra gran ciudad ha sido atacada muchas veces", dijo otro ciudadano. "No tememos a la muerte. Ni siquiera viniendo de Andrónico. Si nos hundimos, será como mujeres y hombres libres. ¡No queremos nada más!".

Hubo otra ovación de la multitud, y luego los silesios comenzaron a disiparse, para continuar fortaleciendo la ciudad de la parte baja, protegiendo ventanas y asegurando puertas.

"¿Nos vamos?", preguntó Srog.

Ellos continuaron su recorrido por la ciudad de la parte baja, conduciéndolos a través de una serie de sinuosas calles y callejones, hacia impresionantes fortificaciones, todas construidas en esta ciudad sorprendente. encaramada en el costado del Cañón.

Srog los llevó a través de una entrada arqueada de piedra y una larga península de roca de seis metros dentro del Cañón.

"Es el Punto del Cañón", dijo Srog.

Caminaron hasta el final, con el viento aún más fuerte, con ráfagas de frío haciendo que Gwen tuviera lágrimas en sus ojos. Miró hacia abajo y vio sus pies envueltos en la niebla que rodeaba la brisa. Luego miró hacia arriba, hacia la distancia. Se sentía enana ante la enormidad de este lugar en el mundo.

"Está en el punto más occidental del Anillo", dijo Srog. "Usamos esta plataforma como vigía cuando las nieblas no son demasiado fuertes. Desde aquí, usted puede obtener una vista imponente de la parte baja de Silesia".

Srog se volvió frente al muro del Cañón, y Gwen hizo lo mismo. Jadeó, estaba asombrada, de lo impresionante que era la parte baja de Silesia. Vio a miles de personas haciendo sus vidas, apiladas en un piso debajo del otro, como si ninguno supiera lo que estaba pasando por encima o por debajo de ellos. Ya entendía por qué este lugar había durado miles de años. Era insuperable.

"Mi señora", dijo Srog. "En nombre de mi pueblo, antes de que comience la batalla, nos gustaría saber su posición acerca de la rendición".

Gwen se volvió y vio que los rostros de todos los hombres se volvieron sombríos.

"Yo creo todos coincidimos en que esta es una situación única en la vida", dijo Srog. "Tenemos varios miles de guerreros bien dispuestos a luchar hasta la muerte —pero lo harán contra un millón de hombres. Incluso los mejores guerreros tienen sus límites. Podemos detenerlos un poco, tal vez. ¿Pero por cuánto tiempo?"

"¿Tal vez el tiempo suficiente para que Thor y los otros a regresen con la espada?", dijo Gwen.

Los demás se miraban unos a otros con escepticismo.

"Por supuesto, mi señora", dijo Brom: "todos queremos a Thor como a un hijo. Y todos tenemos mucha fe en su valor. Pero incluso con todo el respeto que tengamos por ellos, todos sabemos que las probabilidades de que regresen son casi imposibles. Y siendo soldados prácticos, debemos hacer planes de contingencia".

"Mi señora, nosotros haremos lo que usted elija", dijo Srog, "pero necesitamos saber. ¿En algún momento planea entregar la ciudad a Andrónico?"

"Eso sería ingenuo", interrumpió Kendrick. "Todos sabemos la reputación de Andrónico. Mata a todo el mundo. Rendirnos sería ofrecernos a nosotros mismos para ser asesinados. O, en el mejor de los casos, a ser sus esclavos. Y él es implacable".

"Entonces", dijo Kolk: "si permitimos que él controle esta ciudad y el Reino occidental, tal vez haga un trato. Y si no nos rendimos, podríamos terminar muertos o siendo esclavos, de todos modos".

Mientras Gwen escuchaba todos los argumentos, se sintió abrumada por el peso de la decisión ante ella. No quería equivocarse. Sin embargo parecía que, sin importar lo que hiciera, no podría hacer nada bien. De cualquier manera, la gente podría morir.

"Srog", dijo ella, volviéndose a él", ésta puede ser la Corte de mi padre, pero Silesia es *tu* ciudad. Esta es tu gente. Has vivido con ellos y luchado con ellos, toda tu vida. Primero quiero saber lo que piensas. Lo que ellos piensan. ¿Qué opinan los silesios acerca de rendirnos?"

Srog miró hacia abajo, con seriedad, y frotó su barba.

"Los silesios son un pueblo muy cálido y acogedor. Pero también son un pueblo muy orgulloso. Nunca nos hemos rendido, ni una vez en la historia del Anillo. No saben lo que significa rendirse".

Suspiró.

"La seguirían, mi señora, elija lo que elija. Pero ellos no quieren que se rinda por ellos. Valoran la vida. Pero valoran más el honor".

"Y Kendrick", dijo ella, volviéndose hacia él. "¿Qué opinas?"

Kendrick había fruncido el ceño, mirando el Cañón.

"Es una decisión difícil", dijo. "Por un lado, es valioso no tener miedo. Sin embargo, uno no quiere ser el gobernante inflexible que envía a toda su gente a morir por orgullo. Recuerda lo que dije: ser un gobernante es diferente a ser soldado".

"¿Qué habría hecho papá?", preguntó Gwen.

Kendrick movió lentamente la cabeza.

"Papá era un hombre testarudo, orgulloso. Él era más guerrero que rey. La decisión que enfrentas no es para un guerrero. Es la decisión de un gobernante. Lo que importa ahora es que tú harías".

Gwendolyn sintió el peso de sus palabras. Se dio vuelta de los demás, dio varios pasos, hacia el extremo del terreno y miró hacia el Cañón.

Gwen se quedó allí, pensando. Las palabras de Kendrick sonaban en su cabeza. Eran ciertas. Después de cierto punto, tuvo que dejar de preocuparse y pensar en lo que otros pensaban, en lo que otros decidirían. Tuvo que dejar de sentirse como si no estuviera lo suficientemente capacitada para tomar una decisión. Pensó en todos sus años de estudio, en la Casa de los Eruditos. Pensó en todas las guerras que había estudiado, en todos los asedios sobre los que había sido interrogada. Reflexionó sobre los Anales de los MacGil, sobre la historia del Anillo. Recordó todas las historias de la rendición, de los asedios prolongados. Recordó haber leído algunas rendiciones que habían salido bien, pero recordó muchas más que habían fracasado. Y ninguno de los invasores eran tan despiadada como Andrónico.

Gwendolyn también recordó a todos los gobernantes de los que había leído, y los que habían tenido éxito y los que no. Ella sentía que ser que un buen

gobernante no siempre era tomar la decisión más lógica, sino que a veces debía tomar la decisión que diera la mayor nobleza, el mayor honor a la gente. Ella se quedó allí y cerró los ojos, dispuesta a que su padre le ayudara a tomar la decisión correcta.

Al hacerlo, sintió una repentina fuerza y claridad. Sentía que no estaba sola: la sangre de seis Reyes MacGil corrían a través de ella. Era una MacGil, igual que todos los demás. Ser mujer, no la hacía inferior.

Ella se volvió y enfrentó a los demás, sus ojos brillaban con una determinación feroz.

"Hoy podríamos morir todos juntos", dijo ella, con una voz llena de confianza. "Pero no nos rendiremos. Nunca nos rendiremos. Esto es lo que somos. Y lo que somos es más importante que cómo moriremos".

Todos los hombres la miraron, con los ojos bien abiertos, con un nuevo respeto, incluso con una mirada de asombro. Todos ellos asintieron con la cabeza con seriedad, y pudo ver que estuvieron de acuerdo. Ella también pudo ver en sus ojos que, finalmente, encontraron a su verdadero líder.

## CAPÍTULO TRECE

Thor y los demás miembros de La Legión marchaban, como lo habían hecho durante horas, en el angosto camino que salía de la selva y los llevó a un clima desértico; Krohn a su lado mientras seguían al niño. Thor había quedado sorprendido de ver el impactante cambio de terreno, de selva a un páramo árido, no había nada sino cielo abierto delante de ellos, dominado por el ardiente sol. Se habían ido antes del amanecer a instancias del abuelo del niño, que no quería que los viera el Imperio. El niño había sido lo suficientemente amable para acompañarlos hasta aquí, a pesar de su abuelo le había dicho que no lo hiciera. Él había insistido en verlos marchar, en ponerlos en el camino correcto.

Finalmente, tras horas de marcha, llegaron a una bifurcación en el camino, dividido en tres direcciones.

"¿Lo ven? Por eso tenía que venir", dijo el niño, mientras se quedaban ahí parados, respirando con dificultad. "Esta es la cuarta vez que el camino tiene bifurcaciones. Cada vez se pone más confuso. No quería que terminaran en el camino equivocado. Si lo hubieran hecho, ya estarían muertos ahora. Hay monstruos en este desierto que no pueden imaginar".

El muchacho suspiró.

"Pero ahora que hemos llegado a la bifurcación final, ya puedo regresar y ustedes pueden seguir su camino. Tomen aquí el camino correcto y los llevará a la Ciudad del Esclavo. Les deseo suerte".

Todos se reunieron alrededor del muchacho con gratitud, y Thor le puso una mano sobre su hombro.

"Tenemos una gran deuda contigo por la amabilidad que nos has mostrado", dijo Thor. "Nos salvaste la vida ayer, siendo unos completos extraños, llevándonos a la cabaña de tu abuelo. Y ahora, una vez más, al traernos por el camino correcto. ¿Cómo podemos pagar tus servicios?".

El muchacho se encogió de hombros con humildad.

"No necesitan pagarme", dijo. "Me gusta tener compañía. Hay mucha soledad aquí. Además, odio el Imperio y quisiera ver que lo derrotaran y liberarnos de esta existencia. Odio vivir en la clandestinidad. Quiero ser libre".

"Nos esforzaremos para hacer todo eso y más", dijo Thor, "pero

seguramente habrá algo que podamos hacer por ti. Lo que sea".

El chico miró hacia la tierra.

"Bueno, hay una cosa," dijo, vacilante. "Siempre he soñado en unirme a La Legión. Sé que soy muy joven ahora. Y demasiado pequeño. Pero si sobreviven a todo esto, si sobrevive el Anillo, tal vez algún día pueda encontrarlos y dejarme intentarlo. Eso es todo lo que pido. Sé que soy pequeño, pero puedo arrojar una lanza mejor que nadie que conozco".

Thor le sonrió al niño.

"Tienes un gran corazón", dijo. "Y no fue hace mucho tiempo que yo era de tu tamaño — y a pesar de eso, me uní a La Legión. No veo por qué no puedas hacerlo tú también. ¿Verdad, hermanos?", preguntó Thor, mirando a los demás.

Todos ellos asintieron con la cabeza, con entusiasmo.

"Tiene más corazón que la mitad de La Legión", dijo Reece.

"Nos aseguraremos de que te tomen en serio", dijo O'Connor. "Es lo menos que podemos hacer".

El niño sonrió ampliamente.

"Dime, muchacho", dijo Thor, "¿cuál es tu nombre? Nunca nos dijiste".

El chico miró hacia arriba y entrecerró los ojos.

"No tengo", respondió. "No es nuestra costumbre poner nombres aquí en el Imperio. Todos somos esclavos del gran Andrónico. Ponerle nombre a alguien es castigado con la muerte. Algunos de nosotros nos ponemos un nombre. Nombres ocultos, que mantenemos en secreto. "Pero no le decimos a nadie".

"Puedes decirnos el tuyo", dijo Thor. "Prometemos mantenerlo en secreto".

El muchacho miró a todas a la cara, vacilando, y Thor podía ver el miedo en sus ojos. Finalmente, aclaró su garganta y dijo:

"Ario".

El niño extendió la mano rápidamente, sujetó los antebrazos de Thor, entonces se volvió y se apresuró a marcharse por el camino hacia la selva.

"Recuerden", gritó el niño, "no se desvíen del camino. Verán la ciudad rápidamente. Tengan cuidado".

Con eso, el chico se volvió y corrió, desapareciendo en el camino.

Thor se volvió y miró a los demás, y siguieron el camino de cerca.

Pasó hora tras hora, y el segundo sol se elevó y el calor fue insoportable mientras caminaban y más y más allá del desierto. Mientras marchaba, a solas con la monotonía de sus pensamientos, Thor se preguntaba cuándo terminaría todo esto. Vio ante él los pasos de quienes deben haber robado la Espada, sus

huellas profundas. El muchacho había estado siguiendo sus pasos todo el camino, y Thor estaba empezando a sentirse seguro de que estaban cerca de su camino. Confiaba en que podrían llegar a la ciudad a tiempo, atrapar a los ladrones antes de su llegada y de alguna manera conseguir la Espada y volver a casa, sin ser detectados por el Imperio, antes de que fuera demasiado tarde.

Mientras continuaron su marcha, las piernas de Thor temblaban y sentía mayor cansancio; finalmente dieron vuelta en una curva, la tierra tenía una pendiente abajo, y pudieron echar un vistazo a la Ciudad del Esclavo. Allí estaba, extendiéndose en el horizonte, la ciudad más grande que Thor había visto, lisa y llana y, ampliándose kilómetros sin fin a la vista. Se veía apagada, industrial, con miles de estructuras construidas cerca una de la otra.

En medio de esas estructuras trabajaban miles de esclavos, abarrotados en las calles, trabajando como hormigas. Incluso desde aquí, Thor podía ver que estaban encadenados unos a otros, y que entre ellos había miles de capataces del Imperio, azotándolos. Enfatizando la ciudad había grandes destellos de luz, y Thor vio pequeños fuegos arriba de la tierra, por todas partes. La ciudad se mezclaba con la tierra del desierto, y Thor estaba sorprendido de ver que no estaba cercado.

"No había puertas ni muros", observó Thor.

"Supongo que no tienen miedo de que los esclavos huyan", dijo Reece.

"¿A dónde irían, en este lugar olvidado por Dios?", preguntó Elden.

"No los necesitan", dijo Conval. "Todos están encadenados juntos. No podrían huir aunque lo intentaran".

"Por no mencionar a los soldados", dijo Conven. "Hay tantos de ellos como esclavos".

"Además, no necesitan paredes para defenderlo", dijo O'Connor, "porque nadie sería tan estúpido como para atacar. Hay miles del Imperio aquí. Y nada en este lugar en muchos kilómetros.

"¿Por qué los ladrones traerían la Espada a este lugar?", preguntó Elden.

Thor analizó el terreno y vio las huellas hacia esa dirección.

"No tiene sentido", añadió Reece.

Thor se encogió de hombros.

"Como dijo el muchacho, tal vez fue una parada para ellos, rumbo a otro lugar".

Al unísono, todos se pusieron en camino hacia la ciudad, tenso cada uno de ellos, con las manos en las empuñaduras de sus espadas.

"No faltará mucho tiempo para que nos descubran", dijo Reece. "¿Ven ese

afloramiento de roca? Deberíamos ir hacia él y caminar a lo largo de su borde, en las sombras. De lo contrario nos verán".

"Pero el niño dijo que no nos saliéramos del camino", dijo O'Connor.

Reece se encogió de hombros.

"No estaremos muy *lejos* de la ruta. Y prefiero arriesgarme con lo que sea que esté por ahí que con el Imperio".

Thor podía sentir que todos lo miraban para tomar la decisión final. Podía ver ambos puntos de vista, y no fue una decisión fácil.

Por último, asintió.

"El camino es una muerte garantizada", dijo Thor. "La piedra, no. Vamos a la roca".

Al unísono, todos salieron corriendo del camino, pegándose cerca del gran afloramiento de roca para no ser detectados. Lentamente se acercaron a la ciudad. A noventa metros de distancia, ya podían comenzar a oír los gritos y los lamentos de los esclavos, sufriendo el abuso de los soldados del Imperio. La ciudad estaba llena del sonido de los latigazos y de las llamas estallando, disparándose en todas direcciones.

Mientras se acercaban, Thor vio las estructuras metálicas construidas en el suelo, del que colgaba una especie de aparato de extracción; los esclavos, sostenidos por gruesas cadenas de hierro, los guiaban a los enormes agujeros, golpeando una y otra vez en el suelo. Mientras cavaban más profundamente en los agujeros, las llamas se elevaban hacia la estructura.

"¿Qué están haciendo?", preguntó Conval.

"Parece que están extrayendo algo", dijo Elden.

"¿Pero qué?".

Todos se encogieron de hombros, sin poder explicarse.

Antes de que poder dar otro paso, de repente O'Connor gritó — y todos se detuvieron y se dieron vuelta. Thor miró hacia abajo y vio la mano larga y huesuda de una bestia salir de la arena y agarrar la pantorrilla de O'Connor. Envolvió sus garras a su alrededor y jaló a O'Connor, arrastrándolo hacia abajo, hundiéndose en la arena.

Thor fue el primero en reaccionar, avanzando con su espada y cortando la muñeca de la criatura. Se escuchó un chillido ahogado de algún lugar debajo de la arena, y el brazo de la criatura se escabulló hasta el suelo. Pero la mano, cortada, todavía se aferraba a la pantorrilla de O'Connor, que seguía gritando. Krohn, gruñendo, saltó hacia adelante y la mordió; la mano lo soltó y escapó por la arena, después se sumergió debajo de la superficie.

Los chicos se miraron unos a otros, atónitos.

Pero no tenían tiempo para descubrirlo, porque de repente, las docenas de brazos de las criaturas empezaron a salir de la arena, alrededor de ellos. Thor finalmente comprendió por qué el niño les dijo que no se desviarán del camino.

Thor saltó fuera del camino mientras una mano agarraba rápidamente su pierna — él saltó encima y lo aplastó con su bota. Pero luego otro surgió y arañó su tobillo.

"¡Corran!", dijo Thor. "¡De regreso al camino".

Todos corrieron al mismo tiempo, cortando con sus espadas, intentando con todas sus fuerzas evitar sus garras. Las piernas de Thor le ardían de dolor, ya que fue arañado y lastimado incesantemente. Krohn gruñó y saltó mientras corría, mordiendo a las manos que emergían de la arena.

Corrieron por sus vidas, saltando más que corriendo y finalmente lograron volver a la senda, a pocos pasos fuera de la ciudad.

Todos siguieron corriendo, tratando de entrar en la ciudad con la suficiente rapidez para no ser vistos. Thor los llevó a la ciudad y por un callejón estrecho entre dos edificios, donde parecía haber pocos soldados del Imperio, pero que estaba atestado de esclavos.

Los esclavos dejaron de hacer su trabajo, el sonido de los cinceles disminuyó, y se dieron vuelta y los miraron con asombro. Sus ojos estaban muy abiertos: era obvio que jamás habían visto gente libre en estas calles.

"¿Quiénes son?", preguntó uno de ellos.

Thor se volvió y miró a un hombre grande, con la cara cubierta de mugre, apoyándose en su pico, analizando al grupo. Docenas de otros esclavos se reunieron.

"Venimos del Anillo", dijo Thor. "Estamos buscando algo que nos robaron. Buscamos a una docena de hombres, llevando una espada. Nos dijeron que llegaron a esta ciudad. ¿Los han visto?".

El esclavo robusto sacudió la cabeza.

"Han cometido un grave error al venir aquí", dijo en voz baja, mientras más y más personas se reunían. "No saldrán vivos. Nadie sale vivo. Las tropas del Imperio están por todas partes. No hay escapatoria".

"¡Libérennos!", gritó otro esclavo.

"¡Sí, libérennos!", exclamó otro, sosteniendo sus cadenas, desesperado. "¡O alertaremos a los guardias de su presencia!".

Thor sacó su espada, igual que lo hicieron los otros.

"No harán nada de eso", advirtió Reece.

"Los liberaremos si nos dicen dónde están los hombres que se fueron con la Espada," dijo Thor.

"No les tenemos ningún miedo", le dijo el enorme esclavo, avanzando, mirándolos hacia abajo. "¿Saben qué extraemos aquí? ¡Fuego!".

"¿Fuego?", preguntó Thor, perplejo.

El esclavo se dio vuelta con su pico y golpeó el suelo una y otra vez. Después de varios segundos, se disparó una ráfaga de fuego en el aire, y la gran estructura metálica brilló de color naranja, absorbiendo las llamas.

"Estas son las minas de fuego", dijo otro esclavo, avanzando desafiante. "Uno de los peores lugares al que te pueden enviar en el Imperio. No hay nada que ustedes o sus espadas puedan hacernos que ellos no nos lo hayan hecho ya. Así que ahora libérennos. Esta es su última oportunidad. Si no, ¡llamaremos a los guardias!".

Thor se quedó ahí parado, vacilante.

"No lo hagas", dijo Elden.

"Si los liberas", dijo Reece, "ellos comenzarán un zafarrancho, y eso nos delatará.

"¡Libérennos!", gritó el grupo de esclavos, más y más fuerte.

Thor y los demás se veían nerviosamente, y a lo lejos vio a varios guardias darse vuelta.

"¡GUARDIAS!", gritó un esclavo.

"¡GUARDIAS!", gritaron los demás.

"¡Corran!", dijo Thor, no queriendo una confrontación. "¡Por aquí!".

Todos corrieron por un callejón, serpenteando más adentro de la Ciudad del Esclavo, más allá de las filas de esclavos, quienes se detenían y los miraban al pasar. Thor miró sobre su hombro, y sintió un agujero en el estómago ante lo que vio: docenas de tropas del Imperio iban hacia ellos.

Una trompeta sonó y docenas de tropas más se unieron a ellos, brotando de todas direcciones.

Rápidamente fueron rodeados, los soldados se dirigían a ellos de todas direcciones. No había ningún lugar a dónde ir.

"¡Por aquí!", dijo una voz.

Thor se volvió y vio a una esclava sola, encadenada a un poste, gesticulando violentamente hacia ellos. Con un cabello largo y negro y una bonita cara cubierto de suciedad, tenía ojos negros desesperados que destellaban. Levantó una trampilla metálica enorme en la tierra e hizo un gesto

para que corrieran hacia ella.

"¡Entren, rápido!", gritó. "¡Los esconderé!".

Thor miró a los demás, escépticos; pero luego se volvieron y vieron a todas las tropas persiguiéndolos y se dieron cuenta de que no tenían más remedio. Él no quería entrar en combate con miles de tropas del Imperio, y ciertamente no aquí, en estos barrios cercados, en un lugar que no conocía. Tenía que confiar en ella.

Thor asintió con la cabeza y los demás se volvieron y corrieron con él hacia el compartimiento abierto, entrando de cabeza, Krohn yendo a su lado. Thor entró en el agujero en la tierra, los demás encima de él, todos intercalados como sardinas y la chica cerró de golpe la tapa encima de ellos — oscureciendo su mundo.

Krohn estaba junto a Thor, y era difícil respirar aquí. El corazón de Thor se aceleró y no podía evitar preguntarse si les estaban tendiendo una trampa, si todo era una trampa. Se preguntó si tal vez había sido estúpido entrar aquí, confiar en ella.

Los sonidos por encima de ellos se apagaron y Thor escuchó que la chica se acercaba a la tapa de metal, entonces oyó los pasos de docenas de soldados pasar corriendo. Después de varios segundos, había silencio en el piso y la chica levantó el compartimiento.

Abrió la puerta metálica lentamente, entrando con fuerza la luz, y Thor vio la cara de la chica, gesticulando rápidamente para que se levantaran. Todos salieron y ella los condujo a las sombras de una pared, de pie junto a ellos, sus muñecas estaban encadenadas a gruesas cadenas de hierro.

"Libérame", dijo, con su mirada de desesperación. "¡Corta mis grilletes!".

Thor la examinó: era alta y ancha y huesuda, casi tan alto como Elden, con rasgos sencillos y grandes ojos negros. Ella estaba cubierta de mugre y tenía una mirada salvaje, así como una dureza que Thor raramente había visto en una chica. Ella también tenía un poco de aspecto sospechoso, taimado, y Thor no sentía que podían confiar totalmente en ella. Obviamente, era una sobreviviente.

"¿Y por qué debemos hacerlo?", preguntó Elden con firmeza, caminando cerca de ella.

Ella miró a Elden, analizándolo, y él también la miró detenidamente.

"¡Porque yo los llevaré a la salida de este lugar!", dijo. "Nadie conoce la ciudad tan bien como yo. Si no me siguen, seguramente serán capturados y esclavizados por los guardias. Pero yo conozco una salida. No hay mucho

tiempo. ¿Quieren confiar en mí?".

Thor meneó la cabeza.

"Agradecemos tu ofrecimiento, pero no hemos venido a esta ciudad para huir", dijo. "Hemos venido a buscar una espada y al grupo de hombres que se la llevaron".

"Yo sé a dónde fueron", dijo.

Todos la miraron, con los ojos bien abiertos.

"¿Y cómo lo sabes?", preguntó Conval.

"Porque ellos son ladrones", dijo ella. "Y yo también. Los ladrones siempre saben adónde va cada uno".

Los chicos se miraron entre ellos, sorprendidos por su franqueza.

"Puedo llevarlos hacia ellos", añadió. "Es fuera de la ciudad. No están aquí".

Elden entrecerró los ojos, desconfiando.

"¿Por qué nos dicen cómo ir y nos iremos", dijo Elden.

Thor pudo ver algo que no había notado antes en la expresión de Elden; parecía más que meramente curioso. Parecía interesado en esta chica.

Ella meneó la cabeza.

"Ese no es el trato", dijo. "O voy con ustedes o no van".

"¿Por qué quieres venir con nosotros?", preguntó.

"También quiero irme de aquí", dijo ella, "y ésta es mi oportunidad".

"¿Y cómo podemos confiar en ti — una ladrona?", dijo Reece.

"No pueden", contestó. "Pero tienen que confiar en alguien. ¡Libérenme ahora!", exigió ella, mirando a ambos lados del callejón, mientras pasaba un guardia corriendo, "¡o estaré contenta de verlos morir aquí!"

Elden la miró mucho tiempo y con detenimiento.

"Yo diría que la liberemos", dijo Elden.

"¿Y confiar nuestras vidas en manos de esta esclava?", gritó O'Connor. "¿A esta ladróna? Ella podría estarnos conduciendo a una trampa".

"Podría no tener ninguna idea de dónde está la Espada", añadió Conval.

"¿Qué otra opción tenemos?", preguntó Reece.

Todos miraron a Thor.

Thor aclaró su garganta.

"La manera en que lo veo", dijo Thor, "es que ya nos salvó la vida una vez. No tenía que hacerlo. Tenemos que encontrar la Espada, y dice que sabe dónde está. Es mejor que lo que tenemos ahora, o sea, nada. Ladrona o no, esclava o no, yo digo que confiemos en ella".

Thor dio un paso adelante, cerca de ella y levantó su espada.

"Si nos llevas a la seguridad y al camino que siguieron los ladrones", dijo Thor, "me comprometo a protegerte. Si nos traicionas, te prometo que te voy a matar".

"No necesito tu protección", se mofó ella, desafiante. "¡Ahora, deja de hablar y sácame de aquí!".

Elden dio un paso adelante, levantó su espada y lo bajó de un solo golpe limpio. Con un tintineo decisivo, cortó su cadena.

"¡Sígueme!", dijo ella, no perdiendo el ritmo mientras corría, serpenteando por los angostos callejones de la ciudad.

Thor y los demás no esperaron ni un segundo más; salieron corriendo detrás de ella mientras serpenteaba por los callejones, guiándolos más y más adentro de la Ciudad del Esclavo. Los grupos de esclavos, encadenados entre ellos, se volvieron y extendieron sus manos y les gritaron al ir pasando, intentando agarrarlos, para detenerlos. Pero corrían demasiado rápido.

La chica era increíble, como un mapa viviente. Ella conocía bien cada centímetro de la ciudad, y daba vueltas a través de las estrechas callejuelas que Thor apenas podía imaginar. Los seis caminaban cerca; Krohn al lado de Thor, mientras seguían su camino fuera de la ciudad, yendo hacia el otro extremo. Había calor y polvo mientras corrían, y las calles, llenas con los sonidos de los látigos y gritos y maquinaria, comenzaron a llenarse con algo más: los sonidos de esclavos levantándose, mirándolos y gritando.

De repente, un capataz del Imperio dio un paso adelante con un látigo y azotó a la chica con fuerza en su espalda.

Ella gritó de dolor y tropezó, cayendo de bruces.

"¡Regresa a trabajar, esclava!", gritó el capataz.

Elden, rojo de rabia, no disminuyó el paso mientras continuaba corriendo, levantó su espada y la dirigió hacia el capataz. El capataz se dio la vuelta y vio a Elden, y sus ojos se abrieron de par en par llenos de temor, pero no había tiempo para que reaccionara.

Elden cortó la cabeza del hombre y siguió corriendo sin siquiera disminuir la velocidad. Luego se agachó, tomó del brazo a la chica y la arrastró, ayudándola a levantarse, para que corriera con ellos.

Thor se volvió y vio a docenas de tropas más reuniéndose, persiguiéndolos. Miró hacia adelante y vio los límites de la ciudad ante ellos y vio una extensión abierta, un campo abierto que los dejaría vulnerables una vez que salieran — especialmente con el gran contingente de seguidores.

Thor corrió al lado de la chica, tratando de recuperar el aliento.

"¡Nos estás conduciendo fuera de la ciudad a campos abiertos!", gritó Thor. "¡Quedaremos expuestos! ¿Cómo podremos huir de ellos en campo abierto?"

"Esos no son campos abiertos", dijo, tratando de recuperar el aliento. "Confía en mí".

Todos corrieron al mismo tiempo hacia los campos abiertos; Thor no comprendía lo que ella quería decir, pero sabía que no tenían opción: tenían que confiar en ella.

La siguieron hacia campo abierto, Thor se preguntaba qué truco tenía ella bajo la manga, cuando de repente una enorme llama estalló de la tierra, justo al lado de Thor y chamuscó su manga. Saltó hacia atrás, apenas esquivándolo, y continuó corriendo.

"¿Qué fue eso?", gritó.

"¡Los campos de fuego!", gritó ella. "Mira detrás de ti. ¿Ves a las tropas del Imperio?"

Thor se dio vuelta mientras corría y vio que las docenas de tropas del Imperio se habían detenido, en el borde de la ciudad, vacilantes, inseguros de si debían seguir adelante.

"¡No están tan locos para seguirnos aquí!", gritó ella.

Antes de que pudiera terminar su frase, otra enorme llama se elevó en el aire, cerca de O'Connor, quien gritó cuando la llama quemó su antebrazo. Él estiró la mano y le dio golpecitos, apagándolo.

"¿A dónde nos has traído?", le gritó a ella.

"Es nuestra única esperanza hacia la libertad!", gritó. "¡Y es el camino que los ladrones tomaron!"

Thor comprobó otra vez por encima de su hombro y vio a un puñado de tropas salir del grupo y decidir perseguirlos. Al mirar, uno de ellos topó con una enorme bola de fuego — gritando, se desplomó en el suelo, muerto.

Las llamas se elevaron alrededor de ellos con mayor frecuencia mientras caminaban; Thor iba de izquierda a derecha, esperando y rezando para que sobrevivieran en este campo minado de llamas. Alrededor de él, sus hermanos hicieron lo mismo, igual que Krohn, lloriqueando y gruñendo mientras caminaban, saltando las bolas de fuego. Una llama había chamuscado su pierna y se quejó y saltó, pero siguió corriendo.

"¿Cuándo acabará esto?", le gritó Thor a la chica.

Thor oyó un grito y vio que otro soldado del Imperio se quemaba hasta

morir, chillando.

"¡Allí!", gritó la chica, señalando. "¿Ven allí, a lo lejos?".

Thor miró y comenzó a aparecer adelante, un río embravecido.

"¡Es nuestra salida!", gritó. "¡Si lo logramos!".

"¿Nuestra salida?", preguntó Thor, con incredulidad.

Este plan era más loco de lo que pensó: las aguas del río estaban haciendo espuma, embravecidos, y no podía ver cómo sería mucho más seguro que este campo minado.

Aún así, no tenían elección. La chica aumentó su velocidad y también ellos. Thor rezó con todas sus fuerzas para que una bola de fuego no lo consumiera antes de que él pudiera alcanzar las aguas. Trató de correr tan rápido y tan ligeramente como pudo.

La cara de Thor estaba negra de hollín cuando llegaron al río, apenas a tres metros de distancia, el sonido de sus aguas brotando era ensordecedor — cuando de repente una bola de fuego se levantó ante él. No tuvo tiempo para frenarse.

Thor levantó sus brazos hacia su cara, mientras todo su cuerpo se consumía en el fuego. Gritó cuando empezó a incendiarse, corriendo con todas sus fuerzas y saltando, en llamas, hacia la corriente embravecida.

## CAPÍTULO CATORCE

El lord Kultin marchaba por los pasillos de piedra de la Corte del Rey, con sus docenas de soldados detrás de él, esperando traicionar a Gareth, cortando su garganta y queriendo tener el trono para sí mismo.

Kultin había estado esperando el momento durante demasiado tiempo, aguantando las tonterías de Gareth, sólo porque la paga era buena y el Escudo estaba activado y porque por un tiempo parecía que Gareth gobernaría para siempre. Pero una vez que Andrónico vulneró el Anillo, Kultin sabía que los días de Gareth estaban contados y el tiempo había llegado. Al principio, Kultin solamente iba a abandonar a Gareth; pero luego, cuando vio que era un rey débil y patético, sintió asco por él. Él mismo podría ser un mejor rey, y eso era exactamente lo que necesitaba ahora la Corte del Rey. No a Gareth, no a su hermana y no a ningún otro MacGil — sino a él, al Lord Kultin, a un *hombre de verdad*, un mercenario que podría tomar el trono por la *fuerza*. Durante siglos, así era como se hacían los reyes y Kultin sintió que era hora de reintegrar la vieja usanza. ¿Después de todo, ¿quién se merecía más ser un rey que él, que había tomado el trono, no por derecho sino por poder?

Kultin aceleró su paso, esperando ver la cara de Gareth cuando entrara en la habitación de la pequeña comadreja y desafiara su mando, cuando le arrojara del trono y lo matara en el acto. Él podría permitir que Gareth le rogara por un rato. Pero sin importar lo que dijera, al final haría lo que todos en la Corte del Rey querían: mataría al rey.

Kultin respiró profundamente, saboreando la carga de poder que sentiría. Él sería rey. Él. El rey. Y entonces él cambiaría las cosas en la Corte del Rey. Reuniría a todos los soldados, quienes estarían encantados de tener a un verdadero soldado guiándolos, e impediría la entrada a la Corte del Rey y montaría una defensa real contra Andrónico. Sería expulsado del Anillo y entonces él, Kultin, sería el gobernante supremo de todo el Anillo.

Kultin abrió de golpe las altas puertas arqueadas, que conducían a la cámara privada del rey, esperando encontrar a Gareth allí, sentado en su trono, como siempre lo hacía — emocionado de ver su mirada de sorpresa y horror.

Pero al entrar a la habitación, de inmediato supo que algo andaba mal. No podía ser.

Estaba vacía.

Era imposible. Kultin había cerrado todas las salidas para evitar la fuga de Gareth. No podía haber desaparecido. Y no entendía cómo Gareth había sabido que iba a venir.

Kultin recorrió toda la habitación, y entonces la vio: la chimenea. Dentro había una trampa, entreabierta.

Kultin se reclinó, enrojeciendo. Gareth había escapado. Había encontrado una salida trasera para salir del castillo. Había sabido que él iba a venir. Él le había burlado.

Kultin gritó de frustración, sabiendo que Gareth ya estaría lejos, fuera de su alcance. Al ir hacia la ventana, comenzó a sentir que sus sueños se vieron frustradas.

Pero cuando miró por la ventana abierta, vio algo que le preocupó mucho más. Miró dos veces, incrédulo al principio. Pero al mirar con detenimiento, se descorazonó al ver que era cierto. Por primera vez en su vida, sabía lo que significaba sentir miedo. Miedo de verdad.

Desde abajo se escuchó un gran grito, cuando el ejército de Andrónico irrumpió de repente a través de las puertas de la Corte del Rey, matando a todos a la vista. Entraon miles de ellos, como un dique que se rompe, una ola masiva de destrucción.

Detrás de ellos, llenando el horizonte, había un millón de hombres, cubriendo el suelo como si fueran hormigas.

Antes de que Kultin pudiera procesar lo que estaba pasando, antes de que pudiera ordenar a sus hombres, o alcanzar su espada, de pronto un soldado solitario miró hacia arriba, puso su mirada en él a través de la ventana y dejó volar su lanza.

Navegó a través del aire y perforó la garganta de Lord Kultin, entrando en un extremo y saliendo por la otra.

Kultin se quedó ahí parado, con los ojos abiertos, agarrando su garganta, mientras se derramaba la sangre por sus manos. Se desplomó y cayó por la ventana.

Cayó, dando vueltas, hacia el suelo, y en sus reflexiones finales, se preguntaba, de todas las cosas, cómo escapó Gareth.

## CAPÍTULO QUINCE

Erec se dirigió a las puertas de Savaria, Alistair aferrándose a él, en la parte posterior de Warkfin; el Duque, Brandt y varios caballeros iban a su lado. No habían dejado de montar a caballo desde el encuentro con esos monstruos en el campo de batalla, y mientras Erec miró sobre su hombro, vio que todavía los perseguían, incluso a pie, casi tan rápido como sus caballos.

"¡SUENEN LOS CUERNOS!", gritó el Duque. "¡CIERREN LAS PUERTAS!".

En cuanto pasaron, las púas de hierro se cerraron de golpe detrás de ellos, golpeando la tierra con un gran ruido reverberante.

Al entrar a la ciudad sobrevino el pánico cuando un cuerno tras otro sonó y los ciudadanos corrieron por las calles, apresurándose a sus casas, cerrando puertas y persianas. Las tropas salieron de todos lados, tomando sus posiciones a lo largo de las paredes, en los parapetos, detrás de las puertas principales de la ciudad. El Duque gritó órdenes para todos ellos.

Erec cabalgó con Alistair a través de la plaza del castillo del Duque, parando sólo lo suficiente para ayudarla a desmontar. La miró con seriedad, sosteniendo su mano.

"Me salvaste la vida", dijo él. "Ahora salvaré la tuya. Te imploro: permanece dentro de las puertas del castillo hasta que termine este conflicto. Si no ganamos, los asistentes del Duque te mostrarán un túnel secreto para escapar. Por favor, préstame atención. Estas criaturas son salvajes".

Con eso, Erec se dio vuelta y pateó su caballo y galopó a través de la plaza, uniéndose a su amigo Brandt, mientras iban a ayudar a las fuerzas del Duque, ante la puerta de la ciudad.

Todos se sentaron en sus caballos en una fila, docenas de soldados, esperando, frente a los picos de hierro, y detrás de ellos, las antiguas puertas cerradas de roble. Erec miró hacia arriba y vio a cientos de soldados tomando posiciones en los parapetos de la ciudad. Pero cientos de esas criaturas se estaban dirigiendo hacia la ciudad, incluso ahora, y él sabía que sería una dura defensa.

"¿Cuánto tiempo crees que aguantarán las puertas?", preguntó Brandt.

Erec se encogió de hombros, analizando el antiguo bosque. Si se tratara de un adversario humano normal, podría decirlo con facilidad. Pero con esas

criaturas, uno nunca sabía.

"Esas puertas han soportado la prueba del tiempo", dijo con orgullo el Duque.

Antes de que pudiera terminar las palabras, todos se quedaron sorprendidos al escuchar un estruendo, como elefantes a la carga, y después un ruido de algo partiéndose. Erec no lo podía creer cuando vio ante sus ojos las enormes puertas de roble — de metro y medio de espesor y nueve metros de altura — romperse de las bisagras, dejando entre ellos y las criaturas sólo la puerta de hierro con pinchos.

Las criaturas levantaron las puertas de madera como si fueran juguetes y las lanzaron al suelo. Entonces vieron las barras de hierro.

Cientos de ellos se dirigieron hacia el metal, empujando sus caras gruñonas y horribles contra él, metiendo sus garras a través de las barras, que ya comenzaban a doblarse.

"¿Qué decías?", le preguntó Brandt al Duque, con la cara roja y la boca abierta, atónito.

"¡ARQUEROS!", gritó el Duque.

Erec no esperó una orden. Ya había disparado tres flechas para cuando el Duque llamó, y había disparado a tres de las criaturas en la cabeza, mientras agarraban las puertas. Todos cayeron.

Alrededor de Erec, docenas de los hombres del Duque dispararon. La primera fila de criaturas cayó, pero rápidamente aparecieron docenas más detrás de ellos. Parecía que había un ejército suelto de estas cosas en el otro lado del Cañón, como si hubieran estado esperando todos esos años para causar estragos en el Anillo tan pronto como el escudo se desactivara.

El metal de las puertas comenzó a doblarse más, y Erec se dio cuenta de que sus flechas no los retendría por mucho tiempo.

"¡ALQUITRÁN!", gritó el Duque.

En lo alto, en los parapetos, docenas de soldados lentamente voltearon los humeantes calderos de alquitrán.

Mientras echaban abajo todo alrededor de las murallas de la ciudad, los gritos de las criaturas se elevaron, empapados con el líquido ardiente. Mató a docenas en el lugar. Los cuerpos de las criaturas quedaron apilados ante la puerta.

Erec vio detrás de ellos a cientos más, todavía yendo a la carga. Él sabía que sólo sería cuestión de tiempo hasta que cedieran las puertas, hasta que se quedaran sin flechas y alquitrán para detenerlos. Él sabía que necesitaban una

estrategia, y rápida, antes de que las puertas se vinieran abajo.

"¿Hay una salida trasera fuera de la ciudad?", preguntó Erec.

El Duque lo miró, perplejo.

"Si puedo ir sigilosamente detrás de ellos, puedo flanquearlos", dijo Erec.

"Crear otro frente y llamar su atención desde las puertas. Es la única manera. Tenemos que dividir su ejército. Si atacan las puertas como una sola fuerza, pronto la derribarán".

El Duque asintió, comprendiendo.

"Eres un alma valiente", dijo. "Cruza la plaza y toma la tercera puerta a la derecha. Pasando encontrarás una pequeña puerta arqueada sin manija, oculta por una piedra. Ésa es. Que los dioses te acompañen".

Erec dio vuelta y galopó por toda la ciudad, siguiendo las indicaciones. Escuchó un caballo galopando detrás de él y se dio vuelta y vio a Brandt, sonriendo mientras se dirigía a un lado de él.

"¿Creíste que te dejaría tener toda la diversión?", preguntó Brandt.

Erec había sido preparado para enfrentar solo a un ejército, pero estaba feliz de ver a su viejo amigo a su lado.

Ellos se agacharon debajo de un arco de piedra, luego siguieron las indicaciones del Duque hasta que encontraron la puerta oculta. Encubierto con una fachada de piedra, la puerta era difícil de ver; al desmontar, Erec se inclinó y la pateó varias veces, hasta que finalmente cedió. Volvió a montar y se agachó mientras pasaba cabalgaba a través de ella, con Brandt siguiéndolo y cerraron la puerta firmemente detrás de ellos.

Después de pasar por un largo túnel, los dos salieron por la puerta trasera de la muralla; esperaron hasta que estuvieran a una distancia segura, luego cabalaron alrededor del perímetro de la ciudad en un amplio círculo para emboscar a las criaturas por detrás.

Finalmente dieron la vuelta en círculo y cabalaron hacia atrás de las criaturas. Fueron hacia ellos, topándose con ellos mientras convergían en la puerta. El hierro se pandeaba — Erec y Brandt habían llegado justo a tiempo.

Erec levantó su espada y soltó un grito de batalla feroz, queriendo llamar su atención desde la puerta, y Brandt hizo lo mismo.

Funcionó. La mitad del ejército de criaturas se volvió y se dirigió hacia ellos. Los Covenies eran seres horribles, tan altos que estaban casi al ras de la cara con ellos, incluso a caballo; sus cuerpos ondulantes con músculos, su piel amarilla brillaba, los dedos se estrechaban en garras largas y amarillas, cada uno tenía dos cabezas y brazos de dos metros y medio de largo. No llevaban

armas: ellos no la necesitaban.

Chillaban, y sus gritos de batalla eran incluso más fuertes que los de Erec.

Pero Erec no tenía miedo. Había entrenado toda su vida para días como éste; sabía que su causa era verdadero y noble, y se sintió más vivo que nunca.

Erec levantó su espada por lo alto, y mientras la primera bestia saltó en el aire, elevando sus garras para arrancarle los ojos a Erec, Erec se agachó, se columpió con fuerza y le cortó el torso en dos.

Erec continuó yendo a la carga, apuñalando a otra criatura en el corazón. Con su otra mano levantó un largo mayal con picos, lo levantó por arriba de su cabeza y cortó tres de sus cabezas a la vez.

Pero Erec sintió un dolor punzante en su costado, cuando una criatura saltó en el aire y lo derribó, haciéndolo caer de su caballo al suelo. La criatura levantó sus manos por lo alto, preparándose a bajar sus garras hacia la cara de Erec — pero Warkfin relinchó, se reclinó, y pateó con fuerza a la criatura en el pecho, aplastando sus costillas y haciéndolo volar hacia atrás, muerto.

Erec rodó fuera del camino, mientras otra criatura llevaba su puño a su cabeza, fallando por poco; él saltó y se puso de pie, tomó su espada y lo cortó, matándolo.

Pero estas criaturas eran demasiado rápidas y había mucha de ellas. Erec sintió que lo pateaban con fuerza por detrás y salió volando cayendo de bruces.

Erec giró para ver a la criatura extender sus garras y se preparan para acabar con ellas y degollarlo. Él no pudo reaccionar a tiempo. Se preparó para morir.

Mientras se preparaba, una lanza atravesó el pecho de la criatura. Brandt apareció, apuñalando a la bestia en el aire antes de que pudiera hacerle daño a Erec.

Erec se puso de pie, agradecido como siempre con su amigo; vio a una criatura saltando hacia Brandt y Erec agarró su mayal, le dio vueltas y lanzó la pelota con pinchos a la cabeza de la criatura, justo antes de derribar a Brandt.

Otra criatura se zambulló y derribó a Brandt de su caballo, cayendo al suelo cerca de Erec. Erec giró y apuñaló a la criatura en el cuello.

Ahora Brandt y Erec estaban espalda con espalda, con las espadas desenvainadas, esquivando y defendiendo los grandes golpes de estas bestias que los rodeaban. El grupo de bestias crecía más a cada momento, y superaban en número a ellos dos. Los brazos de Erec se estaban cansando, y una criatura se abalanzó por detrás y le arrebató su mayal de las manos.

Antes de que Erec pudiera darse vuelta, otra criatura lo pateó en la espalda, entre los omóplatos, derribando su espada de las manos. Una tercera criatura lo pateó con fuerza detrás de su rodilla, haciéndolo caer.

Erec estaba tirado en el suelo y miró hacia arriba y vio a su amigo Brandt pateado en el pecho y caer, también, junto a él, inconsciente.

Él miró hacia arriba y vio que estaba rodeado. Ahí en el suelo, solo e indefenso, no le quedaba nada por hacer sino mirar desamparado, mientras todos, al mismo tiempo, se preparaban para acabar con él.

Finalmente, Erec supo que su hora de la muerte había llegado.

## CAPÍTULO DIECISÉIS

Selese iba de un lado al otro de su cabaña, mecánicamente, tocando sin pensar una serie de hierbas, asomándose por la ventana a su pequeño pueblo y pensando sólo en Reece. Desde que dejó su pueblo, no había podido pensar en nada más. Su nombre sonaba en su cabeza como un mantra. Reece.

*Reece.*

El hijo del rey. El que ella había despreciado. El que ella había salvado. Ella había sido tonta al ser tan fría con él, al haberlo alejado así.

No porque él fuera hijo de un rey.

Sino porque, a pesar de lo que ella le había dicho a él, lo había amado demasiado.

Tomada por sorpresa por sus avances, por sus sentimientos hacia él, Selese había hecho un buen espectáculo, había actuado como si pensara que él estaba loco — irracional — al profesar su amor por ella tan rápidamente. Pero en el fondo, ella también lo había querido — posiblemente aún más de lo que él la amaba. Había algo en su personalidad, su pasión, su honestidad, que le había atraído como imán. Pero no había sido capaz de expresarlo. Miedo de admitirlo. Miedo de que él pensaría que estaba loca.

Ella había sido tan tonta, estuvo tan a la defensiva, tan infantil. No había tenido el valor de ser tan honesta como él. Porque ella también había tenido miedo. Miedo a creer que era cierto — y miedo de que pudiera irse tan rápido como había llegado.

Ahora que se había ido, y se había ido durante muchos días, Selese sentía una sensación persistente en su corazón que se cernía sobre ella como una nube, y sabía que era real. Ella sabía por el dolor en el estómago, el dolor en el pecho, el hecho de que no podía dejar de pensar en él, no podía dejar de ver su cara, oír su voz, cada minuto. Ella sabía que su amor por él era más real que nunca, que nunca había sentido algo así en su vida.

Selese había estado despierta durante dos noches, atormentándose a sí misma acerca de cómo podría haber hecho las cosas de manera distinta. Y cómo podría hacer las cosas bien.

Se quedó allí para, mirando por la ventana, jugando con las hierbas, eligiendo cuáles tomaría y cuáles dejaría. Junto a ella, había un saco con sus pertenencias. Ella estaba lista para dejar este lugar y nunca regresar. Ella

estaba decidida a buscar Reece y comenzar una vida con él.

Sin importar lo que costara, lo encontraría. Le daría otra oportunidad — y le pediría otra oportunidad. Tal vez, sólo tal vez, ella esperaba y rezaba para que él dijera que sí. No porque quisiera irse de su pueblo; amaba a su aldea. No porque él fuera hijo de un rey; a ella no podría importarme menos si era un indigente. Sino por eso algo que había en sus ojos, en su voz, ese algo entre ellos. Por todo lo que él la amaba. Debido a la forma en que habló con ella.

Mientras estaba ahí parada, mirando el alba, mentalmente se preparaba para decir adiós a este lugar. Cerró los ojos y dijo una oración a cada dios que conocía, rezando para que lo encontrara y que no la rechazara. Con los ojos cerrados, ella memorizaba la apariencia de su cabaña, el modo en que sus pociones estaban colocadas, cómo colgaban sus hierbas. Confiaba en que algún día podría vivir junto con Reece en algún lugar como este.

Fue entonces que escuchó el ruido. Era un ruido inusual, uno que no había escuchado en años, y al principio pensó que sus orejas la estaban engañando. Pero escuchó más de cerca y sabía que era real. Era el sonido de los insectos, esparciéndose a través del suelo del desierto. Miles de insectos; millones de ellos. Era un ruido enloquecedor. La vibración corría a través de su cuerpo.

Una nación de insectos no corría, Selese lo sabía, a menos que algo estuviera mal. Muy, muy mal.

Ella se dio vuelta y salió de su cabaña, se quedó afuera y miró el desierto. Efectivamente, ella los vio: una fila de insectos, yéndose, como si huyeran de un desastre.

O de un ejército.

Selese, con el corazón latiendo aceleradamente, se dio vuelta lentamente, con miedo de ver lo que descubriría. Miró en la otra dirección, la dirección donde los insectos estaban huyendo, y su garganta se secó: el horizonte estaba negro de hombres. Parecía ser todo el planeta, marchando hacia su aldea; una enorme fuerza de destrucción. Los insectos fueron sabios; sabían cuándo era hora de huir.

Su aldea, aún dormida, estaba en el camino de ellos. Y Selese era la única despierta.

Selese corrió a través de la Plaza, subió las escaleras e hizo sonar la campana de la ciudad, una y otra vez, tirando la cuerda gruesa con todas sus fuerzas. Lentamente, la ciudad despertó, la gente salía de sus hogares, medio despiertos, mirándola como si estuviera loca.

Señaló al horizonte.

"¡Un ejército!", gritó.

La gente finalmente se dio vuelta y miró, y sus expresiones de horror demostraron que, ellos también, vieron lo que se acercaba. Surgieron gritos de terror, y cada vez más de ellos salieron de sus casas. Un estado de pánico inundó la ciudad, mientras todos comenzaron a huir de la aldea.

El corazón de Selese latía aceleradamente cuando vio al ejército dirigiéndose hacia ellos, ganando velocidad. Su primer instinto fue dar vuelta y huir con los demás. Pero se obligó a sí misma, a ir corriendo primero, de cabaña en cabaña, por toda la aldea y asegurarse de que todo el mundo estaba despierto y enterado. Despertó a varias familias, ayudó a los niños a recoger sus pertenencias y salvó más vidas de las que podía contar.

Finalmente, cuando todos se enteraron, se preparó para huir. Empezó a volver a su cabaña para recoger su saco — pero luego se dio cuenta de que no había tiempo. Tenía que dejar sus cosas si quería sobrevivir.

Selese se dio vuelta y huyó por las puertas de la aldea con los demás, uniéndose al éxodo masivo. Se dirigieron a través del desierto vacío, bajo un cielo naranja ardiente, hacia algún lugar del norte. Hacia alguna parte de Silesia.

Y en algún lugar, ella oró, hacia Reece.

## CAPÍTULO DIECISIETE

Godfrey estaba sentado encorvado sobre una mesa en un bar de mala muerte, en un rincón olvidado de Silesia, flanqueado por Akorth y Fulton, mientras tomaba un trago profundo y admiraba la fuerte cerveza de esta ciudad. La vació, acomodando su cuarto tarro de cerveza roja espumosa, y se le subió directamente a la cabeza. Se sentía abrumado por los colores de este lugar: todo en esta ciudad era rojo, desde el traje rojo del tabernero, a las mesas y sillas — incluso su cerveza. Estaba empezando a sentirse mareado. Era eso, o la cerveza.

Pero eso no era lo más importante en la mente de Godfrey: al enterrar la cabeza sobre la barra con sus compatriotas, trataba de olvidar sus penas, de olvidar la guerra inminente. Sobre todo, Godfrey se odiaba a sí mismo. Sabía que debería estar ahí, apoyando a su hermana y a su hermano, con los demás, haciendo todo lo posible para ayudar a defender a la ciudad. Pero no podía hacerlo. Así era como siempre había sido, desde su juventud: cuando llegaban los tiempos difíciles, era incapaz de enfrentarse a ellos. En cambio, iba a la taberna a ahogar sus penas.

Godfrey no estaba conectado como los demás, aunque quisiera estarlo. Cuando se sentía abrumado, en vez de ser valiente como Kendrick o Reece o Gwendolyn, se quedaba congelado con pánico para ponerse en acción; en lugar de enfrentar sus problemas, los evitaba y esperaba que se fueran. Una y otra vez, después de unos cuantos tragos fuertes, había sido capaz de convencerse a sí mismo de que todo estaría bien, de que él necesitaba meterse en los problemas del mundo — de que él que podría dejar eso a los demás.

Pero esta vez, Godfrey percibía las cosas de manera diferente; esta vez, él sabía que todo no estaría bien. Aquí estaba, en esta ciudad extranjera, en esta taberna extranjera; todo estaba a punto de cambiar para siempre. Su viejo terruño, la Corte del Rey, los viejos callejones que había conocido, el viejo barrio, las viejas tabernas — todo lo que conocía podría ser destruido. Pronto nada volvería a ser lo mismo; pronto, la muerte llegaría por ellos, aquí, en este lugar.

El Escudo estaba desactivado. Él todavía no lo podía entender. Siempre había sido el mayor temor de todos, desde que era un niño, y ahora se había hecho realidad. Godfrey sabía que, especialmente en un momento como éste,

no debería beber, debería erguirse, ser hombre, ir pronto allá y unirse a su hermana y hermano y a todos los demás y enfrentar el peligro que se acercaba a la puerta. Sabía que debería ser más hombre de lo que era. Y sabía que le había prometido a su hermana que nunca bebería otra vez.

Estaba disgustado con él mismo. Sin embargo, aunque quería ser de otra manera, estaba abrumado por el temor y la inercia. No podía conseguir levantarse, salir de ahí y hacer todo lo que ellos necesitaban. No era un guerrero entrenado, como sus hermanos. Él nunca había abrazado las lecciones en la infancia, siempre se negaba a obedecer a su padre. En realidad no tenía ninguna habilidad de la vida real, que no fuera saber qué tabernas frecuentar y malas compañías para elegir.

Mientras estaba ahí sentado, enfurruñado, sentía que había desperdiciado su vida. Quería desesperadamente cambiarlo. Pero no sabía cómo. Y no podía evitar sentirse como si fuera demasiado tarde. Después de todo, ¿qué podía hacer un hombre solo, contra un ejército como el de Andrónico? Y él, no siendo un guerrero entrenado, menos. Todo parecía tan inútil. Si si iba a morir, era mejor disfrutarlo.

Una cosa que podía hacer, una cosa que podía controlar, era tener una copa más y adormecer sus preocupaciones lo más que podía.

"¡Otra!", gritó Godfrey al camarero.

"¡Y para mí!", dijo Akorth.

"¡Y para mí!", gritó Fulton.

Varios clientes empujaban para caber junto a él, otros entraban cada vez más y más y Godfrey tuvo que apretarse más a la barra, llena de gente, hombro con hombro. Sus amigos bebieron desesperados, también, como lo hicieron los otros clientes habituales de ese lugar.

"Nunca había visto este lugar tan atascado", dijo el tabernero, mientras ponía las bebidas. "Debería haber guerra más a menudo", añadió. "Parece que cada maldita alma de la ciudad quiere ahogar sus problemas".

"Bueno, si es nuestro último día", dijo Fulton: "por lo menos yo no quiero morir sobrio".

"Bien dicho", rugió Akorth. "Ni yo. Si voy a morir, ¿por qué no morir borracho?".

"¿Qué mérito tiene ser sobrio cuando seamos arrojados a la tierra?", agregó Fulton.

"Bueno", dijo Godfrey, argumentando lo contrario, "hay una buena razón para estar sobrio: podrías ir allá y luchar y prevenir tu muerte".

"¡Ja!", se mofó Akorth. "¡También podría pelear estando borracho!".

"¡Sí, sí!", repitió Fulton. "¿No sabes que la mitad de los soldados que están allí, ya están borrachos de todos modos? ¿Realmente crees que pelean sobrios?".

"Nada de eso importa de todos modos", dijo Akorth. "Sobrio o no, ¿creen que un combatiente puede parar a un millón de hombres?".

Godfrey no pudo evitar estar de acuerdo con ellos. Aún así, estaba decepcionado consigo mismo. Amaba a su hermana Gwendolyn y a su hermano Kendrick más de lo que podía decir, y sintió como si estuviera abandonándolos, como si fuera una decepción para ellos. Eso era lo único que no quería ser. Podría ser una decepción ante los ojos de su padre — había aprendido a vivir con eso. Pero él había llegado a amar a sus hermanos, especialmente a Gwendolyn, y ella había confiado en él — él odiaba la idea de abandonarla. Especialmente después de que ella lo había salvado.

"¿Por lo que me salvó?", se dijo Godfrey a sí mismo.

Akorth y Fulton se volvieron y lo miraron, desconcertado.

"¿Qué estás diciendo, muchacho?", preguntó Fulton. "¿Qué estás farfullando?"

Godfrey sentía que era diferente a todos esos clientes habituales de aquí. Después de todo, era el hijo de un rey. Estaba hecho de otra madera. Había algo diferente dentro de él. ¿No debería estar actuando diferente? Estas personas nunca tuvieron una oportunidad en la vida. Pero él había tenido más de una oportunidad — lo había tenido todo.

¿O no? ¿Todo eso era sólo basura, todo eso de ser un MacGil, de ser el hijo de un rey? ¿No significaba nada, después de todo? ¿Era él, al final del día, tan bueno como todos los demás, sin importar de quién descendían?

Mientras Godfrey tomaba otro trago de otro tarro más de cerveza, las respuestas a todas estas preguntas lo eludían, pululando en su mente. No sabía si alguna vez llegaría al fondo del asunto.

La puerta de la taberna se abrió repentinamente con fuerza y todas las cabezas se volvieron, mientras entraba una hermosa mujer. Godfrey también se dio vuelta, y parpadeó varias veces, tratando de concentrarse, de recordar quién era ella. Y entonces se dio cuenta: Illepra. El curandera que había salvado su vida.

Illepra se veía más hermosa que nunca, vistiendo su traje de cuero marrón, con su cabello largo y alborotado, con sus ojos verdes brillantes. Sus ojos se fijaron en los de él, mientras caminaba hacia su lado, por la taberna, ajena a

todos los parroquianos amontonándose alrededor de ella.

Abrían paso, haciendo espacio para ella; todos los borrachos parecerían sorprendidos al ver a tal belleza entrando en este lugar.

"Me dijeron que te encontraría aquí", Illepra dijo en tono acusador a Godfrey, mientras se acercaba a él, frunciendo el ceño. Hubo silencio en el lugar, viendo la confrontación.

Godfrey apenas podía creer que ella lo había buscado, aquí, en este lugar. Habían hablado todo el camino en su marcha de la Corte del Rey a Silesia. Él había sentido un vínculo con ella desde el primer momento en que se conocieron, y durante su caminata, la conexión fue mayor. Él le había prometido que cambiaría, que dejaría de beber y tomaría las armas con sus hermanos.

Y sin embargo, ahí estaba. Su cara enrojeció al sentir una profunda sensación de vergüenza.

"Deshonras a tu familia", añadió ella, duramente. "¿Para esto te salvé? ¿Para que pudieras esconderte aquí, en nuestra hora más oscura y acabar con tu vida bebiendo? ¿Para reír con tus amigos? ¿Eso es lo importante para ti ahora, mientras que tus hermanos están ahí afuera, preparándose para luchar por nuestras vidas?".

Godfrey bajó la cabeza, avergonzado. No tenía ninguna respuesta. Él mismo había estado pensando exactamente eso.

"Lo siento", dijo. "Tienes razón. No merezco estar ahí con él. Nunca lo merecí. Lo siento. No quiero decepcionarte".

"Entonces, contéstame esto", insistió ella, con los ojos destellando, "¿para qué salvé tu vida, si ni siquiera vas a tomar las armas para defenderla?".

Illepra se dio vuelta, enojado, examinando todos los rostros en el bar.

"Lo digo a todos ustedes", dijo ella, levantando su voz. "Todos se esconden aquí, mientras que sus compatriotas están allá afuera, preparándose. Ninguno de ustedes está dispuesto a salir y tomar las armas para salvar su vida. Olvídense de sus vidas — ¿qué pasa con las vidas de los demás? Su pueblo los necesita. ¿Son todos tan egoístas? ¿Para eso están luchando ellos? ¿Para salvar a gente como ustedes?".

Todos los clientes la miraron, en silencio.

"Si luchamos o no, señorita", gritó un cliente, "no hace ninguna diferencia. Unos cuantos miles de hombres no detendrán a un millón".

Hubo un gruñido de aprobación a lo largo de la habitación.

"No, tal vez no puedan", dijo Illepra razonando. "Pero eso no quiere decir

que no lo intentemos. Un día, todos moriremos. No se trata de quién vive y quién muere. Se trata de *cómo* vivimos. Y de *cómo* morimos”.

Ella se volvió y miró a Godfrey.

"Pensé que eras diferente", dijo suavemente. "Pensé que tenías el potencial para ser algo más grande. Pero ahora veo que estaba equivocada. Eres solo un borracho más. Como todo el Reino dice que eres".

"¡Eso no tiene nada de malo, señorita!", gritó Akorth en defensa de él, elevando su tarro. "Se puede morir aquí o se puede morir allí. ¡Pero al menos mi amigo va a morir feliz!".

La multitud aplaudió en aprobación, elevando sus tarros.

Illepra enrojeció, se dio vuelta y salió furiosa de la taberna.

Mientras los clientes lentamente volvían a lo suyo, Godfrey la vio alejarse, ardiendo por dentro. Fulton estiró la mano y le dio una palmada en la espalda.

"Las mujeres son así", dijo, tratando de consolarlo. "No saben lo que es importante. Estás haciendo lo correcto — ¡tómate otra!", dijo, deslizándose otro tarro hacia él.

Cuando Godfrey miró hacia abajo al tarro, algo surgió dentro de él. Era una nueva sensación, algo que nunca antes había experimentado. Era un sentimiento de orgullo. Una sensación más grande que él. Por primera vez en su vida, no pensó en sí mismo. No pensó en su siguiente trago.

En cambio, pensó en el Anillo. En los silesios. En poner primero a los demás.

Mientras más pensaba en ello, más comenzaban a disiparse sus temores. Cuanto más meditaba en ayudar a los demás, menos miedo tenía por sí mismo.

Godfrey ya había tenido suficiente. Repentinamente, arrojó al suelo su tarro, se levantó de la mesa y empezó a caminar de prisa entre la multitud, hacia la puerta.

"¿Adónde vas?", le preguntó Akorth.

Godfrey se volvió y miró a sus amigos por última vez, antes de salir de la puerta.

"¡Voy a ponerme la armadura, a tomar las armas y ayudar a mi hermana!", anunció con seriedad.

Sus amigos se rieron de él.

"¡Nunca has tomado las armas en tu vida!", gritó Fulton.

Godfrey miró hacia atrás, enrojeciendo, sin inmutarse.

"No, no lo he hecho", reconoció. "Pero aprenderé. ¡O moriré en el intento!"

## CAPÍTULO DIECIOCHO

Gwendolyn estaba parada en la cima del parapeto más alto en Silesia, con sus generales a su alrededor, mirando al horizonte. Acababan de terminar un paseo por todos los anillos internos y externos de las defensas, y uno por uno, Srog, Kendrick, Brom, Kolk y los generales habían discutido con Gwendolyn cómo mejorar y fortalecer cada uno, qué esperar cuando el ejército llegara, cómo defenderse de los ataques desde varios frentes, y cuánto aguantarían hasta que sus defensas se derrumbaran. Habían hablado acerca de los alimentos y provisiones y agua, habían hablado de planes de contingencia, de retirarse a la ciudad de la parte baja. Habían cubierto casi todo, y estaban agotados.

Lo que ninguno de ellos había discutido era lo que harían en caso de una derrota. Era tácito entre ellos que la rendición no era una opción, pero ninguno había discutido lo inevitable: qué hacer si mataban a todos sus hombres. Era tácito entre ellos que lucharían hasta la muerte. De alguna manera, parecía como si todos se estuvieran organizando para lo que sería un suicidio masivo.

Habían pasado horas, y con todos sus hombres en posición, todos los planes pensados, no había nada más que discutir. Ahora todos estaban ahí parados, cómodos con el silencio de cada uno, mirando al horizonte, a las oscuras nubes de tormenta formándose, a la espera de lo inevitable. Mientras Gwen miraba, todo parecía tan tranquilo, tan calmado; parecía como si los hombres de Andrónico nunca llegarían.

Sin embargo, ella sabía que iban a venir. Durante todo el día habían llegado informes de los mensajeros de todo el Anillo, con la actualización de la invasión. Incluso llegó un informe de que la Corte del Rey había sido atacada — y ese era el informe que dolía más. Ella trató de borrar la imagen de su mente.

Ahora, más que nunca, Gwen deseaba que Thor estuviera aquí. Las palabras fatídicas de Argon sonaron en su cabeza, y no comprendía lo que significaban. Ella sabía que tendría que morir un poco para salvar la vida de Thor. ¿Significaba eso que realmente moriría? ¿Aquí, en este lugar? Ella cerró los ojos y pensó en el bebé que tenía en su vientre y trató de no pensar en la muerte. No porque temiera su propia muerte. Sino porque temía por la vida de su bebé; y ella temía una vida sin Thor.

Hubo un revuelo, y Gwendolyn se dio vuelta y miró sobre los hombros de los hombres y vio a un pequeño séquito de soldados yendo hacia ella — y sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa al ver quién les acompañaba. Allí, caminando hacia ella, estaba una mujer que pensó que nunca volvería a ver: a su hermana.

Luanda caminaba de la mano con su nuevo esposo, Bronson, a quien Gwen entristeció ver, le faltaba una mano. Se veían destrozados, deshechos y más que agotados; parecía como si hubieran viajado toda la noche.

Gwen no podía entender lo que estaban haciendo aquí. Ella se sintió aliviada al verlos, pero también confundida. ¿No era Bronson un McCloud, y no debería estar en el lado McCloud del Anillo? ¿Y Luanda con él?

Gwen sintió un gran alivio al ver a su hermana viva y a salvo y su primer impulso fue dar un paso adelante y darle un abrazo. Pero al crecer, su relación siempre había sido distante, formal; era el modo de ser de Luanda — que aprendió de su madre. Gwendolyn había intentado muchas veces acercarse a ella, y después de tanto desapego, había aprendido su lección. Así que Gwen simplemente se quedó ahí, frente a su hermana mayor, y asintió con la cabeza con seriedad.

"Hermana mía", dijo Luanda, mientras Bronson inclinaba su cabeza.

Gwendolyn asintió con la cabeza.

"Hermano", agregó, Luanda girando y asintiendo con la cabeza hacia Kendrick, quien también asintió con la cabeza, silencioso, probablemente tan confundido como Gwendolyn estaba. Pareció ponerse tenso al ver a un McCloud cerca de él, igual que los otros soldados.

"¿Qué hacen aquí?", preguntó Gwendolyn.

"Cometí un grave error", dijo Luanda, "al ir al lado del Anillo de los McCloud. No fue un error casarme con Bronson, a quien amo profundamente y que no es en nada como los demás. Los otros McCloud son gente brutal y salvaje. Su padre intentó matarme a mí y a su propio hijo".

Hubo un resuello de sorpresa entre la gente de Gwen. Ella examinó a Bronson y vio la mano cortada y las cicatrices; podía adivinar que había pasado por un infierno, sin embargo, estaba ahí parado, con orgullo. Él tenía algo que a ella le gustaba; no se parecía en nada a su padre, que era un bruto, un verdadero salvaje; Gwendolyn recordó con disgusto.

"Los McCloud no cambian", dijo Kendrick. "Son lo que son. Siempre lo han sido".

"Tuvieron suerte de haber escapado con vida", agregó Brom.

"Hemos venido a pedir su ayuda", dijo Luanda, mirando de Kendrick a Srog y de él a Brom — a cualquiera, menos a Gwendolyn. "Les pedimos que nos acepten. Nos dijeron que mitad digna de la Corte del Rey había huido aquí. Queremos desertar del lado del Anillo de los McCloud. Queremos estar con los MacGil".

"Luchar con los MacGil", agregó Bronson con orgullo. "Juro mi lealtad a ustedes. Voy a luchar hasta la muerte por ustedes. Especialmente contra mi padre y sus hombres".

Gwendolyn y los demás intercambiaron una mirada, y pudo ver la duda en sus ojos.

"¿Y cómo sabemos que podemos confiar en ti?", preguntó Brom, dando un paso al frente y mirando con frialdad a McCloud. "Tu padre mató a más de mis hombres de los que puedo contar. Y todo de una manera brutal y cobarde. ¿Cómo sabremos que el hijo no es igual que el padre? ¿Cómo sabremos que esto no es una trampa, que no sólo estás esperando traicionarnos?".

Bronson levantó lentamente su brazo, mostrando el tocón donde una vez tuvo su mano.

"Esto es obra de mi padre", dijo tristemente. "Lo que hubo una vez entre nosotros, ya no existe. Con mucho gusto sería el primero en matarlo en la batalla".

Brom lo miró, como examinándolo, y finalmente pareció creer en él.

Gwendolyn también le creía. Parecía ser un hombre honesto y sincero.

"Tú eres de la familia", dijo Gwen a Luanda, rompiendo el silencio. Se volvió hacia Bronson. "Y eso significa que ahora eres de la familia también. Si ella te ama, es suficiente para mí. Te aceptamos con los brazos abiertos".

Bronson asintió con la cabeza, con los ojos llenos de agradecimiento.

"Andrónico atacará pronto, y estaremos en asedio", advirtió Gwendolyn. "Necesitamos todas las manos que podamos".

"Me siento honrado luchar por su causa, mi señora", dijo Bronson.

Luanda miró a Gwendolyn, atónita.

"¿Quién está a cargo aquí?", preguntó Luanda, mirando de una cara a la otra. "Con Gareth en la Corte del Rey, supongo que solo quedas tú, Kendrick. ¿O es usted, Srog?".

Todos intercambiaron una mirada de confusión; Gwen se dio cuenta que Luanda aún no se había dado por enterada.

"Nuestra hermana es ahora gobernante del Reino occidental del Anillo", respondió Kendrick.

"¿Gwendolyn?", dijo Luanda burlonamente, incrédula. Miró a Gwen arriba y abajo, conmocionada. "¿Tú? ¿Gobernante?".

"Fue el último deseo de nuestro padre", dijo Kendrick con firmeza.

"Pero... pero..." Luanda comenzó a decir, nerviosa. "Eres mujer. Y mi hermana menor, además. Si uno de nosotros debe gobernar, entonces ¿por qué no sería yo?".

Gwen sintió la vieja emoción de ira de la niñez hacia Luanda, dentro de ella. Toda su vida, hasta donde recuerda, su hermana había estado mortalmente celoso de ella. Obviamente, no había cambiado.

"*Mi señora*", interrumpió Steffen.

Luanda miró a Steffen con sorpresa y condescendencia.

"¿Qué dijiste?", preguntó ella.

Steffen dio un paso adelante, frunciendo el ceño.

"Ahora se dirigirá a Gwendolyn, quien ahora es nuestra reina, como '*mi señora*'," dijo, a la defensiva.

Luanda lo miró sorprendida; luego miró las caras de todos los demás y se dio cuenta que hablaba en serio. Miró a Gwen con consternación.

"¿No esperarás en serio que tenga que responder a mi hermana menor?", preguntó Luanda, mirando a Kendrick.

"Le responderás a ella", dijo Kendrick, "si deseas quedarte. O, si lo deseas, puedes dejar Silesia y estar a merced del enemigo. Respetarás el deseo de nuestro padre, como el resto de nosotros".

Bronson puso una mano en la muñeca de Luanda.

"Luanda", dijo suavemente, "tu hermana ha sido muy amable y generosa en aceptarnos aquí. No veo ninguna razón por qué no deberíamos responder a ella".

Pero los ojos de Luanda brillaron con rebeldía y ambición, como siempre.

"Papá siempre tomó malas decisiones", dijo Luanda furiosa. "Así es como llegamos a este lío, para empezar. ¿Realmente crees que tú, de todas las personas, eres capaz de gobernar?", preguntó a Gwendolyn. "¿No te sientes avergonzada de intentarlo siquiera? ¿No te sentirás terriblemente culpable si fracasas, si llevas a todas estas personas a la muerte?".

"Todos vamos hacia nuestras muertes de cualquier manera, Luanda", dijo Gwendolyn, con calma. "La cuestión no es si vamos a morir. Es cómo vivimos. Y sí, respondiendo a tu pregunta, soy capaz de guiar a estas personas", dijo ella, con una nueva fuerza que iba en aumento dentro de ella; sintiéndose realmente capaz, por primera vez, ahora que se estaba defendiendo sola. "No

tengo que justificarme contigo. Como dijo Kendrick, si no te gusta, nuestras puertas están abiertas para que te vayas".

Luanda enrojeció, se dio vuelta y se fue furiosa.

Bronson estaba allí parado, claramente avergonzado.

"Discúlpenla", dijo él. "Estoy seguro de que ella no quiso decir eso. Hemos pasado por un calvario".

"Sí quiso decirlo", respondió Gwendolyn. "Ella siempre lo ha hecho. Así es ella".

Bronson bajó la cabeza.

"Por mi parte, estoy profundamente agradecido por recibirnos aquí. Voy a hablar con ella. Estará de acuerdo".

Bronson se inclinó rápidamente y corrió detrás de su esposa.

De repente hubo una conmoción abajo, y Gwen miró sobre los parapetos y vio a una mujer corriendo hacia las puertas, histérica. Dos guardias intentaron detenerla, y ella gritó, agitando las manos, tratando de pasar a empujones.

"¡Déjenme pasar!", gritó. "¡Déjeme pasar! ¡Debo ver a la Reina!".

"¡Déjenla pasar", dijo Gwendolyn.

Los guardias se volvieron y la miraron, después soltaron a la mujer.

Tan pronto como lo hicieron, corrió a través de las puertas y subió la escalera de piedra de espiral, hacia Gwendolyn, pasando entre el grupo de soldados, llorando. Se detuvo ante ella, se arrodilló y bajó su cabeza. La mujer estaba llorando y temblando, y rompió el corazón de Gwendolyn; se inclinó y suavemente ayudó a la mujer a levantarse.

"No necesitas arrodillas ante mí", dijo Gwen, compasivamente.

"Mi señora", dijo la mujer, entre sollozos. "¡Tiene que ayudarme! ¡Debe hacerlo! Por favor!"

"¿Qué te pasa?", preguntó Gwen.

"Mi pueblo — ha sido evacuado. Dicen que el Imperio se acerca. Todos corrieron. Pero mis hijas están ahí, en la Casa de los Enfermos. No pueden caminar. No pude llevarlas conmigo — y los otros se fueron demasiado rápido. No tengo a nadie que me ayude. ¡Por favor! ¡Son mis niñas!".

El corazón de Gwen se rompió por dentro, apenas era capaz de comprender el sufrimiento de esta mujer.

"Escuchamos informes similares a través del Anillo, de pueblos siendo saqueados", dijo Srog.

"Lo siento", le dijo Gwendolyn. "¿Y qué quiere que haga?".

"Por favor, envíe a sus hombres, antes de que sea demasiado tarde. Busquer

a mis hijas, tráigalas aquí. No puedo imaginarlas muriendo solas en manos de esos salvajes. Es demasiado cruel".

"Quizá todos muramos aquí, también", dijo Kolk.

"Si van a morir, al menos déjelas morir aquí, conmigo", le dijo la mujer. "No deje que mueran ahí solas. *Por favor.* Usted es mujer — usted entiende. Tiene que ayudarme!".

La mujer se acercó y agarró la mano de Gwendolyn bruscamente, y Steffen dio un paso adelante y le retiró la mano.

"No ponga sus manos sobre nuestra reina", le reprendió Steffen, de pie entre ellos.

"No hay problema", dijo Gwendolyn.

Ella se acercó y acarició el cabello de la mujer.

"Esta mujer ha enloquecido por su dolor", continuó diciendo Gwen. "Entiendo el sentimiento de dolor muy bien".

Gwen pensó en su padre y evitó llorar.

"Lamento lo de sus hijas", dijo Gwen. "En verdad. Pero también debe comprender que estamos recibiendo reportes de aldeas siendo saqueadas, de gente asesinada, desde todas las esquinas del Anillo, y no podemos enviar a nuestros hombres a cada uno de ustedes. También estamos en las etapas finales de asegurar nuestras puertas y cerrando esta ciudad, por el bien de todos los silesios, el resto de la Corte del Rey y los miles de vidas que hay aquí. Necesitamos todas las manos que tenemos. Sobre todo, siuviéramos que enviar a alguien por sus hijas, no llegarían vivos. El Imperio ya está muy cerca en este momento. Nuestros hombres morirían, y sus hijas morirían con ellos".

Gwendolyn suspiró. Odiaba tener que tomar esas decisiones, pero sentía que tenía la obligación de buscar el bien de su pueblo.

"Así que lo lamento mucho", concluyó. "Lamento lo de sus hijas. De veras. Pero la guerra está cerca de nosotros. Y se necesita tomar decisiones difíciles.

"¡NO!", gritó la mujer, berreando. Se lanzó de bruces al suelo, gritando y gimiendo. "Usted no puede dejar morir a mis hijas!".

Gwendolyn alejó la mirada, hacia el horizonte, deseando nunca haber conocido a esta mujer. Ella estaba empezando a descubrir lo que era ser gobernante; no le gustaba esa sensación.

"Yo iré por ellas", dijo una voz.

Gwen se volvió y vio a Kendrick dar un paso adelante, con la mano en su empuñadura, erguido, orgulloso y resuelto.

Gwendolyn miró a su hermano, conmovido y con inspiración.

"Entiende que si te vas, no te podemos abrir las puertas", dijo suavemente. "Vas a morir ahí".

Él asintió con seriedad.

"¿Qué mejor manera de morir que haciendo un servicio como éste?", respondió.

Gwendolyn respiró profundamente, desconcertada por su caballerosidad, por su intrepidez. Amaba a su hermano más que nunca en ese momento; sin embargo también se sentía profundamente triste al pensar en él en esta misión.

Todos los otros soldados tenían una mirada de tristeza, incapaces de rebatirlo.

"Iré contigo", dijo Atme, acercándose a Kendrick.

Kendrick asintió con la cabeza a su amigo.

"¡Gracias! ¡Gracias!", gritó la mujer, de rodillas y besando sus manos.

Gwendolyn suspiró.

"Kendrick, no puedo decir no. Pones el ejemplo, como siempre. Honras a nuestro padre al aceptar esta misión. Tienes mi bendición. Ve a salvar a esas chicas. Mantendré abiertas estas puertas para ti, lo más que pueda — hasta el último segundo, cuando ataque Andrónico".

"Mi señora, admiro el valor de Kendrick, y no estoy en desacuerdo con su misión," dijo Srog con seriedad. "Pero debo advertirle que se necesita tiempo para sellar las puertas exteriores. No será fácil hacerlo con tan poca antelación. Debe darse cuenta de que pone en peligro a toda la ciudad aceptar esta misión y mantener las puertas abiertas todo el tiempo que quiera".

Gwen se volvió y miró al horizonte. Allí afuera están las hijas de esta mujer, enfermas, solas. Ella no podía soportarlo.

"Gracias por tu consejo, mi Lord", dijo suavemente a Srog. "Entiendo las consecuencias. No pondré en peligro a nuestra gente. Las puertas estarán cerradas cuando sea necesario".

Se volvió hacia Kendrick.

"Anda. Encuentra a estas chicas y regresa rápidamente. No quiero cerrar estas puertas si estás afuera".

Kendrick asintió con la cabeza, luego se volvió y se apresuró a bajar del parapeto, con Atme a su lado.

Los otros hombres se dispersaron, y Gwen se volvió y bajó sola por un terraplén al otro extremo de los parapetos para así poder tener algún tiempo para procesar todo — y poder tener un mejor punto de observación para ver a Kendrick y a Atme marcharse. Se quedó en el borde de las fortificaciones,

viéndolos marcharse en el horizonte, levantando una gran nube de polvo.

Mientras estaba allí, se sintió más sola que nunca; anhelaba a Thor. Sentía cada vez más que ellos se enfrentaban a una batalla que no podrían ganar, y en el fondo, sentía que su única esperanza era que Thor regrese con la Espada del Destino, activando otra vez el escudo. Si ella iba a morir, quería morir con Thor a su lado.

Ella cerró sus ojos con fuerza y oró a Dios con todas sus fuerzas para que Thor volviera a ella.

*Por favor, Dios. Sé que te he pedido demasiado. Pero te pido una cosa más: que me devuelvas a Thor.*

"Dios tiene una forma misteriosa de responder".

Gwendolyn no necesitó darse vuelta para reconocer la voz.

Ella se volvió y vio ahí parado a Argon. Estaba a unos centímetros de ella, mirando al horizonte, viendo irse a Kendrick, con sus ojos radiantes.

Ella se emocionó al verlo.

"Nunca pensé que volvería a verte", dijo ella.

"¿Por qué? ¿Porque estás en un lugar nuevo? Son barreras físicas que no significan nada para mí".

"¿Entonces estarás aquí con nosotros? ¿Durante el asedio?", preguntó esperanzada.

"Siempre estoy aquí contigo. A veces no siempre físicamente".

Gwen estaba ansiosa por tener respuestas.

"Dime", dijo ella, "te lo ruego. ¿Thor está a salvo?".

"Lo está ahora".

"¿Lo seguirá estando?", pregunto ella presionando.

"Esa es siempre la pregunta, ¿no?", preguntó él, dando vuelta hacia ella y sonriendo misteriosamente. "Su destino es turbio. Está establecido — sin embargo, puede ser cambiado. Como con todos nosotros".

"¿Va a vivir?", preguntó ella. "¿Volveré a verlo de nuevo?".

Ella se preparó para la respuesta, esperando y rezando para que fuera un sí.

"Si no es en este mundo", dijo Argon, lentamente, "entonces será en el próximo".

Gwendolyn se sintió descorazonada.

"¡Pero no es justo!", protestó ella. "¡Debo verlo otra vez!".

"Él eligió su destino", dijo Argon. "Tu elegiste el tuyo. A veces los destinos no se entrelazan".

¿Y qué hay del Imperio?, preguntó Gwen. "¿Atacarán este lugar?".

"Sí", dijo tajantemente.

"¿Saldremos victoriosos?"

"La victoria es relativa", respondió él. "Hay todo tipo de victorias. Las paredes rojas de Silesia han aguantado mil años. Pero incluso estos muros están destinados a caer".

Ella sintió una creciente premonición.

"¿Significa que esta ciudad caerá?"

Ella *tenía* que saberlo. Pero él no contestaría, apartó la mirada.

"¡Pero seguramente habrá alguna forma de detenerlos!" dijo ella.

"Te concentras demasiado en el aquí y en el ahora", dijo Argon. "Pero hay otros siglos. Siglos antes que el tuyo — y los siglos venideros. Somos un rayo en la rueda del tiempo. La gente morirá — y la gente nacerá. Caerán lugares, y otros serán construidos. Nada dura para siempre. Ni siquiera la destrucción".

Gwendolyn se quedó ahí parada, pensando en todo lo que él dijo. Se preguntaba si eso significaba que había esperanza.

"Me siento inepta", dijo Gwendolyn. "Como si de alguna manera todo esto fuera mi culpa. Como si fuera mejor que todas estas personas se beneficiaran de un gobernante más apto que yo".

Él se volvió y la miró, su mirada era mordaz.

"El Anillo nunca ha tenido un gobernante mejor que tú", dijo él. "Y quizá nunca vuelva a tenerlo".

Su corazón se le salía del pecho y sentía un gran ánimo en sus palabras. Por primera vez, se sentía legítima.

"Dime", dijo ella, desesperada por saber. "¿Cómo terminará todo?"

Lentamente, Argon meneó la cabeza.

"A veces, ante la luz más grande, llega la mayor oscuridad".

## CAPÍTULO DIECINUEVE

Krohn se quejó y lamió la cara de Thor hasta que finalmente, lentamente, Thor abrió los ojos. Se encontró a sí mismo tirado de bruces sobre la arena; tenía arena en los labios, en la lengua, en sus ojos.

Thor parpadeó varias veces, y luego lentamente se sentó, quitando la arena y acercándose y besando a Krohn y acariciando su cabeza. Miró alrededor, tratando de ubicarse, de recordar dónde estaba.

Bajo la luz del primer sol, Thor vio a todos sus amigos esparcidos en la playa, en posición supina, en la arena, alrededor de él. Afortunadamente, todos parecían estar vivos — y después de hacer un recuento rápido, vio que todos estaban allí. Todos ellos, y uno más: una chica, con cabello largo, revuelto, extendida sobre la arena.

Thor trató de recordar. De repente, recordó todo: la esclava, la que Elden había salvado. Se sentó, entrecerrando los ojos, estirando sus músculos que le dolían, tratando de recordar exactamente lo que había sucedido.

Lo último que recordaba era estar en llamas y saltando en el agua fría de los rápidos. Afortunadamente había estado a pocos metros del agua cuando se incendió, y todo sucedió tan rápido; había aterrizado en el agua antes de que las llamas pudieran quemarlo. Revisó su piel, y aunque estaba magullado y dolorido, sus músculos le dolían, pero no estaba quemado. Suspiró aliviado.

Thor recordó el paseo salvaje río abajo, todos ellos dando tumbos en los rápidos, lanzados por la corriente. Él recordaba haber mirando hacia atrás, una vez, justo antes de que su cabeza se impactara con un tronco y haber visto al grupo de soldados del Imperio, ya lejos, río arriba, todos consumidos por una enorme explosión de fuego.

Thor subió la mano y sintió un gran bulto en su cabeza, dolía al tacto y se dio cuenta de que debió haberse desmayado en el camino. Todos lograron llegar a la costa de alguna manera y deben haber pasado la noche aquí. Era una estrecha y suave playa blanca al lado de un río embravecido. El sonido del agua era implacable y Thor se levantó y se dio vuelta y miró en todas direcciones, esperando ver qué más había ahí.

En el otro lado de la playa había un bosque de árboles, y detrás de él, había una bifurcación del río, separándose en una corriente tranquila, pacífica. La arboleda llevaba a un bosque profundo y amplio, a un sinuoso sendero.

Parecían haber sido arrasados en una intersección de varios tipos.

"Y pensamos que ibas a dormir todo el día", dijo una voz, que Thor apenas reconocía.

Thor giró, junto con Krohn que estaba a su lado y no podía creer a quién vio ahí parado, junto a él. Tres hombres, miembros de La Legión, vestidos con brillante armadura nueva, llevando su nuevo armamento, y viéndolo con una mirada que había encontrado toda su vida.

Eran las tres personas con las que se había criado, creyendo que eran sus tres hermanos: Drake, Dross y Durs.

Thor se quedó sin palabras.

Thor no podía imaginar qué estaban haciendo aquí, y frotó sus ojos, preguntándose si estaba soñando. Pero ellos estaban todavía allí, y se dio cuenta de que era real.

Thor se puso de pie, con los ojos abiertos de par en par, atónito, tratando de entender todo.

"¿Qué hacen aquí?", preguntó. "¿Cómo llegaron?".

Alrededor de Thor, sus hermanos de La Legión comenzaron a surgir, la esclava también, levantándose poco a poco, quitándose la arena y reuniéndose alrededor de Thor. Todos miraron a Drake, Dross y Durs, con la misma mirada de asombro.

"Vinimos a ayudar", dijo Drake. "Kolk nos envió, poco después de que se fueron. Hemos seguido su rastro. Cuando se fueron, ellos se sintieron mal, ustedes seis, yendo solos. Querían enviarles refuerzos".

"También recibieron nueva información", dijo Dross, avanzando con un pergamino en la mano, "de un ladrón que atraparon, vinculado con el robo de la Espada. Confesó a qué lugar del Imperio la estaban llevando. Nos hizo un mapa".

Dross desenrolló el pergamino delante de ellos, y todos se reunieron alrededor y lo examinaron.

"Sabemos a dónde van", dijo Durs. "Hemos venido a llevarte allí. Y para ayudarles a regresar vivos".

¿Y por qué no se ofrecieron antes para ayudarnos?, dijo Reece, a la defensiva.

"Vienen ahora", agregó Elden, cauteloso. "Sólo cuando se les ordena".

"Estamos bien sin su ayuda", dijo O'Connor.

"¿Lo están?", preguntó Drake, mirándolos de arriba a abajo, con desprecio. "Me parece que están perdidos, acabados y magullados por la batalla".

Ni siquiera lograron recoger el equipaje en el camino", agregó Dross, mirando con desdén a la esclava.

Thor, aunque cauteloso, agradeció que estuvieran aquí y quería calmar la discusión.

"¿Cómo nos encontraron?", preguntó Thor.

"Con un buen rastreador y un montón de oro del rey", respondió Dross. "Logramos seguir su rastro. Bastante desastroso. Es increíble que hayan escapado de la Ciudad del Esclavo como lo hicieron. Nosotros la eludimos, pero afortunadamente los rápidos llevan a un camino y solo tuvimos que seguirlos para encontrarlos. No había equivocación: ustedes siete tirados en la arena, como un montón de borrachos. Creo que no son nada discretos".

Los tres hermanos se rieron burlescamente.

"Qué manera de organizar un campamento", agregó Dross.

Thor enrojeció y vio a sus hermanos de La Legión furiosos.

"Como dicen ellos", respondió Thor, asumiendo la autoridad. "No necesitamos sus insultos. Ni su ayuda. Hemos llegado hasta aquí, solos — y sin un mapa, sin un rastreador y sin el oro del rey".

Los tres hermanos lo miraban con sorpresa, y Thor quedó impresionado por la autoridad que impuso en su propia voz. Toda su vida había sido intimidado por estos tres, y no iban a hacerlo otra vez ahora, para que asumieran el control de la misión. Conocía la naturaleza de ellos — y no eran amables. Cualquier ayuda que estuvieran ofreciendo, estaba seguro de que era sólo porque así les fue ordenado, o sólo para su propia ganancia personal cuando regresaran. Él sabía que, en el fondo, no se preocupaban realmente por él.

Esperaba que sus rostros se endurecieran, que discutieran con él, como siempre, para tratar de menospreciarlo. Pero para su sorpresa, la cara de Drake se ablandó y dio un paso adelante y bajó la voz.

"Thor, entendemos que estás molesto con nosotros. De hecho, es cierto. No fuimos amables contigo como hermanos. Por eso, te ofrecemos disculpas. No estamos aquí para humillarte ni para minar tu autoridad. Sabemos que tienes el mando de esta misión. Deseamos sinceramente ayudarte. Por favor. El destino de todo el Anillo está en juego, y el mapa que tenemos es invaluable".

A Thor le sorprendió el tono amable de Drake, el respeto a su autoridad. Nunca los había visto así. Era surrealista, como si no estuviera mirando a las mismas tres personas.

Pensó en lo que había dicho Drake, y tenía sentido. El destino del Anillo era lo más importante, pese a las diferencias personales que tuvieran entre

ellos. Y a pesar del pasado, Thor siempre estaba dispuesto a darle otra oportunidad a las personas — especialmente si parecían sinceras.

Lentamente, asintió con la cabeza.

"En ese caso", dijo él, "estaremos encantados de tenerlos aquí".

Los tres, asintieron también, complacidos. Thor miró más allá de ellos, en el cruce del río y vio su bote anclado en la orilla; parecía una canoa larga, lo suficientemente grande para sostener a una docena de personas.

"Para llegar al lugar donde están los ladrones", dijo Dross, mirando el mapa, "debemos volver al río e ir hacia el sur. Nos llevará a un gran lago y luego a otros canales. Es la manera más directa para encontrarlos, los atacaremos y ganaremos tiempo. Si estás de acuerdo, vámonos ya — no tenemos más tiempo que perder".

Todos comenzaron a darse vuelta y dirigirse hacia el barco — cuando la esclava dio un paso adelante.

"¡Ustedes están equivocados!", gritó.

Todos se detuvieron y se volvieron y la miraron.

"Los ladrones no habrían por ese lado", dijo. "No me importa lo que diga su mapa. Conozco mi tierra natal mejor que ustedes. ¿Ven ese bosque?", preguntó ella, girando y señalando a la arboleda. "Se fueron por ahí".

"¿Y cómo lo sabes?", preguntó Drake.

"Porque este río conduce a la muerte", dijo ella. "Ellos no tomarían ese camino. Para cruzar la gran división, no hay ningún camino seguro sino a través de este bosque. Limita con el desierto".

Thor miró a los árboles, luego de vuelta a los rápidos y quedó atónito.

"¿Y quién es esta mujer que lo sabe todo?", dijo Durs, burlonamente.

Elden dio un paso adelante y puso un brazo sobre el hombro de ella.

"Es una chica que liberé de la Ciudad del Esclavo", dijo Elden, y confío en ella. Ella nos sacó de allí".

"Ni siquiera la conoces", dijo Drake.

"La conozco lo suficiente", dijo Elden.

"Y entonces ¿cuál es su nombre?", preguntó Dross.

Elden se ruborizó, y los tres hermanos se rieron de él.

"En estas tierras se nos prohíbe tener un nombre", dijo ella. "Pero me he puesto un nombre secreto. Es Indra".

"Bueno, Indra, no estamos interesados en tus cuentos tribales. Somos hombres y no tenemos miedo a ningún río. Iremos a donde nos lleven los ladrones — e iremos a donde este río nos lleve", dijo Drake con firmeza. "Si

le tienes miedo al agua, puedes quedarte en tierra firme. Esta es una misión de La Legión; nadie te está pidiendo que nos acompañes".

Los tres hermanos se dieron vuelta y se dirigieron hacia el bote, y mientras los demás miraban a Thor, él se quedó ahí, vacilante. Su lógica le decía que fuera al bote, pero algo dentro de él le hacía dudar.

Finalmente se acercó a Indra.

"Ven con nosotros a la barca", dijo. "Si no encontramos lo que necesitamos, siempre podemos dar la vuelta y seguir tu rastro".

Ella meneó lentamente la cabeza.

"Ese río conduce a la oscuridad y a la muerte", dijo ella, soltándose del brazo de Elden y yendo furiosa hacia el barco. No obstante, se unió a los demás cuando entraron en el barco. Antes de hacerlo, miró enojada a Thor.

"Simplemente estén preparados", dijo ella, mientras Thor y los demás se amontonaban. "Abordan un barco al infierno".

\*

Todos ellos remaron en las aguas de un lago enorme, y Thor se preguntaba si alguna vez esto acabaría. Ellos habían remado durante horas y finalmente se asentaron en un silencio cómodo, remando al unísono, mientras este nuevo cuerpo de agua parecía estirarse eternamente. Parecía un océano, sin tierra a la vista, sin embargo sus aguas estaban completamente inmóviles, sin ninguna brisa.

Thor todavía estaba tratando de procesar el ver de nuevo a sus tres "hermanos", su nueva amabilidad hacia él, y lo que esto podría significar para su misión. Si su mapa era preciso y no el sueño de algún ladrón desesperado, entonces su presencia podría ser un regalo de Dios, exactamente lo que necesitaban para encontrar la Espada y llevarla de vuelta. Pero las palabras de la esclava resonaban en su cabeza, y no podía evitar preguntarse, con cada golpe, si iban por el camino equivocado, si ese ladrón y su mapa le estaban jugando una trampa a sus hermanos.

"¿De dónde eres?", preguntó Elden a la muchacha, sentada a su lado. Thor estaba a pocos centímetros de distancia y no pudo evitar escuchar, a pesar de que Elden hablaba bajito. Elden había intentado entablar conversación con ella durante hacía un buen rato, y ella parecía distante. Thor pudo ver que a Elden le había gustado ella. Era la primera vez que había visto a Elden así.

"De un lugar que nunca has oído hablar", respondió ella, "y un lugar al que nunca querrás ir. Es solo otro pueblo de esclavos, en la periferia del Imperio. Ellos nos llevaron a la Ciudad del Esclavo hace aproximadamente un año. No

a todos nosotros. Sólo a mí. Mataron a mi familia en el acto".

Elden meneó la cabeza.

"Ya no eres una esclava. Ahora eres libre".

Ella se encogió de hombros.

"¿Qué significa ser libre, realmente? Tod el Imperio es esclavo del Imperio. Muéstrame un lugar que sea verdaderamente libre".

"El Anillo es verdaderamente libre", insistió Elden.

Ella gruñó.

"¿Y por cuánto tiempo?", respondió ella. "Pronto van a ser invadidos, como nosotros, y van a responderle al Gran Andrónico. Al igual que todos nosotros".

"¡Nunca!", dijo Elden. "No me conoces. No puedes decir eso".

Ella se encogió de hombros.

"Conozco a Andrónico. Nada puede detenerlo. Nada. Ni siquiera tu Anillo, con su Cañón y la Espada perdida. Vives en una fantasía. Yo soy realista".

"Eres una cínica", corrigió Elden. "Obviamente perdiste tus ideales hace mucho tiempo. Yo no. Nunca voy a ser un esclavo. Nunca responderé a Andrónico. Y mi pueblo nunca caerá. Si lo hacen, voy a morir peleando con ellos".

Ella se encogió de hombros, sin impresionarse.

"Entonces caerás", dijo ella. "Como dije, como todos los demás, sucumbirás a Andrónico — de una u otra manera".

El barco cayó en un silencio lúgubre mientras continuaban remando, más y más profundo en lo desconocido; el único sonido que había era el del vaivén del agua.

El segundo sol subió a su cenit, con un calor abrasador, reflejando todo. El lago era como un enorme espejo, blanco brillante, rebotando la luz del sol. Era como remar en el cielo.

Mientras Thor estaba comenzando a preguntarse, una vez más, si se dirigían en la dirección correcta, de repente, un sonido suave comenzó a elevarse en el horizonte. Era tan suave, que en un principio Thor se preguntó si lo estaba imaginando. Parecía música, como una canción suave y distante cantada en voz de una mujer, subiendo y bajando. Sonaba como un coro de mujeres. Era el sonido más suave y dulce que Thor había oído, haciéndose eco en el agua. Se preguntó si estaba soñando.

Por lo que vio en los rostros de los demás, quienes de repente dejaron de remar y miraron en esa dirección, Thor sabía que no era el único que la

escuchaba.

"Es la canción de los Sentions", dijo Indra, con miedo. "¡Deben dar vuelta al barco!".

"¿Qué quieres decir?", preguntó Thor, alarmado.

Indra parecía desesperada, buscando por todos lados, como si quisiera salir del barco.

"Esa isla", dijo ella, "¡es una isla de seductoras! La música está destinada a atraer a los que van pasando. Es música que los hombres no pueden resistir. Una vez que llegan, los matan y se los comen. ¡Deben dar vuelta de inmediato!".

"No sabes de lo que estás hablando", dijo Dross. "Estamos siguiendo el camino de la Espada".

Pero Thor estaba empezando a sentir una sensación extraña sobre él, un cosquilleo por todo su cuerpo — una lujuria. Mientras más oía esa música, mientras más se acercaban, más se intensificaba ese sentimiento, más necesitaba escucharla. Nunca había experimentado algo así — era como si su cuerpo hubiera sido tomado por un deseo de vida o muerte por escuchar su canto. Él hubiera matado a alguien o a algo que se interpusiera en su camino.

Sus compañeros de viaje — excepto Indra — claramente sentían lo mismo, girando hacia allá, hipnotizados, remando con fuerza mientras una súbita corriente lo jalaba en una dirección hacia la música.

Una pequeña isla comenzó a aparecer a la vista, en cuyo centro había un edificio redondo, pequeño, hecho de un mármol blanco brillante. En las costas de la isla había un grupo de mujeres vistiendo batas blancas, con largo cabello castaño, que les llegaba hasta la espalda baja, cada una reclinada hacia atrás, con las palmas extendidas y cantando. El coro de voces se elevó, la marea fue más fuerte, y antes de que se diera cuenta, Thor y los demás estaban en el borde de la isla.

El corazón de Thor latía acelerado con el deseo de estar con esas mujeres; no podía pensar en nada más. Él no podría siquiera pensar en Gwendolyn. Era como si hubieran robado su mente.

"¡Den la vuelta!", gritó Indra, frenética.

Pero nada podía detenerlos. La corriente creció aún más fuerte, enviándolos rápidamente hacia la isla y en ciertos momentos su barco quedó varado con firmeza sobre la arena; varias mujeres esperando para llevarlo a tierra. Llegaron con sus manos largas y delicadas, cada una agarrando una parte del barco y lo levantaron.

Thor estaba electrificado por la sensación del tacto de una mujer, cuando ella tomó su mano, sonriendo y cantando todo el tiempo, mientras lo guiaba para bajar el barco a la arena. Él se dejó guiar, incapaz de resistir, subieron una serie de interminables escalones de mármol hacia su isla. Junto a él, Krohn gruñó y se quejó, e Indra gritaba. Pero Thor apenas podía oírlos, lo único que escuchaba era la canción, desapareciendo. Caminaba con sus hermanos de La Legión, todos ellos permitiendo ser conducidos.

Cada uno de los muchachos fue conducido por una mujer, que tomó su mano, sonriendo dulcemente, cantando, llevándolo más y más adentro de la isla. Mientras caminaban, Thor vio que la isla estaba cubierta de los árboles frutales más hermosos que jamás había visto, frutas naranja y rojo y amarillo colgaban por lo bajo, las ramas florecientes, inundaban el lugar con delicados aromas. También llegaba el olor lejano de algo cocinándose, haciendo que el estómago de Thor gruñera.

Thor escuchó los gritos de Indra, después oyó que era amordazada y silenciada; se dio vuelta y vio a las mujeres abalanzarse sobre ella, atar sus manos detrás de su espalda y llevársela. Una parte de Thor quería ayudarla, detener todo esto. Pero una parte más grande de él estaba bajo un hechizo tan profundo que habría ido al borde del mundo si esas mujeres lo hubieran guiado hasta allí.

Por fin, había encontrado su verdadero hogar. Y no quería irse nunca.

## CAPÍTULO VEINTE

Gwendolyn estaba parada en las murallas superiores del castillo, Steffen a su lado, buscando a Kendrick, a algún rastro de él en el horizonte. Alrededor de ella, sus hombres estaban ocupados preparando las defensas finales; un grupo al lado de ella gemían mientras empujaban otro caldero de hierro más, lleno de alquitrán hirviendo a su lugar. Los arqueros tomaron sus posiciones, cientos de ellos, arrodillados sobre las paredes, con los arcos y las flechas listos. Al lado de ellos estaban sentados docenas de asistentes, hombres jóvenes sosteniendo antorchas listas para ser encendidas.

En las murallas inferiores, cientos de hombres más tomaron sus posiciones con largas lanzas; en medio de estos, habían docenas más con hondas.

Abajo, en el patio interior, detrás de las puertas, estaban cientos de soldados, con espadas y escudos y todas las armas imaginables. Su ejército crecía a cada momento que pasaba, y Silesia estaba comenzando a verse impenetrable. Gwen se sentía optimista.

Pero miró otra vez hacia el horizonte y se recordó a sí misma de lo que venía. Ella había escuchado historias de Andrónico toda su vida; sabía que, aunque Silesia había durado mil años, esta vez sería diferente. Ella cerró los ojos y oró para tener la fuerza para al menos montar una buena defensa. Pasara lo que pasara, ya sea que todos vivieran o murieran, ella sólo quería caer con honor.

Gwen abrió los ojos, miró al horizonte y comenzó a caminar otra vez. Era un manojo de nervios y que Kendrick estuviera afuera, no ayudaba en nada. Ella no podía imaginar tener que cerrar las puertas a su hermano. Era demasiado doloroso para mirarlo, siquiera.

"Ver el horizonte no hará que venga más rápido", dijo Steffen.

Ella miró, agradecida como siempre, por la presencia de Steffen. Se había convertido en su columna vertebral a lo largo de todo esto, siempre a su lado, siempre cuidando de ella, siempre allí para ofrecer un buen consejo o para consolarla. Era sabio pese a su aspecto, y ella lo estaba viendo cada vez más como una caja de resonancia. Él era también en el que podía confiar más, que había salvado su vida dos veces; ella se sentía cada vez más a gusto de compartir con él, incluso sus pensamientos más íntimos.

"No creo que podría hacerlo", dijo ella, en voz baja. "Cerrar las puertas

estando Kendrick allá afuera".

"Tendrá que hacerlo", dijo él. "Eso es lo que significa ser reina. Anteponer al país antes que a la familia. Su hermano es uno; su gente son miles".

Mientras ella continuaba caminando de un lado a otro, Gwendolyn sabía que él tenía razón. Sólo rezaba para no tener que estar en ese dilema.

Sonó una trompeta y Gwen giró, mirando hacia el camino, preguntándose a quién anunciaban que llegaba. Su corazón latía más rápido, mientras esperaba ver a Kendrick cabalgando hacia el lugar.

Pero se descorazonó cuando vio a una pequeña caravana y se dio cuenta de que no era él. Era un caballo y un carruaje, viniendo del sendero de la Corte del Rey. Quedó sorprendida: alguien había logrado salir vivo de allí.

Estaba ansiosa por saber la noticia. Bajó la serpenteante escalera de piedra hasta que llegó a la polvorienta corte interior de Silesia. Steffen despejó el camino para ella entre los soldados, y ella se apresuró a ir al centro mientras se abría lentamente la puerta interior.

El carruaje se acercó a la entrada y se detuvo.

Varios soldados se acercaron y abrieron la puerta y Gwendolyn quedó sorprendió cuando vio quién salió.

Allí, delante de ella, estaba una mujer a la que estaba segura que nunca volvería a ver.

Su madre. La ex reina.

Y junto a ella, su devota sirvienta, Hafold.

La madre de Gwendolyn la miró, una reina a otra, y Gwendolyn se sentía atravesada por un sinfín de emociones. Ella pasó de sentirse sorprendida al verla, a sentir alivio de que estuviera viva, triste y compasiva por su estado de salud, pasando por la ira de los viejos recuerdos. También sintió un desafío repentino: si su madre había llegado aquí para tratar de decirle cómo gobernar, no le haría ningún caso.

Y más que nada, estaba desconcertada. ¿Cómo era que su madre, quien estaba tan enferma, estaba de pie? ¿Y cómo había escapado de la Corte del Rey?

"Madre", dijo Gwendolyn.

Su madre la miró, inexpresiva.

"Gwendolyn", dijo ella, como si nada. "Me encuentro en la extraña y lamentable posición de tener que pedir a mi hija que me permita entrar en su corte. Desde la destrucción de la Corte del Rey, del lugar al que llamaba hogar, ahora me encuentro sin casa. Un gran ejército sigue mi rastro, y si me

dejas fuera de tus puertas, moriré ahí afuera. Sin importar lo que puedas sentir por mí, seguramente no sería una manera de honrar a tu padre".

La multitud de soldados a su alrededor guardó silencio y Gwendolyn sintió que todos observaban el intercambio entre ellas. Respiró profundamente, girando con sentimientos encontrados.

"No soy vengativa, mamá", dijo Gwendolyn. "A diferencia de ti. Nunca te arrojaría a la misericordia del Imperio, independientemente de la clase de madre que hayas sido. Por supuesto, eres bienvenido aquí".

Su madre la miró, todavía inexpresiva e hizo un pequeño gesto de asentimiento con la cabeza.

"¿Cómo te recuperaste?", preguntó Gwendolyn. "La última vez que te vi, eras incapaz de hablar o moverte".

"Descubrí que había sido víctima de envenenamiento", dijo Hafold. "Por su hijo, el rey".

Un resuello se propaga a través de la multitud, sobre todo de Gwendolyn. Ella meneó la cabeza involuntariamente.

"Entonces te pondremos en las manos de Illepra, nuestra curandera que está aquí con nosotros, y ella te dará toda la ayuda que necesites para una recuperación permanente. Te doy la bienvenida, madre".

Su madre asintió con la cabeza, pero se quedó parada donde estaba.

"Supe que ahora eres la reina", dijo su madre.

Gwendolyn asintió con la cabeza, cautelosa, sin estar segura de a dónde iba con esto.

"Es lo que quería tu padre. Luché contra ello. Pero ahora, por fin, veo que fue una decisión acertada. Tal vez fue su *única* y sabia decisión".

Con eso, su madre se volvió y pasó por delante de ella, seguida de Hafold, demasiado orgullosa para parar y detenerse y decir otra cosa.

Gwendolyn, a sabiendas de lo orgullosa que era su madre, sabiendo que nunca había tenido una palabra amable para ella, sabía lo difícil que fue para ella decir algo así. Se sentía conmovida. Se preguntó, por milésima vez, por qué ella y su madre no podían haberse llevado mejor.

La puerta del carruaje se abrió una vez más y Gwendolyn se dio vuelta y se sorprendió al ver a Aberthol salir del otro lado, caminando lentamente con su bastón, ayudándole los soldados.

Se volvió y caminó con su marcha distintiva hacia Gwendolyn, sonriendo cálidamente mientras se acercaba.

Ella dio varios pasos hacia él y lo abrazó. Le alegraba ver otra vez, a su

antiguo profesor y asesor de su padre; era, en cierto modo, como tener un pedazo de su padre allí.

"Gwendolyn, querida mía", dijo lentamente con su voz de anciano.

"Abrazar a un humilde hombre viejo como yo, no parece muy apropiado frente a todos tus nuevos súbditos", dijo con una sonrisa, alejándose un poco. "Ahora eres la reina, después de todo. Por eso, estoy muy orgulloso de ti. Y una reina debe actuar siempre como una reina".

Gwendolyn le sonrió.

"Es cierto", dijo ella, "pero ser reina también me da derecho a abrazar a quien yo quiera".

Él sonrió.

"Siempre fuiste muy inteligente por tu propio bien", dijo él.

"Viéndote aquí me hace temer lo peor", dijo Gwendolyn, sombría. "Supe que la Corte del Rey fue atacada. Pero sabiendo que has huido de tus valiosos libros me hace saber, con certeza, que es verdad".

La expresión de la cara de Aberthol cambió, mientras movía su cabeza, con seriedad.

"Fue quemada", dijo él. "Todo fue incendiado hasta los cimientos. Escapamos la noche anterior".

Gwendolyn, con el corazón acelerado, tenía miedo de hacer la siguiente pregunta.

"¿Y qué de la Casa de los Eruditos?", preguntó finalmente. Su corazón latió con fuerza, al pensar en el lugar que era como su segundo hogar, el más sagrado para ella, que nada en el mundo.

Aberthol miró tristemente hacia abajo, y por primera vez en su vida, ella vio caer una lágrima de su ojo.

"No queda nada", dijo él, con su voz áspera. "Miles de años de historia, de libros invaluable y queridos — todo fue incendiado por los bárbaros".

A pesar de sí misma, Gwendolyn gimió; le llegó a su corazón, y apretó su pecho.

"Todo que queda son los pocos volúmenes que agarré antes de huir, todo lo que cabía en el carruaje. Mil años de historia, de poesía, de filosofía — todo fue eliminado".

Con gran seriedad, movió la cabeza una y otra vez.

"Lo reconstruiremos", le dijo ella, poniendo una mano tranquilizadora sobre su hombro. "Algún día, lo recuperaremos".

Intentó parecer segura, para restaurar su ánimo, pero hasta ella sabía que

eso nunca sucedería.

El la miró, dudando.

"¿Sabes lo que viene para nosotros en el horizonte?", dijo. "El mayor ejército que tu padre habría enfrentado".

"Lo sé", dijo ella. "Y sé quiénes somos nosotros. Sobreviviremos. De alguna manera. Y reconstruiremos todo".

Él la miró largo rato y con dureza, y finalmente asintió.

"Tu padre eligió bien", dijo. "Muy, muy bien".

Aberthol entrecerró los ojos, su cara colapsaba con un millón de arrugas.

"¿Recuerdas tu historia?", preguntó él. "¿Los Acholemes?".

Gwen se devanó los sesos, empezó a recordar lentamente la historia.

"Se enfrentaban a un gran asedio", dijo ella.

"El sitio más grande en todos los anales de los MacGil", agregó Aberthol. "Solo eran cien hombres — y eludieron a diez mil".

Los ojos de Gwen se abrieron de par en par y su corazón se llenó de esperanza, mientras comenzaba a recordar la historia.

"¿Cómo?", preguntó ella.

"Lucharon como si fueran una persona", respondió él. "Las batallas no siempre se ganan por la espada. A menudo, se ganan con el corazón. Por la causa. El libro de la lengua antigua está llena de historias de pocos triunfando contra muchos".

Suspiró.

"Cuando tú mandas a esos hombres", dijo él, "no recurras a su armamento. Mira a sus corazones. Cada uno es un hijo, un hermano, un padre y un esposo. Cada uno tiene una razón para morir — pero también cada uno tiene una razón para vivir. Encuentra la razón para vivir, y encontrarás tu camino a la victoria".

Comenzó a alejarse, cuando de pronto se detuvo y la miró.

"Y lo más importante", le dijo a ella: "pregúntate: ¿cuál es tu razón para vivir?".

Ella se quedó allí, sola; las palabras de él resonaban en su cabeza. ¿Cuál era su razón para vivir?

Al reflexionar sobre ello, se dio cuenta de que tenía dos de ellas. Bajó la mano y frotó su estómago, y luego miró hacia el horizonte y pensó en Thor.

En ese momento, resolvió vivir.

Pasara lo que pasara: viviría.

## CAPÍTULO VEINTIUNO

Kendrick galopaba por la carretera polvorienta, con Atme a su lado, hacia un horizonte donde se formaban gruesas nubes de tormenta. El cielo relampagueaba una y otra vez, amenazando llover. A lo lejos, por fin apareciendo a la vista, estaba la aldea de la que la mujer les había hablado, y Kendrick se llenó de alivio. No pudo haber llegado un momento antes.

Llevaban horas viajando, y la aprehensión de Kendrick se profundizó cuando siguieron yendo más lejos de la seguridad de Silesia y más cerca del ejército que se aproximaba por ahí, en algún lugar, hacia ellos. Kendrick sólo esperaba que pudieran encontrar la aldea, encontrar a la niña y regresar antes de que los hombres de Andrónico los alcanzara — y antes de que les cerraran las puertas de Silesia.

Kendrick sabía que esta era una misión imprudente; sin embargo, también sabía que ésta era la esencia de lo que era. Había prometido ayudar a aquellos que estaban indefensos, y ese voto era sagrado para él. Para Kendrick, eso era más importante que su seguridad personal, y las misiones como ésta, imprudentes o no, debían hacerse. Él había escuchado las historias de la brutalidad de Andrónico y sabía lo que sus hombres le haría a las chicas. Eso era algo que él no podía permitir, incluso si tenía que morir peleando.

Kendrick cabalgó con más fuerza, sin aliento, dando todo lo que tenía y se sintió animado cuando el pueblo empezó a acercarse más. Se veía como un pequeño punto en el horizonte, era otro pueblo agrícola en las afueras del Anillo, con forma de círculo, como la mayoría de ellos, pero con unas pocas docenas de viviendas y una rudimentaria muralla. Intercambió una mirada cómplice con Atme y ambos cabalgaron con más fuerza, alentados, decididos a llegar allí antes de que Andrónico — y rescatar a las niñas.

Al acercarse, Kendrick escuchó un estruendo lejano y vio aparecer a lo lejos, a una docena de soldados, galopando hacia la aldea, en la otra dirección. Su corazón latió más rápido cuando vio que usaban el color negro del Imperio. Estaban aquí. Y ambos corrían hacia el mismo pueblo. Kendrick y Atme estaban mucho más cerca que ellos — pero no por mucho.

La única cosa que reconfortaba a Kendrick era que no vio a todo el ejército con ellos; por el contrario, parecía ser un pequeño contingente. Se dio cuenta inmediatamente que era un grupo de avanzada, exploradores, yendo por

delante para dar el reporte al ejército principal. Donde había exploradores, el ejército principal nunca estaba muy lejos de ellos— normalmente a unos pocos minutos.

La urgencia fue aún mayor cuando Kendrick gritó y pateó su caballo nuevamente, y los dos fueron directamente a las puertas de la ciudad. Cabalgaron por las estrechas calles y miraron de un lado a otro, examinando todas las pequeñas y humildes viviendas. Todo el pueblo estaba desierto, era un pueblo fantasma; las posesiones fueron esparcidas a lo largo de las calles, y era evidente que los aldeanos habían evacuado a toda prisa. Fue inteligente de su parte. Ellos sabían lo que vendría.

Cabalgaron calle tras calle hasta que finalmente Kendrick vio una vivienda más grande que las demás, con una estrella roja. Era la Casa de los Enfermos.

Cabalgaron hasta ella, y al llegar al frente, cada uno desmontó y corrió por la puerta abierta. Antes de que lo hicieran, Kendrick miró sobre su hombro y vio a los exploradores acercándose más, estaban apenas a un minuto de distancia.

Kendrick y Atme corrieron por todo el edificio, más allá de las filas de camas abandonadas. Por un momento, se preguntó si este lugar estaba desierto; se preguntó si estaban en el lugar equivocado o si las niñas ya habían sido trasladadas a algún lugar. Le tomó un momento a sus ojos adaptarse a la luz, y cuando lo hizo, oyó un llanto suave.

Se dio vuelta y en el rincón de la habitación, estaban las dos niñas enfermas, en posición supina en sus camas. Parecían tener quizá doce años de edad, y débilmente estiró la mano hacia él.

“¡Auxilio!”, dijo una de ellas.

La otra estaba demasiado enferma para levantar la mano.

Kendrick corrió a través de la habitación y levantó a una de las chicas sobre su hombro, gimiendo, mientras Atme agarraba a la otra. Entonces se volvieron y corrieron por el edificio, yendo a la puerta abierta, hacia sus caballos.

Cada uno montó a las chicas en sus sillas de montar y se prepararon para saltar en los caballos — cuando de repente, detrás de ellos, llegó la docena de soldados del Imperio, a la carga como si fuera una tormenta. Kendrick se dio cuenta de que no había tiempo. Tendrían que luchar.

Kendrick y Atme se volvieron y corrieron para enfrentarlos, poniéndose entre el contingente y las chicas, sacando sus espadas con un anillo especial y levantaron sus escudos.

El atacante líder bajó su espada. Kendrick levantó su escudo y lo bloqueó en el último segundo — y luego lo detuvo con su espada en el mismo momento, cortando la silla de montar del hombre, haciéndolo volar de su caballo y estrellándose en el suelo. Otro atacó con su hacha hacia la cabeza de Kendrick, y Kendrick se agachó y luego lo apuñaló en las costillas, haciéndolo caer de su caballo, gritando. Otro atacante empujó una lanza hacia él, pero Kendrick giró y se la arrebató de las manos.

Kendrick sostuvo la lanza en su hombro y derribó a atacante de su caballo. Lo envió volando hacia otro atacante, enviándolos a los dos al suelo. Kendrick luego retiró la lanza, apuntó y la tiró; navegó a través del aire y mató a otro atacante, perforando su armadura y cayendo en su pecho.

Kendrick, ahora desarmado, era vulnerable y no tuvo tiempo de reaccionar cuando otro atacante saltó de su caballo y lo derribó, enviando a ambos al suelo. Dieron vueltas y vueltas, luchando, y el soldado sacó un puñal, lo levantó por lo alto y lo bajó hacia la garganta de Kendrick.

Kendrick atrapó su muñeca en el aire y la mantuvo allí mientras se enzarzaban en una lucha por el poder, el soldado lo empujaba hacia abajo, con toda su fuerza, con sorna; Kendrick apenas aguantaba, la punta estaba a centímetros de su cara.

Finalmente, Kendrick logró torcer la muñeca del soldado a un lado, y luego rodó y lo golpeó con su guante en la mandíbula, derribándolo sobre su espalda. Luego golpeó al hombre una vez más, noqueándolo para siempre.

Por el rabillo de sus ojos, Kendrick vio a otro atacante yendo hacia él, preparándose para darle una patada en las costillas; Kendrick pensó rápidamente, arrebatando la daga que había caído de la mano del soldado, dando vuelta y arrojándola. El cuchillo salió volando y se alojó en la garganta del atacante, parándolo en seco. Se quedó ahí, congelado por un minuto, luego cayó a un lado, muerto.

Atme también había estado ocupado. Kendrick vio a cinco de los seis soldados que le habían atacado, muertos en el suelo, en diversas posiciones, su sangre manchaba la tierra. Mientras observaba, Atme remató al sexto, agachándose debajo de una barra de espada, dando vueltas y cortando la cabeza del hombre con su espada.

Kendrick y Atme se quedaron ahí por un momento, respirando con dificultad, en la quietud repentina, inspeccionando el daño habían hecho.

"Como en los viejos tiempos", dijo Atme.

Kendrick asintió con la cabeza.

"Me alegra que fueras *tú* quien estuviera a mi lado", respondió él.

Hubo un coro de cuernos distantes, y Kendrick sintió un gran temblor en la tierra. Miró hacia el horizonte y vio el menor atisbo de polvo surgiendo. Esta vez, no era el polvo de una docena de hombres — sino el polvo de un vasto ejército, ampliándose hasta donde alcanzaba la vista.

Ninguno de los dos perdió tiempo. Se dieron vuelta y corrieron por sus caballos, Kendrick montando detrás de la chica enferma, sosteniéndola firmemente con un brazo, mientras ella se tambaleaba sin fuerzas en la silla y agarrando las riendas con la otra. Atme hizo lo mismo, y en pocos minutos estaban corriendo fuera de la ciudad, a través de la entrada y hacia el camino que conducía a Silesia.

Kendrick pensó en las puertas cerradas, y sólo esperaba que no fuera demasiado tarde.

\*

Gwendolyn estaba parada en la cima de una colina pequeña fuera de la puerta exterior de Silesia, esperando, observando, con el corazón acelerado. Ella había estado escudriñando el horizonte durante horas, pidiendo alguna señal de Kendrick mientras ellos contaban las horas, los minutos, hasta que ella tuviera que cerrar las puertas.

"Mi señora", dijo Steffen, aún en pie lealmente a su lado, "¡usted debe refugiarse en la ciudad! Esperar aquí a Kendrick no hará que venga más rápido — y sólo pondrá en peligro su seguridad. Por favor: retírese dentro de nuestras paredes".

Gwendolyn meneó la cabeza.

"No puedo esperar dentro de la seguridad de nuestras paredes, mientras que él arriesga su vida allá afuera".

"Pero mi señora, su pueblo la necesita. Cuentan con usted".

"También cuentan conmigo como un ejemplo", dijo ella, "de valentía. En la guerra, eso también tiene mérito".

"Bueno, entonces si no entra, yo tampoco lo haré", dijo él.

Steffen se quedó en silencio, y los dos continuaron parados observando.

Gwendolyn sabía que él tenía razón, sabía que era sólo cuestión de tiempo para que tuviera que dar la orden de cerrar las puertas exteriores. Su corazón estaba destrozado por dentro.

Ella comenzó a detectar un rugido lejano, y su corazón se aceleró cuando vio todo el horizonte cubierto de negro. Eran más tropas de las que ella había visto en su vida aparecían ante ella, eran miles y miles de ellos, parecían

expandirse en todo el mundo. En su centro iban dos docenas de portadores de banderas, agitando los colores del Imperio por lo alto, encima de sus cabezas, y sonaban cientos de trompetas.

"¡Mi señora, ya no tenemos tiempo!", gritó Srog, yendo a su lado con una docena de soldados. "¡Debemos sellar las puertas!".

Gwen miró sobre su hombro y vio a sus hombres, cientos de ellos, preparándose ansiosamente, tomando sus posiciones, repartidos a lo largo de los parapetos. Entonces ella se volvió y miró al horizonte. Estaba ocurriendo la realidad: aquí, finalmente, estaba Andrónico. Y sin embargo, todavía no había ninguna señal de Kendrick y de Atme. Su corazón se desplomó. ¿Lo habían matado? Nunca había sabido que no tuviera éxito. ¿Cómo podría ocurrir? Kendrick era su mejor caballero. Si había sido asesinado, entonces ¿qué esperanza quedaba para alguno de ellos?

Gwen se maldijo a sí misma por permitir que se fuera. Ella le debió haber ordenado que se quedara. Le encantaba que él cumpliera con su promesa de honor — pero en este caso, la caballería le había llevado a su muerte.

"Mi señora, ¡ya no puede estar aquí!". Steffen gritó, y podía oír la agitación en su voz.

Gwendolyn sabía que había llegado el momento. El ejército estaba cada vez más cercano, y en momentos no habría ninguna oportunidad para que ella entrara en sus propias murallas de la ciudad. Pero simplemente no podía hacerlo. No hasta que supiera con certeza que su hermano no había sobrevivido.

"¡Mi señora!". Brom le instó, de pie junto a Srog. "¡Si esperamos más, nuestros hombres morirán!".

De repente, una pequeña nube de polvo llamó la atención de Gwendolyn, a un costado; se volvió, y en una calle lateral pequeña, su corazón estuvo eufórico al ver cabalgando a Kendrick y a Atme, llevando a las dos chicas en sus caballos. Galopaban hacia ellas, superando al ejército, cada vez más rápido y más cerca. Tenían un noventa metros de ventaja sobre ellos, y el corazón de Gwen se le salía, al verlos vivos, otra vez.

Lo habían logrado. Ella casi no lo podía creer. ¡Lo habían hecho!

Gwendolyn sintió que le quitaron un enorme peso de su corazón, se dio vuelta, montó su caballo y empezó a cabalgar hacia las puertas abiertas de Silesia; Steffen, Srog, Brom y docenas de soldados acompañándola. Mientras cabalgaban, más y más tropas le esperaban pacientemente, cubriéndola detrás de ellos, y todos juntos entraron corriendo a través de las puertas exteriores.

Al hacerlo, docenas de hombres, a la espera, comenzaron a cerrar las puertas de hierro macizo de ambos lados.

Entraron corriendo justo a tiempo, la puerta sólo quedó abierto unos pocos metros para ellos, y después de entrar, Kendrick y a Atme, a pocos metros detrás de ella, entraron corriendo también. En cuanto pasaron, el pesado metal se cerró de golpe detrás de ellos.

Siguieron a caballo, a través de las puertas interiores, y entonces, una segunda puerta de hierro se cerró detrás de ellos.

Al entrar Gwendolyn en la corte interior, todos los que estaban alrededor de ella se apresuraron para estar en sus posiciones, era un caos en todas partes, la energía en el aire era frenética, la anticipación palpable.

"¡SUENEN LAS ALARMAS!", gritó ella, y tan pronto como lo hicieron, un coro de cuernos sonó a su alrededor.

Los ciudadanos corriendo a sus casas y cerraron ventanas y puertas, quedando vacío el patio. Una vez adentro, la mayoría se apresuró a sus ventanas superiores, dejándolas abiertas sólo una grieta, para mirar hacia la plaza y para tener los arcos y flechas listos. Gwen sabía que hasta el último hombre, mujer y niño de Silesia, estaban aquí dispuestos a unirse y luchar hasta la muerte.

Su corazón se llenó de alivio cuando Kendrick cabalgó junto a ella; él y Atme entregaron a las chicas enfermas a su madre, quien las abrazó con lágrimas de alegría, sollozando. Ella agarró la pierna de Kendrick.

"Gracias", dijo ella. "Nunca podré pagarle".

Gwendolyn y Kendrick desmontaron y se abrazaron.

"Estás vivo", dijo ella sobre su hombro, feliz y deseando que Thor tuviera también el mismo destino. "Y salvaste sus vidas".

Kendrick sonrió.

"Hay muchas más que salvar", contestó él.

Gwen no tenía tiempo para responder, porque de repente, hubo un terrible choque contra la puerta exterior, tan feroz que sacudió a toda la ciudad.

Kendrick tomó su posición con el resto de Los Plateados, mientras Gwendolyn corría, Steffen a su lado, por los serpenteantes escalones de piedra hacia la parte superior del parapeto interior, queriendo conseguir la mejor vista.

Mientras Gwen miraba hacia abajo, hubo otro tremendo choque, y ella se sorprendió por lo que vio: El ejército de Andrónico pululaba afuera de la ciudad, y docenas de soldados, en un ataque coordinado, embistieron la puerta

exterior con sus escudos, poniendo sus hombros en él.

Eso fue sólo el prelude: estos hombres se hicieron a un lado y llegó un ariete de hierro, largo, grueso, sobre ruedas, tripulado por dos docenas de hombres. Corrieron hacia adelante, ganaron tracción, y mientras Gwendolyn miraba horrorizada, embistieron la puerta exterior, abollándola, haciendo temblar las paredes y haciendo que algunas de las piedras alrededor de ella, se desmoronan.

"¡Esperando sus órdenes!", dijo Srog, parado a su lado.

"¡AHORA!", dijo ella.

"¡ARQUEROS!", gritó Srog.

Arriba y abajo de los parapetos, los arqueros jalieron sus arcos y encontraron ranuras en cada rincón de las paredes de piedra, apuntando hacia abajo.

"¡FUEGO!".

El cielo se puso negro con la lluvia de flechas, miles de ellas navegando a través del aire, encontrando objetivos en los soldados expuestos, del Imperio.

Se oyeron gritos, mientras docenas de tropas del Imperio caían al suelo, muertos.

Pero el ejército de Andrónico era disciplinado: cientos de soldados se arrodillaron, alineados en filas perfectas y dispararon enseguida hacia las paredes.

Gwendolyn estaba ahí parada, asombrada, era la primera vez que estaba en medio de una verdadera batalla y ni siquiera pensó en reaccionar. Sintió que una mano fuerte agarraba su blusa y la jalaba hacia abajo, golpeándola contra la piedra. Sintió la brisa de una flecha que navegó por el aire, fallando por poco para caer en su cabeza, y vio a Steffen tirado en el suelo, a su lado. Se quedó ahí tirada, con su corazón latiendo a toda velocidad, dándose cuenta de lo tonta que había sido por no haberse agachado antes, como todos los demás hombres a su alrededor habían hecho. Steffen, una vez más, le había salvado su vida.

No todos habían sido tan afortunados. Un chico, apenas mayor que Thor, estaba parado a pocos pasos de ella, mirando a los hombres, como si estuviera en estado de shock, y una flecha le atravesó el cuello. Se quedó parado un segundo más, luego cayó por el borde del parapeto, sobre el montón de cadáveres, quince metros más abajo.

"¡ARQUEROS!", gritó Srog otra vez.

Nuevamente, los silesios tomaron sus arcos, jalieron hacia atrás la cuerda y

dispararon hacia abajo al Imperio.

Se escucharon más gritos y más tropas del Imperio cayeron.

Pero hubo otra descarga enseguida.

La batalla se intensificó y las flechas navegamos a través del aire en todas direcciones, el Imperio teniendo más bajas mientras que la mayoría de los silesios fueron salvados, siendo capaces de ponerse a cubierto detrás de los gruesos muros de piedra. Pero mientras la batalla continuaba, más y más silesios murieron cuando dispararon. Había tal vez una docena de soldados de Silesia muertos, comparado con los cientos del Imperio — pero los silesios tenían menos hombres.

Todo estaba pasando tan rápido, que Gwen apenas podía procesarlo. Había ido de absolutamente nada, de días de calma e interminable espera, a una batalla feroz, repentina.

El Imperio rodó el ariete hacia la puerta una vez más, abollándola más y temblando la tierra cuando la golpeaban con un estrépito.

Kendrick dio un paso adelante e hizo un llamamiento a Los Plateados.

"¡CALDERAS!", gritó.

Kendrick corrió hacia adelante, Atme a su lado, junto con una docena de Los Plateados, y juntos izaron un caldero de hierro enorme sobre el borde de la pared. Momentos después, el alquitrán hirviendo chorreó sobre el borde, cayendo sobre los soldados que estaban manejando el ariete. Al unísono, una docena de Los Plateados se inclinó con sus arcos, on las flechas en llamas y dispararon.

Estallaron gritos cuando los soldados fueron quemados — se les detuvo justo antes de que tuvieran tiempo para embestir la puerta otra vez.

Pero en pocos momentos, docenas de tropas más simplemente empujaron fuera del camino a los soldados incendiados y tomaron el ariete ellos mismos.

Gwen tuvo un sentimiento de desesperanza. El número de tropas del Imperio parecía ser ilimitado, y sin importar a cuántos mataran, parecía inútil. Por cada cien que morían, aparecían doscientos más. Todo el tiempo, el horizonte continuaba inundándose de ellos, hasta donde alcanzaba la mirada, fila tras fila, división tras división, atiborrados, como un millón de hormigas obreras. La muerte de varios cientos del Imperio no hacía mella en sus fuerzas.

Sin embargo, en el lado de los silesios, cada muerte tenía un impacto. De cualquier manera, luchaban tremendamente bien, manteniendo a raya a un ejército enorme con una fracción de hombres — pero aún así, afectaba cada pérdida — y Gwen vio que sus filas empezaban a hacerse menores,

empezaban a disminuir sus municiones.

Era obvio que Andrónico no tenía ningún respeto por la vida, que seguiría enviando hombres a la muerte, sin otro pensamiento. Incluso parecía como si ésa fuera su estrategia — seguir ofreciendo tantos de sus hombres como pudiera, hasta que las silesios se quedaran sin flechas, alquitrán y lanzas. Finalmente, así ocurriría. Luchar contra cualquier otro comandante habría dado a los silesios una oportunidad; pero contra Andrónico, contra un hombre al que no le importaba ni siquiera su propio pueblo, ¿qué posibilidades había? Gwen se preguntaba eso. ¿Era tan despiadado para sacrificar a miles de su propia gente sin pensárselo dos veces?

Mientras Gwen miraba a soldado tras soldado morir allá abajo, se dio cuenta de que así era él.

Antes de que ella pudiera terminar el pensamiento, vislumbró algo hacia ella por el rabillo del ojo, y esta vez, se agachó a tiempo. A centímetros sobre su cabeza su navegó por una roca enorme y llameante. Se elevó por el aire, sobre los parapetos y aterrizó dentro de la ciudad. Aterrizó en el suelo, como un cometa llameante y se impactó con tanta fuerza que sacudió la tierra. Después de que aterrizó, continuó rodando, parando solamente cuando chocó contra un muro de piedra en una ráfaga de fuego y llamas.

Docenas de estas rocas ardientes repentinamente se elevaron por el aire, rompiendo una el muro de piedra cerca de su cabeza. Gwen, de manos y rodillas, se asomó por una rendija para ver que una fila de catapultas había sido rodada hacia adelante, con docenas de soldados armándolos con cantos rodados, haciendo que se encendieran con algún tipo de líquido, poner atrás las cuerdas hasta tensarlas, luego cortaban las cuerdas para soltarlas.

El suelo y las paredes se sacudían a su alrededor, mientras esas piedras volaban por los aires como flechas; se escuchaban gritos y docenas de sus hombres murieron.

"¡FUEGO EN LAS CATAPULTAS!", gritó Gwen. "¡Apunten a los hombres que las manejan!".

Sus órdenes fueron gritadas y repetidas arriba y abajo de las filas, a lo largo de los parapetos y todos los arqueros dirigieron su atención de las tropas que manejaban los arietes a quienes manejaban las catapultas. Una lluvia de flechas se desplazaron hacia ellos, hiriendo y matando a la mayoría de los soldados.

Pero el movimiento debió haber sido anticipado por los hombres de Andrónico, porque tan pronto como los arqueros de Gwen se pusieron de pie y

dispararon, exponiéndose, les dispararon docenas de lanzas volando por el aire y cayendo sobre ellos; Gwen estaba horrorizada al ver eso. Sus gritos se elevaron y sus cuerpos cayeron por el borde, estrellándose abajo.

"¡Quiero unirme!", gritó una voz. "¡Quiero unirme a la lucha!".

Gwendolyn se dio vuelta y se sorprendió al ver a su hermano Godfrey acercándose, respirando con dificultad, con un ligero sobrepeso, resoplando en su armadura de tela, con su cara roja por el esfuerzo, con sus ojos bien abiertos, lleno de miedo.

"¡Agáchate!", gritó ella, y Steffen lo tiró justo a tiempo, ya que una lanza voló sobre su cabeza.

"¡Quiero pelear!", gritó. "¡Por favor! ¡Dame una posición!".

Gwendolyn miró a Kendrick, quien asintió con la cabeza.

"Puedes unirte a mis hombres", dijo Kendrick. "¿Alguna vez has disparado un arco?".

"Por supuesto", dijo Godfrey. "Mi padre nos hizo tomar lecciones a todos".

"Pero, ¿te acuerdas?", dijo Kendrick presionando.

Godfrey lo miró, con los ojos bien abiertos, temblando.

"Eso creo", dijo él.

"Toma esto", dijo Kendrick, estirando la mano y entregándole un arco y un carcaj lleno de flechas, "y toma una posición a lo largo de la pared, con los arqueros. Agáchate y no te espongas. ¡Espera mis órdenes!"

Godfrey hizo como le dijeron, se apresuró y ocupó una posición, arrodillándose con un temblor en las manos, mientras tomaba una flecha de la aljaba y cargaba el arco. Estaba tan nervioso que, buscando a tientas, dejó caer la aljaba, y tiró todas sus flechas.

Pero luego se recuperó, cargó una flecha y sacó la cabeza por un momento sobre la pared de piedra. Una flecha navegaba por el aire, estuvo a punto de pegarle. Se arrodilló, temblando.

"¡Te dije que te quedaras abajo!", gritó Kendrick.

"Lo siento", dijo Godfrey. Parecía como si estuviera a punto de llorar.

"No te dejes caer en el miedo", le ordenó Kendrick. "Respira profundo. Quédate siempre agachado en el suelo".

Godfrey cerró sus ojos y respiró profundamente, varias veces.

"¡ARQUEROS!", gritó Kendrick. "¡FUEGO!".

Godfrey abrió los ojos, apuntó a través de una abertura en la pared, jaló el arco hacia atrás con las manos temblorosas y disparó. Miraba a través de la ranura de la pared.

Se sintió mal al ver que había fallado.

Pero puso otra flecha en la cuerda, con sus manos un poco más firmes esta vez, se arrodilló, apuntó con cuidado y disparó.

"¡Le di!", gritó en señal de triunfo. "¡No puedo creerlo! ¡Realmente le atiné!".

Gwen estaba emocionada de ver a Godfrey fuera de la taberna, luchando a su lado. Estaba muy orgullosa de él.

En su otro costado, no muy lejos, estaba su nuevo cuñado, Bronson, quien había estado luchando con los demás, incluso con una sola mano, encontrando una forma de disparar flecha tras flecha a los hombres de Andrónico y matando a muchos de ellos. Luanda estaba escondida a salvo en algún lugar dentro de la ciudad de la parte baja, que era lo que Gwen esperaba.

Todo lo que faltaba, le dolía pensar a ella, era Thor.

De repente hubo un ruido desconocido, un crujido fuerte; Gwen estiró su cuello y miró a través de las ranuras de la pared de piedra para ver lo que era. Su corazón se desplomó.

Docenas de soldados del Imperio se separaron para dejar espacio mientras otras docenas de hombres empujaban carretas en el barro, en cuya parte superior estaban apiladas altas escaleras de madera. Debe haber habido un centenar de ellas, y acercaron los carretas más y más hacia la pared exterior.

"¡LAS ANTORCHAS!", gritó Kendrick.

Arriba y abajo de los parapetos, los soldados y sus asistentes habían encendido sus antorchas.

"¡ESPEREN!", gritó Kendrick.

Todos esperaron, los gruñidos de los carros se hacían más fuertes, el corazón de Gwen estaba acelerado, mientras la gran cantidad de escaleras se acercaba cada vez más. Estaban a pocos metros de distancia y cada impulso en ella gritaba a los soldados que emplearan las antorchas. Pero lo dejó a Kendrick, permitiéndote, un veterano de la batalla, que ordenara a sus hombres.

Esperó y esperó, observando que las escaleras se apoyaran contra la pared de ella; el sudor se formaba en su frente.

"¡AHORA!" Kendrick finalmente gritó.

Las silesios se sublevaron con un gran grito, se inclinaron e incendiaron las escaleras. Una por una, las escaleras de madera empezaron a arder.

Pero no todos las silesios tuvieron éxito: a varios de ellos, que estaban parados, les dispararon en el pecho y los ojos y la garganta con flechas; otros

fueron asesinados con lanzas y jabalinas. Gwen vio con horror cómo docenas de sus hombres eran derribados sobre el borde, lanzándolos hacia abajo en un coro de gritos.

Muchas escaleras estaban en llamas — pero muchos también habían logrado llegar a las paredes, ya llenas de soldados del Imperio luchando para subir, como locos.

Las silesios entraron en acción, encabezada por Kendrick, que corrió hacia la escalera más cercana, levantó su hacha y la hizo girar, cortándola y haciendo que se desmoronara en el suelo.

Pero Kendrick lo pagó caro: gritó de dolor cuando una flecha atravesó su bíceps, chorreando sangre por todas partes. Estiró la mano y la arrancó con otro gran grito.

Su asistente no fue tan afortunado; una flecha le perforó la garganta, y se desplomó en el suelo, muerto.

Los soldados arriba y abajo de los parapetos corrieron hacia el creciente número de escaleras, tratando de ahuyentarlos. Godfrey, para su mérito, se levantó y corrió hacia una, haciendo su primer grito de la batalla; parecía como si hubiera superado algo dentro de él. Al acercarse, un soldado del Imperio estaba llegando a la cima, a punto de escalar la pared de piedra, cuando Godfrey arrojó su lanza hacia él.

El soldado del Imperio gritó, mirando a Godfrey, sin comprender, quien lo miraba, igualmente sorprendido; él dudó por un momento y luego comenzó a caer hacia atrás. Pero antes de hacerlo, agarró a Godfrey por la camisa y lo jaló hacia atrás con él.

Godfrey gritó al acercarse hacia el borde. Estiró la mano en el último segundo y agarró la piedra, preparándose antes de caer. Estaba luchando con todas sus fuerzas, pero su agarre resbaló. Gwendolyn vio que estaba a punto de morir.

Gwendolyn, sin pensarlo, entró en acción. Ella corrió hacia delante, cogió una espada olvidada del suelo, con su empuñadura ensangrentada, y justo antes de que su hermano perdiera su sujeción, se abalanzó, levantó la espada y cortó la mano del soldado que estaba agarrando a Godfrey.

El soldado, gritando, cayó hacia atrás por la escalera, llevándose a varios hombres con él. Godfrey tropezó, liberándose de la sujeción y miró a Gwen con los ojos bien abiertos, en estado de shock.

"¡La escalera!", gritó ella.

Ella corrió hacia delante y agarró uno de los extremos de la escalera, y la

rompió y agarró la otra. Steffen, justo detrás de ella, apareció en el centro. Juntos, los tres levantaron y empujaron la escalera de la pared, haciéndola estrellar en el suelo.

Pero había demasiadas escaleras y no había suficientes hombres para estar en todos lados a la vez; el primer grupo de soldados del Imperio saltó por encima de los parapetos, y pronto, los parapetos estaban llenos de ellos. El corazón de Gwendolyn se aceleró cuando vio a los hombres corriendo hacia ella desde todos los ángulos.

"¡LAS ESPADAS!", gritó Srog a sus hombres.

Empezó el combate cuerpo a cuerpo, alrededor de ella, preocupando a sus hombres y obligándolos a abandonar el ataque de los soldados que estaban más abajo. Esto dejó libres a los hombres del Imperio para concentrarse nuevamente en embestir las puertas de hierro de las defensas externas; una y otra vez, el ariete sacudió las paredes con suficiente fuerza como para hacer que Gwen y los demás tropezaran.

Las puertas estaban plagadas de enormes abolladuras y comenzaban a ceder.

"¡Mi señora, tenemos que hacerla entrar a un lugar seguro!", gritó frenético Steffen.

Pero Gwendolyn no quería dejar a sus hombres; estaba a punto de mirar a la pared para evaluar el daño que estaban haciendo a las puertas, cuando de repente un soldado del Imperio saltó por la barandilla a su lado, y la abofeteó, haciéndola volar hacia atrás. El mundo de Gwen se llenó de dolor mientras se fue hacia atrás por el dolor del golpe en su rostro, dejándola atontada.

El soldado se abalanzó sobre ella; Gwendolyn rodó fuera del camino en el último segundo, mientras el soldado fue a golpearla y falló, golpeando la piedra. Ella sacó un puñal de su cinturón, se dio vuelta y lo metió en la parte posterior del cuello del soldado. Su cuerpo se quedó sin fuerzas.

Gwen se sentía paralizada; apenas podía creer que acababa de matar a un hombre. Le hizo sentir náuseas. Por dentro, ella estaba temblando.

Pero no tenía tiempo para considerarlo: otro soldado se acercaron y blandieron su espada hacia la cara de Gwendolyn. Ella no tuvo tiempo de reaccionar; se preparó, levantando sus manos para una muerte inminente.

En el último segundo hubo un gran sonido metálico; abrió los ojos para ver a Steffen junto a ella, bloqueando el golpe con su espada, sólo unos pocos centímetros, luchando poderosamente para evitar que le pegara. Gwendolyn

rodó fuera del camino, agarró un escudo suelto, giró y aplastó al soldado en un costado de la cabeza. Steffen entonces le dio una patada, se puso de pie y apuñaló al hombre en la garganta.

Gwen se volvió y vio a un soldado levantar una lanza y bájelo hacia la espalda de Steffen. Ella se abalanzó y empujó a Steffen fuera del camino, salvándolo, y vio con horror, impotente, como la lanza caía en ella.

Se escuchó el sonido del corte de la madera, y Gwen volteó a ver a Godfrey junto a ella, con la espada en la mano, habiendo cortado la lanza del atacante antes de que pudiera llegar a ella.

Godfrey se quedó ahí parado, mirando asombrado lo que había hecho. El soldado se volvió hacia él, sacó una espada corta y estaba a punto de apuñalarlo. Godfrey quedó ahí parado, aturdido, no fue lo suficientemente rápido para reaccionar.

Antes de que el soldado pudiera completar su ataque, él gritó y tropezó; detrás de él estaba parado Kendrick, quien le traspasó la espalda con una lanza.

Steffen dio vuelta, dándose cuenta de lo que acababa de suceder y miró a Gwendolyn.

"Ahora le debo, mi señora".

Se oyó otro gran estrépito, las paredes temblaron, más fuerte que cualquiera que ella hubiera escuchado — seguido por una enorme ovación entre el Imperio.

Gwendolyn miró hacia abajo, con terror, ya que la puerta exterior había sido abierta. Tan pronto, a pesar de todas sus defensas, había cedido.

Cientos y cientos de soldados del Imperio estaban muertos — pero aún no habían mermado sus fuerzas. Ella miraba hacia el horizonte y vio las hordas del mundo delante de ellos — y más llegando a cada segundo. Debajo de ellos, con un grito, docenas de soldados del Imperio comenzaron a correr a través de las puertas.

"Den marcha atrás hacia la pared interna", gritó Gwen.

Sus órdenes fueron repetidas arriba y abajo de las filas, y sus hombres se retiraron a través de los estrechos pasillos conectores de madera, quince metros en el aire, a la pared interna.

Cuando todos llegaron a la pared interna, se volvieron y siguiendo las instrucciones, destrozaron los pasillos conectores que estaban detrás de ellos, causando que todos los soldados del Imperio que los perseguían, cayeran estrellándose hasta morir. Ahora, los soldados del Imperio que habían logrado

escalar las paredes quedaron varados en la primera fila de los parapetos, incapaces de seguir. Estaban atorados. Había funcionado, exactamente como lo habían practicado.

Abajo, los soldados del Imperio seguían llegando, corriendo por la puerta interior, que era la línea de defensa final de la ciudad. Pero en su prisa no vieron con cuidado suficiente al suelo; si lo hubieran hecho, habrían visto que era una trampa, una falsa cubierta, debajo del cual estaba un foso lleno de agua.

Todos cayeron, salpicando el agua, agitándose.

Pero ni eso pudo detenerlos: más y más soldados del Imperio, eran implacablemente impulsados hacia adelante, pisando sin piedad las cabezas de sus compañeros en el agua, aplastándolos y ahogándolos debajo del agua, sin importarles. A diferencia de la mayoría de los comandantes, Andrónico no se detenía a tomar el tiempo para construir un puente: usaría su propio sacrificio humano para construir el puente.

Por desgracia, empezó a funcionar. Los cadáveres formaron un puente por el que el resto de los soldados podría cruzar.

"¡ARQUEROS!", gritó Kendrick.

Docenas de silesios prepararon sus arcos con flechas, iluminadas por sus asistentes. Gwen miró hacia la capa de aceite que habían preparado sobre las aguas, y rezó para que esto funcionara.

"¡FUEGO!", gritó Kendrick.

Dispararon las flechas en llamas en las aguas y al hacerlo, una gran llama se extendió en toda la superficie del agua. Se escuchó un chillido, junto con el horrible olor de carne quemada, mientras los hombres que estaban abajo, eran quemados vivos.

Parecía haber por lo menos mil hombres muertos, amontonados entre las paredes. Habría sido suficiente para detener a cualquier otro ejército, para poner fin a cualquier otro acoso.

Pero este no era un ejército cualquiera.

Los hombres de Andrónico eran ilimitados y eran tan indispensables como los perros. Increíblemente, llegaban más y más hombres. Seguían atacando, sin tener en cuenta sus propias vidas, directamente a las llamas, pasando sobre los cuerpos incendiándose.

Cuando esos hombres murieron, llegaron todavía más.

Los cadáveres de los soldados apagaron las llamas, y pronto no había otra manera de detenerlos. Los hombres de Gwendolyn dispararon todo lo que les

quedaba. Pero al pasar otra hora, agotaron casi todas sus municiones.

Y aún así, los hombres de Andrónico seguían entrando.

El Imperio finalmente rodado a otro ariete, sobre sus propios cadáveres y con un gran tirón, los aplastaron contra la verja interior de hierro.

Toda la pared tembló y Gwendolyn tembló y cayó. Debajo de ella, la puerta ya estaba a la mitad de las bisagras.

Antes de que Gwen y sus hombres pudieran reagruparse, el ariete volvió a estrellarlo — y con un gran golpe, abrió la puerta interior.

Surgió una ovación entre los hombres de Andrónico, y momentos después, todos entraron en la corte.

Gwen y sus hombres intercambiaron una mirada de horror. Sus hombres estaban dentro.

Ahora no había nada para detenerlos.

## CAPÍTULO VEINTIDÓS

Thor caminó de la mano con la mujer de las túnicas blancas, siendo conducida a través de la pequeña isla, como en trance. Junto a él, sus hermanos de la Legión eran conducidos por otras. Pasaron a través de una puerta baja, arqueada, hacia un edificio redondo, blanco, en el centro de la isla, y cuando Thor salió al otro lado, estaba en un patio circular, al aire libre, cubierto de hierba y con un huerto de frutas exóticas. Él intentó procesar lo que estaba pasando, pero no estaba en sus cabales. Quiso resistir, pero mientras la mujer lo guiaba, estaba indefenso ante su tacto, a la sensación de su piel, al olor de su pelo. Ella era embriagadora.

Sobre todo, estaba el sonido de esa música — nunca dejó de sonar en sus oídos, atrayéndolo — le habría hecho hacer cualquier cosa que ella quisiera. Una pequeña parte de él sabía que no debería estar aquí, sabía que debería pensar sólo en Gwendolyn. En su hogar. En su misión. En un millón de otras cosas — en lo que fuera, menos en este lugar. En esta mujer.

Pero aunque lo intentaba, no podría recuperar el control de su mente. La música ahogaba todos sus pensamientos.

La mujer lo llevó a una hamaca y suavemente le acostó en ella. Él se reclinó y, meciéndose tan ligeramente, miró hacia arriba y vio las estrechas y largas hojas de un árbol frutal meciéndose en el viento. Más allá de eso, vio el cielo, las nubes lentamente a la deriva.

Thor se sentía relajado, tan profundamente que no sentía ganas de levantarse nunca más.

"Eres un gran y valiente guerrero", la mujer le susurró, arrodillándose junto a él, corriendo sus suaves manos por su cabello, por sus ojos. El sonido de su voz le había electrificado. Cuando su piel tocó sus párpados, se sentían pesados, cerrándose.

"¿Quién eres?", logró preguntarle, con su voz ronca.

"Yo soy todos y nadie", contestó ella. "Soy tu mayor fantasía — y tu peor pesadilla".

Ante sus últimas palabras, Thor tuvo una sensación de alarma. Una parte de él le instaba a liberarse de este lugar, de manos de esta mujer, mientras tenía la oportunidad.

Pero estaba demasiado extasiado: no podía conseguir que su cuerpo

siguiera a su mente, que estaba llena de pensamientos hacia ella.

Cuando ella terminó de hablar, Thor sintió gruesos cordeles comenzando a envolverlo, una y otra vez; envolvió sus hombros, luego sus brazos, su torso, sus piernas, asegurándolo a la hamaca, como si fuera un pez sacado del mar. Él abrió los ojos y vio que estaba totalmente atado, de pies a cabeza, incapaz de moverse, aunque quisiera.

La mujer se puso encima de él y lo miró, sonriendo; Thor, confundido, miró a su alrededor y vio que todos sus hermanos estaban también atados a las hamacas.

"Guerrero valiente", le susurró ella. "Tus días terminaron. Ahora serás comida para un banquete. Un banquete para nosotros".

Había una fogata en el centro del patio, y dos mujeres asistentes aparecieron por una puerta lateral, llevando a un hombre que Thor no reconocía, atado con cordeles. El hombre estaba colgado de dos palos largos, y las asistentes lo llevaron cada vez más cerca de las llamas.

"¡No, por favor, no!", gritó el hombre, con los ojos bien abiertos, lleno de terror.

Las asistentes continuaron llevándolo, gritando, hasta que lo alzaron y lo colocaron en las brasas, sosteniendo su palo sobre pinchos, como si fuera un animal. Él chilló mientras le daban vuelta lentamente, una y otra vez, rostizándolo sobre el fuego.

Thor trató de apartar la mirada, pero no pudo.

Después de varios minutos, después de que los gritos cesaron, finalmente, lo sacaron completamente ennegrecido, y se lo llevaron y lo colocaron sobre una enorme mesa de mármol.

"Creo que después debemos asar a éste", dijo una de las mujeres, señalando a Thor.

Dos asistentes más, llevando un nuevo palo, caminaron hacia Thor y lo bajaron, preparándose para atarlo.

Krohn, acechando en las sombras, de repente saltó hacia adelante, gruñendo, y hundió sus colmillos en una de las gargantas de la asistente. Ella gritó mientras Krohn la inmovilizaba, parada en cuatro patas sobre el pecho, negándose a soltarla, hasta que dejó de moverse.

Krohn entonces se dio vuelta y se abalanzó sobre la otra asistente, quien intentó huir. Hundió sus colmillos en su pantorrilla, derribándola, después se abalanzó sobre la parte posterior de la garganta, clavando sus quijadas y matándola.

Una de las mujeres tomó una lanza ardiente y la lanzó hacia Krohn. Chilló, ya que cayó sobre su pata derecha trasera, dejando una marca de quemadura desagradable en su muslo. Pero después se dio vuelta, saltó en el aire y le arrancó la mano a la mujer; ella gritó, mientras tiraba la lanza en el suelo.

Las otras mujeres convergieron alrededor de Krohn, quien estaba parado delante de Thor, sin dejar que alguien se acercara, gruñendo, mientras las mujeres se acercaban con sus lanzas, todas ellas clavándola en Krohn.

"¡Krohn, ven acá!", gritó Indra.

Krohn se dio vuelta y se fue, corriendo por el patio circular, esquivando las lanzas y corriendo hacia Indra, que estaba acostada, atada de tobillos y muñecas.

"¡Krohn, rompe las cuerdas!", gritó ella.

Krohn entendió. Él se abalanzó contra las cuerdas, hundiendo sus colmillos en ellos y sacudiéndolos violentamente hasta que se cortaron.

"¡Ahora tráeme ese cuchillo!", gritó Indra, mirando nerviosamente por encima de su hombro, mientras las otras mujeres empezaban a echarse encima de ella.

Krohn pareció entender: fue a buscar un gran puñal que estaba en una mesa, lo puso en sus mandíbulas y regresó corriendo hacia Indra. Ella se lo arrebató de la pata, y cortó las cuerdas que ataban sus pies.

Indra rodó fuera del camino, mientras la primera mujer trataba de clavarle una lanza; luego volvió a rodar y la apuñaló en el cuello.

La mujer se desplomó, muerto, con los ojos abiertos.

"No soy un hombre", dijo Indra mofándose. "Y no me gusta la música".

Las otras mujeres, fueron hacia ella, y repentinamente vacilaron, al ver contra quién estaban en contra. Indra no se detuvo: saltó hacia adelante, arrebató una lanza de una de las manos de las mujeres y lo giró y le cortó la garganta.

Entonces se lanzó hacia adelante y apuñaló a otra mujer en el intestino.

No quería desperdiciar más de su preciosa energía en una confrontación con estas mujeres; Indra se dio vuelta, corrió al otro lado del patio y fue directamente hacia Thor; Krohn a su lado. Cuando se acercó a él, vio que sus ojos estaban vidriosos, que estaba todavía en trance.

Indra rápidamente cortó todas las cuerdas que lo ataban, luego cortó la cuerda de su hamaca y él cayó y se golpeó en el suelo con un ruido sordo. Él la miró, con sus ojos todavía vidriosos.

"Thor, escúchame", dijo ella. "Estás en un trance. ¿Entiendes? ¡Tienes que

reaccionar! Tienes que salvar a los demás y a ti mismo, antes de que sea demasiado tarde. Por favor. Hazlo por mi. ¡Vuelve a mí".

Krohn se inclinó hacia adelante y lamió una y otra vez la cara de Thor.

En lo más profundo de Thor, una parte de él comenzó a agitarse. Empezó a darse cuenta de que estaba perdido, profundamente en otro ámbito. Lentamente, la música de las sirenas comenzaron a desvanecerse en su cabeza y el rostro de la mujer que estaba frente a él, se centró.

Indra... la esclava... ella estaba hablando con él... diciéndole algo... diciéndole que se levantara... que se fuera... ¡que se fuera ahora!

Thor meneó la cabeza y se puso de pie de un salto. De repente, estaba libre del hechizo.

Thor sintió un hormigueo dentro de él, subiendo de los dedos de sus pies a la punta de los dedos de sus manos; sintió una ola de calor.

Cuando la primera de las mujeres se acercó a él con una lanza, Thor se hizo a un lado, se la arrebató de las manos, tomó el mango y le pegó en la cabeza con el extremo de madera, derribándola.

Luego se dio vuelta y usó la lanza como vara, derribando las lanzas de las manos de las otras mujeres, y después dando vueltas y vueltas y derribándolas. No quería matar a ninguna de ellas — sólo quería detenerlas y rescatar a sus amigos.

"¡Libera a los otros!", le gritó Thor a Indra.

Thor e Indra se separaron, Krohn corrió al lado de Thor, yendo de un miembro de La Legión al siguiente, cortando sus cuerdas, liberándolos. Todos permanecieron en trance, pero mientras Thor derribaba a más mujeres, poco a poco el hechizo fue eliminado. Finalmente llegaron a ser suficientemente sugestionables, para al menos obedecer las órdenes de Thor.

"¡Sígueme!", le gritó Thor a cada una de ellas.

Thor, Indra y Krohn corrieron con los demás, guiándolas mientras cruzaban la pequeña isla, hacia su barco.

Todos saltaron en él, y Thor, con la punta de la lanza, empujó duro desde la orilla; Indra hizo lo mismo, estando al lado de él.

Los demás, finalmente reaccionaron, comenzaron a remar con todas sus fuerzas, luchando contra la marea mientras se alejaban lentamente de la isla.

Las mujeres que quedaron en la isla, corrieron hacia la orilla del agua y los vieron marcharse; alteradas, empezaron a gritar y arrancar sus cabellos. Sus gritos, aún más terribles que el sonido de su música, hizo eco en las aguas, atormentando a Thor, mientras la corriente aumentaba y los alejaba.

\*

Thor estaba triste, mientras remaba en silencio, con los otros. Una sensación sombría había penetrado en el barco, mientras remaban durante horas, poniendo más y más distancia entre ellos y la isla. Pasaron por el terreno cambiante, y Thor no podría evitar pensar en lo cerca que habían estado de ser asesinados. Todavía no entendía bien lo que había ocurrido allí.

Después de haberse ido de ese lugar, durante las primeras horas, todos habían dejado fluir la adrenalina; su miedo y la emoción les ayudaba a mantener el barco en movimiento. Pero ahora, mientras que el segundo sol se elevaba, la emoción estaba desapareciendo, y Thor y los demás se estaban sintiendo agotados en el silencio generalizado que había caído sobre ellos. Los hombros de Thor se estaban cansando y su espalda estaba rígida, mientras se preguntaba si alguna vez dejarían de remar.

"¿Cuánto tiempo debemos seguir así?", finalmente preguntó O'Connor en voz alta, lo que había estado en la mente de todos, bajando su remo y limpiando la parte posterior de su cabeza. "Es inútil. No estamos yendo a ninguna parte".

"Y no sabemos adónde vamos", agregó Elden, con la misma frustración.

"Sí sabemos", dijo Drake, a la defensiva, alzando el mapa.

"Tú y tu estúpido mapa", dijo Conval. "El mapa de un ladrón. ¿Cómo sabes que es preciso?".

"Casi nos matan allí", dijo Conven.

"Debimos haber escuchado a Indra desde el principio", dijo Elden.

"Sí, debieron hacerlo," dijo Indra. "Estamos yendo en la dirección equivocada. Se los advertí".

"Esta esclava no sabe de lo que está hablando", dijo Durs. "El mapa es muy claro".

"No vuelvas a llamarla así, otra vez", dijo Elden, volviéndose hacia Durs y enrojeciendo. "Indra nos salvó la vida a todos, allá, no lo olviden".

Durs se quedó en silencio, y fue la primera vez que Thor le había visto dar marcha atrás en alguien. Por otra parte, Elden era más grande y más robusto, a pesar de su edad, y parecía que Durs no quería una confrontación. Elden también estaba enojado de lo que Thor había visto, y en ese momento, Thor podría decirle que Elden se había enamorado de ella.

"El punto es que", dijo Dross, "sabemos hacia dónde están llevando la Espada. Este mapa nos conducirá allí. Y este canal de agua es la única manera. Sólo tenemos que seguir el curso".

"Les diré hacia dónde nos llevan estas aguas", dijo Indra sombríamente. "Estas aguas nos llevarán a la Tierra de Los Muertos Vivientes. Una tierra maligna y nada amistosa; un lugar donde está la más profunda tristeza y la muerte. Aquellos que entran, no salen. Nunca. Eso es seguro. ¿No han notado las corrientes?", preguntó ella, mirando hacia abajo. "Se han hecho más fuertes. Nos llevan en una sola dirección: la gran cascada. Una vez que bajemos por ella, no hay vuelta atrás. Esta es su última oportunidad: da la vuelta".

Se miraron unos a otros con aprehensión.

"¿Y adónde iremos?", preguntó Reece.

"Regresa a donde empezamos", respondió ella.

Hubo un gemido colectivo de los tres hermanos.

"¿De regreso al principio?", preguntó Dross.

"¿Así que nos harías luchar contra estas corrientes hasta inicio y empezar de nuevo, sin un mapa, sin nada, excepto tu palabra?", preguntó Drake.

"¿Y quién va a decir que no tienes una agenda propia?", añadió Durs. "No eres de los nuestros. ¿Vamos a poner nuestras vidas en la mano de una esclava salvaje, de una ladrona confesa?"

"Ya lo hicieron", comentó Indra, "y salieron con vida".

"Confío en ella con mi vida, antes que en ti", dijo Elden, con sorna hacia Durs.

Hubo un silencio tenso en el grupo.

Drake suspiró.

"¿Entonces, qué quiere que hagamos?", preguntó Drake, volviéndose hacia Thor. "Puesto que eres líder de esta misión. ¿Quieres que empecemos de nuevo, siguiendo la palabra de esta esclava, de esta extraña que ni conocemos, e ignoremos este mapa del Anillo?"

Thor estaba ahí sentado, sintiendo que todas las miradas recaían en él, y debatió. Una parte de él, en el fondo, sentía que algo no estaba bien respecto a dónde iban. Pero al mismo tiempo, sus sentimientos no eran claros. Había algo extraño. No sabía por qué — y eso le asustaba. No sabía con certeza si volver era la mejor ruta. Incluso aunque quisieran, las corrientes eran muy fuertes y todos estaban muy cansados. No veía cómo eso era siquiera una posibilidad. Por lo menos los tres hermanos tenían un mapa, un destino, un plan. Además, ellos no podían perder más de su valioso tiempo buscando la Espada.

"Le daremos a su mapa una oportunidad", le dijo Thor a ellos. "Hasta mañana. Si no tenemos algún progreso para entonces, alguna pista definitiva,

entonces daremos la vuelta y seguiremos el camino de Indra".

Todo el mundo asintió, aparentemente contentos y todos regresaron a remar.

"Suponiendo que todos estemos vivos para ver el mañana", dijo Indra siniestramente, mientras todos ellos se replegaban en silencio; el único sonido en el mundo era el del chapoteo del agua debajo de sus remos.

\*

Remaron tanto tiempo, que Thor sentía que sus brazos caerían de su cuerpo. El segundo sol se puso en el cielo, y cuando Thor sintió que no podía levantar el remo una vez más, el gran cuerpo de agua se contrajo en un estrecho canal. Apareció a la vista la tierra, en ambos lados — una tierra vasta, desolada, de tierra negra, escarpada, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. Parecían campos interminables de suciedad volteada hacia arriba; parecía que habían llegado a un lugar donde no vivía nada — como si hubieran llegado hasta el final de la tierra.

"El Yermo", dijo Indra suavemente y con un tono inquietante. "Las cascadas no están lejos".

Thor comenzó a oír el sonido distante del agua que caía, cada vez más fuerte, mientras la corriente también se hacía más fuerte, jalándolos hacia lo que se estaba convirtiendo en un río. Pronto todos levantaron sus remos, ya no necesitaban recurrir a ellos, ya que el agua los conducía por el camino.

Hubo un recodo en el río, y cuando se volvieron, el sonido del agua corriendo se hizo más fuerte; Thor se sintió descorazonado cuando a lo lejos descubrió agua espumosa, señal de una cascada. Ya comenzaba a sentir el rocío, la humedad en el aire, incluso desde aquí. Indra tenía razón: las cascadas.

Todos se miraron con inquietud.

"Parece que te equivocas otra vez", dijo Reece, mirando a Drake.

"Ojalá tengas razón acerca de ese mapa", dijo Elden amenazadoramente.

"¡Esas cataratas van a matarnos!", gritó O'Connor.

"¿Qué tan inclinada es la caída?", preguntó Conval.

Ahora todos veían a Indra para obtener respuestas.

"No sé", contestó ella. "Pero si sobrevivimos, les aseguro que las cataratas serán el menor de nuestros problemas".

La corriente se volvió muy rápida, el ruido y el rocío aumentaron, y Thor y los demás se habían agarrado firmemente de los costados de la embarcación.

"¡Tenemos que dar la vuelta!", dijo Conval, tratando de remar hacia atrás.

"Es demasiado tarde", gritó Thor. "¡La corriente es demasiado fuerte!"

¡Prepárense!".

El barco corrió río abajo, más y más rápido, y los ojos de Thor se abrieron de par en par, mientras aparecían a la vista las cataratas. Era una pared de agua blanca, bajando efusivamente. Al lado de Thor, Krohn comenzó a quejarse, y Thor estiró la mano y lo abrazó fuerte.

"Tranquilo, Krohn", dijo él. "Pero no te alejes. Y si caes en el agua, nada hacia nosotros.

Krohn se quejó otra vez, como si le respondiera y un momento después, Thor sintió como una patada en el estómago cuando su barco empezó a inclinarse por el borde.

Thor miró hacia abajo y vio una caída tremenda, de por lo menos quince metros. Era un muro de agua blanca, y no había tiempo para reaccionar.

El barco cayó, y al unísono todos gritaron, yendo en picada hacia abajo, a través del aire.

Thor se encontró inmerso en una pared de agua, cayendo del barco, volando por el aire, agitándose. Se perdió en un mundo de agua corriendo, mientras era volteado de punta a punta, con el agua cayéndole encima por completo.

Estuvo sumergido bajo el agua, no sabía cuánto tiempo. Sus pulmones estaban estallando mientras el agua subía a su nariz, su cara le dolía por el impacto de la caída.

Cuando finalmente estaba seguro de que iban a reventar sus pulmones, el agua lo expulsó hacia arriba; él emergió, agitándose, respirando profundamente, en algún lugar río abajo. Él estaba desorientado, con agua en sus ojos, oídos y nariz; y mientras luchaba por abrir los ojos en medio de la corriente rugiente, todo lo que vio fue más agua.

La corriente lo succionó, le sumergió una y otra vez, hasta que finalmente comenzó a desacelerar, y surgido, varios segundos después, con la respiración entrecortada jalando aire y fue capaz de mantenerse a flote.

Thor flotó en el agua, buscando por todos lados a sus amigos. Uno a uno empezaron a salir a la superficie, moviendo sus cabezas, jalando aire, agitándose, mientras la corriente los llevaba río abajo. Thor también vio aparecer a Indra, a Elden nadando y agarrándola. Thor buscó por todas partes, frenético, a Krohn, pero no pudo encontrarlo.

"¡KROHN!", gritó Thor.

Volteó a ver a todas partes, y por un momento, a lo lejos, río abajo, vio surgir su cabeza y luego volver abajo. Vio que Krohn tenía una mirada de miedo, que nunca le había conocido antes; era una mirada de impotencia.

Su barco emergió no muy lejos de ellos, golpeado, pero de alguna manera seguía intacto, y toda La Legión comenzó a nadar hacia él. Pero Thor nadó hacia la otra dirección, hacia donde había visto por última vez a Krohn.

"¡Nada hacia el barco!", le gritó Reece a él.

Pero Thor lo ignoró; tenía que ir por Krohn, especialmente cuando estaba a punto de entrar en una sección de la corriente que le obligaría a ir en una dirección diferente.

"¡Vuelve!", gritó O'Connor. "¡No vayas allá!".

Pero Thor nadó con todas sus fuerzas, luchando contra la corriente.

"¡KROHN!", gritó otra vez.

Pasaron imágenes por la mente de Thor de la época en que había encontrado a Krohn, de ser un pequeño cachorro, del vínculo que tenían. La idea de perderlo, le dolía a Thor más allá de lo que se imaginaba.

De repente, Thor vio a una de las patas de Krohn en la superficie, antes de bajar nuevamente. Thor se zambulló bajo el agua y nadó; cuando abrió los ojos bajo la superficie de las aguas azules cristalinas, vio a Krohn hundiéndose hacia el fondo.

Thor nadó más abajo, sus orejas estallaban por la presión, y luego agarró a Krohn y nadó a la superficie, tirando de él.

Cuando emergieron, Thor respiró profundamente y Krohn, también. Krohn gimió, flotando en el agua contra la corriente, y Thor se volvió y pateó, con todas sus fuerzas para alejarlos de la bifurcación. Él no estaba progresando tanto como le hubiera gustado.

Thor sintió una mano en su brazo y vio a Reece nadando con ellos; pateó, y juntos avanzaron, luchando contra la corriente y llegando al barco.

Cuando lo alcanzaron, Thor izó a Krohn a bordo; estaba parado en cuatro patas, agradecido de estar fuera del agua y tembló como loco, luego escupió el agua, una y otra vez. Thor y Reece se mantuvieron en el borde de la embarcación, mientras los llevaba a ambos río abajo.

Thor se volvió y miró atrás, a las cataratas; desde aquí, se veían increíblemente altas, como una montaña. No podía creer que hubieran sobrevivido a la caída. Tuvieron suerte de que no hubiera rocas en el fondo, y de que en su base hubiera un pozo profundo de agua.

Mientras flotaban rápidamente, Thor y Reece voltearon a verse uno al otro al mismo tiempo, todavía aturridos y de repente estallaron en carcajadas.

"Sobrevivimos, viejo amigo", dijo Reece, incrédulo.

Thor meneó la cabeza.

"De alguna manera, lo logramos", respondió.

Thor y Reece se retiraron a la parte de atrás al barco, y mientras la corriente les llevaba río abajo, vieron sus remos flotando en el agua. Dirigieron el barco hacia ellos y cada uno se agachó y los atrapó. Thor finalmente empezaba a sentir que tenía el control otra vez.

Mientras el río daba vuelta, el alivio de Thor se convirtió en ansiedad. Toda una nueva tierra se extendía ante ellos, y Thor se dio cuenta inmediatamente que todo lo que Indra les había advertido, había sido verdad. Se dio cuenta de que cometieron un gran error al venir aquí.

El inframundo era la tierra más oscura, más desolada y lúgubre que Thor había visto. El río atravesaba por su campo, conformado por una tierra volcánica, negra, en donde crecían interminables campos de árboles rechonchos, negros, sin hojas, sus ramas muertas se torcían en formas ominosas y estaban cubiertas de espinas. Parecía que hubieran quemado un bosque y que nunca había vuelto a crecer, o como si nada hubiera vivido aquí, para empezar. Nada bueno, de todos modos.

Hasta el cielo aquí tenía una palidez de penumbra, que Thor nunca había visto en su vida. Un gris oscuro había reemplazado el azul brillante, y nubes negras estaban en medio, amenazando con caer una tormenta. El sol también estaba abajo, y un triste crepúsculo sustituía la luz de la tarde. Thor sentía como si hubieran salido por la tarde y llegado en el crepúsculo, como si los estuvieran llevando a una tierra donde gobernaba la desesperación.

Surgieron ruidos extraños alrededor de ellos, como una mezcla del canto de un ave con un gemido y Thor revisó y vio bandadas de enormes mirlos encaramados en las ramas. Parecían cuervos pero eran cuatro veces más grandes, con ojos en sus cabezas y en sus pechos. En lugar de alas tenían garras, y las sacudían furiosamente mientras se reclinaban y sacaban sus pechos, creando los ruidos extraños.

Todos miraron el barco conforme pasaba, y Thor sintió como si en cualquier momento toda la bandada podría abalanzarse sobre ellos. En cierto modo, tener su mirada espeluznante observando cada movimiento de ellos empeoraba las cosas.

Junto a él, Krohn gruñó.

"¿Y dónde está su mapa ahora?", preguntó Elden burlonamente a los tres hermanos.

Los tres hermanos estaban sentados en la parte trasera del barco, y ahora todos parecían traumatizados, inseguros de sí mismos.

"Todavía lo tengo", dijo Drake, sosteniéndolo. "Está mojado, pero se puede leer- Lo cuidó como a mi vida".

"¿Por qué su mapa no hace mención de las cataratas?", dijo Reece, presionando.

"No es un mapa topográfico", dijo Drake, mofándose. "Lo dibujó un prisionero que nos indicó cómo ir por la Espada".

"O a la muerte", dijo O'Connor.

"¿Has considerado que podría ser una trampa?", preguntó Conven.

"Creo que alguien nos quiere ver la cara de tontos", añadió Conval.

"¿Qué proponen que hagamos ahora?", dijo Durs. "¿Dar la vuelta y subir esas cataratas y empezar de nuevo?".

Todos miraron hacia atrás y sabían que era imposible.

"No tenemos elección", dijo Dross. "Seguiremos con el mapa".

Hubo un silencio lúgubre en el barco.

"Parece que todo lo que has dicho ha sido cierto hasta ahora", le dijo Thor a Indra. "Háblanos más acerca de este submundo en que viajamos".

Indra miró con cautela; no parecía contenta de estar aquí. Estuvo callada mucho tiempo antes de hablar.

"Se dice que es uno de los siete reinos del infierno", dijo ella, mirando el paisaje sombrío. "La leyenda dice que cuando el infierno ya no tenía más espacio, los demonios tuvieron seis reinos más. Se forjó durante los primeros días del Imperio. Antes de Andrónico — antes incluso de sus antepasados. Es un lugar donde ni las tropas del Imperio van.

"Este río que corta a través de él, conecta dos tierras distintas del Imperio. Es un atajo. Sin embargo, nadie es tan tonto como para usarlo. La gente tomará el camino más largo; sin importar el tiempo que tarden".

Volvieron a guardar silencio mientras remaban en el estrecho río serpenteante, y el cielo tuvo un anochecer más profundo. Era como remar en la pesadilla de alguien.

Hubo un repentino chapoteo, y Thor vio un conjunto de ojos brillantes surgir del agua y después desaparecer.

"¿Vieron eso?", preguntó O'Connor.

Todos ellos examinaron el agua, como todo a su alrededor, se llenó de pequeños ruidos de chapoteos, y conjuntos de ojos amarillos brillantes aparecían por todas partes.

Cuando Thor se inclinó para ver mejor, de repente, un reptil saltó del agua, del tamaño de un pez grande, con enormes ojos brillantes y mandíbulas largas

como la de un cocodrilo. Las mandíbulas deben haber medido unos sesenta centímetros de longitud y saltó hacia Thor.

Thor se reclinó, en el último segundo, justo antes de que la mandíbula lo partiera en dos.

Krohn gruñó a la criatura, pero luego retrocedió cuando otra de estas criaturas saltó en el aire y se abalanzó hacia él. Thor levantó su remo y golpeó a los reptiles en cuanto salían del agua, alrededor de ellos. Los otros hicieron lo mismo, golpeándolos, mientras rodeaban el barco.

Uno de ellos saltó en el aire y logró hundir sus dientes en el brazo de Conval.

"¡Quítenmelo!", clamó, arañándolo.

Conven se apresuró, agarró sus mandíbulas y las quitó del brazo de su hermano gemelo, después lanzó la cosa otra vez en el agua. Por suerte, lo quitó lo suficientemente rápido para dejar a su hermano con sólo una herida leve.

"¡Hay miles de estas cosas!", gritó O'Connor, mientras esquivaba a una que saltó por el aire delante de él. "¡No podemos retenerlos eternamente!".

Thor se dio cuenta de que tenía razón; se sentían abrumados por estas criaturas y era sólo cuestión de tiempo para que hicieran algunos daños graves; no había manera de que pudieran repelerlos a todos. Era como si hubieran navegado por una guarida de pirañas.

Pero de repente, todas las criaturas se volvieron y se alejaron, sumergiéndose bajo el agua y yéndose a toda velocidad.

"¿Qué están haciendo?", preguntó Elden.

"Parece que están huyendo de nosotros", dijo O'Connor.

"O de otra cosa", dijo Indra, ominosamente.

Thor se dio cuenta, con un agujero en el estómago, que ella tenía razón. Esas criaturas no se irían así, a menos que tuvieran miedo, a menos que estuvieran huyendo de algo. Algo mucho más grande que ellos.

De repente, hubo una enorme avalancha de agua, y mientras Thor miraba hacia abajo, vio que las aguas hacían espuma, burbujas.

Sabía que algo iba a atacarlos. Algo grande.

"¡Prepárense!", gritó.

Ante ellos hubo una explosión de agua, y saliendo de debajo de la superficie, llegó un enorme monstruo marino. Era diferente a todo lo que Thor había visto en su vida. Era una enorme criatura parecida a una ballena, con sus mandíbulas de seis metros de largo, llena de filas de dientes afilados. Sus ojos rojos sobresalían desde el costado de su cabeza, de varios centímetros de

ancho, y su nariz curvada hacia arriba, varios centímetros, con navajas en su extremo.

Sus mandíbulas abiertas descendieron hacia el barco, y los reflejos de Thor entraron en acción. Sin pensarlo, colocó una piedra en su honda, la jaló hacia atrás y la lanzó con todas sus fuerzas, hacia la nariz del monstruo. Thor recordó que la nariz era el lugar más sensible para una bestia herida, y rezó con todo lo que tenía para que eso fuera verdad. Si no, en cuestión de segundos, todos estarían dentro del estómago de la bestia.

Fue un golpe perfecto, con toda su fuerza, y mientras la roca le pegaba, la bestia se detuvo de repente, a mitad del camino, y se reclinó y rugió.

Fue un rugido estremecedor, lo suficientemente alto para agitar las aguas y el mover su barco; Thor apenas mantuvo el equilibrio cuando subió la mano para agarrar sus orejas.

El monstruo surgido aún más, elevando a otros nueve metros, revelando las filas de las garras que se extienden a lo largo del lado de su cuerpo, estrechándose hacia un punto, como una ballena cruzado con una serpiente de mar.

Todos los miembros de La Legión entraron en acción, inspirados por Thor, aventando lanzas contra la bestia, alojándose en su cuerpo; Elden lanzó un hacha, que se alojó en su cabeza, y O'Connor logró disparar tres flechas, aterrizaje todas con precisión en un ojo.

Pero, para asombro de Thor, la bestia se mantuvo imperturbable. Simplemente las sacó todas, como si fueran palillos, usando sus diversas garras y luego las arrojó al agua.

La bestia, aún más enojada, echó hacia atrás su cabeza, abrió sus fauces el doble de ancho y volvió a bajarlas, preparándose para cortarlas a la mitad.

Esta vez, no había nada que pudiera detenerlos.

## CAPÍTULO VEINTITRÉS

Mientras Gwendolyn miraba al Imperio derribar las puertas y entrar en Silesia, se quedó ahí, congelada. No podía creer que hubiera llegado a eso tan rápidamente. Todos sus planes de defensa cuidadosamente trazados, se esfumaron en cuestión de horas.

"Mi señora, ¡debemos movernos!", gritó Steffen, que estaba a su lado, frenético, tirando de su brazo.

Ella reaccionó, entrando en acción sus instintos. Ella vio a Srog, Brom, Kolk, Kendrick, Godfrey y a los demás, retirándose con los soldados por las escaleras de los parapetos, y recordó su plan de contingencia. Había repasado el plan interminablemente con sus generales, y ahora era surrealista verlo puesto en acción.

Cuando los primeros soldados del Imperio corrieron a través de las puertas, Srog se dirigió a sus hombres y gritó:

"¡AHORA!".

Varios soldados jalaron enormes palancas desde arriba, y al hacerlo, se abrió una trampilla en el suelo, más allá de la puerta, haciendo que todos los soldados cayeran, docenas de hombres del Imperio, gritando, en un pozo profundo y oscuro. El enorme agujero impidió a los soldados entrar más allá de las puertas, en Silesia. Eso compró a Gwen y los demás, valioso tiempo — pero Gwen sabía que no los retendría durante mucho tiempo, y continuaron con su retirada controlada.

Los hombres del Imperio estaban empezando a darse cuenta, y dejaron de correr a la ciudad, deteniéndose en las puertas, delante de la fosa. Pero todavía estaban atascados, sin tener a dónde ir; sin poder retroceder, sus propios hombres los pisotearon, corriendo para entrar en la ciudad y empujaron a más y más hombres, gritando, hacia el agujero.

Cuando la marea de hombres finalmente se detuvo, comenzaron a dar la vuelta, apurando su camino fuera de las puertas y buscando otras maneras de entrar en la ciudad.

Eso compró tiempo para Gwen y su gente, que necesitaban para retirarse. Gwen estaba complacida de ver que funcionara esta táctica — había sido un broche de oro que había añadido a los planes de guerra. Les permitió tiempo para formar a los ciudadanos, para reunir a los ancianos, hombres, mujeres y

niños y acompañarlos de sus hogares y a las puertas arqueadas hacia la ciudad de la parte baja. Para ahorrar tiempo en el descenso, Gwen había instalado postes de hierro arriba y abajo de las paredes, y docenas de ciudadanos a la vez, los agarrarían y se deslizarían hacia el Cañón, aterrizando en los niveles inferiores, de una manera ordenada.

El plan funcionó exactamente como fue diseñado, y en cuestión de minutos, todos los silesios de la ciudad superior estaban seguros más allá de la segunda serie de puertas de la ciudad y bajando a los niveles inferiores. Gwen estaba parada afuera de las puertas, esperando a la última persona en salir, asegurándose de que nadie se quedara atrás, Steffen y Kendrick estaban lealmente a su lado. Por último, segura de que todos se habían ido, pasó ella, y al hacerlo, cuatro filas de puertas de hierro con clavos, bajaron detrás de ella, una tras otra. No sería fácil penetrar, especialmente porque estaban encajadas en muros de piedra de unos tres metros y medio de espesor.

Gwen se unió a los soldados en la siguiente línea de defensa, los parapetos superiores, detrás de las rejas, en el borde del Cañón. Ella tomó una posición al lado de Steffen, Kendrick, Godfrey, Srog y los demás. Cientos de arqueros de Silesia se arrodillaban allí, esperando tomar su posición final.

Abajo, Gwen ya podía ver a la primera de las tropas del Imperio escalar las paredes hacia el patio, bajando las cuerdas y escaleras para que los demás los siguieran. En pocos momentos, docenas les siguieron, dirigiéndose hacia ellos, al segundo conjunto de puertas de hierro. Pero no muchos hombres podrían filtrarse a la vez, ya que no podrían ir a pie, su camino estaba bloqueado por un enorme agujero que estaba antes de las puertas.

Kendrick se arrodilló al lado de ella, sosteniendo su propio arco, esperando.

"¡TODAVÍA NO!", dijo a sus hombres, todos a la espera de que diera la orden.

Los hombres se acercaron más y más, y había gran tensión en el aire.

"¡FUEGO!", gritó Kendrick, de pie con su arco.

Cientos de soldados de Silesia estaban con él, entre ellos Godfrey, Steffen, Srog, Brom, Kolk — e incluso Gwendolyn — y una lluvia de flechas cayó desde el cielo, deteniendo a docenas de soldados del Imperio.

Los arqueros inmediatamente volvieron a la carga y dispararon otra vez. Y otra vez.

Se las arreglaron para sacar a la primera ronda de hombres, para mantener el patio sin ellos, llenando el suelo con sus cadáveres. El Imperio había sido

atrapado desprevenido, no estaban preparados para un contraataque después de que habían violado las puertas.

Pero no importaba a cuántos habían matado, los soldados del Imperio seguían llegando. Pronto, sobre sus talones, llegó un disciplinado equipo de arqueros, quienes se arrodillaron, levantaron sus escudos al unísono para bloquear la lluvia de flechas, y después volvieron a disparar.

Gwen se agachó, mientras el cielo se llenaba de flechas dirigidas a ellos. Una navegó por su cabeza, fallando por poco.

Algunos de los otros silesios no eran tan rápidos como ella, y algunos gritaron, heridos, y se desplomaron sobre la pared de piedra, muertos.

Gwen se quedó parada y disparó otra vez y se sorprendió al ver que le cayó a uno en la garganta. Sintió que una mano la jalaba hacia abajo, mientras una flecha volaba por su oreja. Era Steffen, que estaba a su lado.

"Tiene sus ventajas ser de corta estatura, mi señora", dijo él. "Usted no tiene éstas. Sígame y quédese agachada".

Steffen se asomó sobre el borde, se inclinó con su arco y disparó tres tiros rápidos, matando a tres soldados que se acercaban a la puerta.

"No se necesita ser alto para matar a un hombre", le dijo a ella. "Si hay una cosa que he aprendido en mi vida, es esto".

El combate siguió ronda tras ronda, las flechas volaban incesantemente, se oían gritos de ambos lados, mientras los cadáveres subían. Los cadáveres del Imperio se apilaban conforme pasaban las horas.

Aún así, más y más tropas del Imperio escalaban las paredes, como hormigas. Lo único que salvaba a los silesios era que era el Imperio iba entrando poco a poco, incapaz de pasar sobre el agujero que estaba en la puerta.

Y entonces, todo cambió. Gwen vio con horror como un escuadrón de soldados del Imperio aparecía con tablones de madera y los ponían sobre el hoyo, en la entrada. Uno por uno, lo cubrieron, y pronto, ellos lograron cubrirlo totalmente, construyendo un puente. No trataron de rescatar a sus soldados atrapados abajo; en cambio, para ahorrar tiempo, los asfixiaron, construyendo un puente sobre sus cabezas.

Con el puente improvisado, cientos de soldados del Imperio entraron en el patio interior, a un ritmo vertiginoso. Todos soltaron un grito de combate, dirigiéndose hacia las puertas.

Gwendolyn se sintió descorazonada. Sus hombres se estaban quedando sin flechas, sus filas iban disminuyendo, y sabía que su tiempo se estaba

acabando. No podían seguir manteniendo la línea, retener a tantos hombres por mucho tiempo.

Los soldados del Imperio se separaron, mientras un enorme ariete de hierro era llevado hacia adelante por dos docenas de hombres. Fueron a la carga y lo estrellaron contra la puerta de hierro con un estrépito. La tierra tembló bajo Gwen cuando el metal se dobló.

Esas cuatro puertas de hierro, que parecían insostenible, ya estaban demostrando ser vulnerables.

"¡CALDERAS!", gritó Kendrick.

Los soldados de Silesia se abalanzaron, y al unísono vertieron enormes calderos de alquitrán derretido sobre el borde.

Surgieron gritos desde abajo, cuando docenas de soldados del Imperio fueron rociados con el líquido espeso.

"¡ARQUEROS!", gritó Kendrick.

Los arqueros dieron un paso adelante, esta vez armados con flechas en llamas y las dispararon a los soldados, impregnadas de alquitrán, prendiéndoles fuego.

Los gritos llenaron el patio mientras las llamas se extendían, y docenas más murieron. Los cadáveres se apilaban por lo alto en las puertas. Habría sido suficiente para detener a cualquier otro ejército.

Pero no a Andrónico.

Las tropas del Imperio seguían llegando. Y llegando. No tenían fin.

Gwen vio con horror como el ariete fue retomado por otros, que embistieron a la primera puerta tan fuerte, que la tiraron de las bisagras. Las tropas del Imperio estallaron en una ovación. Sólo faltan tres puertas.

"Mi señora, ya casi se nos acaba el alquitrán y —", reportó Srog con insistencia.

Antes de que él pudiera terminar, hubo otro estrépito, tan fuerte que hizo dar traspies a Gwendolyn. Ella se asomó y vio que se llevaban la segunda puerta de hierro.

"Es hora de retirarse a la ciudad de la parte baja", dijo Srog.

Gwen se dio cuenta de que él tenía razón. Ella asintió, y sin dudarle Srog gritó: "¡RETIRADA!".

Los soldados de Gwen se dieron vuelta y dejaron sus puestos, corriendo por las escaleras detrás de la pared trasera.

Gwen se unió a los demás apresurándose por las escaleras de piedra, bajando piso tras piso, pasando por docenas de soldados haciendo guardia en

su camino, todos tomando posiciones en todos los niveles. Hubo otro gran estrépito, y Gwen miró sobre su hombro y con un hoyo en el estómago, vio que la tercera puerta de hierro cedía.

Tan pronto como Gwen y los demás despejaron los niveles inferiores, ellos llegaron arriba y giraron enormes manivelas; al hacerlo, subió un campo de minas de púas de hierro, disparando al aire, cubriendo a la ciudad baja como un escudo. Cuando el Imperio rompió la cuarta y última puerta con una ovación, ellos corrieron hacia adelante, a través de la puerta arqueada, esperando atacar.

Pero no había ningún lugar a dónde ir. La ciudad baja estaba protegida desde arriba, por un campo de púas de hierro. Algunos soldados no pudieron detenerse a tiempo, y ellos siguieron atacando, y cayó a través del aire, empalándolos en las puntas, colgando en el aire, con su sangre goteando.

Finalmente, las tropas del Imperio se detuvieron al borde del Cañón, mirando a las puntas que estaban por debajo y se dieron cuenta de que no había salida hacia la ciudad de la parte baja, sin pasar por ellas.

Gwendolyn vio que finalmente, el Imperio no podía avanzar. Por fin, estaban a salvo.

Cuando Gwen llegó a los niveles más bajos de la ciudad, fue recibida por docenas de sus generales, todos esperándola ansiosamente. Los ciudadanos se arremolinaron, había un zumbido de agitación en el aire.

"Ya estamos a salvo aquí, mi señora," dijo Srog. "Es imposible que ellos puedan pasar".

"Sí, ¿pero por cuánto tiempo?", preguntó Kendrick, como todos estaban reunidos, rodeado de sus tropas.

"El tiempo que necesitamos", contestó él.

"Mientras no se nos acabe la comida y las provisiones", agregó Brom, siniestramente.

"¿Cuánto tiempo podemos sobrevivir aquí, sin provisiones?", preguntó Kolk.

Srog sacudió la cabeza.

"Nunca había ocurrido. Tal vez una semana. Tal vez dos".

"¿Y luego qué?", preguntó Kendrick.

Lentamente, Srog sacudió la cabeza.

"Al menos estamos lejos de su alcance", dijo.

"Pero no estamos seguros del hambre", añadió Gwendolyn.

Gwendolyn miró hacia arriba, con los demás, y vio las caras de los

soldados del Imperio, mirando hacia abajo y sabía que, tarde o temprano, encontrarían un camino para llegar aquí. Y ahora, arrinconados, no tenían hacia dónde huir.

Con el tiempo, tendrían que enfrentarlos — o morir.

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

Thor estaba parado en el barco con los demás, el monstruo del mar se cernía sobre ellos y se preparó para morir.

Él cerró los ojos y oró a Dios con todas sus fuerzas.

*Por favor Dios, dame el poder para detener a esta bestia.*

Thor pensó en las palabras de Argon.

*No trates de dominar a la naturaleza. Únete a ella. Aprovecha el poder de la naturaleza. Después de todo, tú también, eres parte de la naturaleza.*

Thor sintió que un tremendo calor agobiaba su cuerpo, que subía de sus pies a sus piernas, por el torso, a través de sus manos y hasta las palma de su mano.

Abrió los ojos y levantó sus palmas, las dirigió hacia la bestia cuando descendía con las mandíbulas abiertas, a punto de matarlos a todos.

Para asombro de Thor, una esfera de luz emanó de sus palmas y se elevó por el aire, aterrizando dentro del hocico de la bestia.

La bestia salió volando, fuera del agua y hacia la orilla, a unos nueve metros de distancia. Se retorcía y se agitaba en el suelo, gritando, agitaba sus garras en todas direcciones.

Después de casi un minuto de destrozos, la bestia cayó de costado, muerta.

Los otros todo se volvieron y miraron a Thor en el silencio que siguió. Él deseaba que tener una respuesta para ellos; deseaba entender de dónde venían sus poderes, entender cómo aprovecharlos perfectamente a voluntad. Y sobre todo, quería saber quién era él.

Pero no lo hizo.

Era diferente a los demás, lo sabía. Pero, ¿cómo?

¿Alguna vez lo sabría?

\*

La corriente lenta los llevó río abajo, más allá del centro del inframundo. Todos remarón con toda su fuerza, tratando de poner tanta distancia como fuera posible entre ellos y el monstruo, mientras el cielo se oscurecía cada vez más. Thor todavía estaba parado allí, en la parte trasera del barco, tratando de entender qué había pasado. Era como otra parte de sí mismo, una que no podía alcanzar. Le había tomado un tiempo volver a donde estaba.

"Sé quién eres", dijo Indra, mirándolo con una especie de temor y asombro.

"Tú eres el hijo del Druida. El Elegido. He oído a historias sobre ti. Grandes relatos".

Thor parpadeó, confundido.

"¿De qué hablas?" preguntó. "No podrías haber escuchado nada de mí. Soy de un pequeño pueblo dentro del Anillo. Sólo soy un miembro más de La Legión".

Indra meneó la cabeza, rotundamente.

"Tenemos leyendas, los de nuestro pueblo. Antiguas leyendas. Cuentan del día en que El Elegido llegará para gobernar. Dicen que llevará con él bolas de fuego y luz, un poder diferente que nadie ha conocido. El hijo de un Druida. Él vendrá en un momento de gran calamidad en el mundo, una gran batalla entre la luz y la oscuridad. Un hombre que está entre dos mundos. Nuestra última esperanza".

Thor la miró, no estaba seguro si ella entendía lo que estaba hablando. Él supuso que estaba confundida, creyendo que él era otra persona.

"Creo que me has confundido", dijo. "No soy una de tus leyendas", añadió él; sentándose finalmente, y remando con los demás.

"No te estoy confundiendo con nadie", dijo ella, desafiante. "Yo sé lo que dicen las leyendas. Y ahora ya sé quién eres".

Los demás se detuvieron y se dieron vuelta, mirando a Thor, y Thor meneó la cabeza.

"Soy sólo un muchacho", insistió Thor. "Como todos los demás".

Era todo lo que él quería. Ser como todos los demás. No ser visto como alguien diferente.

Indra meneó la cabeza, continuaba mirándolo como si fuera un extraterrestre que había saltado del cielo. Hizo una extraña señal con su mano sobre su garganta, pecho, y cabeza, casi como si le estuviera rezando a Thor. O protegiéndose a sí misma de él.

Ella inclinó su cabeza, después se volvió hacia el agua.

Thor sintió un escalofrío y no sabía qué pensar. Era la primera vez que alguien lo había mirado de esa manera. Como si fuese un dios.

La corriente se hizo más fuerte y la noche espesa, y Thor miró a su alrededor del río con un nuevo respeto por hacia las criaturas que podrían estar acechando abajo. Más adelante había una pequeña montaña, en la cual el río continuaba corriendo, su corriente fluía en un pequeño túnel negro, en la piedra.

"Es La Cueva de los Diablos", dijo Indra, con miedo en su voz.

Todos la miraban ahora con un nuevo sentido de respeto.

"Eso no suena muy hospitalario", dijo O'Connor.

Indra meneó la cabeza.

"Es una casa de huesos. La leyenda dice que es donde los demonios van a tomar sus meriendas".

Los chicos se miraron unos a otros, con la aprehensión grabada en sus caras.

"¿Hay otra manera?", preguntó Reece, mientras la marea continuaba tirando de ellos fuertemente.

Indra meneó la cabeza.

"Podríamos hacer a un lado el barco y tratar de llegar por tierra", dijo Elden.

Ella meneó la cabeza.

"La tierra es peor", dijo ella. "¿Ven la tierra?".

Thor se volvió con los otros y miró hacia la orilla.

"No es tierra", añadió ella. "Son cien millones de gusanos. Gusanos carnívoros. En cuanto pises el lugar, tu pie desaparecerá".

Thor examinó de cerca el suelo oscuro — y al hacerlo, vio que era sin duda se estaba moviendo, ligeramente. Tragó saliva, con un nuevo respeto por este lugar.

"Nuestro mapa dice que debemos tomar el río a través de la cueva", insistió Dross.

Indra soltó una carcajada de burla.

"Sus mapas dicen muchas cosas. ¿Pero no dice cómo mantenernos vivos?".

La corriente se hizo más fuerte, y pronto tomaron la decisión por ellos, ya que fueron succionados hacia la cueva, agachando sus cabezas para no golpearse con la entrada baja, arqueada, de piedra. Thor sintió un agujero en su estómago, lleno de miedo. ¿Qué era este lugar?

Cuando entraron en la cueva, fue como entrar en un mundo totalmente diferente. Al principio, estaba totalmente oscuro, el techo bajo sobre sus cabezas, silencio total excepto por el sonido de las gotas de agua que hacían eco, reverberante, en las paredes. Thor podía oír a sus hermanos respirar con dificultad, el sonido amplificado, haciendo eco, y él podía sentir el miedo en todos ellos. Él mismo lo sintió. Se preparó en la oscuridad, esperando ser atacados en cualquier momento.

Después de un minuto, la cueva se abrió, el techo arriba de sus cabezas se elevaba docenas de metros, la marea continuaba jalándolos lentamente a

través de ella. Aquí había más ruido, cada gota de agua reverberaba en las paredes altas — y también había otro ruido: una cacofonía de insectos y pequeños animales. Había un aleteo y ruidos extraños que Thor deseaba nunca haber escuchado. Luego se escucharon gemidos y quejidos agudos de todo tipo de insectos extraños, cada sonido era más siniestro que el otro. Era como si hubieran entrado en una cueva de horrores. Y no ser capaz de ver nada, solo empeoraba las cosas.

Al lado de Thor, gruñó Krohn, con su pelo erizado. Thor se dio vuelta de a lado a lado, como lo hicieron los demás, tratando de mirar en la oscuridad y ver si él podía descifrar algo.

Mientras el agua los llevaba más adentro, las paredes de la cueva comenzaron a tomar en una brillo suave, a iluminarse un poco; Thor miró con mayor atención, preguntándose de dónde venían las luces, cuando a lo largo de las paredes vio a miles de insectos aferrándose a la piedra, silbando, sus brillantes ojos verdes se abrieron cuando ellos pasaban, lanzando una luz. Thor se dio cuenta, con horror, que estaban despertando. Eran como mil pequeñas velas en la oscuridad, pero al menos les brindaba una luz para ver.

"¿Qué son?", preguntó Elden a Indra, en guardia, con miedo a que pudieran ser atacados.

"Chupacuevas", dijo Indra. "Llevan la picadura de un centenar de abejas. No te preocupes: se pegan a las paredes. A menos que las provoques".

"¿Cómo sabes si las has provocado?", preguntó O'Connor.

"Sus ojos se iluminarán", contestó.

Thor tragó saliva.

"¿Como lo están haciendo ahora?", preguntó.

Ella asintió de nuevo.

El silbido continuó, y los chupacuevas se arrastraron a lo largo de las paredes, algunos de ellos arqueando sus pequeñas cabezas hacia el barco.

Con la cueva brillando, Thor apenas pudo distinguir vagamente sus proporciones: eran enormes, su techo arqueado se alzaba docenas de metros, el río se estrechaba y cortaba en el centro de la cueva. Enormes estalactitas colgaban del techo, mientras igualmente enormes estalagmitas se levantaban del suelo de la cueva.

Hubo un gruñido suave desde algún lugar en las profundidades de la cueva y Thor se volvió con los otros, pero no vio nada.

"No me gusta la sensación de esto," dijo Reece, apretando la mano en la empuñadura de su espada.

"Ni a mí", dijo Conval. Sacó su espada, y el sonido metálico hizo un fuerte eco en la cueva, una y otra vez, como si hubieran sacado una docena de espadas.

"No debiste haber hecho eso", Indra lo regañó. "Ahora vas a provocarlos".  
"¿Provocar a quién?", preguntó Conval.

Comenzaron a aparecer desde las profundidades de la oscuridad, caminando hacia ellos, docenas de sombras. Se parecían a los esqueletos humanos, puros huesos, sin carne, pero sus huesos eran negros, y sus ojos brillaban en blanco. Cada uno de ellos llevaba una espada larga y blanca, brillante, reflejando la luz del agua. Thor podía ver que cada espada estaba hecha de huesos. Parecía un hueso humano.

"Es el ejército de Los Muertos Vivientes", contestó Indra, con miedo en su voz.

Thor se volvió lentamente y vio que de todos los rincones de la cueva surgían cientos de estas cosas, estos esqueletos vivos, blandiendo las espadas de huesos, dirigiéndose hacia ellos.

"¿Muertos vivos", preguntó Elden. "¿No pueden ser asesinados?".

"No", respondió Indra. "Ya están muertos. Los únicos que quedan para ser asesinados, somos nosotros".

Hubo un gran ruido de huesos, y de repente los muertos vivos corrieron hacia ellos, elevando sus espadas.

"Bueno, si nos vamos a morir", dijo Thor, "será en tierra firme y con nuestras espadas por lo alto. ¡ATAQUEN!", ordenó Thor.

Al unísono, los nueve miembros de La Legión saltaron del barco, hacia tierra firme en la costa; Krohn también saltó con ellos. Todos sacaron sus espadas y con valentía atacaron a los muertos vivos.

Hubo un gran choque de armas de espada a espada, los sonidos se amplificaron, haciéndose eco de todo, dentro de la cueva. La Legión había entrenado para esto, había entrenado para ser superados en número, había entrenado para ser enfrentados por feroces guerreros — y aunque estos esqueletos de sombra fueran feroces, seguían siendo guerreros convencionales y no se comparaban con la experiencia de La Legión.

Thor y los demás pelearon golpe por golpe con los esqueletos, y cuando la espada de Thor tocó a uno de ellos, se sorprendió gratamente al ver que su acero destrozaba la espada de hueso; entonces giró y cortó al esqueleto que estaba frente a él, y al hacerlo, todos sus huesos se rompieron y se convirtieron en un montón de moronas en el suelo.

Thor giró en todas direcciones, bloqueando golpes, desviándolos, rompiendo las espadas y cortando esqueleto tras esqueleto, dejando montones de huesos a sus pies.

Alrededor de él, sus hermanos de La Legión estaban haciendo lo mismo, derrotando hábilmente a los guerreros que tenían frente a ellos.

Krohn se unió a ellos, saltando en la lucha, gruñendo, abalanzándose sobre un esqueleto tras otro, derribándolos al suelo y dejándolos apilados.

Después de casi una hora de combate, las costas estaban llenas de un montón de huesos. Aunque Thor y sus hermanos de La Legión estaban magullados y arañados y jadeando, exhaustos, ninguno resultó gravemente herido.

Se miraron unos a otros, reagrupándose, sin aliento. Por primera vez desde que estaban en el Imperio, Thor se sentía esperanzado, incluso optimista. Habían acabado con algunos de los peores que el Imperio les había arrojado, y habían sobrevivido.

"Ganamos", dijo O'Connor. "No puedo creerlo".

Se volvieron todos y caminaron hacia el barco — pero cuando lo hicieron, Indra se quedó allí parada, con los ojos todavía bien abiertos de miedo, mirando por encima de sus hombros.

"No te jactes demasiado pronto, guerrero", advirtió Indra.

Detrás de ellos surgió un sonido que hizo erizar los pelos de la parte posterior del cuello de Thor. Era el sonido de mil huesos estrepitosos.

Lentamente, Thor se dio vuelta, casi con miedo de mirar.

Quedó horrorizado al ver que donde estaban todos los huesos de los esqueletos derrotados, lentamente comenzaban a levantarse del suelo y se reacomodaban nuevamente. Hueso por hueso, todo el ejército de los muertos vivientes volvía a la vida.

"Como dije", Indra dijo: "no se puede matar algo que ya está muerto".

Thor contempló con los ojos bien abiertos que todo el ejército comenzaba a armarse a sí mismo, para prepararse para otro ataque. Toda esa lucha, toda su victoria — todo había sido inútil. Esos monstruos se seguirían regenerando a sí mismos, hasta que finalmente cansaran Thor y a sus hombres y los mataran a todos. Podrían no estar buenos luchadores — pero tenían algo que Thor y sus hombres nunca tendrían: resistencia infinita. Y al final del día, Thor sabía que la resistencia siempre triunfa.

"¡Regresen al barco!", gritó Thor, caminando lentamente hacia atrás con los demás.

Al unísono, todos se dieron vuelta y saltaron hacia el barco y le dieron un buen empujón desde la costa, remando con más fuerza que nunca. La corriente se hizo más fuerte, y pronto empezaron a ir río abajo, alejándose de esa orilla. Thor y sus hombres se agacharon mientras pasaban por otro canal más, dejando el espacio cavernoso, justo a tiempo para estar fuera del alcance del ejército que avanzaba.

Era la primera vez en la vida de Thor que la victoria había sido sin sentido, y cuando entraron en otro túnel más de oscuridad, se preguntó, con una sensación de inutilidad, qué otros horrores les podrían esperar después de la curva.

## CAPÍTULO VEINTICINCO

Gwendolyn estaba parada en el ancho rellano de piedra la parte baja de Silesia, rodeada de sus generales, soldados y ciudadanos, todos ellos mirando, en un silencio ominoso, a la vasta extensión del Cañón, mirando al sol segundo caer en el cielo. No habían oído ni pío de los hombres del Imperio todo ese tiempo y después de un largo y agitado pánico entre la multitud, lentamente, habían quedado en un profundo silencio. La tensión en el aire era grande, cada uno de ellos estaba perdido en su propio mundo, mirando al cielo, enfrentando su propia mortalidad. Era la tranquilidad de mil almas en el ojo de una tormenta, de personas que sabían que no les quedaba un lugar a dónde ir sino a sus muertes.

El silencio del Imperio asustaba a Gwendolyn, más que su ataque. Ella sabía que Andrónico estaba ahí, en algún lugar, tramando algo, y era sólo cuestión de tiempo para que lo ejecutara. Era el soldado más cruel que había visto. Lo peor era que, aunque no hiciera nada, no habría salida para ellos sino la muerte. ¿Cuánto tiempo podrían sobrevivir aquí, hasta que se agotaran sus provisiones? No tenían a dónde ir, más que arriba. E ir arriba no era una opción.

Andrónico lo sabía, por supuesto. Los tenía tomados del cuello. Les haría esperar. Dejaría que entraran en pánico. Probablemente estaba deleitándose en ese momento. Los tenía exactamente donde quería.

Gwen supuso que debería estar satisfecha con ella misma por al menos haberlos defendido tan bien como lo hizo en su primera batalla, por haber matado a tantos de ellos, y por salvar a muchos de su pueblo en la evacuación. Pero ella no estaba satisfecha con ella misma, en absoluto. Sentía que había fallado.

Cerca de ella estaban parados Srog, Brom, Kolk y Godfrey, junto con los otros soldados, y a su lado estaban Steffen y Kendrick. Todos miraron hacia el Cañón, con las caras sombrías. Ella deseaba saber qué decirles para animarlos, deseaba saber a dónde ir en adelante.

"¿Recuerdas esa vez con papá", respondió Kendrick suavemente, con nostalgia, mirando al cielo, "cuando él estaba tratando de enseñarte a blandir una espada? Te negaste. Dijiste que las espadas eran para hombres débiles".

Gwendolyn sonrió.

"Vagamente", dijo. "Debo haber estado muy joven".

Kendrick sonrió.

"Papá se enojó mucho", continuó diciendo. "Terminó todas nuestras sesiones de entrenamiento por ese día. En ese entonces, parecía como si hubieras dicho lo más tonto del mundo".

Él suspiró.

"Pero ya sabes, ahora que soy mayor, me di cuenta de que había una gran sabiduría en lo que dijiste", añadió. "Las batallas más simples se ganan con las espadas. Las más complejas se ganan por otros medios. Por estrategia. Por logística. Por fuerza de voluntad".

"Estoy segura de que no estaba pensando en eso cuando era joven", sonrió ella.

Él también sonrió.

"No, de eso estoy seguro. Lo que dijiste fue inteligente, más allá de tu edad. Incluso entonces".

Él se volvió y la miró.

"Sólo quiero que sepas que luchaste en esta batalla brillantemente", dijo él. "Matamos veinte veces nuestras filas y perdimos muchos menos de los que debimos haber perdido. Para cualquier otro líder, eso habría sido una victoria para recordar por siempre. No te sientas mal. Ellos eran muchísimos más, para cualquier ejército a conquistar".

"Él tiene razón, mi señora", dijo Steffen, a su lado.

"Nunca fueron pronunciadas palabras más verdaderas", agregó Srog.

"Gracias, hermano", le dijo ella a Kendrick. "Quiero que sepas que siempre te he considerado como mi hermano. Mi *verdadero* hermano. Compartimos al mismo padre. Y esa es sangre suficiente para mí".

Kendrick la miró y pudo ver en sus ojos lo mucho que significaban esas palabras para él.

"¿Y ahora qué, mi señora?", preguntó Srog. "Me temo que no tenemos otros planes de contingencia fuera de esto. Ahora, la gente te admira. Ahora, la decisión es tuya".

"No nos haría bien rendirnos como pueblo ante Andrónico", dijo Gwendolyn. "Todos conocemos su reputación: él no mantiene vivos a sus prisioneros. Debemos esperar".

"¿Y si nos encuentra el hambre primero?", preguntó Brom.

Gwen suspiró.

"Entonces lucharemos contra un tipo diferente de muerte", respondió. "A

menos que alguno de ustedes tenga otras ideas".

Todos estaban en un sombrío silencio, escuchando el aullido del viento. Nadie tenía nada más que añadir.

Kendrick finalmente aclaró su garganta.

"Cuando nos unimos a La Legión", dijo él, "y luego a Los Plateados, hicimos una promesa. Era la promesa de luchar, incluso aunque no hubiera ninguna oportunidad de ganar. Fue una promesa de honor. Una promesa de gloria. Eso es lo que hemos logrado hoy aquí. No la victoria, sino la gloria. Y a veces, mucho después de que el vencedor se ha ido, es la gloria la que permanece y es cantada, y no la conquista. A veces, la gloria es mayor".

Mientras todos estaban sentados allí, en silencio, viendo ocultarse el sol, moviéndose por una ráfaga de viento que aullaba, de repente, se escuchó una voz el aire.

"¡Gwendolyn, te estoy llamando!", dijo una voz, haciéndose eco de las paredes del Cañón.

Todos se volvieron y miraron, desconcertados, y entonces todos miraron hacia arriba, al unísono, y al hacerlo, Gwendolyn pudo ver de dónde provenía la voz. Sintió un escalofrío recorrer su cuerpo.

Andrónico.

Ahí estaba él, rodeado de cientos de sus hombres, asomándose sobre el borde del Cañón, mirando hacia abajo con una triunfal sonrisa en su rostro.

"Gwendolyn, gobernante del Reino occidental del Anillo, ahora sólo quedas tú, ahora. La Corte del Rey ya no existe. Los McCloud son mis prisioneros. Sólo eres tú quien se atreve a desafiarme".

Hizo una pausa.

"Pese a lo que hayas escuchado de mí, no soy un salvaje. De hecho, soy un hombre muy razonable. Hoy luchaste con valentía. Mejor de lo que tenía previsto. Y por eso te felicito. Y por eso, deseo recompensarte. Necesito comandantes valiosos como tú en mis ejércitos, y soldados tan valiosos como los silesios.

"Nunca conservo vivos a los prisioneros. Pero en este día, debido a tu valentía, haré una excepción. Si te rindes ante mí, tú, personalmente, entonces perdonaré a la ciudad entera de la destrucción. Voy a dejar todo el mundo vivo, incluyendo a tus soldados. Incluso liberaré a cada uno de ustedes. Ustedes vivirán en paz en mi Imperio, y dejaré en paz a Silesia.

"Todo lo que pido a cambio es que me jures lealtad. Que prometas servirme, ser una gobernante bajo mi mando. Te trataré con justicia y equidad.

Se te dará cualquier posición que elijas en mi Corte. Seguramente es un pequeño precio a pagar — tu sacrificio personal por el bien de tu nación.

"Es una oferta amable y generosa. Sé inteligente y acepta, en nombre de los miles de almas a tu alrededor. Mira a tu alrededor, ve sus caras. Están vivos. Si me desafías, enfrentarán la ira del gran Andrónico.

"No lo pienses mucho. Si no tengo tu respuesta en la mañana, va a llover fuego sobre ustedes como nunca han visto. Y para la puesta del segundo sol de mañana, la leyenda de Silesia no existirá. Ni en los libros de historia, que voy a destruir".

Finalmente, la voz de Andrónico se detuvo. Se hizo eco brevemente en el viento, luego desapareció por donde sea que llegó. Mientras miraba hacia arriba, él y sus hombres se retiraron de la parte superior, desapareciendo de la vista.

Gwen se volvió y miró a los demás, quienes a su vez la miraron, con los ojos bien abiertos por la sorpresa.

"No lo haga", dijo Srog con seriedad.

"No puedes confiar en él", dijo Kendrick.

"Es una falsa oferta", dijo Steffen.

"Nunca permitiría que tuviera que servirle para salvar mi alma", dijo Kolk.

"Ni yo", dijo Kendrick.

Gwendolyn se quedó ahí, pensando. Ella sabía que no se podía confiar en Andrónico. Sin embargo, sus palabras parecían genuinas. ¿Y qué otra opción tenían? Como dijo, si se negaban, todos estarían muertos. Eso ya lo sabía ella. Si no por su mano, entonces de alguna otra manera.

"Con mucho gusto iría a servirle para que les perdonara la vida a todos ustedes", dijo. "Creo que es una oferta que debo aceptar".

"¡No puede, mi señora!". Dijo Kendrick. "¡No quiero ni saberlo!".

"¡Nunca dejaré que se sacrifique por mí!", dijo Srog. "Prefiero morir peleando".

"¿La vida es tan valiosa para usted?", preguntó Brom.

"Mi vida, no", contestó ella. "Pero sí la tuya. La de todos ustedes. Sería egoísta de mi parte rechazarla y que todos ustedes murieran".

"¡Su honor está en juego!", dijo Srog.

"Hemos luchado con honor", dijo ella. "La única que estará sirviendo seré yo".

"Tu servicio será excesivo", dijo Kendrick. "No es justo que te sacrifiques por todos nosotros".

"Yo estoy de acuerdo con Kendrick", dijo Srog.

"Yo también", dijeron los demás.

"No la dejaremos ir, mi señora", dijo Steffen. "Somos todos para uno y uno para todos".

Surgió una ovación entre los hombres. Se sintió conmovida por su lealtad. Sin embargo, el peso de la oferta de Andrónico pesaba sobre sus hombros. La vida de ella, por la de los demás. Era algo que daría con gusto.

\*

Gwendolyn estaba sola, en el borde del mirador del Cañón, viendo que las últimas luces del día empañaban el Cañón. Era una hermosa puesta de sol, brillando en la niebla, con un rojo ardiente que parecía incendiar el mundo. Era sombría y fatalista. Coincidió con su estado de ánimo.

Mientras observaba, una parte de ella sentía que estaba viendo el último atardecer de su vida. Especialmente desde que había llegado a una decisión.

Gwendolyn había caminado por la ciudad, había mirado de cerca las caras de todos los hombres y mujeres y niños, los jóvenes soldados — había visto toda la aspiración, toda la esperanza en sus ojos; la veían como si tuviera alguna respuesta perdida, como si fuese su salvadora. Le pareció que le habían dado una oportunidad, una capacidad única en un momento único para salvar a estas personas. Su vida por la de ellos. Sería un gran honor. Tal vez ella había sido puesta aquí, en este momento y lugar por esta razón, por este momento en el tiempo, por esta decisión. Tal vez por eso ella tenía que gobernar — para tomar una decisión que podría salvar miles de vidas.

Gwendolyn había tomado una decisión. Sabía lo que haría. No lo que sus asesores harían, no lo que su padre haría, no lo que Kendrick haría. Sino lo que ella haría. Eso era todo lo que importaba ahora.

En la primera madrugada, cuando todavía estaba oscuro, cuando no había nadie para detenerla, iría allí. Sola. Ella misma se rendiría ante Andrónico. Ella estaría de acuerdo con sus términos, y se rendiría por el bien común.

Mientras Gwendolyn estaba ahí parada, mirando a su último atardecer como una mujer libre, pensó en Thor. Se inclinó y sintió su estómago y pensó en su hijo. Ella quería que este niño viviera. Por este niño, si no por nadie más, quería prescindir de más derramamiento de sangre. Podría ser una sirvienta para Andrónico, pero este niño sería libre.

Gwendolyn miró y tuvo que admitir que una parte de ella esperaba que Thor apareciera, que abatiera con la espada y la rescatara de todo esto. Daría cualquier cosa, y su corazón latía con fuerza al pensarlo.

Pero en el fondo sabía que era sólo un sueño. Thor se había ido, muy lejos de aquí. Estaba sola. Tenía que estar sola, fiel a sí misma. Como la mujer su padre había esperaba que fuera. Esto era lo que significaba ser una gobernante, finalmente lo entendió. Estar rodeada de gente — y sin embargo, estar completamente sola.

"No todos los sueños están destinados a cumplirse", dijo una voz.

Gwendolyn volteó y vio a Argon, ahí parado, al lado de ella, mirando la puesta del sol. Se sentía insensible al mundo, y otra parte de ella ni siquiera se sorprendió al verlo. Ya poco importaba para ella, puesto que su mente había tomado la decisión. Vio la puesta del sol con él.

"Vienes en un momento cuando ya no necesito tu consejo", le dijo a él.

"No he venido a darte consejos," dijo. "Sino mis respetos. No esperaba la decisión que tomaste. Tan valiente. Tu padre estaría orgulloso. Eres la mejor de los MacGil".

"¿Es por eso que has venido?", preguntó ella, sintiendo que había algo más.

"No", respondió él. "También he venido a despedirme".

Ella se volvió y lo miró, pero él continuó mirando al Cañón.

"¿Nos dejas?", preguntó ella, llena de miedo. Pero luego fue golpeada con un miedo aún mayor: "O soy yo la que se va a ir?".

Argon la miró, inexpresivo y no respondía.

"Supongo que una vez que esté a merced de Andrónico, tendrás a un nuevo gobernante MacGil que aconsejar muy pronto", dijo ella.

Él movió la cabeza.

"Los tiempos están cambiando", dijo él.

Gwendolyn de repente ardía de deseo de saber.

"Sólo dime una cosa", le suplicó. "¿Thor? ¿Está a salvo? ¿Está vivo?".

Ella ya no se preocupaba por su seguridad, sino por la de él.

"Está vivo, sí".

Ella se le quedó mirando.

"No contestaste si él está a salvo", dijo ella, presionando.

Argon permaneció en silencio, sin responder. Su corazón se estaba rompiendo.

"¿Puedes salvarlo?", le suplicó. "¿De cualquier peligro en el que esté? Por favor. Te daré lo que sea. ¿Puedes mantenerlo vivo?".

Argon se volvió y le miró, y sus ojos ardían a través de ella.

"Ya salvé a Thorgrin una vez. Para ti. Y ahora tu destino exige algo a cambio".

Argon dio tres pasos adelante y le puso una mano en el hombro. Ardía a través de ella, como si fuera tocada por el sol.

"Has enorgullecido a los dioses", dijo. "Siempre habrá un lugar de honor reservado para ti".

Cuando Gwendolyn estaba a punto de retirarse de su sujeción ardiente, de repente desapareció.

Gwen se volvió y buscó por todas partes, pero no vio ningún rastro de él. Ella estaba sola otra vez allá arriba, en el borde de la roca, más sola de lo que ella había estado en su vida.

Ella miró a la pared del Cañón subiendo a la ciudad superior y sabía lo que necesitaba hacer.

Era hora de dar el primer paso.

## CAPÍTULO VEINTISÉIS

Erec se preparó mientras yacía allí, indefenso, y la criatura se preparó para poner sus garras en su cara. Por su mente pasaron imágenes mientras se disponía a morir — de cuando era niño, de sus días en La Legión, de su vida como caballero — y ninguna brilló tanto por su mente, como la de Alistair. Solamente tenía algo de que arrepentirse en la vida mientras se preparaba a morir: no tener más tiempo para estar con ella.

Pero mientras la criatura bajaba la piedra, de repente algo sucedió. Una intensa luz brilló a través del aire, y la criatura salió volando hacia atrás, derribado, mientras una esfera de luz lo golpeaba en el pecho y lo lanzaba al suelo a mitad del campo de batalla.

Erec parpadeó varias veces, confundido, no entendía lo que había pasado.

Otra esfera de luz voló sobre el campo de batalla, y luego otra más, y las criaturas salieron volando en todas direcciones, dejando un perímetro de seguridad alrededor de él.

Erec se dio vuelta y miró hacia arriba y vio, junto a él, a Alistair.

Para su sorpresa, la vio extendiendo la palma de su mano, de la cual irradiaban las esferas de luz. Sus ojos color azul claro estaban radiantes y parecía de otro mundo, angelical, con su largo cabello rubio cayendo hacia él.

No sabía qué pensar.

Erec se levantó y se puso a su lado, mientras ella continuaba lanzando esferas a todas las criaturas en el campo de batalla, salvando a su amigo Brandt que estaba delante una criatura, antes de rebanarlo por la mitad. En pocos momentos, una ola de destrucción se extendió por el campo, todas las criaturas fueron lanzadas por el aire.

Las criaturas que todavía no fueron golpeadas, los miraban con un nuevo temor y empezaron a retroceder con cautela, luego dieron vuelta y corrieron.

Erec se volvió y miró a Alistair con una nueva apreciación y un sensación de asombro. ¿Tiene que ver con el secreto de tu nacimiento? ¿Quién era realmente? ¿Cómo había tenido ese poder? ¿Y por lo había guardado en secreto?

Apenas podían salir las palabras, tenía la garganta seca cuando se volvió hacia ella. Casi temía hacer la pregunta:

"¿Quién eres tú?"

## CAPÍTULO VEINTISIETE

Salió el primer sol sobre el Cañón, llenándolo con el amanecer más hermoso que Gwendolyn había visto en su vida, llenando el universo con tonos rojos y naranjas y las nubes arremolinándose de niebla. Gwen subió las escaleras de caracol, piso tras piso, sintiendo que estaba subiendo hacia el cielo. Ella temblaba por dentro y su corazón latía rápidamente con ansiedad, sus piernas se hacían más pesadas con cada paso. Ella nunca se había sentido tan sola desde que dejó la Corte del Rey y la comodidad de su familia, de su ejército, de su gente, de todo lo que conocía y amaba.

Se preparaba para enfrentar sola a Andrónico, se entregaría a su servicio, por el bien de su pueblo y de todos los que amaba. Fue la caminata más solitaria de su vida, y se obligó a ir rápidamente; no quería pensar en ello. Si lo pensaba cuidadosamente, temía que podría dar marcha atrás.

Gwen alcanzó el rellano antes de la cima y encontró a varios soldados de Silesia, todos en posición de firmes, sorprendidos por su presencia. Ellos le saludaron.

"Mi señora", dijo uno de ellos. "¿Qué está haciendo aquí? ¿Está todo bien?"

Ella aclaró su garganta.

"Todo está bien", dijo, tratando de ocultar su miedo, tratando de parecer segura de sí misma.

"¿A dónde va, mi señora?", preguntó otro.

"A la cima", contestó.

Todos los soldados intercambiaron una mirada de miedo.

"¿A la cima, mi señora?", preguntó uno. "Sabe que el ejército de Andrónico está esperando allí".

Ella asintió.

"Lo sé muy bien. Ahora, con su permiso".

Los soldados se miraron con duda y confusión, y por un momento parecía como que no la dejarían pasar; pero luego se hicieron a un lado.

Mientras caminaba delante de ellos, Gwen se dio vuelta y los enfrentó, recordando que todos contaban con ella como su gobernante.

"Han hecho un trabajo magnífico", dijo. "Gracias por su servicio".

"Mi señora", dijo uno de los guardias, carraspeando, pareciendo muy

preocupado. "Si me permite decirlo, sea lo que sea que va a hacer, no tiene por qué hacerlo. Todos estamos listos para luchar hasta la muerte por usted".

Ella le sonrió.

"Sé que es así", contestó. "Y eso es precisamente por lo que estoy haciendo esto".

Sin otra palabra, Gwen se dio vuelta y siguió su camino sola hasta el último tramo de escalera, dando vueltas y vueltas, hasta que finalmente alcanzó el nivel más alto. Ella se quedó ahí parada, en el campo de pinchos, todas apuntando hacia el cielo, era su última protección contra las hordas del Imperio, y caminó hacia la pequeña plataforma al centro y jaló una pesada cuerda.

Al jalar, lentamente, de uno en uno, la plataforma se levantó, elevándola más y más arriba de los pinchos. Cada vez que tiraba, se sentía más descorazonada, sentía la anticipación de lo que podría ser su muerte.

Finalmente llegó a la cima, por encima de los pinchos y dio un paso hacia afuera, sobre el descansillo de la parte superior de Silesia. Ahí había docenas de soldados del Imperio, quienes se volvieron y la miraron, con los ojos bien abiertos, de asombro. Se quedaron ahí parados, mirando, sin estar seguros de qué hacer.

Gwen dio varios pasos orgullosos hacia adelante, levantando su barbilla y el pecho, al darse cuenta que representaba al Anillo. Todo lo que hiciera se reflejaría en su gente, y estaba decidida a ser valiente y fuerte.

Buscó al soldado que pareciera más importante que pudiera encontrar, se le acercó y lo miró fríamente.

"Llévame con Andrónico", ordenó, utilizando su voz más autoritaria.

Todos los soldados del Imperio se miraron entre ellos, deslumbrados, como si hubieran visto un fantasma aparecer en medio de ellos.

Entonces, finalmente, el soldado líder asintió con la cabeza. Se volvió y caminó junto a ella, y varios soldados fueron detrás de ellos.

Iban caminando y el corazón de Gwen latía con fuerza, al atravesar el patio interior de Silesia. Gwen se sintió descorazonada ante lo que vio: todo destruido, devastado, hecho cenizas, y ahora estaba lleno de soldados del Imperio, apiñados. Mientras marchaban, todos los soldados a ambos lados de ella, se pusieron de pie de un salto, mirando a Gwendolyn como si fuera un animal en un zoológico, como si fuera un cordero siendo llevado al matadero.

El corazón de Gwen se hinchó con una creciente ansiedad. Era demasiado tarde para dar marcha atrás. Ahora, estaba totalmente a su merced.

Oraba a Dios para que hubiera hecho la decisión correcta, para que estuviera haciendo lo correcto. Oraba que Andrónico cumpliera con su palabra.

Un murmullo se extendió por todo el campamento, mientras marchaban hacia afuera la puerta de la ciudad hacia el enorme campamento, más allá de las paredes. Gwen estaba asombrada ante la vista: cientos de miles de soldados del Imperio acampados hasta donde alcanzaba la vista. Todos se volvieron y se pusieron de pie y vieron la llegada de Gwen — y hubo un gran murmullo entre los soldados.

Gwen fue conducida a través de los restos del puente levadizo, hacia una enorme carpa negra, al centro del campo, que supuso pertenecía a Andrónico.

A medida que se acercaban, de repente se abrieron sus alas, y de ahí emergió Andrónico, agachándose y luego levantando la cabeza en lo alto, usando una capa negra, sin camisa, y su collar de cabezas reducidas. Ella podía ver que tenía una nueva incorporación — la cabeza del Lord Kultin, el sabueso de Gareth. Ella trató de apartar la mirada.

Gwen caminó tan confiada como pudo, hacia Andrónico. Llevaba una enorme sonrisa triunfante. Era más bestia que hombre, el doble de alto que cualquier hombre que ella hubiera conocido, y con sus largos colmillos y garras, era difícil creer que caminaba sobre dos piernas.

"Vaya, vaya, mi corderita", le dijo a ella, con su voz ronca gruñendo y un estruendo en su pecho. "Has aceptado mi oferta, después de todo".

Hubo silencio en el campamento, mientras Gwendolyn aclaraba su garganta.

"Prometiste no dañar a nadie de mi pueblo, ni a mí, y dejarnos vivir en libertad", dijo ella, "si yo juraba lealtad y estar a tu servicio. Es una oferta que estoy dispuesta a aceptar".

Su sonrisa se amplió, mientras sus ojos brillaban hacia ella.

"Eres muy valiente", dijo él. "Estás dispuesta a sacrificar por tu pueblo. Es un rasgo muy noble, sin duda. Fuiste inteligente al aceptar mi oferta. Puedes comenzar por arrodillarte ante mí y hacer la promesa de lealtad al Imperio".

La idea de arrodillarse ante este monstruo y jurar lealtad a él, destrozó a Gwen por dentro. Todos los músculos de su cuerpo le gritaban que no lo hiciera. Pero se obligó a pensar en su gente, en el sufrimiento que tendrían si no lo hacía, y poco a poco, obligó a sus rodillas a doblarse y se arrodilló frente a él.

"Baje la cabeza", dijo la voz áspera del asistente de Andrónico.

Lentamente, Gwendolyn bajó su cabeza.

"Repita después de mí", dijo el asistente. "Yo, Gwendolyn, hija del rey MacGil, gobernante del Reino occidental del Anillo..."

"Yo, Gwendolyn, hija del rey MacGil, gobernante del Reino occidental del Anillo..."

"Afirmo que el gran Andrónico es el único gobernante del universo..."

"Afirmo que el gran Andrónico es el único gobernante del universo..."

"Que nunca ha habido nadie mejor, y que nunca lo habrá..."

"Que nunca ha habido nadie mejor, y que nunca lo habrá..."

"Y que juro por siempre mi lealtad hacia él".

Mientras decía esas últimas palabras, casi se le atoró en la garganta y sintió una oleada de náuseas a través de ella. Hizo una pausa, preguntándose si podría seguir adelante con eso.

"Y que juro por siempre mi lealtad hacia él".

Lo hizo. Se las arregló para decirlas. Finalmente, se hizo. Ella levantó su cabeza, mirando a Andrónico.

Se escuchó un gran estruendo de dentro de la garganta de Andrónico, como un ronroneo. Era el sonido de la satisfacción.

"Muy bien", dijo él. "Muy bien, sin duda. Serás una súbdita obediente. Ahora puedes levantarte".

Gwendolyn se levantó y lo miró con frialdad.

"Y ahora puedes dejar ir a mi pueblo", dijo ella.

La sonrisa de Andrónico se amplió, mientras subía la mano y tocaba su collar de cabezas reducidas.

"Bueno, sí, acerca de eso," comenzó a decir. "Verás, a veces disfruto ser honesto. Y a veces siento un gran placer al mentir. En este caso, lamento decir que es esto último. Prometo muchas cosas. Algunas cosas las cumplo, algunas cosas, no. Y temo que me has pillado en el día equivocado".

El corazón de Gwendolyn comenzó a latir con fuerza. En su interior, se gritó a sí misma. ¿Cómo podría haber sido tan estúpida?

"Tu gente", continuó diciendo Andrónico, "bueno, puedo no matarlos a todos, debido a lo que has hecho hoy aquí. Pero voy a matar a una gran cantidad de ellos. Y al resto los haré esclavos. Temo que ya no sabrán lo que es la libertad. Pero repito, poca gente lo hará".

Él suspiró.

"Y en cuanto a ti, querida mía", dijo, "debes saber que no hay puestos de honor en mis filas. No hay líderes más que yo, y todos aquellos que son

esclavos míos, son esclavos. Incluyéndote a ti".

Andrónico asintió con la cabeza y dos soldados se abalanzaron y la sujetaron de los brazos, con dureza.

"¡Suéltense!", gritó Gwen, luchando. "Lo prometiste. ¡Lo prometiste! ¿Dónde está tu honor?"

Andrónico rió efusivamente.

"¿Honor?", preguntó él. "Eso es algo que perdí hace mucho tiempo. Y me alegro de haberlo hecho. No sé cuántas batallas habría perdido sin él".

Dejó de reír.

"Me temo, querida, que debes ser un ejemplo. Un ejemplo particularmente brutal. Verás, es la única manera en que aprenderá cualquiera que se atreva a desafiarme".

Andrónico se dio la vuelta.

"¡MCCLOUD!", gritó.

De entre las filas, para horror de Gwendolyn, surgió el anciano rey McCloud, con su rostro desfigurado, la mitad tenía la marca del emblema del Imperio de Andrónico.

"Es tiempo de enseñarle a esta chica MacGil una lección", dijo Andrónico. "Lo haría yo mismo, pero me da más placer ver que mis enemigos se torturen mutuamente. De hecho, es una de mis mejores aficiones".

"Haré cualquier cosa que diga, mi señor", dijo McCloud humildemente.

"Sé que lo harás", dijo Andrónico con frialdad, mofándose. "Vas a hacer tuya a esta mujer. Tal vez tengas suerte y te dé un hijo. Y observaré todo".

Una enorme sonrisa cruzó por el rostro de McCloud, mientras miraba a Gwen de arriba a abajo, como si fuera su presa.

"Será un placer, mi señor," dijo McCloud.

Gwendolyn gritó y luchó mientras McCloud se le acercaba. Ella se las arregló para zafarse de la sujeción de los dos soldados — se dio vuelta y corrió.

Pero no llegó muy lejos. Sólo se había alejado unos pocos metros cuando McCloud la abordó por detrás, haciéndola caer de bruces sobre el suelo, poniéndose encima de ella, dejándola sin aire.

"¡NO!", le gritó, agitándose.

Pero era demasiado fuerte para ella. Pronto sus manos gruesas, ásperas desgarraron su ropa, y sintió la brisa fría de invierno arder sobre su piel desnuda.

Escuchó los aplausos de todos los hombres de Andrónico, y ella gritó y

gritó, luchando con todas sus fuerzas, deseando y rezando por estar en cualquier otro lugar. En algún lugar, por lo alto, ella hubiera jurado haber escuchado a Estopheles, dando vueltas, chillando.

Cerró los ojos, tratando de hacer que todo desapareciera, imaginándose estar en algún otro lugar, en cualquier otro lugar. Se imaginó con Thor. Con su hijo. En un campo de flores de verano. En un paraíso lejano, muy lejos de los horrores de este mundo.

## CAPÍTULO VEINTIOCHO

Thor estaba parado solo en un enorme campo de flores escarlatas, iluminado por una puesta de sol de color rojo encendido. Sobre su cabeza, en algún lugar en lo alto, daba vueltas en círculo Estopheles, chillando. Adelante, a lo lejos, había una figura solitaria, acostada en la hierba. Él no podría descifrar quién era.

Thor caminó hacia ella; su corazón latía con fuerza, al acercarse. El cielo se oscurecía con cada paso que daba, tenía un presentimiento. Algo dentro de él le decía que era el cuerpo de alguien que amaba.

Al acercarse, pudo saber, por el encaje blanco esparcido en el suelo, que era una mujer. Con horror, vio su cabello largo y rubio, desbordándose sobre sus hombros, y antes de llegar a ella, sabía quién era.

Gwendolyn.

Thor estiró su mano temblorosa, sujetó su hombro y lentamente le dio vuelta, temeroso de ver a quién podría encontrar. Se quedó sin aliento ante lo que vio.

Allí estaba Gwendolyn, con su cuerpo cubierto de sangre, sin moverse.

Thor comenzó a llorar descontroladamente, incapaz de detenerse. Se agachó, la puso en sus brazos, se puso de pie, y reclinó y gritó.

"¡NO!", gritó Thor.

Su grito se disparó, haciendo eco, llegando hasta el cielo, mientras sostenía en sus brazos, sin fuerzas, al amor de su vida. La única mujer que había significado para él más que nadie en la vida. La mujer con la que tenía previsto casarse. De alguna manera, estaba muerta. Y él no estaba allí para salvarla.

"¡NO!", gritó otra vez.

El grito de Thor se encontró con un chillido, mientras Estopheles daba vueltas en círculo y volaba hacia abajo, con las garras afuera, directamente hacia su cara.

Thor despertó jadeando, se sentó derecho, mirando a su alrededor, con el corazón golpeando en su pecho. Desorientado, le costó trabajo discernir entre lo que era real, en dónde estaba.

Thor poco a poco se dio cuenta de que todavía estaba en el barco, que se había quedado dormido en él — como todos sus hermanos de La Legión. Todo

el grupo estaba ahí acostado, durmiendo, mientras el barco navegaba lentamente a la deriva, río abajo, llevado por la corriente lenta. Trató de recordar, preguntándose cuánto tiempo había estado durmiendo, que tan lejos habían ido a la deriva, hacia dónde iban. Sentía como si hubieran estado en este viaje eternamente.

Thor respiró profundamente, pensando en su pesadilla, en Gwendolyn, tratando de sacudir la horrible imagen. Le había parecido tan real. Demasiado real. La imagen le aterrorizaba.

Él sabía que era sólo un sueño, sin embargo, al mismo tiempo sintió que era más que eso. Sintió, en cada centímetro de su cuerpo, que ella estaba en peligro. Que algo terrible había sucedido con ella.

Le desgarró por dentro. Más que nunca quería saltar del barco y correr hacia ella, rescatarla de lo que fuera.

Pero estaba a un mundo de distancia, y no había nada que pudiera hacer. Nunca se había sentido más indefenso. Una parte de él se odiaba a sí mismo por haber ido a esta búsqueda. ¿Debería haberse quedado?

Thor se sentó derecho y Krohn se sentó junto a él, lloriqueando, inclinando su cabeza en el pecho de Thor, mientras Thor lo acariciaba. Krohn seguía llorando, y Thor sabía que Krohn también lo presentía, que él también sabía que algo le había sucedido a Gwendolyn. Después de todo, Krohn estaba casi tan unido a ella como Thor.

Thor sintió un hoyo en el estómago que no se marcharía. Sentía que la había abandonado en el momento en que lo necesitaba.

Thor miró hacia arriba y vio otro amanecer aquí, en este lado del mundo; amaneció como un día de tristeza. No había ningún sol que ver en ningún lado, sólo gruesas nubes negras, con una luz apagada luchando por aparecer a través de ellos. Flotaron por vastas extensiones de yermos, nada más que esos muertos, árboles negros por todas partes, esos pájaros espeluznantes, mirándolos, observándolos. Al parecer, no cantaban en la mañana. En cambio, observaban en silencio, sus ojos brillantes se movían lentamente, siguiendo el barco.

Thor miró hacia adelante, y al hacerlo, se sorprendió al ver que el río llegaba a su fin. En unos pocos metros, su barco tocó tierra, sorprendiéndolo y despertando a los demás.

Todos los demás se sentaron de un salto, uno por uno y miraron a su alrededor, sorprendidos. Sin esperar, Thor se puso de pie, caminó hacia la parte delantera del barco y saltó hacia tierra firme, Krohn pisándole los

talones. Los otros muchachos lo siguieron.

"¿Dónde estamos?", preguntó Reece, saltando a tierra firme al lado de él, mirando alrededor, asombrado.

"¿Aquí es donde termina el río?", preguntó O'Connor.

"No tengo idea", dijo Thor.

Los tres hermanos saltaron del barco, también, Drake sosteniendo el mapa y mirando a su alrededor.

"¿Aquí es donde su mapa de oro nos ha llevado?", preguntó Indra, sarcásticamente.

"Estamos exactamente donde debemos estar," contestó Drake a la defensiva.

"¿Y donde es eso exactamente?", dijo ella. "¿A mitad del desierto?"

"En realidad, nuestro destino está cerca", dijo Dross, inclinándose. "Según este mapa, no queda muy lejos".

"Síguennos", dijo Drake, partiendo con sus dos hermanos.

"No me gusta este lugar", le dijo Conval a Conven, que estaba cerca.

Thor estaba pensando lo mismo. Era difícil ver a lo lejos, con la espesa niebla que había. Sólo podía ver atisbos de los árboles, de una tierra estéril.

Después de caminar durante algún tiempo, finalmente, se despejó la neblina, y Thor vio un claro enorme, circular, abriéndose ante ellos. El paisaje cambió abruptamente, de la tierra a una hierba púrpura, como si una tierra estuviera siendo demarcada por la otra. Era como si estuvieran en una intersección: en una dirección estaba una tierra violeta, en otra, un desierto amarillo.

"¿Qué es este lugar?", preguntó Elden.

"Parece una encrucijada", dijo Reece.

"El cruce de los muertos", dijo Indra. "Desde aquí, la tierra conduce a tres terrenos. Es el borde del inframundo".

"¿Y ahora qué?", preguntó Thor, mirando a Drake.

Pero ocurrió algo extraño: mientras Thor se volvía a mirar a Drake, vio a los tres hermanos retirándose de repente, dando varios pasos atrás, lejos de los demás.

Antes de que Thor pudiera procesar lo que estaba sucediendo, la niebla se despejó otra vez y de repente vio, dirigiéndose hacia ellos, a cien soldados del Imperio.

Antes de que Thor pudiera sacar su espada, sintió que se abalanzaban sobre él desde atrás, y lo agarraban varios soldados y lo derribaban hasta el suelo.

Alrededor de él, sus hermanos de La Legión, también fueron emboscados.

En un abrir y cerrar de ojos, fueron capturados y atados, quedando indefensos. Había sido una trampa.

Para todos, excepto para Drake, Dross y Durs. El Imperio no los tocó.

Los tres hermanos se acercaron y se pararon sobre Thor. Todos con sonrisas malintencionadas en sus caras.

Thor no lo podía creer. Había sido traicionado. Por sus propios hermanos.

"Confíe en ti", le dijo Thor a Drake.

Drake sonrió y movió la cabeza.

"Nunca tuviste buen juicio", respondió.

"Pero, ¿por qué?", preguntó Reece. "¿Por qué nos traicionaron? ¿Nuestros propios hermanos de La Legión?"

"Ustedes no son nuestros hermanos", respondió Dross, luego se dirigió a Thor. "Y especialmente tú. Hemos esperado la mitad de nuestras vidas para verte muerto. "Y ahora ha llegado tu día".

"Despídete, hermanito", dijo Durs.

Sacó su espada con un anillo distintivo, mientras los soldados del Imperio sujetaban con fuerza a Thor.

Thor trató de luchar, pero fue inútil. Había algo en esas cuerdas que anulaban su fuerza. Incluso no pudo reunir la fuerza para moverse.

No tenía nada más que hacer sino mirar indefenso cómo Durs daba un paso al frente y levantaba su espada por lo alto, hacia el cuello de Thor. Thor sabía que había llegado su hora.

Sólo tenía un deseo por cumplir en el mundo: Si sólo pudiera ver a Gwendolyn otra vez.

**¡YA DISPONIBLE!**

**UNA CARGA DE VALOR (A CHARGE OF VALOR)**

**Libro #6 de El Anillo del Hechicero - (The Sorcerer's Ring).**



En UNA CARGA DE VALOR (A CHARGE OF VALOR) - [Libro #6 de El Anillo del Hechicero - The Sorcerer's Ring], Thor continúa en su búsqueda, en lo más profundo del Imperio, para recuperar la Espada del Destino robada, y salvar el Anillo. Mientras él y sus amigos tienen una tragedia inesperada y pierden a un miembro de su muy unido grupo, Thor y sus amigos restantes se hacen más unidos que nunca, aprendiendo que deben enfrentar y superar juntos las adversidades. Su viaje les lleva a terrenos nuevos y exóticos, incluyendo los desolados Campos de Sal, el Gran Túnel y las Montañas de Fuego, mientras se enfrentan a una gran cantidad de monstruos inesperados en cada momento.

Las habilidades de Thor se profundizan cuando pasa por un entrenamiento todavía más avanzado, y necesitará recurrir a poderes mayores de los que ha usado en su vida, para sobrevivir. Finalmente descubren a dónde se han llevado la Espada, y se dan cuenta de que, para recuperarla, tendrán que adentrarse en el lugar más temido del Imperio: la Tierra de los Dragones.

De regreso a el Anillo, Gwendolyn se recupera lentamente y sufre una profunda depresión, después de su ataque. Kendrick y los demás prometen luchar por su honor, a pesar de las pocas probabilidades. A continuación, sigue una de las más grandes batallas en la historia del Anillo, mientras luchan por liberar a Silesia y vencer a Andrónico.

Mientras tanto, Godfrey se encuentra disfrazado detrás de las líneas enemigas y comienza a estar en su campo, aprendiendo lo que significa ser un guerrero, en una forma única. Gareth se las arregla para sobrevivir, utilizando toda su astucia para evitar la captura por Andrónico, mientras Erec lucha por su vida para salvar a Savaria de la invasión que se aproxima, por Andrónico — y para salvar a su amor, Alistair. Argon paga un valioso costo por hacer lo prohibido: entrometerse en los asuntos de los humanos. Y Gwendolyn debe decidir si renuncia a la vida, o sigue la vida aislada de una monja en la antigua Torre del Refugio.

Pero no antes, en un giro sorprendente, Thor finalmente se entera de quién es su verdadero padre.

¿Sobrevivirán Thor y los demás a la búsqueda? ¿Recuperarán la Espada del Destino? ¿Sobrevivirá el Anillo a la invasión de Andrónico? ¿Qué será de Gwendolyn, Kendrick y Erec? ¿Y quién es el verdadero padre de Thor?

Con su sofisticada construcción del mundo y caracterización, UNA CARGA DE VALOR (A CHARGE OF VALOR) es un relato épico de amigos y amantes, de rivales y pretendientes, de caballeros y dragones, de intrigas y maquinaciones políticas, de llegar a la mayoría de edad, de corazones rotos, de decepción, ambición y traición. Es una historia de honor y valor, de suerte y destino, de hechicería. Es una fantasía que nos lleva a un mundo que nunca olvidaremos, y que gustará a personas todas las edades y géneros. Son 70.000 palabras.

### **UNA CARGA DE VALOR (A CHARGE OF VALOR)**

**Libro #6 de El Anillo del Hechicero - (The Sorcerer's Ring).**





THE SORCERER'S RING



THE SURVIVAL TRILOGY



the vampire journals





[Escuche](#) la saga de “EL ANILLO DEL HECHICERO) THE SORCERER’S RING en formato de ¡audio libro!

Ya disponible en:

[Amazon](#)

[Audible](#)

[iTunes](#)

Libros de Morgan Rice

**EL ANILLO DEL HECHICERO (THE SORCERER'S RING)**

- LA SENDA DE LOS HÉROES (A QUEST OF HEROES) - (Libro #1)
- LA MARCHA DE LOS REYES (A MARCH OF KINGS) - (Libro #2)
- EL DESTINO DE LOS DRAGONES (A FATE OF DRAGONS) (Libro #3)
- EL GRITO DE HONOR (A CRY OF HONOR) (Libro #4)
- UNA PROMESA DE GLORIA (A VOW OF GLORY) (Libro #5)
- UN DEBER DE VALOR (A CHARGE OF VALOR) (Libro #6)
- UN GRITO DE ESPADAS (A RITE OF SWORDS) (Libro #7)
- UNA SUBVENCIÓN DE ARMAS (A GRANT OF ARMS) (Libro #8)
- UN CIELO DE HECHIZOS (A SKY OF SPELLS) (Libro #9)
- UN MAR DE ESCUDOS (A SEA OF SHIELDS) (Libro #10)
- UN REINADO DE HIERRO (A REIGN OF STEEL) (Libro #11)
- UNA TIERRA DE FUEGO (A LAND OF FIRE) - (Libro #12)
- EL DECRETO DE LAS REINAS (A RULE OF QUEENS) - (Libro #13)

**LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA (THE SURVIVAL TRILOGY)**

- ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (SLAVERSUNNERS) - (Libro #1)
- ARENA DOS (ARENA TWO) - (Libro #2)

**DIARIO DE UN VAMPIRO (THE VAMPIRE JOURNALS)**

- TRANSFORMACIÓN (TURNED) (Libro #1)
- AMORES (LOVED) (Libro #2)
- TRAICIÓN (BETRAYED) - (Libro #3)
- DESTINADO (DESTINED) (Libro #4)
- DESEO (DESIRED) (Libro #5)
- PROMETIDO (BETROTHED) (Libro #6)
- PROMESA (VOWED) (Libro #7)
- ENCUENTRO (FOUND) (Libro #8)
- RESURRECCIÓN (RESURRECTED) (Libro #9)
- ANSIAS (CRAVED) (Libro #10)
- DESTINO (FATED) (Libro #11)

## Acerca de Morgan Rice

Morgan Rice es la escritora del bestseller #1: DIARIO DE UN VAMPIRO (THE VAMPIRE JOURNALS), una saga que comprende once libros (y siguen llegando); la saga del bestseller #1: TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA (THE SURVIVAL TRILOGY), thriller pos apocalíptico que comprende dos libros (y siguen llegando); y la saga de fantasía épica, bestseller #1: EL ANILLO DEL HECHICERO, que comprende trece libros (y contando).

Los libros de Morgan están disponibles en audio y edición impresa, y la traducción de los libros está disponible en alemán, francés, italiano, español, portugués, japonés, chino, sueco, holandés, turco, húngaro, checo y eslovaco (próximamente en otros idiomas).

[TRANSFORMACIÓN](#) - (Libro #1 de Diario de un Vampiro) y [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) - (Libro #1 del Anillo del Hechicero) están disponibles para ser descargados en Amazon!

A Morgan le encantaría tener comunicación con usted, así que visite [www.morganricebooks.com](http://www.morganricebooks.com) para unirse a la lista de correo electrónico, recibir un libro gratuito, recibir regalos gratuitos, descargar una aplicación gratuita, obtener las últimas noticias exclusivas, conectarse a Facebook y Twitter, y ¡mantenerse en contacto!